3 1761 04940717 4

F
81

Establecimiento tipográfico de «El Adelantado de Segovia»

OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO

PUBLICADAS POR LA BIBLIOTECA NUEVA

(NUEVA EDICIÓN)

I.—PERLAS NEGRAS.—MISTICAS.
II.—POEMAS.
III.—LAS VOCES, LIRA HEROICA Y OTROS POEMAS.
IV.—EL EXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO.
V.—ALMAS QUE PASAN.
VI.—PASCUAL AGUILERA.—EL DONADOR DE ALMAS
VII.—LOS JARDINES INTERIORES.—EN VOZ BAJA.
VIII.—JUANA DE ASBAJE.
IX.—ELLOS.
X.—MIS FILOSOFIAS.
XI.—SERENIDAD.
XII.—LA AMADA INMOVIL.
XIII.—EL BACHILLER.—UN SUEÑO.—AMNESIA.—EL SEXTO SENTIDO.
XIV.—EL DIAMANTE DE LA INQUIETUD.—EL DIABLO DESINTERESADO.—UNA MENTIRA.
XV.—ELEVACION.
XVI.—LOS BALCONES.
XVII.—PLENITUD.
XVIII.—EL ESTANQUE DE LOS LOTOS.
XIX.—LAS IDEAS DE TELLO TELLEZ.—COMO EL CRISTAL.
XX.—CUENTOS MISTERIOSOS.
XXI.—ALGUNOS.
XXII.—LA LENGUA Y LA LITERATURA (Primera parte).
XXIII.—LA LENGUA Y LA LITERATURA. (Segunda parte).
XXIV.—EN TORNO A LA GUERRA.
XXV.—CRONICAS.
XXVI.—ENSAYOS.
XXVII.—EL ARQUERO DIVINO.
XXVIII.—CONFERENCIAS.—DISCURSOS.—MISCELANEA.
XXIX.—LA ULTIMA VANIDAD.

PRECIO DE CADA TOMO

EN RÚSTICA: CINCO PESETAS. EN TELA: SIETE PESETAS

(DE CADA TOMO SE HA HECHO UNA TIRADA DE CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO Y LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS.—PRECIO DE CADA EJEMPLAR, 35 PESETAS).

TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO

LS.
N456G

OBRAS COMPLETAS DE
AMADO NERVO ~ *Volumen* XXII

LA LENGUA Y LA LITERATURA
PRIMERA PARTE

370377
18.8.39

BIBLIOTECA NUEVA ~ MADRID ~

ES PROPIEDAD DE LOS HEREDEROS DEL AUTOR

EJEMPLAR N.°

650

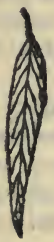
PQ
7297
N5A1325
1920
v.22

LIBRARY
JUN 17 1973
UNIVERSITY OF TORONTO

LA LENGUA Y LA LITERATURA

Reunimos *bajo este título la colección de* Informes *sobre la enseñanza de la lengua y literatura que Amado Nervo remitía desde Europa a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, de México, y que se publicaban en un* Boletín Oficial *de escasa circulación.*

Son completamente desconocidos para los lectores habituales de Nervo.



I

DEL FLORECIMIENTO DE LA POESÍA LÍRICA EN ITALIA, PORTUGAL Y ESPAÑA

El Liberal ha abierto una nueva sección, entre las muy interesantes que lo integran. Llámase «Poetas del día, auto-semblanzas y retratos», y me hace la honra de iniciarla con mi fotografía y unos versos más o menos personalistas que tuvo la gentileza de pedirme. Pero no es esta circunstancia la que me mueve a hablar de tal sección, sino los conceptos que el importante diario expresa en ella, a guisa de proemio, y que me parece muy oportuno copiar, porque encierran afirmaciones categóricas y llenas de optimismo, relativas al actual movimiento literario y poético:

«*El Liberal*—dice el mismo—rechaza esos juicios, tan extendidos como chabacanos, que han sentenciado a muerte a la actual poesía española. Tiene, al revés, el meditado convencimiento de que la lírica española entra en los bellos días de su renacimiento y esplendor.

»Como Portugal y como Italia, los dos países que hoy se honran con mejor y mayor número de poetas, España cuenta hoy día con una lucidísima generación de poetas jóvenes.

»Tampoco *El Liberal* admite esa creencia baja y torpe de que en España nadie lee versos. Por el contrario, piensa que hoy más que nunca, es cuando se leen versos en España.

»Y para comprobar el segundo extremo, esto es, que en España hay bastantes devotos de la poesía, *El Liberal* prepara una colaboración de poetas, en la seguridad de que ha de ser muy del gusto de los lectores.»

Varias afirmaciones, en efecto, contienen los párrafos anteriores, y quisiera yo recoger y glosar algunas, ampliándolas con juicios propios, por hallar que esta es materia idónea y harto interesante para mi *Informe*.

¿Es cierto que Italia y Portugal son los dos países que se honran en la actualidad con mejor y mayor número de poetas?

De Italia; qué duda cabe que atraviesa por un floreciente período poético! Bastaría Gabriel d'Annunzio, con su alta y fecunda labor, para glorificar a la tierra de Leopardi y de Carducci.

Su *Nave* recorrerá en breve tiempo el mundo, dejando la más lujosa estela de triunfos. Desde el monarca italiano hasta las turbas romanas, todos han sabido comprender esa pieza que, exaltando el viejo poderío marítimo del Lacio, señala también a un pueblo ansioso de supremacías el camino del porvenir.

«El Rey Víctor Manuel—decía una reciente noticia—, después de asistir a varias representaciones de *La Nave*, de D'Annunzio, obra por la cual siente profunda admiración, ha donado a la empresa del teatro Argentina diez mil liras en prueba de la satisfacción con que ve el rumbo que sigue su dirección artística, para bien de la dramática nacional.

»Hay que tener en cuenta que al fundarse la compañía Stábile, que explota el teatro, el monarca la subvencionó espontáneamente, al conocer su programa, con veinte mil liras.

»*La Nave* sigue triunfando diariamente. Ha producido ya un beneficio líquido de ochenta mil liras.»

Cito hasta el fin esta noticia para que se aquilate mi afirmación anterior respecto de cómo en Italia las masas están, al par del Rey, identificadas con su gran poeta. Bastaría tan admirable indicio para concluir que hay en ese país un verdadero florecimiento poético y literario.

A él ayudan, por otra parte, circunstancias diversas; dos especialmente: el firme propósito que con fruto tan alentador está mostrando Italia de reconquistar su categoría mental de primer orden en el mundo, y el carácter tan personal y tan individual de la literatura y de la poesía italiana.

Respecto de esta segunda circunstancia, recordaremos aún las palabras pronunciadas no ha mucho en Francia por Matilde Serao en una *interview:* «Al contrario de la literatura francesa—dijo—, la nuestra no tiene escuela, y como nuestro país está en cierto modo desmenuzado en provincias, cada una sigue sus tendencias, sus tradiciones, sus orígenes; en una palabra: cada una se queda en su concha. Quizá esta situación tiene sus defectos, pero también tiene sus cualidades, porque asegura a la literatura italiana más variedad y más color local.

»Sin embargo, hay una tendencia de concentración, cuyo foco es Roma, pero el movimiento puede considerarse aún como embrionario. No madurará sino dentro de veinte o veinticinco años.»

Por lo demás, no es sólo literariamente como Italia progresa, en opinión de la señora Serao (opinión que habrán de compartir todos los que sigan con atención el movimiento mental de la Península), sino en Historia, en crítica y, sobre todo, en Socio-

logía, de la cual hay una importante escuela, el creador de la cual es Enrico Ferri, jefe del partido socialista, a cuyo claro nombre fuerza es añadir, no por analogía de tendencias, sino por paralelismo de mérito, el del gran historiador Ferrero, autor de trabajos importantísimos sobre la grandeza y la decadencia de Roma.

En cuanto a Portugal, la afirmación del diario español citada al principio de este informe, es igualmente exacta. En el reino lusitano, probado en estos momentos por tan grandes infortunios, hay un vigorosísimo y substancioso movimiento poético y literario.

De él me he ocupado ya en alguno de mis informes, aunque muy someramente, y recuerdo por cierto que hablaba de esa vaga filosofía, de esa *tristeza céltica* que flota sobre la lírica portuguesa, toda trémula de *saudades* y nostalgias.

Justamente después de la afirmación mía, un crítico español muy versado en todo lo que atañe al arte y a la mentalidad lusitanos, decía: «Los portugueses son poco dados a las disciplinas metafísicas. La filosofía sistemática de escuela no es planta que arraigue en el Portugal contemporáneo; a cambio de esto, por la poesía de nuestros vecinos vaga una filosofía nómada, vaporosa, sentimental. Su lirismo, esencialmente amatorio, se enamora algunas veces con apasionados transportes y casi siempre con melancólica ternura; se enamora de las mujeres y de las ideas. De las ideas, como si fuesen mujeres. Y estas apariciones femeninas son figuras de plásticos encantos o sombras misteriosas. Son flores o nada más que fragancia de flores. Ensueños panteístas de diferente clase, según que animen a la naturaleza o según que la espiritualicen.»

Que Portugal se honra, según la afirmación de *El Liberal* que venimos glosando, con mejor y mayor número de poetas, lo comprobará simplemente esta enumeración que voy a haceros:

Entre los líricos figuran y pueden ser considerados, sin hipérbole, como grandes poetas, Eugenio de Castro, Guerra Junqueiro, Correa d'Oliveira y Augusto Gil.

Entre los dramáticos, con el mismo calificativo de grandes, están Julio Dantas, autor de *Céia dos cardeaes, Rosas de todo o anno, Palacio de Veiros, Mater Dolorosa,* y de tantos otros primores; López de Mendonça, y Lacerda. Si retrocedemos un poco, nos encontramos con temperamentos tan privilegiados como Castilho, Joas de Lemos, Loares de Passos, Méndez Leal, Preira da Cunha, Limoes Díaz, Tomás Ribeiro y Gonçalves Crespo.

Me he entretenido, para dar más autoridad a este informe, en preguntar a dos literatos españoles, muy versados en letras portuguesas, cuáles eran sus poetas preferidos.

Nombela y Campos, el primer interrogado, me respondió: Joao de Deus, Anthero de Quental y Antonio Nobre son los verdaderos maestros de la poesía portuguesa y tres poetas que pueden hombrearse con los mejores de otros países.

Francisco Villaespesa, el segundo interrogado, me respondió ampliamente en estos términos:

«Para mí el más grande de los poetas portugueses es Eugenio de Castro, porque ha sabido fundir, mejor que ningún otro poeta, todos los elementos e innovaciones de la poética moderna, con el carácter de su pueblo y de su raza. Creo más: que fuera de D'Annunzio y Maeterlinck, es el primer poeta de la raza latina.

Señor del ritmo y de la imagen, sabe prodigarlos con la sobriedad y la elegancia de un ateniense del siglo de Pericles. Aun en aquellas de sus poesías más

simbolistas, las imágenes son claros prismas tallados, griegas siempre, y el ritmo musical sin retorceduras, sin rechinamientos. Además, en todas ellas se ve al poeta portugués un poco melancólico y lleno de una íntima religiosidad por la naturaleza. *Sagramor* es uno de los más grandes poemas humanos que se han escrito, desde el *Fausto*. *Constanza* es toda el alma portuguesa simbolizada en aquella mujer engañada, que al morir perdona. Sus líricos son admirables y aun en aquellos de sus primeros versos, influídos por las recientes escuelas, se ve una gran nobleza de emoción y de estilo y se nota al gran poeta. Su influencia es enorme en la literatura portuguesa. Con Antonio Nobre, un poeta muerto en plena juventud, cuyo único libro *So* es lo más portugués, a pesar de todas las innovaciones métricas y rítmicas que se han escrito desde los admirables sonetos de Camoens, Eugenio de Castro constituye toda la poesía nueva de Portugal.

Hasta en Guerra Junqueiro se ve esta influencia, notada ya por críticos tan expertos como el novelista Abel Bothello. Guerra Junqueiro es el poeta más popular de su país, el de más prestigio; su obra es una evolución continua. A los veintidós años publicó *La muerte de Don Juan* y *La Vejez del Padre Eterno*, dos libros demoledores, terribles, en los cuales parecía resonar aún la gran trompa del Hugo de los Castigos. Después, *La Patria,* un panfleto espantoso, formidable, el mayor éxito de la poesía en Portugal, a raíz del ultimátum inglés. Luego dejó todos estos embates y escribió *La Musa* y *Los Simples,* este último un gran libro, el más bello de todos, sencillo, lleno de amor y de paz, y sobre todo de naturaleza.

Por último, su panteísmo filosófico se tradujo en su *oración al pan* y en la *oración a la luz,* libros de gran exaltación imaginativa. Otro gran poeta portugués es Gómez Leal, el más querido acaso de la juventud. Su primer libro *Claridades de Sal* es una maravilla.

Poeta interno, algo diabolista, ha publicado más tarde libros terribles, como *La mujer de Luto*, y unas divinas estrofas a la muerte de Jesús. Desarreglado, poeta de saltos y de lagunas, es, sin embargo, el más genial de todos.

Después de estos tres grandes poetas universalmente consignados, vienen los jóvenes, los de nuestra edad, es decir, de veinticinco a treinta y cinco años: Alfonso López Vieira, cuyos libros *El encubierto, Ar livre* y *El poeta Saudade,* son de un lirismo verdaderamente portugués. Poeta del mar, de las viejas leyendas, pero modernizándolas al subjetivarlas, es para mí el que mejor sigue la tradición de Antonio Nobre. Antonio Patricio, poeta también del mar, y de las íntimas complejidades de la vida moderna, el más atormentado, el más inquieto, el que acaso refleja mejor el estado de su época, y al decir época me refiero solamente a la época vista a través de un temperamento de poeta y no a lo que de social pueda significar. Patricio es un aristócrata nitzscheano, cincelador de joyerías raras y complicadas, pero fuerte e intenso. Su libro *Océano* fué un acontecimiento. Otros dos grandes poetas que dentro de los modernos procedimientos siguen la tradición sentimental y popular de la poesía portuguesa, son: Antonio Correia d'Oliveira (de quien hablo ya al principio de este informe) y Riveiro de Carvalho, más delicado, más sutil el primero, pero más fuerte y más intenso el segundo. El primero ha cantado el campo, con una sencillez virgiliana. Aparte de éstos, un gran poeta popular, autor de *cuadros* (coplas) para todos, Augusto Gil. Y ese admirable poeta íntimo, el más subjetivo de todos, que se llama Fausto Guedes Texeira, el más amado de las mujeres y de todos los sentimientos. Su *Mocedad perdida* es un bello libro. Este poeta no tiene filiación con ninguno de los de su época; es el más original y su poesía psicológica es quizás única en Europa. Joao Lucio es un poe-

ta de color y medio día. Es del Algarve y refleja su país como ningún otro. Aparte de éstos, que son los principales, existen multitud de «poetas verdaderamente notables» sin contar a los grandes muertos.»

Queda por tratar el capítulo relativo a España:

¿Es cierto que cuenta con una delicadísima generación de poetas jóvenes?

Es cierto, siempre que se mencione entre ellos, como, por lo demás, lo hace *El Liberal,* a nuestros líricos hispanoamericanos, que son poetas del engua y de cultura española o en todo caso latinos.

Entiendo, en efecto, que puede sentirse honrada la nación, raza o lengua que cuenta, en número y calidad, con poetas como Rubén Darío, uno de los más indiscutibles príncipes de la lira moderna: ágil, singular, vario, culto y maestro indiscutible de la técnica; Salvador Díaz Mirón, altísimo en sus dos formas: la de brioso epicismo y la tersa y refinada forma actual; Leopoldo Lugones, el más original y personal de los poetas jóvenes de habla castellana; Antonio Machado, el más alto poeta lírico de la España joven.

Francisco Villaespesa, el más humano, el que más cerca está de la inquieta y melancólica alma contemporánea.

Luis G. Urbina, el más noble retoño de la poesía romántica en América, con un sentimentalismo de buena y bella cepa y una hondura de pensamiento notable: un cerebral completo.

Ramón del Valle Inclán, que no ha necesitado escribir sus versos para ser considerado con justicia como uno de los grandes poetas españoles de ahora.

Jesús E. Valenzuela, de una personalidad tan sugestiva e intensa.

Guillermo Valencia, pensador y artista incomparable.

Manuel Machado, cuyo último libro ha hecho exclamar a Unamuno: «Manuel Machado consigue no pocas veces dejar de ser el hombre que es en la vida ordinaria—esta pobre vida que no debe ser sino pretexto para la otra—para convertirse en una cosa ligera, alada y sagrada, en un intérprete de la divinidad. Ocasiones hay en que le cuadra el viejo y ya tan gastado símil de abeja ática; ocasiones hay en que es clásico en el más estricto sentido».

José Santos Chocano, en cuya desbordante lírica hay todas las pompas y todas las frescuras de América.

Ricardo Jaimes Freire, cuya *Castalia Bárbara* fué una verdadera revelación en América.

José Juan Tablada, que ha logrado ser siempre raro y precioso.

Balbino Dávalos, cuya cultura es tan grande como su buen gusto, musa aristocrática y exquisita, parca, pero diamantina en la labor.

Antonio de Zayas, que ha acertado revivir en el duradero esmalte de sus versos serenos, las más nobles figuras de la historia de España.

Francisco M. de Olaguíbel, que supo en *Oro y Negro* dar una nota tan singular y tan bella.

Salvador Rueda, cuyo numen es como un lujoso surtidor irisado.

Efrén Rebolledo, el más artista y culto de los poetas del último barco... Y otros aún que alargarían esta enumeración más de lo debido.

Concluyamos, pues, afirmando que *El Liberal* está en lo justo y que la lírica española entra en los bellos días de su renacimiento y esplendor.

II

EL CATALÁN Y LA SUPREMACÍA DEL CASTELLANO

Una de las muchas formas con que se manifiesta el catalanismo agudo, se refiere a la lengua. Los catalanistas *à outrance* han resuelto, por lo que se ve, proscribir en absoluto del principado la lengua castellana y hasta el recuerdo de los que con mayor brillo la han cultivado en España. Su más vivo deseo sería que el catalán dominase no sólo en las cuatro provincias, sino que, trasponiendo líneas divisorias, lograse imponerse en toda la Península y ¡quién sabe si hasta sueñan con que derrote por completo en Castilla misma al idioma de Cervantes!

Tal tendencia, que se manifiesta en Cataluña, entre los exaltados, de todos los modos posibles, al grado de que en la última visita del Rey el discurso de bienvenida que ante él se pronunció fué en catalán, da lugar a interesantes debates y a estudios muy dignos de leerse.

Ahora quiero especialmente referirme a uno de

estos últimos, a las páginas que acaba de publicar don Baltasar Champsaur, quien hace, a propósito de la futura suerte de la lengua catalana, observaciones de peso.

En realidad, según el señor Champsaur, esta cuestión del catalán, como todas las que se refieren a las lenguas, es de simple mecánica biológica. La lucha de las lenguas es como la lucha de las especies. Condiciones y circunstancias diversas dan a unas la vida y a otras la muerte. Flourens dice que a la naturaleza lo mismo le importan los individuos que las especies. Las oleadas de la vida llevan y traen formas variadísimas sin que parezcan tener predilección por ninguna. Nadie se entristece hoy por la desaparición del célta y del latín, ni mucho menos por la de tantas lenguas que ya no se oyen ni en América ni en Africa, perdidas para siempre y sin remedio. Han desaparecido el etrusco, el dacio, el antiguo prusiano, y en el siglo XVII el cornuallés o cornico, sin que hayan perdido nada los descendientes de los pueblos que los hablaron, porque es bien cierto, como afirma el señor Ruibal en su tratado de filología comparada, «que no existe relación necesaria entre lenguas y pueblos y países y lenguas, por lo mismo que jamás concuerdan el carácter de los países y el de los habitantes con el de sus idiomas respectivos».

El idioma, por otra parte, no constituye la nacionalidad. Los imperios se forman y deshacen sin tener para nada en cuenta los idiomas, como se formó el imperio de Alejandro, como se formó Roma y como se ha formado Austria. La identidad de lenguas, dice Bry en su conocido libro de derecho internacional público, es sin duda un elemento importante de la nacionalidad, pero no es decisivo. En Suiza, el francés, el italiano y el alemán se reparten la supremacía y yo no creo que la confederación helvética, a pesar de su diversidad de origen y de

lengua, esté dividida en sus sentimientos nacionales y en su patriotismo, del cual son testimonio las páginas de su historia.

Cataluña podría, pues, seguir siendo tan regionalista como quisiera, sin dejar por eso de aprender el castellano, que es la lengua no sólo de Castilla, sino de diez y siete Estados americanos, y su pretensión de abolir el idioma en que han pensado todos sus hombres ilustres resulta, tras de ser vana, ilógica.

Pero sigamos leyendo a Champsaur, en concepto del cual, el catalán está forzosamente destinado a morir.

En esta mecánica biológica de las lenguas, dice, uno de los dialectos se impone y domina a los demás y se constituye en lengua oficial y literaria, como sucedió en Francia con el dialecto de la Isla de Francia o lengua *oil,* que convirtió en patuás el picardo, el borgoñón, el walón y el provenzal.

«Es una ley natural, ineludible y, además, útil y sana. ¿Qué haríamos si todas las especies y todas las lenguas hubieran vivido fuertes y fecundas en toda la sucesión de los siglos? En este punto la Naturaleza no necesita rectificación.

»Por esta misma ley están condenados a muerte los dialectos o lenguas—da lo mismo—que se hablan en España, y así lo reconocen todos los lingüistas. «El español concluirá pronto con el vasco», dice Hovelaque. El acantilado lingüístico del catalán se ve roído constantemente por el empuje vigoroso del oleaje castellano, hasta el punto de haber perdido ya gran parte de Aragón, en donde se hablaba constantemente su idioma o su dialecto. Y este poder invasor del castellano penetra también por Valencia, y se enseñorea de toda la región, amenazando la entraña misma del dialecto, el Ampurdán. La mujer

catalana, espontáneamente, prefiere siempre el castellano; lo encuentra más armonioso, más distinguido, más culto, y por esta ancha brecha siempre abierta, a pesar de los terribles esfuerzos de todos los catalanistas, la lengua oficial y literaria penetra e invade el territorio rebelde. Inútil hacer diccionarios catalanes. Inútil pronunciar discursos en catalán. Inútil la infantil manía de escribir sus cartas en catalán. Esa ley invulnerable de mecánica biológica lo ha condenado a muerte irremediablemente, como están condenados a muerte la ballena, el elefante y los monos de Gibraltar.»

Como se ve, estas afirmaciones no pueden ser más categóricas. ¿Son asimismo justas? Yo creo que sí, quitándoles algo de su rigor. El catalán estará destinado o no a morir, pero lo que sí es un hecho es que el castellano habrá de dominar siempre en el principado, a pesar de todos los pesares.

¿Por qué? Por cuestión de intereses; porque los mejores clientes de Cataluña, los únicos clientes quizás, somos los españoles y los hispanoamericanos, y para vender sus productos el catalán tiene que hablarnos en nuestro idioma.

Ahora bien: el espíritu industrial y de expansión comercial es tan poderoso o más en Cataluña que el espíritu de secta, y el más furibundo separatista, si es fabricante o representante de fábricas, tiene que aprender *velis nolis* el idioma de sus parroquianos, ya que sin duda no serán ellos quienes se pongan a aprender el suyo.

Champsaur explica que el resurgimiento actual del catalán, como el del flamenco, es pura obra de literatos, y por consiguiente, añade, «cosa artificial y pasajera, sin verdadero arraigo en la muchedumbre, que se mueve siempre por necesidades concre-

tas y tangibles y presta muy poca atención a las juglerías de los literatos».

En esto, naturalmente, no estoy de acuerdo con Champsaur. Todos sabemos que hay en los idiomas dos tendencias diversas e igualmente poderosas, que contribuyen a formarlos: la docta y la popular, y que ninguna de las dos vive sin la otra. No es sólo el pueblo el que hace o deshace los idiomas. Son también los sabios y los literatos, que dan a cada sentimiento, a cada sensación, a cada idea, a cada objeto nuevo, una denominación adecuada. Si el catalán ha vivido, es justamente gracias a la literatura: ¿quién podría negar la formidable influencia de las *Siete Partidas,* de la *Estoria de España* o *Crónica General* y de los *libros exemplos* en la formación de nuestra lengua? ¿Quién osaría disputar al Arcipreste de Hita, autor «de la epopeya cómica de una edad entera, de la comedia humana del siglo XIV», como dice Menéndez y Pelayo, no sólo el mérito de ser la fuente histórica por excelencia, merced a la cual averiguamos lo que en las historias no está escrito, sino la decisiva influencia que tuvo en la futura abundancia y gallardía de nuestro léxico?

Y a Boscán y a Garcilaso ¿quién puede quitarles su legítimo timbre de fertilizadores y suavizadores de la lengua castellana?

La ciencia de hablar, como expresa muy bien el sabio Benot, no debe buscarse en las palabras aisladas, como lo profesan generalmente las gramáticas, aun las que más presumen de razonadas y científicas. Tanto valdría buscar la arquitectura en los ladrillos. Los vocablos son la condición del hablar, pero no la esencia del hablar. Con palabras no se habla, sino con su «combinación elocutiva». Ahora bien: el pueblo suele crear palabras, de hecho crea muchas, pero en las combinaciones elocutivas resulta por lo general poco feliz y éstas no trascienden de cierta esfera de modismos bajos, que no logran vida

larga. En cambio, los literatos y los poetas sí crean continuamente combinaciones elocutivas. Ellas son una de las condiciones del estilo de cada escritor: y de los libros, en los países que leen mucho, especialmente como Francia, Alemania, Inglaterra, pasan a las conversaciones, al idioma corriente.

Si la literatura de un país suele ser el reflejo de su vida, el idioma de un país muestra casi siempre el reflejo de su literatura.

El autor dramático, por ejemplo, si bien es cierto que muchas veces se apodera de las locuciones populares, en cambio las idealiza, las corrige y las fija de un modo definitivo en los oídos del público. Es un creador de idioma de los más efectivos.

Si el esperanto, como es muy presumible, llega a ser el idioma intermedio de los pueblos modernos, la lengua de las relaciones internacionales, se deberá a los literatos, y sólo a ellos, que empiezan a usarlo en las Asambleas, en los Congresos, y, sobre todo, en los teatros, en los periódicos y en las novelas y poesías.

Mas tiempo es ya de que vuelva yo al trabajo de Champsaur, quien dice para concluir cosas que merecen reproducirse y meditarse, como las siguientes:

«Por muchas cosas que escriban en catalán los catalanes, el oleaje del castellano continuará royendo todo el acantilado del dialecto, desde Lérida hasta Alicante, y seguirá penetrando en Cataluña con paso firme, amparado por el buen gusto y la predilección de la mujer catalana, para la que el castellano es siempre, y a pesar de la tiranía del catalanista, la lengua armoniosa, signo de distinción y de cultura. Y no es extraño, porque las lenguas dominadoras han revestido en todas partes estos significativos caracteres, razón de su imperio y de su triunfo. Es

sólo cuestión de tiempo. Si el peligro no fuera tan real, los catalanistas no se hubieran acordado de lamentarse y enfurecerse, como por temporadas se lamentan y se enfurecen, haciéndose la ilusión de que las leyes naturales se ablanden con cándidos sentimentalismos. De aquí a ofrecer dádivas y sacrificios al dios San Jorge no hay más que un paso. Para bien de la cultura patria es bueno que no lo den.

»Pero hay más. Los mismos catalanes hombres están convencidos, y así lo sienten, de que el castellano tiene algo de superior que atrae y seduce. Su vocalización es mucho más armoniosa, más delicada y al mismo tiempo más enérgica y viril. Esta influencia sugestiva no depende del carácter de lengua oficial y de las grandezas que evoca por sí mismo: es algo esencial el mecanismo fonético del idioma, que el oído de propios y extraños ha tenido ocasión de apreciar en todos los tiempos. Escritores catalanes de verdadero mérito han escrito siempre en castellano, conformándose en esto a la acción real de las leyes naturales. Quadrado, el ilustre menorquín, escribió siempre en esta lengua, y entre sus obras, su hermoso libro *Forenses y ciudadanos;* Balmes, su Filosofía fundamental, correctísima, cosa que no había conseguido en sus primeras producciones; Pi y Margall, cuya corrección nada tiene que envidiar a ningún autor castellano, tiene un puesto muy distinguido en nuestra literatura. Y hoy descuella en nuestra oratoria el castizo y vibrante Maura, hijo de Mallorca. Puede asegurarse también que los catalanes que han escrito y escriben en catalán no están a mayor altura que los que escribieron en castellano. Pero ¿no era bretón Chateaubriand? ¿No fué provenzal Daudet? ¿Acaso Guimerá no escribiría con la misma valentía en castellano? ¿Hemos de repetir la verdad lingüística que las lenguas nada tienen que ver con el carácter, ni con la espiritualidad, ni con la filiación etnológica de los pueblos que las hablan? El he-

cho fatal es que la lengua castellana ha sido y sigue siendo la dominadora en España en este momento. Por consiguiente, hay que acostumbrarse a la idea de una descatalanización lenta, pero inevitable. Al vasco y al gallego le sucederá lo que al bable, que apenas se habla. Y hasta el portugués tendrá que rendirse ante la acción dominadora del castellano. Las leyes naturales son sordas a las súplicas, a las lamentaciones y a los enfurecimientos.

»Es, pues, absolutamente lógico, porque está conforme con la mecánica natural de las lenguas, que nuestros Gobiernos continúen con firmeza la acción castellanizadora de nuestra lengua, en la escuela, en el Instituto, en la Universidad, en los Tribunales de justicia, en todas partes adonde llegue su poderío, ya directa o ya indirectamente, y convénzanse de una vez para siempre los catalanistas, los vascos y los gallegos: hablando castellano seguirán siendo lo que son y lo que deben ser, porque las lenguas no tienen relación alguna ni con el carácter, ni con la mentalidad, ni con la raza de los pueblos.

¡Cuán grato nos sería a nosotros, que tanto amamos nuestro admirable idioma, hacer extensiva a Hispano-América la vibrante profecía del señor Champsaur!

¡Cómo desearíamos creer que también en nuestro joven continente la lengua castellana *seguirá siendo la dominadora!* Desgraciadamente, influencias enormes pesan sobre ella; su unidad es muy difícil, dada la inmensa extensión de nuestras comarcas y las débiles comunicaciones que éstas mantienen entre sí, y otra profecía desconsoladora que el ilustre Cuervo estampa en su gramática nos dice que es inminente un desmoronamiento del castellano en dialectos diversos. ¿De hecho no es ya un dialecto lo que se ha-

bla en la Argentina? ¿Y no va para tal la lengua española que se habla en Chile? Dos corrientes formidables, la sajona y la indígena, aportan de continuo vocablos que dan al traste con la elegante pureza del viejo idioma. Los literatos, los modernos sobre todo, hemos extraído del Diccionario y de los viejos libros cuanta belleza hemos encontrado, oponiendo a un criollismo de mal gusto y a una angliparla desastrada, verdaderos antemurales de piedras preciosas: todas las que ocultaban las arcas del castellano. Pero nuestra labor va siendo impotente contra el alud, porque luchan en desigualdad de condiciones. Un ferrocarril a través de todas nuestras tierras latinas y merced a él un vigoroso intercambio intelectual, salvarían a nuestra lengua de esa terrible amenaza de desmoronamiento en patuás feos e incultos. También sería gran aliada la baratura del libro. De otra suerte, muy en breve un mexicano ni entenderá a nadie ni se hará entender en el Perú, ni un peruano en Chile, ni un chileno en Buenos Aires, y tendremos que traducirles además a nuestros hijos, no sólo el *Quijote*, sino nuestros propios libros de fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

III

DE LOS NUEVOS METROS Y LAS NUEVAS COMBINACIONES MÉTRICAS EN LA LITERATURA MODERNA

Estrenóse en los primeros días de este mes, en el Teatro Español, la leyenda trágica del poeta Eduardo Marquina, intitulada *Las hijas del Cid*. Esta pieza, que es un decoroso intento dramático, tuvo uno de esos éxitos de estima que el público discierne a obras que no lo entusiasman, pero en las que descubre nobles fines y serias cualidades. La leyenda explota aquel episodio terrible de la vida del Cid en que éste, ya viejo, ve afrentadas a sus hijas de la más vil manera por los Condes de Carrión:

> De concierto están los condes
> hermanos Diego y Fernando;
> afrentar quieren al Cid,
> y han muy gran traición armado;
> quieren volverse a sus tierras,
> sus mujeres demandando,
> y luego les dice el Cid
> cuando las hubo entregado:
> —«Mirad, yernos, que tratades
> como a dueñas hijasdalgo

mis hijas, pues que a vosotros
por mujeres las he dado.»
Ellos ambos le prometen
de obedecer su mandado.
Ya cabalgaban los condes
y el buen Cid ya está a caballo
con todos sus caballeros,
que le van acompañando.
Por las huertas y jardines
van riendo y festejando;
por espacio de una legua
el Cid los ha acompañado;
cuando d'ellas se despide
lágrimas le van saltando.
Como hombre que ya sospecha
la gran traición que han armado,
manda que vaya tras ellos
Alvar Fáñez, su criado.
Vuélvense el Cid y su gente,
y los condes van de largo;
andando con muy gran priesa
en un monte habían entrado
muy espeso y muy oscuro,
de altos árboles poblado.
Mandan ir toda su gente
adelante muy gran rato;
quédanse con sus mujeres
tan sólo Diego y Fernando.
De sus caballos se apean
y las riendas han quitado.
Sus mujeres que lo ven
muy gran llanto han levantado;
apéanlas de las mulas
cada cual para su lado;
como las parió su madre
ambas las han desnudado
y luego a sendas encinas
las han fuertemente atado.
Cada uno azota la suya
con riendas de su caballo;
la sangre que de ellas corre
el campo tiene bañado;
mas no contentos con esto
allí se las han dejado.
Su primo que las hallara,
como hombre muy enojado
a buscar los condes iba;

y como no los ha hallado
volviese presto para ellas
muy pensativo y turbado:
en casa de un labrador
allí se las ha dejado.
Vase por el Cid su tío.
Todo se lo ha contado;
con muy gran caballería
por ellas han enviado.
De aquesta tan grande afrenta
el Cid al Rey se ha quejado;
el Rey como aquesto vido
tres cortes había armado.

He aquí, pues, el núcleo del drama; pero como la escena capital, de un interés rudo, de una trágica y salvaje belleza, no puede representarse, la obra resulta lánguida.

La escena que precede a la afrenta, hácela pasar el poeta en una tienda de campaña, ya en pleno bosque. Doña Sol y doña Elvira aguardan a los condes de Carrión para seguir su camino. Todos sus acompañantes amigos hanlas dejado ya. Se sienten muy solas y un angustioso presentimiento las acosa.

En esto un pobre romero anciano pasa por allí y se acerca a hablarles y trata de hacerles compañía. Su voz tiembla de ternura y también de presentimientos dolorosos. Es el Cid, el Cid que ostensiblemente no puede ya acompañar a sus hijas, a quien su carácter, su penacho, su leyenda misma como si dijéramos, prohíbenle mostrarse humano; pero que en el fondo tiembla por la suerte de sus hijas y, padre amantísimo, ronda por cuidarlas aquel claro de la selva.

Sangre del Cid ella sola se guarda,

dícele orgullosamente doña Elvira, rehusando su compañía; doña Elvira, que ha conocido acaso a su

padre, tras del piadoso disfraz, y que con una frase altiva del mismo aprendida, quiere darle valor...

El Cid a esto nada puede responder y se aleja cubierto con la esclavina constelada de veneras, se aleja estremecido de piedad paterna, se aleja; pero no sin decir a las infantas que en el hueco de un árbol cercano deja un caramillo. Que en cuanto ellas requieran ayuda lo hagan sonar, y que a la voz aguda de la caña quienes velan por ellas vendrán a socorrerlas...

¡Ay! el caramillo suena; pero demasiado tarde, cuando los infantes de Carrión, ebrios y brutales, han afrentado ya a las míseras.

La escena ésta que describo, llena toda del temblor de lo que se espera, de la ansiedad de lo desconocido, es acaso lo mejor de la pieza.

El Cid aparece en toda la leyenda bajo un aspecto que ha desconcertado por completo a la masa del público: el de padre amantísimo, lleno de ternuras. De aquí tal vez el éxito discreto de la obra, que ciertamente merecía algo más. De seguro que todo el mundo esperaba combates, tropeles de turbulentas mesnadas, ruidosas rotas moras, descalabro de castillos, incendio de ciudades.

Y nada de esto sucede. En el primer acto el Cid organiza la nueva vida cristiana de Valencia, tomada ya a los sarracenos, y la infantita doña Sol aparece, como una princesa de las estampas, con un brial violeta, ingenua y celeste, distribuyendo caridades a los vencidos.

En el acto segundo vemos a los infantes de Carrión bebiendo y holgando en un harén, con bellísimas moras que por cierto sólo piensan en aturdirlos con sus caricias para entregarlos inermes a los suyos. Mientras allá en los campos el Cid, que ha organizado una algarada, se bate con el enemigo, y en medio de la pelea echan todos de menos a los infantes.

En esta escena hay incidentes verdaderamente teatrales y con habilidad producidos, como la descripción que un jefe árabe hace, a propósito de un presagio, de cómo domaba a dos serpientes, y la entrada de Téllez Muñoz, sobrino del Cid, enamorado en silencio y caballerescamente de la infantita doña Sol, y que testigo de la cobardía de los de Carrión y generoso hasta el heroísmo, les entrega una bandera que él ha cogido a los moros para que ellos la muestren como trofeo propio, y les cuenta cómo ha sido la algarada, a fin de que puedan decir al Cid y a sus esposas que estuvieron en ella.

La obra es, en mi concepto, merecedora de loa; toda ella hija de un alto, noble y delicado intento; y si, como digo, su éxito no puede llamarse ruidoso —lo que en suma acaso es en su abono—sí puede calificarse en cambio de un éxito serio.

En casi toda la leyenda, y a esto quería yo venir a parar, como asunto por excelencia de mi informe, Marquina usa el endecasílabo gallego.

No puede hacer la postrera limosna...—dice con simbólico y sentencioso candor la infantita doña Sol a su aya, refiriéndose a Téllez Muñoz, que velada, pero expresiva y castamente, le revela su amor, y a quien ella, en su honestidad de casada, no puede consolar...

Sangre del Cid ella sola se guarda—exclama doña Elvira en las circunstancias que hemos apuntado, y de todas las bocas y en casi todas las escenas surge el endecasílabo gallego sin rima, como obedeciendo a un definitivo propósito de volverlo a la circulación corriente por parte del poeta.

Sabida es la historia de este metro. Cuando Rubén Darío vino por primera vez a España y escribió

aquel célebre *pórtico* a Rueda, díjose y sostúvose que había inventado un nuevo metro (el que hoy usa Marquina en *Las hijas del Cid),* hasta que Menéndez Pelayo puso las cosas en su lugar...

Darío mismo, por lo demás, refiere el suceso en las siguientes palabras de sus recientes *Dilucidaciones:*

... «Y mis aficiones clásicas encontraban un consuelo con la amistosa conversación de cierto joven maestro que vivía como yo en el hotel de las Cuatro Naciones. Se llamaba y se llama hoy, en plena gloria, Marcelino Menéndez Pelayo. El fué quien oyendo una vez a un irritado censor atacar mis versos del *Pórtico* a Rueda como peligrosa novedad:

... y esto pasó en el reinado de Hugo, emperador de la barba florida..., dijo: ¡Bonita novedad! Esos son sensiblemente los viejos endecasílabos de gaita gallega:

Tanto bailé con el ama del cura,
tanto bailé que me dió calentura.

Y yo aprobé. Porque siempre apruebo lo correcto, lo justo y lo bien intencionado. «Yo no creía haber inventado nada»... etc.

En efecto, no había invención alguna. Cuando yo era niño mi nana me contaba la viejísima historia de los Duendes del Bosque, quienes cantaban aquello de:

Lunes y martes y miércoles tres,
jueves y viernes y sábado seis.

Pero si Darío no ha inventado metros, ha en cambio devuelto a la circulación admirables combinaciones antiguas, como en sus *layes, dezires y cantares a la manera* de Johan de Mena.

Metros ya no inventa nadie, diga lo que quiera un estimable literato centroamericano, que en días pasados sugería *una nueva* combinación de sílabas y de acentos que sólo tenía el defecto de ser del todo inarmónica.

Si Darío y otros que como él (Lugones por ejemplo) tienen una digitación tan hábil para ese tecleo de la técnica, no han acertado con un hallazgo, dificilillo sería que otros acierten; pero no deja de ser lastimoso hacer constar que todo el virtuosismo moderno no haya dado aún una forma nueva a la lírica castellana.

Eso sí, las resurrecciones han abundado.

Poetas sobran que, juzgándolo procedimiento novedosísimo, echan mano de aquel balbuceo del endecasílabo por el que el divino Herrera experimentaba tal veneración y respeto, al leer las obras del marqués de Santillana.

En efecto, véase este soneto y dígase si la colocación de los acentos, si la cojera de algunos versos, si la ingenuidad del ritmo no lo asemejan a composiciones modernas de tal o cual ultrapoeta:

«O que diré de ti, triste emispherio,
o patria mía, que veo del todo
ir todas cosas ultra el recto modo,
donde se espera inmenso lacerio?
¡Tu gloria é laude tornó vituperio
e la tu clara fama en escureça!...
Por cierto España, muerta es tu nobleça
e tus loores tomados hacerio.
¿Dó es la fée... dó es la caridad?
dó la esperança?... Ca por cierto absentes
son de las tus regiones é partidas.
«Dó es justicia, templançá, igualdat,
prudencia é fortaleça?... Son pressentes?
Por cierto non: que léxos son fuydas.»

La veneración de Herrera se comprende: este soneto es el padre, admirable, de los innumerados que

brotaron más tarde de tantas y tan doctas liras. El gran marqués de Santillana, cuya técnica fué tan notable para su época como la del Rey Sabio en la suya, cuando cultivaba «multitud de metros y ensayaba diversas combinaciones rítmicas, sustituyendo a la grave y austera rigidez de la *gran maestría,* ya la ligereza del *arte real*, ya la majestad y pompa de la *maestría mayor,* cuyo origen puede sin dificultad encontrarse en la métrica hebraica».

Indecible es el mérito de hombres como Gonzalo de Berceo, el Arcipreste de Hita, el Canciller Pero López de Ayala, al transformar la poesía castellana, y este mérito se vuelve inmenso en el marqués de Santillana, porque él unió a una comprensión clara y profunda una ductilidad de espíritu y de imaginación de que difícilmente se halla ejemplo, una erudición notable, un vivo deseo de progreso y una galanura incomparable en el decir.

«Nacido de la primer nobleza—dice uno de sus más ilustres biógrafos—, no le era posible echarse en brazos de la poesía popular, «de que las gentes de baxa e servil condición se alegraban»; para cultivar tan bella arte, debía hacerlo a la manera de los doctos, que alcanzaban en la corte de Castilla alto renombre; y aficionado desde la infancia con la lectura de los códices atesorados por sus mayores, a los ingenios eruditos, sólo podía encontrar en ellos modelos dignos de ser imitados. Cuando, entrado ya en la juventud, comenzó a tomar parte en el movimiento intelectual de aquella corte, brillaron a su vista con inusitado esplendor las glorias de los italianos y lemosines, y no fueron para él de poca estima las obras de franceses y catalanes.» «Es notable—añade el biógrafo en sustanciosa nota—cuanto sobre los poetas franceses dice el marqués de Santillana en el párrafo XI de su *carta al condestable*, sobre lo cual pueden verse también los números XXX, LVIII, LVII, LVXXVI y LXXVII de su *Biblioteca. Su*

amor a estos estudios le hizo ser considerado por sus coetáneos como *sobradamente adicto o las cosas extrañas*, llegando a tal punto, que el autor de las *Coplas de la Panadera* le califica del siguiente modo, al dar cuenta de su esfuerzo en la batalla de Olmedo:

Con fabla casi extranjera,
armado como francés,
el nuevo noble marqués
su valiente bote diera.
A tan recio acometiera
los contrarios sin más ruego,
que vivas llamas de fuego
pareció que les pusiera.»

No debemos quejarnos, los poetas de ahora, de todos los cargos que se nos han hecho con harta acritud, por nuestra *adhesión a las cosas extrañas,* que han servido por cierto para enriquecer la poesía castellana. En buena compañía estamos para las censuras. El marqués de Santillana, hace muchos siglos, y después Boscán y Garcilaso y más tarde Cervantes, fueron reprochados por lo mismo y, sin embargo, a ellos se debe el brillo de la rima. Siguiendo las huellas de los trovadores provenzales, «aspirando al propio tiempo a dotar a la literatura castellana de la metrificación ilustrada con las creaciones de los vates toscanos», fué cómo el nobilísimo marqués engrandeció esta literatura.

Los poetas nuevos de América y de España hemos procurado algo análogo en estos tiempos, y sobre nosotros han llovido soflamas, escándalos y aspavientos, de los que acaso, en suma, debiéramos enorgullecernos.

No nos enorgullezcamos, empero, demasiado. Menos felices que el marqués de Santillana, aún no hemos logrado inventar un metro...

¿Tan difícil es, pues, inventar un metro, que Darío, con todo su docto y tenaz deseo, lo más que

ha logrado es popularizar los olvidados, y ninguno de los nuevos de América ha logrado más que él? Difícil, sí, debe ser, y en todos los idiomas, ya que Edgardo Poe, que en su *Cuervo* procuró con empeño originalidad grande, no quiso lanzarse a la conquista de un metro nuevo, contentándose sólo con una inusitada combinación de metros conocidos.

«Aquí bueno será decir—como afirma el gran poeta—unas cuantas palabras de la versificación. Mi primer objeto, como de costumbre, fué la originalidad. Lo mucho que ésta se ha descuidado en la versificación, es una de las cosas más incomprensibles del mundo. Admitiendo que hay poca posibilidad de variedad en el mero ritmo, es, sin embargo, claro que las variedades posibles de metro y estrofa son absolutamente infinitas y, sin embargo, «durante siglos enteros, nadie, en verso, ha hecho ni parece haber intentado hacer una cosa original. De hecho, la originalidad—a no ser en espíritus de fuerza muy excepcional—no es, como muchos suponen, cuestión de impulso o intuición; en general, para encontrarla, hay que buscarla trabajosamente, y aunque es un mérito positivo y de la más alta calidad, exige para lograrse menos invención que negación.

»Por supuesto, no tengo pretensiones de originalidad ni en el ritmo ni en el metro de *El Cuervo*. El ritmo es trocaico, el metro es octámetro acataléctico, alternando con heptámetro cataléctico, repetido en el estribillo del quinto verso y terminado con tetrámetro cataléctico. Con menos pedantería, los pies empleados consisten en una sílaba larga seguida de una corta: el primer verso de la estrofa consta de ocho pies de éstos; el segundo, de siete y medio; el tercero, de ocho; el cuarto, de siete y medio; el quinto, de los mismos, y el sexto, de tres y medio. «Ahora bien; cada uno de estos versos, considerados aisladamente, se ha empleado ya y toda la originalidad que tiene *El Cuervo* está en su combinación para

formar la estrofa, pues nunca se había intentado nada, ni remotamente, semejante a ello.»

Hace unos doce lustros que se escribieron estas líneas. Desde entonces, mucho se ha intentado en asunto de combinaciones y muchas se han logrado.

El metro de nueve sílabas, por ejemplo, se usaba rara vez en la literatura, considerándosele rudo e insonoro. Hoy se usa familiarmente y nuestro oído, a él acostumbrado, lo encuentra armonioso, descubriendo en él una música nueva y bella.

Darío dice:

> juventud, divino tesoro,
> ya te vas para no volver:
> cuando quiero llorar no lloro
> y a veces lloro sin querer.

Y de fijo nadie osará afirmar que estos versos son ingratos.

Yo (y perdóneseme que me cite: lo hago sólo a título de ejemplo), yo he usado mucho el verso de nueve sílabas, que satisface por completo mi oreja. Recientemente escribí los siguientes:

> Papá Enero que tienes tratos
> con los hielos y con las nieves
> (y que sin embargo remueves
> el celo ardiente de los gatos),
> guarda en tu frío protector
> el cuerpo y el alma en flor
> de mi niña de ojos azules
> (en cuyas ropas y baúles
> hay castidades de alcanfor).
> Mantén sus ímpetus esclavos,
> mantén glaciales sus entrañas
> (como los fiords escandinavos
> en su anfiteatro de montañas).

Pon en su frente de azahares
y en su mirar hondo y divino
remotos brillos estelares,
quietud augusta de glaciares
y limpidez de lago alpino.

He usado, asimismo, de este metro en combinaciones diversas con otros, obteniendo efectos muy variados. Estos por ejemplo:

Yo no sé si estoy triste
porque ya no me quieres
o porque me quisiste,
¡oh! frágil entre todas las mujeres;
ni sé tampoco
si de ti lo mejor es tu recuerdo
o si al olvidarte soy cuerdo
o si al recordarte soy loco; etc.

Martínez Sierra ha combinado estrofas como ésta:

Y un precoz pensador de diez abriles,
intrigado pregunta
a una rubia y graciosa chiquitina:
—Di, ¿cuál será el secreto de la historia
de Pierrot y Colombina?

«Martínez Sierra—dice el joven y ya ilustre crítico Andrés González-Blanco en un reciente estudio—ama los hexasílabos, y sobre todo a los hexasílabos agudos, y no he de pasar sin decir que esto—en un escritor que profesa la abstención de todo esfuerzo métrico—acusa en verdad un relevante gusto. El hexasílabo, en efecto, con ser corto aritméticamente, es uno de los versos castellanos más amplios rítmicamente, y tiene una cadencia de solemnidad y de acompasada prosopopeya que conviene muy bien a las estrofas inrimadas del verso libre. Martínez Sierra, al alternarla con el endecasílabo, y al usarlo, ya en acento agudo, ya con una cadencia llana un poco menos benesonante, ha logrado una combinación mé-

trica muy grata al oído y muy simpática—literalmente, como puede notarse en estos sentidos versos del epílogo:

Estrofas mías: Quiero
antes de que emprendáis vuestra jornada,
daros mi bendición,
mi bendición humilde,
bendición de poeta y de cristiano:
«Pasad, haciendo el bien.»

Alfonso López Vieira, el notable poeta portugués, en su último libro de versos combina felizmente el decasílabo y el octosílabo, y explica esta combinación diciendo:

«Igualmente veréis casados neste livro os dóis metros construtivos de lingua, que o feroz preconceito nunca deixara unir: o decasílabo, esta maravillosa flor grega que atravessou vindo até nos um mundo de geladas convencoes ficando moca, intacta e tao humana na nossa linguagem que por si mesma se alicerca na prosa ritmica, na desprevenida fala; e a redondilla, essa outra flor suprema, con tanta graca de Primitiva, e que tem por medida a respiracao do homem.»

Rubén Darío ha hecho con el viejo exámetro primores de técnica.

En general, es este gran poeta quien más pródigo de combinaciones se ha mostrado; algunas tan bien logradas como la de su responso a Verlaine:

Padre y maestro mágico, liróforo celeste...

Manuel Machado usa también ampliamente de todos los maridajes métricos, y no son raros en él los aciertos. De él son estos versos:

Gongorinamente
te diré que eres noche
disfrazada
de claro día azul;

azul es tu mirada
y en el áureo derroche
de tu pelo de luz, hay un torrente
de alegría y de luz.

Leopoldo Lugones ha solido desdeñar estos alardes, pero en cambio ¡con qué admirable pericia maneja los metros conocidos!

Y es tiempo ya de concluir. Muchas citas se quedan en la memoria, pero alargaría sin provecho, y sí con fatiga de lectores, este informe sobre los *nuevos metros* (que resultan no ser ningunos) y sobre las *nuevas combinaciones métricas*, que resultan incontables.

IV

LA CUESTIÓN DE LA ORTOGRAFÍA

La cuestión de la ortografía en estos momentos se impone más o menos en todas partes. En Lieja dió lugar a uno de los números del programa de un Congreso que tuvo por objeto la extensión de la Lengua Francesa.

En la época—variable según el país—en que las lenguas modernas comenzaron a adquirir conciencia de sí mismas y derecho a la escritura, los primeros escribas se esforzaron en emplear una ortografía fonética, en designar cada sonido por medio de una letra y en no emplear una letra sino para un sonido. A medida que los idiomas evolucionaban, la ortografía, igualmente, se modificaba, hasta el día en que llegaron los gramáticos, ignorantes en su mayoría de las verdaderas leyes filológicas.

Se pretendió entonces dar reglas inmutables y fijar el idioma, so pretexto de que algunos grandes escritores habían escrito obras notables en una lengua «definitiva». Como las leyes del lenguaje no obedecen a la férula de los pedagogos, la evolución continuó, en tanto que la ortografía permanecía inmuta-

ble: de donde proviene ahora una diferencia enorme entre el lenguaje y la escritura que lo transcribe. Y no solamente la ortografía de cada lengua es eminentemente arcaica, sino que está asimismo esmaltada de fantasías burlescas, salidas por completo del cerebro de los gramáticos.

Esta es la historia de todas las ortografías. Al griego moderno le ha ido, sin embargo, peor aún: en él la lengua misma ha sido torturada y desnaturalizada por la escritura. El señor Psichari y el señor Pallis han mostrado la importancia capital que tiene para Grecia una reforma lingüística, de la cual la ortografía no constituye más que uno de los aspectos.

Francia e Inglaterra son las naciones más mal libradas con respecto a la ortografía. El hecho es tanto más lamentable cuanto que el francés y el inglés son dos idiomas claros y sencillos dotados de una gran fuerza de difusión.

Desgraciadamente, su ortografía impide singularmente su expansión. ¿Quién no se sorprendería si pensase que la ortografía francesa corresponde poco más o menos en su conjunto a la pronunciación de la lengua en el siglo XIV? De entonces acá no se han introducido más que dos reformas importantes: el cambio de *oi* en *ai* en *monnaie*, etc., y la supresión de la *s* de *beste*, etc. En cambio, los «grandes retóricos» han añadido a la lengua letras parásitas que existen todavía, cambiando *lais* en *legs, doit* en *doigt, pois* en *poids*, etc.

Como el francés, el inglés ha tenido la doble malaventura de evolucionar muy rápidamente y de ver su ortografía fijada casi por completo hace cinco o seis siglos, cuando Chaucer fué proclamado «clásico».

La distancia enorme que existe ahora entre la pronunciación y la gráfica no parece asustar mucho a la mayoría de los ingleses, que son muy conservadores y tradicionalistas. En Francia parece más probable que en Inglaterra una reforma.

El español y el alemán no vieron su ortografía fijada sino hasta el siglo XVI, la época de Cervantes y de Lutero.

La evolución de estas lenguas es más lenta, circunstancia que les asegura ahora una ortografía relativamente satisfactoria.

Deseamos a la Academia de Madrid, que pretende ser el custodio de la Lengua, que se muestre menos rebelde a las reformas que la Academia Francesa. En cuanto a la ortografía alemana, ha sido mejorada muchas veces. Hace como quince años, especialmente, se suprimió toda una serie de *haches* parásitas y de letras dobles.

Los italianos, que pueden leer sin aprendizaje a escritores de fines del siglo XIII, como Dante, conocen poco los inconvenientes de una mala ortografía. La lengua tan vecina aún del latín no ha evolucionado sino con mucha lentitud a través de los siglos.

Los estudiantes franceses e ingleses encuéntranse, pues, en un estado de inferioridad con respecto a sus vecinos. En tanto que aquéllos pasan años y años en asimilarse una ortografía burlesca, éstos les toman la delantera cultivando conocimientos que desarrollan la inteligencia: ciencias, historia, geografía, lenguas vivas.

¿Cuándo se desembarazarán Francia e Inglaterra de la superstición de la ortografía, que tanto pesa sobre la escuela?

V

DEL ESTILO EXUBERANTE

La fertilidad de léxico en algunos escritores castellanos modernos

PASADA la tormenta romántica, el desordenado, el incontenible aguacero de imágenes, de adjetivos, de antítesis opulentas, de hipérbatons modosos, de sinónimos matizados, todos hemos vuelto a convenir en que la condición por excelencia de un bello estilo debe ser la sobriedad. Entendámoslo bien, la sobriedad; en modo alguno la pobreza. Decir lo que decir hemos sin hojarasca de palabras inútiles; que nuestra frase, mejor que abundante y ópima, sea nítida, lisa, bruñida; que exprese lo que se propone sin todos esos empavesados multicolores que fatigan la vista y ultrajan el ideal de elegante simplicidad que todos nos afanamos por alcanzar.

Algunos autores se figuran que, para comunicar al lector la expresión verdadera de una cosa, se necesitan muchas palabras. Lo que se necesita es la palabra justa. Los tales ensayan con la abundancia lo que

obtiene sólo la precisión del léxico; más bien parece que imaginan que, arrojando al papel muchas combinaciones verbales, el lector acabará por hallar las que él necesita para comprender lo que se pretende insinuarle. ¡Grave error! El lector no verá más que una llamarada de colores, una confusión de imágenes o de voces.

Es preciso, antes de escribir, buscar la palabra adecuada, aquella que tiene el colorido justo que necesitamos.

Ved, por ejemplo, la bordadora. Mirad cómo vacila para escoger la hebra que debe completar un dibujo de colores. Cómo coloca diversas hebras sueltas de matices análogos, sobre las ya fijas, a fin de ver cuál es la que mejor rima, y prenderla luego.

Sólo que la pereza del entendimiento se opone en muchos escritores a esa paciente operación previa que escoge y combina las frases, antes de verterlas, a fin de que las que vierta sean justamente aquellas que sean necesarias.

El vasto conocimiento del idioma suele perjudicar al estilo, y a este propósito quiero hablar ahora en mi informe.

Hay en España, entre los autores que conocen el idioma, una exagerada tendencia a hacer alarde de este conocimiento. Y en América, asimismo, los escritores castizos pecan por este lado. Acaso se imaginan que la ostentación de innumerables vocablos y formas de lenguaje consagrados impiden que se enmohezca la lengua y constituyen el mejor antídoto contra ese desfiguro perpetuo a que someten el castellano los otros, los de la tribu rebelde, los modernistas, sea dicho, en fin. La intención será todo lo sana que se quiera, pero el resultado es desastroso. En ese berenjenal de palabras el lector se fatiga y se pierde, y el autor no logra jamás afirmar su estilo.

Convengamos, por otra parte, en que no todos los

verbosos escritores castizos actuales se proponen desenmohecer precisamente vocablos: se proponen también ostentar su conocimiento del idioma. Se trata de una especie de torneo de la vanidad. Y si en la empresa emborronan su estilo, lo vuelven indigesto y petulante, bien merecido se lo tienen.

Como no quiero multiplicar los ejemplos, porque lo que mucho prueba no prueba nada, voy a citar dos nombres solamente que se refieren: el uno, a la generación de escritores que ahora se extingue; el otro, a la generación de escritores que ahora llega a la plenitud.

Los dos son notables y dignos de estima, por más de un concepto. Los dos, maestros en el idioma.

Me refiero a don Juan Valera y a don Francisco Navarro y Ledesma, muertos ambos con breve intervalo: el primero, ya muy anciano; el segundo, arrebatado en flor a las letras españolas.

Don Juan Valera poseía como ninguno la lengua, tenía esa suprema, esa elegante ironía que a tan pocos es dado manejar finamente. Conocía el significado exacto de las palabras, aunque no ese significado arcano, íntimo, misterioso, que las palabras esconden, sin el cual jamás se podrá expresar todo lo que se quiere, y que ellas ocultan avaras para los elegidos.

La palabra *dice* y *quiere decir*. El autor dice con ella esto o aquello, pero no logrará apoderarse del ritmo íntimo de las cosas sino cuando *quiere decir* esto o aquello, cuando intenta expresar lo que no se expresa de por sí, cogiendo simplemente las palabras necesarias, sino lo que sólo acierta a expresarse después de mirar muchas palabras al trasluz, a fin de ir descubriendo su significación escondida.

Hecho esto hay que saberlas juntar. Las palabras sufren de verse mal unidas. No es el adjetivo usual, el habitualmente visto al lado de un nombre, el que por lo general le conviene. Hay admirables alianzas

posibles entre el substantivo y el adjetivo, pero sólo les es dado encontrarlas a los grandes escritores, a los verdaderamente intuitivos.

Muchos se imaginan que cuando dicen *mar azul, mar proceloso, mar inmenso,* han dicho algo: han definido el alma del mar. No han dicho absolutamente nada. Esa alianza es vana. Quizá hace siglos tuvo alguna virtud. Hoy ya no tiene ninguna. Los ojos del lector pasarán a través de ese substantivo y ese adjetivo sin *hacer alto,* sin que en su espíritu despierte ninguna vibración dormida.

Maeterlinck o D'Annuncio no dirían *mar azul, mar proceloso, mar inmenso,* sino como para reposar al lector; porque esos adjetivos sin relieve marchan unidos a *mar* como no importa qué transeunte se une a otro en el azar de la acera. Para decir la virtud secreta y poderosa del mar, necesitamos ir a buscar en los yacimientos del idioma otros calificativos que nos están esperando, pero que no se nos revelarán tan fácilmente como creemos.

Decid *mar imperioso,* decid *mar sonoro,* decid *mar genésico.* Ya andáis un poco más cerca de la expresión. Decid *llanura móvil,* como dijo el divino Homero; *mar selvoso,* como dijo Esquilo; decid *orgullo de la ola, ritmo de la ola, misterio de la ola;* os seguís acercando... Pero el adjetivo o los adjetivos por excelencia suelen dormir en la veta, vírgenes y callados. El idioma evoluciona, muere, pasa... Otro lo sustituye, y aquel adjetivo no fué hallado... porque los escritores más atentos estuvieron a la abundancia exterior y aparente de la lengua que a la sabia y admirable riqueza interior de los vocablos.

Pero volvamos a don Juan Valera y a Navarro Ledesma.

El primero jamás adivinó el poder oculto de las palabras.

No creo que las usara nunca por instinto, sino con absoluta deliberación, pero gustábale mucho el es-

carceo y con suficiencia de general victorioso hacía-las evolucionar.

Generalmente un nombre iba abundantemente adjetivado. Don Juan quería dejar ver cómo sabía el idioma; los adjetivos eran viejos o nuevos, eran arcaísmos buscados y aun neologismos, puestos con cierta coquetería, como diciendo: «¿Ya ven ustedes? Si no uso frecuentemente esta voz es porque no debe usarse, porque no tiene nada de castizo; pero de ninguna manera por falta de conocimiento de ella. La uso, sin embargo, para que veáis que tengo manga ancha en esto del idioma, que no soy pacato, que no gusto de mojigaterías, que uso de cierta noble e indulgente liberalidad, que no soy de los que se aspavientan con los neologismos.» Y todos respondíamos: ¡Cómo conoce el idioma este don Juan!

Y este don Juan jamás se asomó al mundo interior del léxico, a lo que está en lo hondo de la palabra, a lo que conserva aún el sello enigmático y lejano de su origen celeste:

«En el principio el Verbo era Dios y el Verbo estaba en Dios, y por El fueron hechas todas las cosas y sin El no fué hecha cosa alguna...»

Este don Juan no penetró jamás a uno de esos callados claustros, donde las palabras nunca dichas son como invioladas monjas, a fin de robarse a *Doña Inés*, a ese incontaminado vocablo que expresa hasta lo inefable y que suele prenderse como gota de luz a los puntos de la pluma y caer sobre las cuartillas como un diamante, a condición de que la pluma esté sostenida por la mano de un genio.

Don Juan amaba el sinónimo sobre todas las cosas.

Yo conozco más de diez escritores castizos, en España y en América, que aman el sinónimo sobre todas las cosas. Es natural: el sinónimo prueba que se saben muchas palabras. El coco de los escritores medianos, y hasta de los que no escriben, es la repetición de las palabras:

«Ello indica pobreza de estilo», afirman. Y para huir de la pobreza de estilo se lanzan desesperadamente por el camino de la sinonimia.

Yo conocí a un joven que, antes de escribir, hacía una lista de sinónimos o, cuando menos, de palabras de significación aproximada.

Supongamos que iba a tratar de una iglesia, en la cual se había efectuado una gran solemnidad.

Mi amigo empezaba por escribir:

Iglesia,
Templo,
Santuario,
Basílica, y después:
Casa de Dios,
Lugar de oración,
Nave; etc.

«La iglesia, decía, estaba resplandeciente de luces.»

Y un poco más allá:

«Oprimíanse los fieles bajo la nave.»

Y luego:

«En el solemne silencio del templo.»

Y después:

«Penetró el obispo a la basílica», etc.

Y mi amigo quedaba satisfechísimo de la opulencia de su vocabulario.

Hubiera sido capaz de escribir: «Esos burros, asnos, jumentos o pollinos que van por los tortuosos senderos, por las torcidas veredas, por los estrechos caminos...»

Pues bien: con un talento veinte mil veces mayor, pero con análoga tendencia, escribía don Juan Valera.

Jamás pensó que el estilo *está en la construcción* y no en la abundancia; que el misterio de la personalidad se halla en la sintaxis y que con cien palabras puede un hombre de talento hacer más que otro con mil. Combinar los vocablos como se combinan los

colores; buscar el prestigio del matiz, el perfume nuevo de la expresión no hallada hasta entonces: *that is the question!*

Las palabras no son ni viejas ni nuevas: son viejas y nuevas sólo en razón de la manera con que se las combina, de la forma en que se las junta.

Don Juan Valera, que sabía tantas cosas, no sabía esto.

Tampoco lo saben muchos modernos; pero, como decía más arriba, me fijaré para no divagarme en uno solo, reputado por los más como maestro: en Navarro Ledesma. La obra maestra de este escritor y filólogo tan merecidamente apreciado, es, sin duda, *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra.*

Abro al azar una página, la número 5, y hallo, desde luego, estas frases... «la lucha era más fácil; los *cambios y vaivenes* de la *fortuna y del azar,* no menos súbitos.»

Y más adelante:

«Por entre el *bullicio y estruendo del domingo,* un hombre joven», etc.

Y después:

«*Tropezando y cayendo, a trancas y barrancas, un día de vos y otro de vuesa merced,* vivía la familia del cirujano Cervantes.»

Y luego:

«El famoso colegio... era *oficina incansable* y *colmena laboriosa* de la ciencia.»

Y luego:

«No tenía cejas, por lo cual le *ofendía* y *enfadaba* la luz.»

Esta fertilidad de palabras, cuyos significados tienen parentela, unida a una arrolladora abundancia de toda suerte de voces, se encuentra en todo el libro, que es, por cierto, admirable. Navarro Ledesma quiere hacernos ver, ante todo, que conoce su idioma y, para probárnoslo, sigue el procedimiento habi-

tual, el procedimiento de don Juan y de Galdós y de doña Emilia y de don Marcelino: palabrear, palabrear libremente, bellamente, gallardamente.

Unase a esto el afán de los modismos rancios, de las arcaicas frases hechas, de los refranes, de las construcciones cervantinas, y tendremos una idea de lo que es en lo general la alta literatura española, cultivada por viejos y jóvenes (salvo un *Azorín*, un Valle Inclán y otros que pretenden—y lo logran—crearse un estilo poderoso): algo lleno de pompa, recamado, solemne; luciente, pero sin fisonomía.

Hay vocablos que tienen fortuna; por ejemplo: *ensoñar*, *ensoñado*. Los encontraréis en todos, a cada paso. Veréis que están metidos con toda deliberación en la frase, y veréis también que la frase de cada autor en que el *ensoñar* anda, se parece a la del otro, como un cero a otro cero.

Eso que los franceses aman tanto, *la façon, la manière,* parece no tener significación alguna para los escritores castellanos.

El ideal de estos últimos es, sobre todo, la ostentación del léxico.

Y como no debe ponerse el vino nuevo en odres viejas, y como no es posible pensar de un modo original cuando se vierte el pensamiento en frases hechas hace siglos, gastadas por la circulación, resulta —a mí me resulta cuando menos— que, salvo esos que he citado, un Valle Inclán, un *Azorín*, los demás ya sé lo que van a decirme, todo lo que van a decirme.

Leerlos es para mí más bien un ejercicio de fraseología, un aprendizaje o una recordación de vocablos.

El poder, la magia de *la façon*, del sello personal, es inútil buscarlos...

Y he aquí cómo lo mejor es enemigo de lo bueno, y he aquí cómo este amor sin ponderación al castellano perjudica al castellano, que demanda en estos

tiempos de prueba, en que diez y ocho Repúblicas lo circulan de un modo diverso, mayor movimiento, nuevas canalizaciones, combinaciones elocutivas no hechas, formas no usadas que nos lo presenten rejuvenecido, flamante, amable y apto para luchar con los otros idiomas, que libran un gran combate por la conquista del mundo.

Sólo una cosa rancia es buena: el vino.

VI

EL MOVIMIENTO INTELECTUAL EN MADRID

Opiniones literarias

El año pasado fué elegido—para empezar a funcionar éste—secretario primero de la Sección de Literatura del Ateneo Científico, Artístico y Literario de Madrid, el joven escritor Bernardo G. de Candamo.

El reglamento del Ateneo exige, según parece, que el secretario primero de cada sección lea algún trabajo, y el señor Candamo, sometiéndose a este canon, escribió con el título de «Opiniones literarias» algunas notas bastante nutridas y sugestivas sobre los dos últimos períodos de la mentalidad literaria en España: el período de decadencia absoluta que siguió a los Alarcón, Campoamor, Núñez de Arce, doña Emilia (en algunas de sus obras), Valera, Bécquer, etc., y el período actual en que se nota un renacimiento de originalidad, de entusiasmo, de fuerza y de vida, y en el cual sobresalen, como figuras de cierto considerable relieve, Jacinto Benavente en el teatro, Pío Baroja en la novela, Unamuno y el malogrado Angel Ganivet en la especulación filosófica, Martínez Ruiz en la ironía (estilo Sterne o Carlyle o Hackevay o algo de cada uno) y Francisco

Villaespesa, Manuel Machado (buen instrumentador) y el sereno y robusto Eduardo Marquina, en la lírica.

Es también costumbre, a lo que parece, que el trabajo presentado por el secretario de cada una de las secciones sea discutido por los ateneístas, libremente, sin más requisito que el de pedir la palabra (privilegio que tiene sus inconvenientes cuando se trata de juveniles, turbulentos y exaltados espíritus latinos, que todo es uno), y las «Opiniones literarias» del señor Candamo han sido acaloradamente rebatidas o cálidamente defendidas durante algun tiempo—y lo son aún—, constituyendo esta discusión la actualidad intelectual por excelencia en España durante los meses de Enero y Febrero (contínúa el debate en Marzo) y mereciendo, por tanto, que me ocupe en ella al redactar mi informe de este mes de Febrero, pues nada más a propósito para reflejar el estado de la que pudiéramos llamar «cuestión literaria» y que es y seguirá siendo la cuestión palpitante en la capital ibérica.

Voy, pues, a hablar primero de las «Opiniones literarias» del señor Candamo, y después, de la fisonomía del debate que se continúa todos los martes por la noche en el Ateneo, al cual he asistido con cierta asiduidad y en el que se han ejercitado todos o casi todos los muchachos que aprenden a pensar en Madrid.

El señor Candamo empieza por una definición, delicada y bella: «Es el arte la más fuerte, la más honda manifestación de la vida: es como una resultante de la vida misma», dice. Luego nos recuerda las dos clases de hombres destinados a seguir caminos diversos, de que nos habla Musset en sus páginas sobre las maravillosas *memorias* de Casanova. Estos hombres que van por diversos caminos son extraños entre sí y se miran con el más absoluto desdén. Marchan unos por cierta y determinada senda

reculínea, con paso lento y metódico, casi maquinal, sometidos a órdenes, reglamentos y liturgias, a la ley inexorable de castas y categorías: son los religiosos, los juristas, algunos militares acaso; todos cuantos a lo largo del tiempo han dado vida a esa cosa muerta que se llama escalafón. Son fríos, apacibles. No hay en sus movimientos brusquedad alguna. Ni un grito, ni un gesto, ni una palabra desentonada.

Cuidan de conservar su energía inútil, y estas fuerzas inejercitadas los vuelven luego gordos y mansos, y ponen en sus rostros esa suave sonrisa beatífica de hombres satisfechos que hemos visto en algunas caricaturas, en algunos retratos, en los rostros de algunos señores amigos nuestros.

La otra senda no es una senda trazada y recorrida: es la tierra. En carrera loca, desenfrenada, pasan unos hombres valientes. Es el suyo andar ilógico y descompasado. Hombres capaces de vivir con intensidad, se dejan arrastar por la vida misma y van y vienen y tornan a ir, irreflexivos, incomprensibles, como una pluma arrebatada por el viento y que se entrega a su merced.

Y aquí, entre estos hombres, sonríe maquiavélico Casanova y yerguen en el aire diáfano el esplendor acerino de las espadas nuestros viejos conquistadores, nuestros guerreros de antaño. Y Rodrigo de Vivar blande su tizona en una actitud gallarda y grandiosamente épica. Pasan así el Aretino, que muere de risa, y el socarrón de Rabelais y Benvenuto Cellini, el perverso, y Miguel de Cervantes, y el fuerte, el intensísimo vividor que fué Lope de Vega. Son los creadores, los artistas. Son así los hombres capaces de todas las heroicidades, de todas las locuras, de todas las noblezas.

En la complejidad de sus espíritus laten anhelos místicos y ansias amorosas, y afanes de posesión e instintos de generosidad, y como el «hidalgo de un tiempo indefinido» retratado en un firme grabado

lírico por ese forjador de bellos versos, Rubén Darío, tienen:

Sangrientos labios dignos florecidos de anécdotas en cien Decamerones.

El lema de su escudo ideal se cifra en esta fórmula: ¡Vivir!

Estos hombres inadaptables son como los «sabios mal educados» de que nos habla el infatigable creador Pío Cid, «que no siguen las reglas usuales, sino que piensan o manipulan a su antojo y así revelan su originalidad, sacan a la luz nuevos hechos ocultos, inventan».

¿Hay en España artistas de éstos que, si vale la frase, no caben en los moldes simétricos de la mediocridad habitual? Muy pocos, según el señor Candamo, aun cuando la actual decadencia de la literatura española «tiene unos vagos vislumbres de renacimiento».

Los viejos de España no entienden ni gustan de la obra de los jóvenes. Ellos no comprenden, según el señor Candamo (quien sorprende un diálogo entre dos), más que «los nobles endecasílabos sonoros, heroicos de antaño, el suave octosílabo, la quintilla de las largas tiradas dramáticas, único rival posible de la décima, cuando se intentaba hacer venir a abajo los teatros de provincia, llenos de ese buen público que invade los coliseos de Vetusta o Lancia en las novelas de Leopoldo Alas y de Armando Palacio Valdés».

Como se ve, el señor Candamo (joven habría de ser) siente un reflejo de esas indignaciones líricas formidables que hará quince años sentían en Francia las nuevas escuelas contra «las momias», muy especialmente académicas, y ¡ay! nosotros creímos también de buen tono sentir en México, hace algún tiempo, indignaciones que sugerían a un poeta francés de los nuevos que se hiciese con los viejos lo que con ellos hacen algunos indígenas del archipié-

lago malayo: *subirlos a un árbol y sacudirlos fuertemente*. Los que tuviesen bastante fuerza en los músculos para mantenerse entre las ramas serían dignos de vivir, los otros serían devorados.

Quién sabe si acá para inter nos esto nos pasará a los que ahora escribimos, a los que ahora son jóvenes o *todavía somos jóvenes*, inclusive al señor Candamo, dentro de algunos años. ¡Se envejece tan pronto! ¡Y los que vienen detrás solicitan con tal impaciencia su puesto en la vida!

Los viejos no son más que ex jóvenes que hicieron su revolución y crearon y pensaron y amaron. Tenían una porción de camino que recorrer y lo recorrieron. ¿Por qué habían de aventurarse por el camino nuestro? ¿Por qué habrían de gustar de lo que nosotros hacemos? Hicieron su obra, cumplieron su misión, empujaron al universo hacia adelante el paso que les correspondía, y ahora confinan en el castillo de sus viejos ideales su espíritu aterido... como haremos nosotros, como hará el señor Candamo dentro de algún tiempo.

Cierto que hay ancianos que en bella comunión y en conciliatorio consorcio de ideales juntan sus cabellos blancos con nuestros cabellos negros. Pero éstos son seres excepcionales que sobreviven a su época, amando y comprendiendo la época nueva. No pretendáis encontrarlos en cada recodo de la vida. Son como las perlas negras, raros y preciosos.

El señor Candamo analiza en seguida la asendereada cuestión del arte aristocrático y del arte popular. No hay más que dos públicos: la aristocracia del pensamiento y el pueblo. «Los espíritus cultos tienen sus poetas de Homero a Rubén Darío (el señor Candamo olvida que Homero [o el conjunto de los cantos homéricos] fué esencialmente popular); sus dramaturgos de Aristófanes a Jacinto Benavente (hay, sin embargo, entre los dos una *ligera* diferencia).» «El pueblo, sigue diciendo, tiene sus coplas, sus roman-

ces y sus cuentos: son los cantares de amor, de sangre y de muerte en Andalucía; las jotas rudas en Aragón, y en Asturias y en Galicia dulces melopeyas, nostálgicas y misteriosas, como sus paisajes y como su cielo. En cambio, la burguesía lee a... Jorge Ohnet, López Bago, Pérez Escrich...»

Una y otra literatura son indispensables.

«Es necesario que los pobres de espíritu tengan también su ideal», ha dicho un escritor francés.

Convenido. Pero entonces, ¿por qué indignarse contra quienes no cultivan el arte aristocrático? ¿Por qué indignarse contra los que ensanchan su copa, a fin de que en ella beban muchas bocas?

Yo escribo para los menos: el señor Guerra Junqueiro, de Portugal, a quien Candamo con justicia llama alto poeta, escribe para los más; ¿quién es más artista, quién crea más belleza, quién produce más emoción de los dos?

¡Ah! señor de Candamo, debo confesar humildemente que el señor Guerra Junqueiro, el cual se acerca a ese ideal a que ha solido llegar el inmenso Maeterlinck, a ese ideal que pudiéramos llamar evangélico: reunir en la misma página tuétano de león para los fuertes y tuétano de lechón para los débiles, néctar para los olímpicos y miel virgen para los simplemente humanos. ¿Cómo se consigue esto? Pues muy sencillamente. El señor Candamo mismo ha encontrado, con su claro talento, el secreto, y este secreto es admirable por su sencillez:

«El secreto está *en la humildad*, en la humildad que crea religiones, en la humildad que hace al seráfico Francisco de Asís escribir por vez primera en idioma italiano para que el pueblo comprenda su fragante himno de bienaventuranzas por el hermano sol, por la hermana agua, por los hermanos pájaros y por nuestra hermana la muerte. A la amorosa humildad se debe esa plegaria de color y de luz, que es *la anunciación* de Fra Angélico. Ella dió vida a los

versos de Francis Jammes (1) e inspiró la dulcedumbre de unos cantos compuestos en portugués por Guerra Junqueiro. Y la humildad de los antiguos maestros castellanos ostenta en el tesoro de la mística todo el orgullo de su lujuriante florecer.»

Estamos, íntimamente, absolutamente, de acuerdo el señor Candamo y yo en estas bellas apreciaciones, en estas nobles y clarividentes palabras que constituyen el meollo de su trabajo.

Ese es el secreto, el divino secreto: la humildad y, añado yo, la alegría en la producción, esa santa alegría que nos identifica con todas las modalidades del Universo, ya sean hostiles, ya sean amables, esa serena alegría de Marco Aurelio y de San Francisco.

Al precepto de D'Annunzio: *Creare* con *goia,* deberíamos añadir: y *con humildad!*

Pero he aquí, señor Candamo, el verdadero escollo. No hay casi poeta que no se encarame a la trípode para escribir, o que no comience por desempeñar para continuar por producir, o que no pretenda saberlo todo, o que no llame *filisteos* a quienes no gustan de sus versos... o que, en fin, no esté henchido, empapado, compenetrado, saturado de su *yo*... convirtiéndose, más que en el sencillo y blanco sacerdote de la naturaleza, en el engreído y solícito administrador de su pequeño renombre. Yo conozco a muchos poetas así de América: ¿qué, el señor Candamo no conoce a muchos poetas así en España?

Cierto, sin humildad no se puede ser gran poeta, porque el alma íntima y radiante de las cosas no se comunica más que a los humildes.

Sin humildad no se puede hacer arte moderno. Porque como dice muy bien el señor Candamo, «el arte moderno no quiere ser elocuente ni oratorio. No va en pos de las muchedumbres para hacerlas estre-

---

(1) Para mí, señor Candamo, Francis Jammes es el poeta más hondo de los poetas vivos de Francia.

mecerse a sus gritos épicos. Sólo anhela llegar al corazón de los hombres sencillos e inteligentes de una manera humilde y natural, con la magnífica naturalidad de una puesta de sol o de un amanecer riente. A esos hombres va el arte en toda su pureza, alegra su espíritu y arranca destellos de ideas y de su tesoro interior».

Esto de la humildad en el arte lo admite y lo apadrina también, con convicción, Manuel Urbano, cuya réplica, o más bien escolio y comento al trabajo del señor Candamo, ha sido hasta ahora de lo poco apreciable y digno de tomarse en cuenta entre lo muchísimo que se ha dicho y sigue diciéndose en el Ateneo durante las noches de los martes, bajo la presidencia de Carlos Fernández Shaw, espíritu noble, ponderado y fino, y con asistencia de toda la juventud literaria española, que campa por sus respetos en Madrid.

Porque, como siempre ocurre en estos casos, se ha dicho mucho, pero se ha aprovechado poco.

Aquella bandada de muchachos agitados y nerviosos, ha asido por los cabellos la oportunidad de hablar y cada uno ha dicho del arte lo mucho que siente... y lo poco que entiende.

Desgraciadamente, la discusión no se ha mantenido en el terreno ideológico y frecuentemente el debate, vuelto personal, ha llegado a la acritud y aun al insulto. Hay ateneístas de veinte años que querrían comerse crudo a Grilo, por ejemplo.

¿Por qué Grilo ha de llegar a ser hasta académico, cuando España olvida a Ganivet y apenas lee al maestro Unamuno, a ese maestro Unamuno que ha probado que «todo es nuevo bajo el sol», que halla que la vida es *plenitudo plenitudinis et omnia plenitudo* y que saca el oro de la originalidad de la escoria de las ideas ambientes, quizá porque—volveré a citar a Candamo—«en arte, cuando un hombre habla, poniendo el espíritu en cada palabra, realiza siempre

una obra incomparable, que no repite jamás ninguna anteriormente realizada?»

La Academia es el coco de estos muchachos agitados.

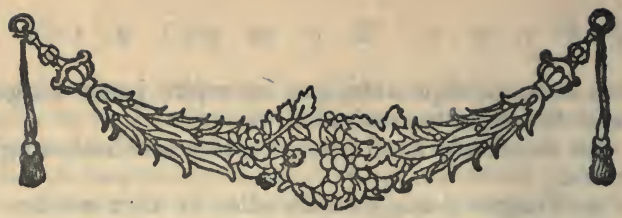
—¡Vengo—decía uno de ellos la otra noche—, cierto jovencito que promete mucho por cierto, y que se apellida como yo me llamo: Amado—vengo a denigrar y a vilipendiar a algunos académicos!

¡Mientras yo sea presidente de esta sección—ha replicado inmediatamente el señor Fernández Shaw con mucha oportunidad y tino—aquí no se vilipendiará, no se denigrará a nadie!

Cierto, de esta prolongada discusión de las «Opiniones literarias» del señor Candamo—¡ay! como de otras muchas discusiones—no surgirá la luz. Pero es consolador y vivificante ver el entusiasmo de la nueva pollada literaria, para discutir o apologizar a sus maestros y antecesores.

Hay en esos discursos, incorrectos y a veces incendiarios, súbitas revelaciones de talentos futuros y pruebas alentadoras de que la juventud literaria de España—al revés de muchos de los de la *pelea pasada*—lee, lee bastante, aun cuando a veces se le indigesten las lecturas, y tiene arrestos, vigor y savia.

Yo no puedo menos que regocijarme de esto porque adoro al sol hasta cuando me quema, al viento hasta cuando me derriba, y a la juventud hasta cuando me ataca.



VII

BOLSAS DE VIAJE PARA LOS ESCRITORES Y POETAS.—CONVENIENCIA DE CREARLAS EN EL MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA.—LO QUE SE HA HECHO EN FRANCIA

Hacía tiempo que venía reclamándose en Francia, para los poetas y literatos, algo así como el premio de Roma, que existe para los pintores, músicos y escultores.

El señor Emilio Blémont, presidente de la Sociedad de los poetas, logró interesar al señor Bienvenu-Martin en la creación de lo que se ha llamado una bolsa de viaje, de 3.000 francos, que debería ser entregada cada año a un escritor—poeta o prosista—y por fin, después de varias gestiones, el señor Aristide Briand, ministro de Instrucción Pública, Bellas Artes y Cultos, ha aprobado este interesante proyecto.

El ministro encargó al señor Emilio Blémont que escogiese los miembros de la comisión que va a ser llamada a definir las condiciones en las cuales debe entregarse la bolsa anual de viaje, y la lista aprobada es la siguiente: los señores Sully-Prudhomme, Anatole France y Maurice Barrés, como académicos;

Emilio Blémont y Emilio Michelet, como miembros de la Sociedad de los poetas franceses; Augusto Dorchaim, Víctor Margueritte y León Riotor, como representantes de la Sociedad de gente de Letras; Julio Claretie, Cátulo Mendes y Mauricio Donnay, como autores dramáticos; León Dieux, Ernesto Dupuy y Raúl de Saint-Arroman, como comisionados del Ministerio de Instrucción Pública; Lucien Descaves, Elemir Bourges y J. H. Rosny, como miembros de la Academia de los Goncourt; Bearquier, Couyba y Sembat, como diputados; Mauricio Faure, Máximo Lecomte y Rivet, como senadores.

Como se ve, los sufragios que un escritor o poeta necesita para obtener esa *bolsa de viaje,* son numerosos y variados; pero en fin, también los pintores y los músicos tienen que luchar arduamente para obtener el premio de Roma.

¿Por qué hasta hoy se concede oficialmente una pensión a un poeta o a un escritor para que viaje?

¿Es acaso porque el Estado se enmienda de un desdén anteriormente sentido con respecto a estos artistas?

No por cierto. El Estado sigue creyendo, como todo el mundo, en la inmutable preeminencia de la Poesía sobre sus hermanas la Pintura, la Escultura y la Música.

Es más bien porque estas pensiones no se habían creído necesarias.

Ha sido preciso que muchos pensadores sugiriesen y aun probasen su conveniencia, su utilidad, para que el Ministerio de Instrucción Pública de Francia pensase en concederlas.

Hace ya algún tiempo que un diputado pronunció en el Palais Bourbon estas palabras, que figuran en el *Journal Officiel* de Francia:

«*El Presidente:* Capítulo 48.—Viajes y misiones científicos y literarios. Tiene la palabra el señor Couyba.

»El *señor Couyba:* Querría yo, con mis colegas de todos los partidos de la Cámara, llamar la atención e invocar los recuerdos del señor ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, con respecto a una categoría de ciudadanos que, como el Edipo de Sófocles, no han pedido hasta hoy gran cosa, y a quienes, por lo tanto, no se les ha dado casi nada. Y sin embargo, esos ciudadanos han dado alguna gloria a Francia; quiero hablar de los literatos y de los poetas. (Voces de «¡muy bien, muy bien!») Vos, señor ministro, enviáis a Roma, a Atenas y a otras partes y hacéis bien, a los músicos, a los pintores, a los escultores, a los artistas propiamente dichos; acaso podríais también tender la mano a esos otros artistas: los literatos, que son músicos, escultores, cinceladores del pensamiento y del estilo, que son, frecuentemente ricos de talento, pero más frecuentemente aún pobres de fortuna, sobre todo en sus comienzos. (Voces de «¡muy bien, muy bien!»)

»Uno de sus defensores más autorizados, el señor Emilio Blémont, presidente de la Sociedad de los Poetas franceses, concibió un día esta idea interesante y fuése a ver al ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, a quien dijo, poco más o menos, estas palabras (es el señor Blémont quien habla): «Señor ministro, vos sabréis que los viajes forman a la juventud y conocéis ejemplos famosos que lo comprueban: Lamartine, en Nápoles; Musset, en Venecia; Víctor Hugo, en Madrid; Chateaubriand, en América; Verlaine, en el país de Shakespeare, de Tennyson y de Shelley, encontraron toda una renovación literaria y poética.»

A pesar de tan bellas palabras, el ministro «lo estaba pensando»; no se dejaba convencer. Sin embargo, la corriente de la opinión iba engrosando; Gastón Deschamps, que es tan leído y escuchado, decía poco antes de que se decretase la pensión:

«Es bueno que los poetas viajen. Jamás nos can-

saremos de decir esta verdad. Los viajes, se dice, forman la juventud. Ahora bien, los poetas, por definición, son siempre jóvenes, puesto que, según la bella frase de Alfonso Daudet, son hombres que han conservado sus ojos de niños.

»Es preciso que los poetas dejen errar su vida llena de sorpresa y de éxtasis, por el espectáculo ondulante y diverso de la vasta natura. Sobre todo en poesía, conviene unir con lazos armoniosos la vida y los libros. Las musas son incapaces de vivir enjauladas y aun de divertirse en *cabinet particulier*. Necesitan aire y espacio. Los caminos reales tientan su humor aventurero y sus ligeras plantas. No las encerremos, pues, bajo los techos donde repliegan sus alas y quebrantan su ímpetu!

»¡Ay!, muy frecuentemente nuestros poetas viven retenidos, lejos del cielo, del mar, de las estrellas, por un hilo en la pata o por una cadena en el cuello. Están sujetos a ocupaciones caseras, pegados al banco de alguna oficina (como ese pobre de Alberto Samain), o bien tienen que sujetarse voluntariamente a las servidumbres sociales...»

Como se ve, por artículos y discursos no ha quedado, y era ya tiempo de que el Ministerio de Instrucción Pública de Francia respondiese a este anhelo, a esta necesidad que se imponían.

Y el Ministerio ha respondido.

Ahora bien, me digo yo; ¿por qué ese Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, de México, que tanto se preocupa de las pensiones, que aún procura aumentar su número, no crea una Bolsa de viaje aplicable cada año, después de determinadas pruebas, a un literato o un poeta?

¡Ah! Estos viáticos no serían, por cierto, gravosos para el presupuesto del Ministerio. Equivaldrían apenas a una de las pensiones anuales más modestas que se conceden a los pintores. En efecto, con 3.600 francos que se dan a un pensionado modesto, un

poeta, un escritor, podrían perfectamente hacer un viaje, cuyo mínimum de tiempo se fijaría en seis meses.

Con ese dinero podrían pagarse los pasajes, que calcularemos en 1.500 francos, y seis meses de permanencia en el extranjero, a razón de 350 francos mensuales (o sea los 2.100 francos que restan), durante seis meses, período muy suficiente para que un poeta, para que un escritor, adquiriesen cuando menos una idea sintética de ese espectáculo *ondulante y diverso de la vasta tierra.*

Se obligaría a cada pensionado a traer de su peregrinación un libro, y para evitar las coincidencias o analogías de asunto y la monotonía resultante, se fijarían a cada uno, de acuerdo con sus tendencias y gustos, diversos objetivos.

Quién vendría a traernos su visión de las lluvias y el gris pertinaz de Holanda; quién la suya de la perenne nieve y el agua dormida y misteriosa de las montañas y los *fiords* de Noruega.

Quién vendría con el deslumbramiento de los soles de Grecia y de las santas ruinas blancas que sonríen aún en las montañas helénicas, y quién traería sobre su espíritu y sus versos proyectada la sombra secular y teológica de las ciudades góticas, o la vasta impresión de misterio de las pirámides y de la esfinge...

Y a algunos poetas y escritores que ganasen la pensión y que hubiesen ya viajado en el extranjero, se les obligaría a viajar por México mismo, a sentir la palpitación poderosa de nuestros trópicos, a soñar y pensar bajo la maravilla de las grandiosas ruinas de Oaxaca y de Yucatán.

Y otros irían a sorprender los informes aleteos del águila del Norte y otros descenderían desde las vértebras de los Andes hacia los litorales apacibles o activos de algunas de las naciones hermanas del Sur...

¿Verdad que vale la pena de crear estas modestas

Bolsas de viaje, a imitación de Francia; estas modestas Bolsas de viaje que no gravarán al Erario con más de mil quinientos pesos annales y que pueden significar tanto para el Pensamiento de la nación?

Así, pues, señor, yo me permito, como corolario de este informe, proponer a usted la creación de una Bolsa de viaje para los poetas y escritores mexicanos.

VIII

LIBROS DE NIÑOS.—LIBROS PARA NIÑOS.— LOS NIÑOS EN LA VIDA Y EN EL ARTE

QUÉJASE una escritora portuguesa de que en nuestra literatura latina, tan fecunda y tan rica, con suma dificultad se encuentra, o no se encuentra del todo, a esa deliciosa flor humana que se llama el niño, idealizada por la pluma de los grandes escritores.

El niño dice poco o nada a los novelistas y a los poetas de Francia, de España, de Portugal y de nuestra América.

Yo más que nadie he tenido ocasión de comprobar esto en mis arreglos de lecturas para los niños mexicanos. Frecuentemente me he leído a un poeta, a un novelista, de cabo a rabo, de *cuerito a cuerito*, sin encontrar una página adecuada o sobre los niños o para los niños. Esto por lo que ve a los autores «viejos» de México, que por lo que ve a la mayor parte de los nuevos, son algunos de ellos tan complicados, tan sensuales y tan amigos del léxico raro, que me ha acontecido repasarlos con la mayor diligencia y la más paciente solicitud, sin dar con una sola página suficientemente diáfana y tersa para la pura y luminosa mirada de un niño.

Debo hacer constar que de «los nuevos» de América, Rubén Darío es quien más fácilmente me ha dado páginas muy bellas para la infancia. Pero Rubén Darío es *toda la lira,* lo ha comprendido todo, lo ha sentido todo...

En México, fuera de las candorosas poesías de Rosas y de los Cantos del Hogar, los niños no tienen literatura... Pero consolémonos: no andan mejor provistos nuestros hermanos de la América del Sur y de España.

Compuse hace más de tres años un libro de *Cantos Escolares*, dolido de ver lo que se cantaba en las escuelas y en los coros de muchachos, y no me fué posible encontrar, entre tanto músico sabio como tenemos, uno solo que patrióticamente se decidiera a ponerles música: una melodía cualquiera.

Fué preciso recurrir a un músico extranjero, pero éste se mostró con el editor tan exigente y difícil en asunto de dinero, que no les fué posible convenirse y el libro se fué al cesto.

Pero oigamos a la escritora portuguesa. Entre los escritores franceses, en su concepto, hay algunos que escriben en forma autobiográfica, poniendo en escena un personaje ficticio, que evoca y describe su infancia. Pero sólo lo hacen con el propósito de preparar la juventud de su héroe. .

No se abandonan ingenuamente a su trabajo de psicología infantil, libres de preocupaciones de otro orden: de aquí el poco valor de esas notas sin exactitud. La gente que las lee hácelo con precipitación, ansiosa del momento en que el héroe del libro, desciñéndose el infantil disfraz, se lanza al duro combate de la vida, a sus peripecias y a sus pasiones.

El niño, en la literatura francesa, casi no existe.

En la obra colosal de Balzac, de ese Balzac que a medida que se interna en el tiempo se vuelve más asombroso y más grande, en vano se busca un niño que haga reir, que ilumine la vida de los personajes

del gran creador de almas, a quien los siglos futuros pondrán al lado de Shakespeare (a cuyos pies lo puso ya Taine).

Jorge Sand, que fué madre, y madre tan extremosa; que fué abuela, y abuela de tal suerte adorable, no nos hace sentir al niño en ninguno de sus libros. Nos cuenta, en la *Historia de mi vida,* su propia infancia, pero tan excepcional es ésta, tan diferente de las otras, que quien la lee percibe perfectamente que no son así los niños que conoce.

Quizás Víctor Hugo sea, en toda la literatura francesa, quien mejor ha traducido el alma infantil, poniendo en escena a sus nietos Juana y Jorge; pero desgraciadamente no ha tenido imitadores.

Yo conozco dos novelas francesas modernas que se refieren a niños: *Clara d'Ellébeuse,* del hondo y sutil Francis Jammes, y *Poil de Carotte*, de Jules Renard... pero se trata de dos morbos. *Clara d'Ellébeuse,* en que se adueña de nosotros toda la enfermiza y sutil psicología de una niña que se cree fecundada por un beso, y en cuanto a *Poil de Carotte* hay en sus páginas una psicología hábil, pero llena de perversidades.

Por lo que ve a la autora portuguesa a quien hemos venido citando, encuentra antipática y repelente la infancia de Juan Jacobo Rousseau, contada por el gran filósofo, y poco amable la niñez de Vallis, referida asimismo por él.

No opinamos como la autora en cuestión, pero si juzgamos que la infancia de Juan Jacobo no es de las que digiere cerebro infantil alguno, y en cuanto a Vallis, rebelado desde la cuna, en precoz efervescencia de odios, es de aquellos a quienes se puede aplicar la frase que a Benvenuto Cellini fué aplicada y que él cita en sus Memorias: «Nació con la espuma en la boca.»

En la literatura portuguesa y brasilera no existe tampoco el niño, como afirma la citada escritora y como es la verdad.

Nunca convergen sobre su fisonomía encantadora y misteriosa los rayos de luz de una comprensión genial.

Nunca es el asunto en torno del cual otros se congregan.

En la literatura italiana sí encontramos alentadoras excepciones. En el *Piccolo Mondo Antico,* de Fogazzaro, el personaje más interesante, embelesadora y deliciosamente estudiado, es una pequeñuela.

¡Qué magia de figurita! ¡con qué encanto infantil conversa! ¡cómo va desarrollándose a nuestros ojos! ¡qué goce proporciona el verla moverse, andar, brincar, discretear, preguntar!... ¡cuánta gracia en sus pequeños defectos de curiosa, de observadora de lo que en derredor acontece!

Aparece ante nosotros viva y natural, sin más idealidad que la del arte, que aureola su cabecita airosa.

El libro todo está admirablemente escrito, aun cuando nuestra autora declara que una vez muerta la niña (Fogazzaro tiene la crueldad... o la misericordia de matarla) ya nada más le interesa en esas páginas, notables sin embargo.

Pobre flor de poesía creada por un poeta y apagada luego por su soplo «como se apaga una luz»...

No creo necesario citar, como otra excepción italiana, el *Diario de un niño (Corazón)*, de Edmundo de Amicis.

Pero, desgraciadamente, la literatura de Italia no es muy pródiga de figuras infantiles...

Cierto que si los italianos y españoles destierran de la literatura a los niños, no los destierran del arte: ejemplos, los *Bambinos* de Rafael, los ángeles y querubines de toda la pintura italiana, y los Dioses niños del resplandeciente y dulce Murillo! Y sin embargo, nada sucede ser más interesante, más sugestivo para una pluma experta, que esas almas nacientes, que se abren «como una flor misteriosa», que esas inteligen-

cias que asoman a la vida llenas de curiosidades y de interrogaciones y cuya sensibilidad es un misterio insondable.

Pero veamos ahora el reverso, el hermoso reverso de la medalla.

¿Dónde?

En la literatura anglo-sajona.

Esta, en asuntos infantiles, es riquísima. El niño pasea triunfalmente por sus páginas, como, por lo demás, pasea triunfalmente por la vida.

Recuerdo haber contemplado un cromo inglés con cierto deleite.

Llámase, si mal no recuerdo, *Su majestad el niño*, y nos muestra el espectáculo de una de las calles más populosas de la inmensa Londres, en la cual todo un mundo de peatones, de cabs, de carros, de ómnibus, de vehículos de todos géneros se detiene ante el imperioso signo de un policeman, a fin de que pase de una acera a otra, de la mano de su nodriza, un bebé de dos o tres años!

Este cromo, que hace suavemente sonreir, nos dice todo lo que es el niño en la vida inglesa.

¿Qué tiene, pues, de extraño que, siendo tanto en la vida, su delicada y cándida silueta se proyecte sobre muchas de las mejores páginas literarias de esos cultos pueblos que se llaman la Gran Bretaña y los Estados Unidos, como la flor más preciada de una raza noble y potente?

Distínguese la literatura inglesa—como lo hace notar la señora Vaz, a quien vengo glosando—por la agudeza penetrante en el análisis de los caracteres que le pertenecen, y no se limita a estudiar al hombre y a la mujer ya hechos, ya modificados por la acción de la vida, ya gastados en sus aristas más ásperas por el contacto permanente de sus semejantes, desfibrados ya por la fuerza brutal de las circunstancias externas; sino que va a buscar la raíz de los sentimientos, de las tendencias, de las pasiones, de las

energías (que después nos hieren y sorprenden en el hombre y en la mujer), en el alma reveladora del niño...

Como en Inglaterra hay muchas mujeres de talento y algunas de genio, que tienen consagrada su vida a la literatura de ficción, y como el instinto maternal puede ser olvidado, eludido, discutido, si se quiere, pero nunca destruído enteramente, las novelistas inglesas que no tienen hijos descubren esa *maternidad ideal* del arte y del libro, que las compensa y consuela de la falta de la otra.

Las novelas de miss Yonge, tan amadas de la juventud, están llenas de niños, de la vida de los niños, de su ir y venir incesante y expresivo.

En *Villete*, de Carlota Bronte, que es una escritora genial, hay en las primeras treinta páginas una obra maestra de psicología infantil.

Se trata de una niñita de cuatro o cinco años, a quien su padre adora y llena de mimos y a quien, en vísperas de un largo viaje necesario, se ve obligado a encomendar a una vieja amiga.

Con esta materia prima elemental, hace miss Bronte un cuadro que bastaría para consagrar su nombre.

¿Y las dos criaturas de la novela de Eliot: *The mill on the floss?*

¡Qué magistral pintura de la mujer y del hombre inglés!

¡Qué encanto de evocación! ¡qué primor descriptivo! ¡qué milagro de intuición moral!

El rapaz *Tom* es el tipo admirablemente fijado del chicuelo que será un hombre inglés, vulgar.

Es brutal, egoísta, busca-pleitos, autoritario; consciente de su superioridad absoluta de *hombre*, como más tarde lo estará de su superioridad absoluta de inglés...

Jamás tiene para la hermanita, que le adora, una frase, una palabra de ternura, una expresión de agradecimiento. Todo le es debido a ese pequeño tirano,

que en la libertad y la abundancia de la vida rural irá adquiriendo y desenvolviendo fuertes músculos, capacidad de trabajo, endurecimiento físico y moral, conciencia de su máscula soberanía, de su poder de gobernar sin nunca ser gobernado.

En cuanto a ella, la pequeña Magda, será más tarde la gran escritora que se llamará Jorge Elliot, y por tanto debemos verla bajo este aspecto excepcional. El libro es, sobre todo, la más viviente de las autobiografías. Pero en ella resalta una deliciosa figura infantil, llena de gracia, de capricho y de abnegación inconsciente.

¡Si la mujer inglesa tiene una infancia así, ¡qué extraño es que sea la bella creadora de razas y de naciones que han ocupado tanto lugar en la historia!

Las escritoras que no tienen la sensibilidad aguda y mórbida de Carlota Bronte, ni la genial simpatía humana de la celebérrima autora de *Adam Bebe*, poseen, sin embargo, a juicio de la señora Vaz, un instinto que las lleva a buscar en el niño un elemento de profundo interés para sus estudios de caracteres.

Y es ésta una de las cosas que hace que una novela inglesa mediana sea de lectura más útil, provechosa e instructiva que una novela *continental* (para hablar como ellos).

Es el estudio del carácter humano, en sus infinitas modalidades, el tema predilecto de los escritores de Inglaterra.

Ahora bien; la clave del carácter del hombre está en el carácter del niño, y está en él asimismo la clave del carácter de la raza.

¿Por qué los latinos, los hispanoamericanos, los mexicanos, que tenemos tan curiosos ejemplos de psicología infantil, desdeñamos esta literatura?

El niño de nuestra raza se desenvuelve más rápidamente que el sajón y muestra más temprano que él una individualidad definida. Todas sus cualidades, todos sus defectos, todas sus energías se ostentan en

germen antes de los diez años, con una vivacidad que sorprende.

Hay en él precocidades admirables, réplicas o interrogaciones verdaderamente desconcertantes. El carácter idealista, imaginativo, ardoroso de la raza, se revela en todos sus actos, a veces muy fuera de razón y de un modo personalísimo e intenso. Y, sin embargo, nuestros escritores andan a caza de problemas sociales que aún no se plantean en nuestro medio en formación, o sobre el eterno hierro del amor, o se enfrascan en la voluptuosidad de historietas afrodisíacas...

El único que ha procurado en México desentrañar la psicología infantil, analizar esos espíritos misteriosamente embrionarios de nuestros niños, ha sido —hay que hacerle justicia—Angel de Campo *(Micrós)*.

Hay en su obra, desmanejada a veces y mal estilizada otras, pero siempre sincera y siempre basada en la verdad y en la vida, niños admirablemente sorprendidos. El sí se ha asomado al alma de la infancia y la conoce tan bien como el inmortal autor de ese *Tom Sawyer* que, barajado con *La mula y el buey*, con las aventuras de *Paconito Migajas* y otras lindezas de Pérez Galdós (bien escritas, pero mal vistas), interesaba hasta el delirio a nuestros alumnos de primer año de Lengua Nacional.

¿Por qué la Secretaría de Instrucción Pública no patrocina un concurso de novelas de niños, de estudios de almas infantiles?

Haría un gran bien, porque no se puede mejorar una raza si no se la conoce, y no se conocen ni las energías, ni las aspiraciones, ni los defectos, ni las cualidades de una raza, si no se ha familiarizado uno con sus niños, si no se ha asomado uno al alma en germinación de sus niños, si no ha sabido uno amarlos, comprenderlos y dirigirlos.

IX

LA UNIVERSIDAD POPULAR DE MADRID

A riesgo de apartarme, siquiera sea un ápice, del programa que esa Secretaría de su digno cargo se sirvió fijarme para que a él ajustase mis *Informes* mensuales, quiero hablarle en éste, correspondiente al mes de Mayo, que hoy fina, de una importantísima Institución libre de enseñanza, de vulgarización científica, existente en Madrid y que, aun cuando tiene semejantes en Europa y América, no sólo no ha imitado a ninguna de ellas, sino que reviste caracteres muy especiales.

Me refiero a la *Universidad Popular de Madrid.*

¿Qué clase de Institución es ésta?

En primer lugar diré que ni es obra de sectas, como las instituciones similares de Francia, ni vive en modo alguno de apoyo oficial, y ha sabido crear en Madrid el tipo de conferencia amistosa, de conversación familiar, encaminada a educar e instruir a las masas.

La Universidad Popular no se jacta por cierto de la originalidad que todos le reconocemos. Si, según las palabras de uno de sus organizadores, no está formada a la moda de ninguna parte, no es porque as-

pirase deliberadamente a singularizarse, sino porque la prisa que hubo por trabajar, por hacer, no dió tiempo a mirar los modelos que pudieran ser imitados.

No se ha pretendido singularizar la obra; se ha pretendido simplemente adaptarla a la índole del pueblo español. No se ha desdeñado la enseñanza de lo que se practica en otros países; pero, al desarrollar ese estudio, los fundadores llevaban ya por delante una considerable cantidad de labor y de observaciones propias y estuvieron por ello a cubierto de caer en lo demasiado exótico.

Por lo apuntado se viene fácilmente en conocimiento de la índole de esta obra educativa, y puede ya responderse a la pregunta hecha arriba:

¿Qué clase de institución es la Universidad Popular?

«La Universidad Popular—dice el artículo 1.° de sus estatutos—es una institución que tiene por objeto realizar una obra de educación social, divulgando entre los elementos populares toda clase de conocimientos útiles por medio de conferencias, cursos, veladas, excursiones, visitas a museos y fábricas, publicaciones especiales, etc., etc.»

La idea generadora de esta institución fué una idea de alta solidaridad, y su tendencia, según las palabras de los fundadores, la de aproximar a los que están distanciados y mantener unidos a los que se hallan en peligro de separarse. Su acción, pues, ha tenido que ser recíproca: llevando a los elementos populares los resultados más fácilmente asimilables del estudio ordenado que no han podido hacer por sí mismos, y recogiendo de ellos, en cambio, las enseñanzas valiosas que de modo tan pródigo da la realidad viva siempre que a ella se acude con ansia de aprender.

Añádase a esto el nobilísimo afán de sacudir la apatía ambiente, de destruir la ignorancia, de matar

la intransigencia, y tendréis en obra a la Universidad Popular.

Para fundarla no se ha necesitado más que buena voluntad. A sostenerla contribuyen todos. No hay profesor, no hay artista, no hay hombre que pueda decir una palabra de bien, de progreso, de amor, de enseñanza, que no acepte gustoso la invitación que se le hace.

Como local, la Universidad Popular puede decirse que no tiene más que uno y que los tiene innumerables. Ultimamente se ha instalado en la calle del Sacramento, número 4; pero va por todo Madrid difundiendo sus enseñanzas y sus beneficios. El nuevo domicilio en que se ha instalado tiene pocas y modestas habitaciones. En ellas no se ven más que mapas, carteles antialcohólicos y pizarras y muchos libros, casi todos obsequio de generosos donantes. Pero de aquel modesto refugio la Universidad Popular irradia poderosamente y poderosamente difunde una inmensa cantidad de bien.

La labor hecha por la Universidad Popular desde 1904 hasta la fecha ha sido enorme, como verá usted por las listas que acompañarán a este informe.

La norma adoptada desde el primer momento fué la de no limitarse a ofrecer, para que la aprovecharan los que quisieran ir en su busca, sino llevarla en primer término a los puntos de reunión habitual de los obreros y, en general, de todos los elementos a los cuales puede esta enseñanza convenir.

Las mujeres tienen su porción de cuidados, de cultura, de educación en la Universidad Popular, la cual ha dado clases especiales de instrucción primaria para señoritas.

Oigamos lo que a este respecto nos cuenta don Antonio Gascón y Miramón, vocal de la Junta de gobierno de la Universidad:

«La Asociación general de modistas—dice este señor—se dirigió de oficio a la Universidad Popular

rogando que se proporcionara a sus asociadas las enseñanzas de lectura, escritura, gramática y aritmética. Nuestra Universidad creyó que no podía contestar con una negativa a esta demanda; pero considerando que por la índole de la nueva enseñanza pedida y de las alumnas que habrían de recibirla era precisa una organización especial, recabó el concurso de la Asociación para la enseñanza de la mujer, cuyas alumnas más adelantadas, en unión de algunos individuos del Profesorado de dicha Asociación, tomarían a su cargo la tarea, conservando siempre los profesores de la Universidad Popular cuanto se refiere a la organización y cuidado de la enseñanza. Con la ayuda ocasional de varios de nuestros compañeros, cuidaron especialmente de este servicio, y no faltaron ni un solo día los señores don Constancio Bernaldo de Quirós y don Guillermo Beeluire.»

Las clases se dieron por la noche, tres veces a la semana, y los resultados fueron verdaderamente alentadores.

Una de las tareas más simpáticas de la Universidad Popular es la de las visitas a los Museos.

Yo he presenciado casualmente algunas, pues son muy frecuentes, y he quedado encantado de la diafanidad, del espíritu claro y sintético con que se dan las explicaciones.

Estas visitas han sido frecuentes; fijándonos en el año de 1905, tenemos que solamente del 15 de enero al 9 de julio se hicieron a los Museos del Prado, de Arte Contemporáneo, de Reproducciones, Arqueológico y de Ciencias Naturales, *veintiuna* visitas en otros tantos domingos.

Cada profesor tuvo a su cargo un grupo de 12 a 20 alumnos. Los primeros grupos se formaron con los asistentes a las conferencias dadas en el Centro de Sociedades Obreras, después se formaron otros en la Asociación general de Dependientes de Comercio y en la de Modistas, y ya avanzado el curso, la So-

ciedad El Fomento de las Artes formó un grupo más, del que se encargó uno de los profesores de la Universidad Popular.

Los alumnos matriculados pasaron de 250. Los que asistieron en cada día fueron de 80 a 18. Los 16 profesores que se encargaron de este trabajo dieron nada menos que *ciento treinta y cuatro lecciones!*

El público de la Universidad Popular es, por todo extremo, interesante. Veréis allí desde el sexagenario hasta el niño; veréis a los dos sexos representados por sus más humildes individuos; veréis el amor, la devoción, la sostenida quietud y atención con que todo el mundo oye las lecciones que le dan, la puntualidad con que todo el mundo acude a oirlas.

Este espectáculo constituye sin duda la mejor recompensa, el mejor estímulo para las nobles energías que en la Universidad Popular laboran.

No quiero concluir este informe sin dar el último resumen de trabajos hechos, a saber, el efectuado en el curso de 1905-1906, advirtiendo que si no doy el de los trabajos completos, desde la fundación de la Universidad, es porque no bastarían para ello muchas páginas.

Ojalá que este resumen determine, en las diversas instituciones docentes de nuestro México, el movimiento de simpatía hacia la Universidad Popular de Madrid, a que las nobilísimas tareas de ésta le dan derecho.

CURSO DE 1905 A 1906

Resumen de los trabajos hechos en este curso hasta el día 22 de abril inclusive.

Conferencias y lecciones diversas	148
» con proyecciones	14
» con ejemplos musicales	26
Audiciones musicales	25
Curso de Economía, lecciones	12
» de Geografía, lecciones	6

Lecciones en los Museos	121
» en el estudio del señor Sorolla	2
Clases a las obreras	139
Conferencias sobre Higiene bucal en las Escuelas Municipales	19
TOTAL	512

Los Centros en que ha trabajado este año la Universidad Popular, son:

Centro de Sociedades Obreras. Relatores, 24.

Centro de Sociedades de Dependientes de Comercio. Costanilla de los Angeles, 1, 2.°

Centro Obrero Societario. Costanilla de los Angeles, 1, 1.°

Centro de Pintores Decoradores. Horno de la Mata, 7, 2.°

Centro Instructivo de obreros republicanos del distrito de la Inclusa. Abades, 20.

Centro Instructivo de obreros republicanos del distrito de la Latina, Ruda, 21.

El Fomento de las Artes. San Lorenzo, 13.

El curso de Economía se ha dado en el Centro de Sociedades de Dependientes de Comercio. El de Geografía se da en un local del Ateneo, los domingos por la mañana.

En la semana próxima comenzarán los trabajos en los centros siguientes:

Centro Instructivo de obreros republicanos del distrito de Buenavista. Núñez de Balboa, 23.

«La Unica.» Sociedad de los gremios de comestibles unidos. Pontejos, 1.

Cinco centros de obreros católicos.

Poco después se inaugurará la tarea en el Centro Instructivo de obreros republicanos del distrito de Palacio. Reyes, 19.

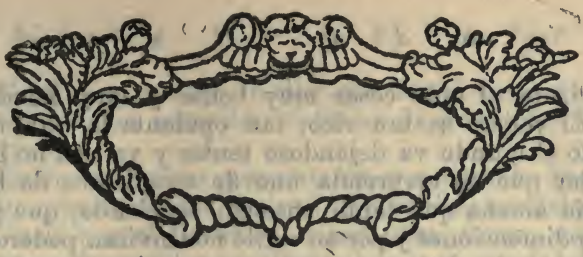
Constructores de carruajes. Relatores, 24.
Sordo-mundos. Luzón, 4.
Centro Instructivo y Protector de ciegos. Barbieri, 21.

Como he dicho, la Universidad Popular ha arrendado hace días un modestísimo local en la calle del Sacramento, número 4. Esto la permitirá centralizar su labor y montar algunas enseñanzas sistematizadas, sin perjuicio de continuar, como hasta ahora, sus demás trabajos.

Queda abierta la matrícula enteramente libre y gratuita para los cursos siguientes:

Geografía.
Historia de España.
Aritmética.
Geometría.
Física.
Antropología.
Higiene popular.
Legislación social.
Derecho político.
Derecho mercantil.
Solfeo.

Los cursos serán, por ahora, de una a dos lecciones semanales, según los casos. Las clases se darán en las últimas horas de la tarde y por la noche hasta las once, comenzando en los primeros días de Mayo.



X

LOS ESTUDIOS HISTORICO-LITERARIOS EN ESPAÑA.—LA POESIA.—LA NOVELA HISTORICA.—LITERATURA ANECDOTICA.—CULTIVO ENTUSIASTA DE UN NOBLE GENERO

Es admirable cómo de pocos años a esta parte, la literatura histórica, esa flor y nata de la prosa didáctica, ha florecido en España.

¿Será que la nación, amargada un tanto por sus recientes desventuras, se vuelve hacia su glorioso pasado en demanda de consuelos? No lo creo. Más bien pienso que esta moda francesa de las monografías, esta boga de la historia anecdótica, de la reconstrucción y resurrección de épocas más o menos olvidadas, ha acabado de pasar los Pirineos y ha hallado en España un medio ambiente propicio.

Yo me explico perfectamente, por lo demás, ese novísimo y entusiasta cultivo de la historia, aquí donde es historia todo, donde las piedras hablan a quienes saben interrogarlas, donde cada florecita del camino, cada jaramago, cada cardo, podrían

decirnos al oído cosas muy bellas y muy hondas.

El venero es tan rico, tan opulenta la veta, que todo el mundo va dejándose tentar y ya casi no hay autor que no emprenda uno de esos libros de historia amena que tanto enseñan sonriendo, que por sus dimensiones y por su estilo nos invitan poderosamente a leerlos, y que son como guías literarias y admirablemente documentadas para viajar por este mundo de recuerdos.

Los españoles han sido siempre historiadores. Tantas cosas han visto en esa su secular época, de conquista, de colonización, dedominio casi universal, que no han resistido al natural impulso de contarlas.

Y así se vió en otros siglos, especialmente en el XVI y XVII, a esos soldados y a esos frailes que al propio tiempo que guerreaban o evangelizaban, iban historiando lo que veían, en verso, como don Alonso de Ercilla en su *Araucana*, o en prosa, como don Diego Hurtado de Mendoza, Hernán Cortés en sus *Cartas de Relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*, el capitán Bernal Díaz del Castillo, don Francisco de Xerez, don Gonzalo de Hernández de Oviedo, Garcilaso de la Vega, ¡qué más!, el mismísimo Carlos V en sus comentarios, por desgracia perdidos.

Pero todos los prosadores históricos de la época clásica hacían sus relaciones harto mazacotudas, vertebradas con enormes períodos, y construídas con esa penosa sintaxis de los expresados siglos XVI y XVII, y tanta paciencia se necesita ahora, dentro del vértigo de la vida moderna, para leer a un Gonzalo de Illescas como a un Luis del Mármol Carvajal, a un Zurita, a un Bernardino de Mendoza, a un Mariana, etcétera.

Por lo que ve a los Cronicones de los siglos XIII, XIV y XV, así como a los poemas de aquel tiempo, difícil es que hayan abundado en país alguno como

en España, y muchos de ellos son aún donosos y entretenidos, así como las historias de principios del siglo XVI.

¿Quién no lee con gran interés, por ejemplo, la terrible crónica de don Pedro I de Castilla, apellidado *el Cruel*... o el *justiciero*, como otros dicen, cuyo autor es el canciller don Pedro López de Ayala? No menos solazosa es la *Crónica de Don Enrique Cuarto*, por don Diego Enriques del Castillo, y la de los Reyes Católicos, por Hernando del Pulgar.

Menos abundante fué la novela histórica, cuyo prestigio es hoy tan grande entre los que leen. Sin embargo, allí está Ginés Pérez de Hita, que aún se deja leer con encanto. Este género, en los tiempos modernos, degeneró en España. A ejemplo de Dumas padre, en sus divertidas pero absurdas novelas históricas, aquí se prostituyó el género sin pudor alguno.

En los más discretos escritores influyó Walter Scott, al cual se imitaba furiosamente, y así llegó a las veces a adecentarse la novela histórica a principios del siglo pasado. Baste recordar las obras de Trueba y Cosío, el admirable libro del gran Larra *El doncel de Don Enrique el Doliente*, *Doña Isabel de Solís*, de Martínez de la Rosa, y el *Moro Expósito*, del duque de Rivas, que, como dice Antonio Cortón, no es, en suma, más que una novela en verso.

Hasta Espronceda, con su desmadejado Sancho Saldaña, se lanzó por los vericuetos de la novela histórica.

El género decayó, sin embargo, después; pasó la moda y bueno es que haya pasado, porque no tenían aquellos escritores el concepto exacto de lo que este género literario debe ser, ni esa disciplina, esa fidelidad, esa exactitud que hoy se muestra en la reconstrucción del paisaje histórico.

En la segunda mitad del siglo XIX empezó a ver el público español hombres de talla, de instrucción muy

vasta, de criterio muy amplio, ocuparse con verdadera devoción en asuntos históricos.

Don Antonio Cánovas del Castillo, a pesar de su vasta y agitada labor política, se dió a la historia con verdadero amor, y hay que confesar que su estilo se acerca ya a esta novísima forma de la literatura histórica que hoy priva en España.

En sus páginas sobre «La casa de Austria en España», hay retratos admirables, entre ellos el sereno y grave de Felipe II, depurado de tanta tontería como se ha dicho de este rey. De don Marcelino Menéndez Pelayo, como historiador, ¿qué diré que no sea conocido de todo el mundo? Diré mi opinión, diré que me resulta ameno, a pesar de su excesiva erudición, y que si fuera dable fundir en uno a Azorín, por ejemplo, con su extraordinaria amenidad, con su exquisita comprensión de las cosas, y a don Marcelino con su saber, y dedicar a ese compuesto humano a escribir monografías históricas, o novelas, o libros de reconstrucción, éstos serían preciosos por todos conceptos.

Pero me he acercado insensiblemente a los días actuales y fuerza es justificar lo que decía al principio, de ese florecimiento de los estudios históricos que aquí se advierte, ya sea en sus más severas formas, ya en esas más sugestivas, más insinuantes y por ende más populares del libro especial, ameno, anecdótico, que se concreta a estudiar tal o cual figura, tal o cual fecha, tal o cual suceso, con abundancia, pero sin congestión de noticias y de datos. Tal clase de obras, de pocos años a esta parte, ha aumentado en extraordinarias proporciones y, en la imposibilidad de hablar de todos los autores y todos los libros, enumeraré, sí, algunos, muchos, para que se vea el furor de que esta literatura disfruta.

Empezaré por Pérez de Guzmán, el académico de la Historia, el cual por cierto quiere mucho a los americanos, ha estudiado a fondo nuestra vida colo-

nial, y se ha leído a cuanto poeta ha habido a las manos, desde Francisco de Terrazas, hasta... Rubén Darío.

Pérez de Guzmán es amenísimo. Su literatura histórica se informa admirablemente en el documento, pero huye de la nota nimia y pesada.

Sus estudios, sus trabajos, son de una noble limpidez y de una admirable imparcialidad. El es quien, por amor a la verdad, ha sabido mostrarnos la simpática, la dignísima figura de don Fernando V de Aragón en su verdadera luz, combatiendo a todos aquellos que injustamente han pretendido atribuir el mérito total de la política de su tiempo al cardenal Cisneros, supeditando al sagaz, al prudente, al sabio, al diplomático esposo de la gran Isabela.

El ha sido asimismo quien ha roto lanzas por esa pobre, prosaica y calumniada Doña Mariana de Austria.

De don Benito Pérez Galdós no diré más sino que en sus Episodios Nacionales cada día hay menor dosis de novela y mayor dosis de historia. El próximo episodio versará sobre Prim.

Esa figura luminosa y caballeresca aparecerá dentro de un marco rigurosamente histórico.

Al principio, el eminente autor pensó en mover a su héroe en México, primeramente; revivir de nuevo con su poderoso espíritu, que todo sabe animarlo, aquella aventura con que un hombre, envainando su espada, supo ganarse más gloria, más veneración y amor que si ella hubiese continuado siendo el instrumento de las más resplandecientes victorias.

Pero luego, la misma escrupulosidad de don Benito, su amor mismo a la verdad, han hecho que no se decida a describir aquel escenario nuestro, aquella nuestra vida; porque teme no describirlos bien, recela que por las arterias de sus personajes no corra la sangre; teme no encontrar la cantidad de documentos y la calidad de los mismos que necesita, y

estos sus nobles escrúpulos harán que el héroe se mueva sólo dentro del escenario europeo y que Galdós, al hablar de los movimientos que en México precedieron a la Intervención y al Imperio, se refiera más bien a aquellos personajes mexicanos que anduvieron por Europa y que más o menos influyeron acá en las Cortes, siendo coautores en la lastimosa aventura que acabó con la muerte de Maximiliano.

Don Antonio Rodríguez Villa escribió hace poco tiempo un interesantísimo libro: *La Reina Doña Juana la Loca*, libro que me he leído con verdadero deleite. Rodríguez Villa es un hombre laboriosísimo y ha vaciado en esas páginas todo el archivo de Simancas.

La larga y angustiosa vida de la que fué hija de la reina más grande de España y madre del Emperador más ilustre de la historia moderna está allí detallada día por día. El documento la sigue paso a paso, desde su infancia hasta su matrimonio con don Felipe, durante su larga estancia en Flandes, en su regreso a Castilla, su viudez, y, por último, en ese casi medio siglo de soledad y pasión en Tordesillas, en el viejo palacio donde murió.

Quizá precisamente de lo que peca este libro es de exceso de documentación. Rodríguez Villa apenas si habla en él: deja que el documento nos lo refiera todo, y todo nos lo refiere el documento con una ingenuidad, con un color, con una vivacidad admirables. Sólo que esas largas tiradas de citas asustan al lector poco dado a estudios, y son, por lo tanto, poco eficaces para la vulgarización de la Historia. Para mí, las tales citas han sido un verdadero regalo, por lo que dejan transparentar de todo el reinado de los Reyes Católicos, de la vida castellana en las postrimerías del siglo XV y comienzos del siglo XVI; pero es claro que al común de los lectores hay que tratarlos con más suavidad, a fin de que lean y se instruyan.

Como los trata, por ejemplo, el erudito y amenísimo padre Coloma. Se recordará que este ilustrado jesuíta empezó por escribir encantadoras narraciones para los niños, en las cuales había ya sus asomos de Historia. Dedicóse después a obras de mayor aliento, y publicó aquellas famosas *Pequeñeces*, que tanto escándalo armaron en España, y en las que con colores tan vivos pintaba a la aristocracia madrileña.

A *Pequeñeces* siguió *Boy*, que empezó a publicarse en el *Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*, de Bilbao, y que se suspendió de la noche a la mañana. ¿Por qué? Quizás la Compañía de Jesús, siempre avisada y prudente, halló que las novelas del padre Coloma removían demasiado la curiosidad pública. Ello es que *Boy* no continuó y que, después de algún tiempo, el padre Coloma se nos mostró en un nuevo avatar: el de historiador.

Su primer libro de estudios históricos fué el intitulado *Retratos de antaño*, escrito a instigación de la duquesa de Villa Hermosa, y que se refería a antepasados de esta excelsa dama, nada menos que de don Martín de Aragón, que era de origen real, y la cual que siempre protegió las artes y las letras, dando claras muestras de su desprendimiento y de su amor a España con el precioso regalo de dos Velázquez al Museo del Prado, por lo cual los yanquis le ofrecían una fortuna. A los *Retratos de antaño*, que se referían especialmente a la que fué llamada *La Santa Duquesa*, y que si he de decir la verdad eran un poquito secos, un si es no es adustos y asaz repletos de erudición, siguió un libro de éstos que llamo yo de historia anecdótica, una amabilísima monografía, *La Reina mártir*, estudio muy completo sobre María Estuardo. Es claro que impera en esas páginas un criterio especial, que están escritas con un determinado fin y que no es tal criterio precisamente el que la Historia acepta con respecto a la infortunada Reina de Escocia. Pero, en cambio, la soltura y claridad

del estilo, la gracia y primor del colorido, el interés inmediato e intenso que esas páginas despiertan, hace de *La Reina mártir* una lectura que difícilmente se olvida.

Ningún reposo se dió después de este bello libro el padre Coloma, y el año pasado publicó el primer volumen de una obra de más aliento, cuya edición quedará completa en el año actual. Trátase de *Jeromín,* o sea la vida de don Juan de Austria.

He leído ese primer volumen a que me refiero y confieso que me ha encantado.

El padre Coloma afirma en él sus cualidades de historiador sugestivo, erudito sin indigestión, insinuante, pintoresco. Esta historia de don Juan de Austria, como otras muchas historias ciertas, prueba que nada hay más novelesco que la realidad y que a veces, como dicen los franceses, la verdad es inverosímil. Qué admirable, qué raro y brillante destino el de ese Jeromín, cuya primera infancia transcurrió en Leganés, en las cenagosas callejas en que con palurdillos de su edad jugaba a la ballesta; que ignoraba de dónde venía y adónde iba, y que un día de golpe y porrazo se encuentra con Felipe II, quien le dice nada menos que estas palabras, en presencia de Luis Guijada, tutor disimulado del arrapiezo, y del gran duque de Alba:

—Y a todo esto, señor labradorcillo, no me habéis dicho aún vuestro nombre.

—Jerónimo—respondió el muchacho.

—Gran santo fué; pero preciso será mudároslo... ¿Sabéis quién fué vuestro padre?

Enrojeció Jeromín hasta el blanco de los ojos y alzólos hacia el Rey, entre llorosos e indignados, porque le pareció afrenta no tener respuesta que darle. Mas conmovido entonces Don Felipe, púsole una mano en el hombro, y con sencilla majestad le dijo:

—Pues buen ánimo, niño mío, que yo he de decí-

roslo... El Emperador, mi señor y padre, lo fué también vuestro, y por eso yo os reconozco y amo como a hermano.

En esto de vidas que por lo maravillosas eclipsan a la novela mejor urdida, y que son y serán siempre admirable asunto para esa literatura histórica de que vengo hablando, no anda por cierto escasa la época moderna. Allí tenéis a la Emperatriz Eugenia, pasando del relativo bienestar de una existencia decorosa al primer trono del mundo y paseando en triunfo por París. Y allí tenéis también, para no ir muy lejos, a aquella guapa Pepita nuestra, que casada con Bazaine pasó de una población del Estado de Veracruz, primero al Palacio de México y luego al de las Tullerías y que acaso no estuvo muy lejos, si la aventura del Mariscal cuaja, de escalar el trono de Francia.

El incomparable Navarro Ledesma también hizo como ninguno, debiéramos decir, historia anecdótica.

Ese hombre, que poseía de un modo insuperable el idioma, que conocía tan a fondo la historia de su país, que había logrado hacerse un estilo tan puro y amable, tenía que descollar, como descolló, en tal género literario.

Su *Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra* es, sencillamente, una obra maestra; más que todos los elogios que de ella pudiese yo hacer, y que alargarían yo sé hasta dónde este *Informe,* está su lectura. Leed esa paciente, esa opulenta y nobilísima obra; es lo mejor que podréis hacer. Navarro Ledesma, en sus últimos días, había hecho con verdadera veneración un viaje por Castilla la Vieja, un piadoso viaje por los caminos del Cid, y «marchó Navarro »Ledesma—dice Enrique de Mesa en una página »que dedica al maestro muerto en flor—a recorrer el »viejo solar de Castilla. Ensubstanciada su pluma »con castizos jugos, templado su espíritu en puras, »españolas fuentes, forjado su estilo en castellano

»yunque, ¿quién mejor que él podría arrancar a las »llanuras ásperas, a las renegridas piedras y a los »soleados muros de las ciudades muertas sus recuer»dos históricos y sus fábulas legendarias?»

«Visitó el maestro el lugar de las campañas de »Fernán González, el sitio de la tragedia de los In»fantes, y en la tierra por él amada sintió el último »de los dolores de su vida, que le llevó a la muerte.»

Qué libro tan hermoso, qué bella reconstrucción, qué resurrección portentosa de un Cid o de un Alvar Fañas de Minaya hubiera salido de ese viaje! Pero la muerte, áspera y diligente, arrebató al sembrador en pleno esfuerzo... y el libro fuése con él a la tumba...

Don Julio Nombela, editor de la *Ultima Moda*, ha decidido asimismo editar una serie de obras históricas que se referirán a autores célebres. Esta colección, según las palabras del editor, «tiene por objeto contribuir a la cultura de todas las clases sociales, reuniendo en un solo volumen y en el más reducido espacio posible los más interesantes detalles de la vida de los autores nacionales y extranjeros, antiguos y modernos, de universal celebridad, la completa reseña de sus obras y los fragmentos de ellas que mejor caractericen su peculiar estilo y pongan de relieve sus cualidades personales». En la época actual, añade el editor, «es indispensable poseer una ilustración general y sólida, que no permite adquirir fácilmente la vertiginosa rapidez con que se vive. Los libros que ofrecemos aspiran a satifacer en breve tiempo y a poca costa esta necesidad intelectual, etcétera.»

La verdad es que estas líneas que he citado no han sido simples retóricas de reclamo ni palabras al viento: el primer libro de la serie, el *Espronceda*, de don Antonio Cortón, cumple con tan buenos propósitos y, con justicia, ha merecido el unánime sufragio de la Prensa. La vida del poeta, depurada de mentiras

líricas y de injustas leyendas, aparece diáfana en esas páginas en las cuales se respira el ambiente de los comienzos del siglo XIX.

Cortón no adula al poeta, no procura embellecerlo, con todo y que se ve a las claras cuánto le ama. El *Espronceda* de su libro es el verdadero, con todas sus miserias y todas sus bellezas, y así la figura adquiere un relieve definitivo y tanto más noble cuanto más verdadero.

Citaré, para concluir, porque no puedo menos, dadas ya las exageradas proporciones de este modesto trabajo, las siguientes obras:

Fernando VI y Doña Bárbara de Braganza, por Alfonso Danvila.

Suizo de Molina, por Blanca de los Ríos.

El Arcipreste de Hita, por Julio Puyol y Alonso. (Este estudio crítico es muy importante.)

Alarcón, por Luis Fernández Guerra. Refiérese este libro a nuestro glorioso don Juan Ruiz de Alarcón, y nos cuenta su vida y sus trabajos en España, diciéndonos todo lo que puede interesar al lector; cuanta anécdota se ha podido recoger sobre el graso poeta, su situación con respecto de sus contemporáneos: sus rivalidades con Lope, etc., etc.

Los Precursores españoles de Bacon y de Descartes, por don Eloy Bullón.

Cómo se defendían los españoles del siglo XVI, por F. de la Iglesia.

Origen filológico del Romance Castellano, por don Manuel Rodríguez y Rodríguez.

También pertenecen a la literatura histórica versos, como los que con el título de *Leyenda* ha coleccionado don Antonio de Zayas, y que retratan a innumerables glorias españolas con un hábil rasgo, en su medio ambiente especial.

Y, por último, en la nueva colección popular intitulada *Oro Viejo y Oro Nuevo*, se han reimpreso los principales romances históricos del duque de Rivas.

No creo necesario citar más, aunque me vienen innumerables nombres a la memoria, para justificar lo que al principio de mi informe decía de este reflorecimiento, de esta abundancia de estudios históricos de todos los géneros, que muestran una corriente muy simpática, un rumbo muy loable, una orientación muy noble de la mentalidad española actual.

XI

PROGRAMAS, HORARIOS Y MÉTODOS SEGUIDOS EN FRANCIA PARA LA ENSEÑANZA DE LA LENGUA NACIONAL

Señor:

Aprovechando mi permanencia de algunos días en Francia y la amabilidad de nuestro ministro el señor Mier, quien se sirvió recomendarme con las personas que podían ayudarme en mi cometido, he visitado, en ejercicio de la comisión con que se sirvió usted honrarme y que consiste en estudiar en los países extranjeros los métodos, programas de enseñanza, textos, innovaciones y adelantos relativos a las clases de *Lengua Nacional* de cada uno de esos países y de su literatura propia; he visitado, digo, algunos liceos y colegios y procurado darme cuenta de los métodos que siguen para la enseñanza del francés y del resultado de estos métodos.

Desde luego me he fijado en la graduación que aquí se hace de los estudios, en general; en la divi-

sión de los cursos y en los programas relativos a ellos, y he formado el siguiente pequeño cuadro que los sintetiza y resume:

1.° Enseñanza materna.
2.° Clase infantil.
3.° Enseñanza primaria propiamente dicha.

Por lo que ve a la enseñanza maternal, a la que el gran Frœbel dió una importancia que pudiéramos llamar meticulosa y en la que basó todo su noble edificio pedagógico, no me parece que pueda compararse aún en Francia a la americana, por ejemplo, que ha sabido transplantar y robustecer todos los métodos alemanes con loable rapidez y con notables resultados.

Quizá éste que pudiéramos llamar profesorado nimio y metódico de la madre, que norma y guía cada movimiento de su hijo hacia un fin perfectamente definido, convirtiendo en un pretexto de educación cada detalle de la vida exterior, no cuadra con la índole de nuestras madres latinas, cuya dulce misión más está entretejida de besos que de enseñanzas.

Por lo que ve a lo que aquí se llama *clase Enfantine* y que entiendo que corresponde a nuestros *jardines de niños,* se nota en Francia algo muy digno de ella: el vivo deseo de aprender de los anglo-sajones, lo que constituye una de sus más nobles preseas en asunto educativo, y es cada día más notable el mejoramiento del material escolar, por ejemplo, y cada día se impone más a los espíritus esta idea madre de la educación americana e inglesa: todo para el niño. Hagamos del niño desde su más tierna edad un ser consciente de sus deberes y de sus derechos. Démosle lo más pronto posible lo que los americanos llaman con una frase muy atinada y típica el *control de sí mismo: the self control;* coloquémosle en su verdadero lugar con relación a todas las cosas, para que la perspectiva de ellas nunca lo engañe, y hagamos por medio de útiles escolares, sabiamente construí-

dos y combinados, que se forme un concepto sintético del mundo que le rodea y de la manera de utilizarlo.

Creo, no sé por qué, que los maravillosos triunfos del Japón, que el inopinado movimiento con que éste se ha impuesto al mundo, que, sobre todo, el tino inmenso con que *ha sabido aprovechar las enseñanzas del exterior*, han conmovido a Francia, mejor que tantos libros, y la han hecho salir de sí misma y buscar en el extranjero comparaciones muy útiles e insinuaciones muy saludables.

Por más que cierta clase de periódicos, con un lamentable jacobinismo, tiende a engañar a la nación con respecto al valor intelectual de los otros pueblos, y ahora especialmente con respecto al enemigo de su aliada la Rusia, otros periódicos, con celo digno de todo elogio, quitan de sus ojos las vendas y le dicen palabras como estas de Ludovico Naudeau: »¿Por qué Inglaterra supo hace algunos años que podía, sin temor de fracaso, aliarse con el Japón? ¿Por qué los Estados Unidos observan desde hace mucho tiempo una actitud deferente respecto del pueblo nipón? Porque esas dos naciones *han sido informadas*, advertidas por sus innumerables viajeros, porque sus concienzudos escritores sabían ya que el Japón se había convertido en una gran potencia en una época en que otros pueblos *menos clarividentes*, o quizá *menos documentados*, se complacían aún en sarcasmos y burlas que no eran más que la manifestación de su ignorancia...

Por un viajero francés en el Japón circulan dos o tres mil viajeros anglo-americanos. Por un libro escrito sobre el Japón en lengua francesa, aparecen veinte en lengua inglesa. En los registros de los hoteles, a cada instante se ven nombres célebres de todo Londres o de todo Nueva York. Pero ¿dónde están los nombres franceses? No los veo. Francia, sin embargo, es el país en que hay más rentistas.

¿Qué hacen los ricos franceses? ¿Por qué se resignan a ser nulos? Cuando el Universo se abre a ellos, ellos se desecan en su pequeña patria provincial. ¡Ay! Francia entera se ha vuelto una pequeña patria, y el mundo terrestre no es tan vasto como lo creen los sedentarios. Señores ricos de Francia, los navíos os esperan.»—Ludovic Naudeau. *Le Journal,* 12 de agosto.»

La anterior cita, que a primera vista parecería improcedente, no lo es, en modo alguno, si se considera que confirma lo que indicaba arriba respecto del naciente, pero vigorosísimo, deseo que hay ya en este país tan grande, tan bello y tan noble, de aprender franca y resueltamente lo que ignora, de salir de sí mismo, de asimilarse lo mejor de otros países y de ejercer así de nuevo en el mundo ese divino apostolado intelectual que le conquistó el nombre de madre y maestra latina.

No hace muchos años aún, requisitorias del linaje de la de Naudeau hubieran sido muy mal recibidas. Hoy, aquí, abundan los que las pronuncian y más aún los que las escuchan y meditan.

En el terreno de la Instrucción pública, que es el que nos atañe y nos interesa por ahora, se advierte todavía más que en otros este nobilísimo deseo de expansión y de comparaciones. Basta ver, en la carta que el ministro de Instrucción pública dirigió, por ejemplo, en enero de 1902 al Presidente de la Comisión de Enseñanza de la Cámara de Diputados con motivo de los nuevos programas, las frecuentes alusiones a los métodos de enseñanza más fructíferos del extranjero y a lo que de ellos es aplicable a Francia. Es proverbial la frase aquella de que en 1870 no fueron los cañones, sino los maestros de escuela de Alemania, los que triunfaron. Francia ya puede decir ahora que tiene maestros de escuela en toda la amplísima y dignísima significación de la palabra.

Pero vengamos a la enseñanza del francés.

En lo que aquí se llama *classes Enfantines,* la enseñanza de la lengua se hace: 1.° Por medio de *Ejercicios orales*, a saber: preguntas muy familiares que tengan por objeto enseñar a los niños con claridad y corrección los defectos de pronunciación.

Ejercicios muy sencillos de lenguaje: vocabulario y frases breves.

Ejercicios de memoria: recitación de poesías muy sencillas y fáciles, siempre explicadas en clase previamente.

2.° Ejercicios escritos, que consisten: en copiar textos breves, previamente explicados, y que preparen para el estudio de la ortografía.

En escribir al dictado textos del mismo género.

3.° En lecturas, muy breves, hechas en clase y *contadas* luego por los niños.

Como se ve, estos procedimientos son análogos del todo a los propuestos en diversas ocasiones en México por los programas de Lengua Nacional.

En la división de dos años, que aquí se llaman preparatorios, la repartición de horas beneficia singularmente al francés, pues que a él se le consagran nueve horas semanarias de clases.

El programa que se sigue es éste:

Lectura, acompañada de una corta explicación del sentido de las palabras más difíciles. Colección elemental de trozos escogidos.

Los trozos escogidos son obligatorios en la división preparatoria. Los hay, como todos sabemos, en Francia en una proporción enorme. Yo conozco más de veinte volúmenes y casi todos bien arreglados, de suerte que experimentamos, con respecto a ellos, lo que aquí se llama *l'embarras du choix.* Para hacer su lectura más interesante, los autores modernos empiezan a preocuparse sobre todo—y éstas son desde hace tiempo por cierto las ideas de usted, señor ministro, sobre el particular—de que cada lecturita constituya un *ensemble*, si he de usar la palabra extranjera; un

todo y no un fragmento desmadejado que no puede tener interés alguno para el niño.

Así, pues, búscanse especialmente los cuentos, las anécdotas, los pequeños discursos (la mies aquí es vasta y muchos los operarios), y cuando hay que tomar algo de carácter fragmentario, porque el autor clásico o moderno en cuya obra se espiga no tiene nada pequeño y adecuado, entonces el fragmento es, casi siempre y merced a una atinadísima elección, tan bien hallado, que se desprende y destaca perfectamente en la crestomatía y despierta el buscado interés del niño.

Pero sigo mi enumeración:

Lengua francesa

Primeras nociones sobre las diferentes especies de palabras: nombre, artículo, adjetivo, verbo.

Primeros elementos de la conjugación: verbo *être*, verbo *avoir*.

Verbos regulares (la voz activa solamente). La pasiva tiene modalidades que suponen para su comprensión ideas un poquito más avanzadas. Formación del femenino y del plural, con una breve explicación, repetida lo más posible, de la índole del idioma acerca de esa formación.

Concordancia del adjetivo con el nombre y del verbo con el sujeto.

Análisis: reducido a sus formas más simples.

Naturaleza de las palabras: género, número. Relaciones del adjetivo con el nombre, determinado o calificado sujeto del verbo.

Ejercicios de análisis, generalmente orales y algunas veces escritos.

Ejercicios orales

Preguntas y explicaciones a propósito de los diversos ejercicios de la clase.

Interrogación sobre el sentido, el empleo, la ortografía de las palabras que hay en el texto que se ha leído. Deletreo de las palabras difíciles.

Reproducción oral de pequeñas frases leídas y explicadas y luego de narraciones o de fragmentos leídos por el profesor.

Ejercicios de memoria

Recitación de poesías de índole muy sencilla, siempre explicadas previamente en clase (sentido de las palabras y de las frases).

Ejercicios escritos

Ejercicios graduados de ortografía (en el pizarrón o en los cuadernos).

Dictados de poca extensión, previamente leídos y explicados y que ofrecen un sentido completo e interesante.

Llamar la atención de los niños sobre la puntuación. Nada más que llamarles la atención, pues esto de la puntuación constituye algo de lo más hondo y difícil de lo que pudiéramos llamar la psicología del lenguaje y del estilo.

En el llamado «segundo año preparatorio» se dedican a la enseñanza de la lengua siete horas semanarias.

La distribución de trabajos es como sigue:

Lectura: el mismo programa que en el primer año preparatorio.

Colección elemental de trozos escogidos.

Lengua francesa: nociones sobre las diferentes especies de palabras: nombre, artículo, adjetivo, pronombre, adverbio, verbo, conjugación completa de los verbos regulares (voz activa).

Reglas de concordancia, las más sencillas; natu-

raleza de las palabras: género, número, persona, tiempo, modo.

Idea de la proposición: simple análisis de sus elementos esenciales: sujeto, verbo, complemento del verbo (directo o indirecto).

Atributo del sujeto.

Ejercicios de análisis, las más veces orales y algunas veces escritos.

Ejercicios orales

El programa mismo del primer *año preparatorio.*

Ejercicios de memoria: el mismo programa que en el *primer año preparatorio.*

El profesor podrá hacer que sus discípulos aprendan de memoria trozos dictados, previamente leídos y explicados en clase.

Ejercicios escritos:

El mismo programa que en el primer año preparatorio.

Pequeños ejercicios de la lengua francesa.

Composición de pequeñas frases con elementos determinados.

He aquí algunos ejemplos de ejercicios que es necesario variar:

Distinguir los nombres de los adjetivos, verbos, etcétera., empleados en frases dichas por el profesor, escritas en el pizarrón o tomadas de un texto. Cambiar en una narración el tiempo de los verbos. Cambiar la persona. Ejercitar a los discípulos en encontrar, o si es posible en clasificar, cierto número de nombres, de adjetivos, de verbos, que se relacionen con un determinado orden de ideas. Explicación del sentido de los adjetivos que se dicten. Iniciar el empleo de nombres abstractos.

He aquí, señor, lo que constituye la enseñanza primaria de la Lengua en Francia, enseñanza eminentemente práctica y nutrida que ya no se encon-

trará tan extensa y prolijamente en los años secundarios. Los dos años preparatorios de que acabo de hablar no deben confundirse, naturalmente, a pesar de su denominación, con lo que nosotros llamamos enseñanza preparatoria; pues corresponden en absoluto, como se ve, a la primera enseñanza. Constituyen, sí, una preparación sólida y vasta para la enseñanza secundaria, que consta de *dos ciclos:* el primero de una duración de cuatro años; el segundo de una duración de tres, y que sí corresponde a nuestra enseñanza preparatoria.

De estos dos ciclos y de todos los detalles de la enseñanza secundaria hablaré en mi próximo informe, añadiendo algunas observaciones y apreciaciones personales.

Protesto a usted mi profundo respeto y mi alta consideración.

París, Agosto 16 de 1905.

XII

LA ENSEÑANZA DE LA LENGUA Y DE LA LITERATURA EN FRANCIA

En mi anterior informe tuve el honor de hablar a usted acerca de los programas, horarios, métodos, etcétera, que se siguen en Francia para la enseñanza de la Lengua, y de comentar y glosar lo que me pareció digno de comento y de glosa.

Voy a hablar a usted de los mismos detalles referentes a lo que en aquella nación se llama *enseñanza secundaria*, siquiera sea someramente; pues me urge en posteriores comunicaciones informarle con respecto a muchas cosas que se refieren a la comisión que tuvo usted a bien confiarme, sobre todo en lo que ve a la enseñanza de la Literatura; pues confieso a usted que la materia es fértil por demás.

La enseñanza secundaria está constituída por un curso de estudios de una duración de siete años, y comprende *dos ciclos*: uno de una duración de cuatro años; el otro de una duración de tres años.

En lo que se llama el *primer ciclo*, los alumnos—y esto obedece a nuevos arreglos, hijos de nuevas ideas pedagógicas—pueden escoger entre dos secciones.

En una se enseña, independientemente de las materias comunes a las dos secciones, el latín, a título obligatorio, desde el primer año, y el griego *ad libitum* a partir del tercer año.

En el otro, que no incluye ni la enseñanza del latín ni la del griego, se da más desarrollo a la enseñanza del francés y de otros ramos.

En el primer año de la enseñanza secundaria, correspondiente al primer ciclo, que consta de cuatro años (el segundo ciclo consta de tres), la enseñanza del idioma francés se hace de la siguiente manera:

División A.

(Es decir, la que supone al par que la enseñanza del francés la del latín y del griego, y en la que consagran al francés sólo tres horas semanarias.)

Lectura, explicación y recitación de autores franceses, gramática francesa, estudio de la sintaxis.

Ejercicios de lengua francesa y de ortografía.

Pequeños ejercicios orales y escritos de composición.

Por lo que ve a las reglas se enseñan, sobre todo, por el uso. El profesor no debe dejar pasar inadvertida ocasión alguna de hacer que los discípulos las apliquen *instintivamente*. Unirá, pues, su enseñanza a los ejemplos que proporciona el lenguaje hablado o escrito.

El estudio de la gramática tendrá por objeto resumir en fórmulas precisas las reglas sacadas de la experiencia.

En el mismo primer año, en la *División B,* es decir, en aquella que no supone la enseñanza del latín y del griego, y en la que se emplean cinco horas semanarias, el procedimiento es el siguiente:

Gramática práctica.

Ejercicios sencillos de análisis gramatical y de análisis lógico, sobre todo orales.

Ejercicios sobre el vocabulario: familias de palabras, palabras simples, derivadas, compuestas.

Lecturas y explicaciones de autores.

Por lo que ve a la recitación, se hace de preferencia aprender de memoria a los alumnos pequeñas composiciones.

Repetición libre, de viva voz o por escrito, de lecturas o narraciones hechas en clase.

Pequeños ejercicios de composición.

En el segundo año, y suprimiremos en esta vez y en las subsecuentes el programa de la *División A,* que sólo mencionamos en el primer año a título informativo, pero cuya enumeración es innecesaria, ya que está incluída en la *División B* (que se desarrolla en cinco horas semanarias); en el segundo año, digo, el método es el siguiente:

Segundo año del primer ciclo.

División B.

Estudio más completo de las formas—Sintaxis.

Ejercicios escritos y orales de la lengua francesa. Lecturas y explicaciones de autores. Recitación. Se hará de preferencia aprender de memoria a los alumnos poesías breves y se les acostumbrará asimismo a hacer lecturas complementarias, que serán revisadas en clase. Pequeños ejercicios de composición.

Debo advertir, antes de seguir adelante, que cada profesor tiene en su clase una pequeña biblioteca compuesta en este curso, por ejemplo, de trozos escogidos de prosa y verso, de los clásicos franceses.

Poemas antiguos puestos en francés moderno. Por ejemplo, la canción de Rolando.

Fábulas de La Fontaine. Boileau, Sátiras escogidas. Episodios de *Lutrin.* Racine-Esther, Fenelón y Telémaco.

Poetas *escogidos* del siglo XIX.

Cuentos y narraciones en prosa tomados de los escritores del siglo XIX.

Esta biblioteca va aumentando naturalmente a medida que los cursos ascienden, según lo iremos viendo, y en ella escoge sus lecturas el profesor.

Pasemos ahora al tercer año del primer ciclo:

Lectura, explicación y recitación de autores franceses.

Los discípulos, como en el año anterior, harán lecturas complementarias, que serán después comprobadas en clase.

Revisión de la gramática francesa. Nociones muy elementales de versificación, con ocasión de la explicación de los textos.

Ejercicios de versificación. Ejercicios de lengua francesa y de ortografía. Composiciones muy sencillas.

Está recomendado en este curso al profesor que, con ocasión de la lectura de los textos, dé las nociones de gramática histórica que le parezcan necesarias. Estas nociones no serán materia de un curso continuado y solamente se darán dentro de la proporción en que puedan hacer más inteligible el uso actual de la Lengua.

La pequeña biblioteca de autores que el profesor posee ha aumentado en este año con los siguientes:

Corneille: Escenas escogidas.

Molière: Escenas escogidas.

Fenelón: Diálogos y fábulas escogidas.

Voltaire: Carlos XII. Siglo de Luis XIV.

Retratos y narraciones, tomados de las memorias de los siglos XVII y XVIII.

Chateaubriand: Narraciones, escenas y paisajes.

Michelet: Extractos históricos.

Pasemos ahora al cuarto año del primer ciclo:

En éste el método a que se ajusta la enseñanza es el siguiente:

Lectura, explicación y recitación de autores.

Los discípulos se acostumbrarán a hacer lecturas

complementarias que serán comprobadas en clase como en el curso anterior.

Lecturas y preguntas destinadas a hacer conocer las grandes épocas de la literatura francesa.

A partir de esta clase, se pondrá en manos del discípulo un tratado elemental de literatura francesa.

En cuanto a los autores que en este curso se leen, explican y recitan, he aquí la lista:

Corneille: *Horacio Cinna.*

Racine: *Britannicus-Efigenia.*

Molière: *Le Bourgeois Gentilhomme-Les femmes savantes.*

Bossuet: *Oraciones* fúnebres.

Chateaubriand: Narraciones, escenas y paisajes.

Víctor Hugo: *Poesías escogidas.*

Cuentos y narraciones tomadas de los escritores del siglo XVII y del XVIII.

Escenas tomadas de los autores cómicos de los siglos XVII y XVIII.

El segundo ciclo de la enseñanza secundaria, que venimos analizando, consta de tres años.

He aquí el programa del primero:

Explicación y recitación de autores franceses.

(Los alumnos, como en los años anteriores, se acostumbrarán a hacer lecturas complementarias, que serán después comprobadas en clase, de composiciones francesas.)

Lecturas y cuestionarios destinados a hacer conocer a los principales escritores franceses, hasta fines del siglo XVI.

A partir de esta clase se pondrá en las manos de los alumnos una gramática más desarrollada.

Autores:

Trozos escogidos de pensadores y de poetas de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX.

Canción de Rolando.

Villehardouin, Joinville, Froissart, Commines. Extractos. Crestomatía de la Edad Media.

Montaigne: Principales capítulos y extractos.

Obras maestras poéticas de Maret, Ronsard, du Bellay, d'Subigné, Regnier, Corneille. Teatro escogido.

Molière: Teatro escogido.

Racine: Teatro escogido.

La Fontaine: Fábulas.

Boileau: Sátiras y epístolas.

Bossuet: Oraciones fúnebres.

La Bruyère: *Caracteres.*

Cartas escogidas de los siglos XVII y XVIII.

Lecturas sobre la sociedad del siglo XVII, tomadas de las memorias y de las correspondencias.

J. J. Rousseau: Trozos escogidos.

Obras poéticas maestras de Lamartine y de Víctor Hugo.

Principales historiadores del siglo XVIII.

(He tenido empeño en dar cuenta de estas largas listas de autores porque las encuentro graduadas con tal perfección y tino, que juzgo que serían el mejor indicio para la elección de esa pequeña biblioteca del profesor que el señor Sierra, ministro de Instrucción Pública, desea que haya en cada clase.)

Pasemos ahora al segundo año del segundo ciclo (último de la enseñanza del francés).

En éste la biblioteca del profesor, que hemos visto enriquecerse continuamente, agrega a las obras que acabamos de mencionar, las siguientes:

Pascal: *Pensamientos Provinciales* (I, IV, VIII y Extractos).

Fenelón: *Carta a la Academia.* Extractos de otras obras.

Montesquieu: *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y de la decadencia de los romanos.*

Diderot: Extractos.

J. J. Rousseau: Trozos escogidos. *Carta a D'Alambert* sobre los espectáculos.

En cuanto al programa de este año, helo aquí:

Explicación y recitación de autores franceses.

Composiciones francesas.

Lecturas y preguntas destinadas a hacer conocer los principales escritores franceses del siglo XVII al fin de la primera mitad del XIX.

Como en el curso anterior, como en los anteriores, diremos mejor, los alumnos harán lecturas complementarias, que serán comprobadas en clase.

En este año termina, como lo indico arriba, por lo que ve a la lengua francesa, la Enseñanza secundaria.

Los programas, como se ve, no pueden ser menos pesados, y, sin embargo, el alumno que concienzudamente haya recorrido todos los años se encontrará con un conocimiento amplio y comprensivo de la lengua y de la literatura de su país.

Lo que más me ha agradado en estos programas es la graduación perfecta por la cual se pasa desde los primeros hechos del Lenguaje hasta los más amplios conocimientos literarios. La gramática—que apenas asoma la oreja—ha ido hábilmente dejando el campo a la literatura patria, y no se ve entre unas y otras enseñanzas solución alguna de continuidad.

Lo que constituye, hoy por hoy, en México el anhelo por excelencia del Ministerio de Instrucción Pública, con respecto a la Lengua y la Literatura, a saber: la unificación de métodos desde la primaria hasta la preparatoria, en Francia se ha realizado de la manera más perfecta. Sea cual fuere el criterio personal de cada profesor, el cauce común por el que tiene que deslizarse su enseñanza es de tal suerte definido y preciso, que la enseñanza misma tiene que serlo. La homogeneidad de ésta no peligra en lo más mínimo a través de todos los cursos; ¿cuándo lograremos esto en la Preparatoria?

Yo entiendo que allá se requerirá algo más que en Francia: *La homogeneidad del Profesorado.*

Pido a usted perdón, señor, por las innumerables deficiencias de este informe y le protesto mi más distinguida consideración y mi respeto.

XIII

OBSERVACIONES EN CUANTO A LA ENSEÑANZA DE LAS LENGUAS VIVAS EN EUROPA

En mi anterior informe hablaba a usted de la enseñanza de la lengua francesa en todos los grados y en todos los Liceos y Colegios de la República. En éste me propongo apuntar las mejores observaciones y notas que he podido recoger, acerca de la enseñanza de las lenguas vivas en general, en los más cultos países de Europa.

Pero antes de decir algo respecto de esta enseñanza y para fijar la cuestión y encauzarla, sería acaso oportuno preguntarse: ¿qué debemos entender por el conocimiento de una lengua? Conocer una lengua, dicen casi todos los autores, es escribirla y leerla con facilidad y corrección.

¿Se puede por ventura llegar a tal resultado en el

estudio de una lengua distinta de la materna en la escuela primaria?

Este fin, dice una autoridad, es tanto más difícil de alcanzar cuanto que hasta en la propia enseñanza del idioma materno no llegamos, sino aproximativamente, a dar a nuestros discípulos un lenguaje preciso y exacto, una escritura justa y correcta. Y sin embargo, este es el objeto hacia el cual debemos ir, y nuestra enseñanza debe estar organizada de manera que, a su salida de la escuela, los niños sepan hablar de una manera conveniente la segunda lengua, tener una correspondencia fácil, leer los periódicos y las obras de escritores populares.

¿Cuál es el mejor método que debe emplearse para llegar a resultado tan apetecido? Para responder a la pregunta basta observar lo que pasa a nuestro alrededor. ¿Cómo obran en efecto las gentes prácticas que quieren hacer aprender una lengua extranjera a sus hijos? ¿Qué hacen, concretando más la pregunta, los padres mexicanos que desean que sus hijos aprendan el inglés? Los envían a Estados Unidos o a Inglaterra, uno o dos años, o bien pagan ya una aya o ya un profesor particular que hablen el inglés o el idioma que se trata de que los niños aprendan. Pero sería muy poco práctico, muy poco moderno, el padre que se contentase con enviar a sus hijos a una clase de inglés o de francés, a menos que sus medios de fortuna no le permitiesen hacer otra cosa.

Y es que el niño aprende a hablar por *audición* y por *imitación*. El niño habla bien cuando sus padres hablan bien, y basta ponerlo en contacto con personas que hablen correctamente un idioma para que con mucha rapidez comience él también a hablar esta lengua.

De tales consideraciones se derivan, pues, muy naturalmente, tres principios fundamentales, a saber:

1.º Hay que hacer hablar al niño el idioma que se trata de enseñarle el mayor tiempo posible.

2.° Es indispensable que el profesor conozca a fondo la segunda lengua, porque no se enseña bien sino lo que se conoce bien.

3.° Deben ser corregidas cuidadosamente todas las faltas, así de composición como de pronunciación.

Se me dirá que estos principios no son nuevos. Es claro: Montaigne recomendaba ya los viejos, no sólo con el fin de estudiar las costumbres de los pueblos que uno visita, sino como medio práctico y fácil de aprender sus respectivas lenguas... y vaya si ha llovido—y nevado—desde Montaigne hasta nuestro flamantísimo siglo xx. Pero hay cosas que deben repetirse en toda sazón, a fin de que lleguen a formar cuerpo con las ideas reinantes. Conmenio dice a su vez: «La lengua se aprende mejor por ministerio del uso, del oído, de la lectura, de las copias, etcétera, que por ministerio de las reglas. Estas deben seguir solamente al uso para darle mayor seguridad».

Si se estudian las leyes de la evolución del lenguaje, si se observa en seguida el procedimiento que emplea la madre para enseñar a hablar a su hijo, se advierte que los primeros sonidos empleados por el hombre primitivo, así como las primeras palabras que el niño pronuncia, son las que designan seres o cosas que están a su alcance, que viven con ellos, de los cuales se sirven y que ven diariamente. Los gritos que lanza el salvaje se vuelven pronto monosilábicos y representan en su mente *nombres* de objetos. Poco a poco estos nombres se transforman en *adjetivos* y estos adjetivos se unen a los nombres para distinguirlos entre sí. Por fin aparecen los verbos para marcar la acción o el ser que ejecuta la acción. De la propia suerte, el niño aprende, antes que nada, los nombres: añade en seguida adjetivos a los nombres, luego emplea verbos, y formula así frases, a las cuales no faltan más que preposiciones, conjuncio-

nes, etc., que son como ligamentos y eslabones de palabras que el uso le hará adquirir.

El estudio del desarrollo del lenguaje en los sordomudos confirma esta teoría. Resultan, pues, de aquí varios principios nuevos, cuya estricta observancia será eminentemente útil.

1.° Se necesita al comenzar el estudio de una segunda lengua dar los nombres de los objetos que el niño ve, toca, observa, emplea, de aquellos que, en una palabra, entran dentro del lenguaje corriente.

2.° Es preciso, hasta donde sea posible, hacer entrar las palabras en frases completas, porque la asociación de los elementos de la frase facilita considerablemente el trabajo de la memoria.

3.° En toda lección de una lengua extranjera es indispensable aprender pocas palabras, pero estas palabras deben ser de naturaleza diferente. No serán ahora nombres, mañana adjetivos, pasado mañana verbos, sino simultáneamente uno o dos nombres, uno o dos adjetivos, uno o dos verbos.

Por último, si tomamos en cuenta el desarrollo intelectual del niño, la gran movilidad de su pensamiento, las impresiones diversas y múltiples que asedian su cerebro, encontramos que la enseñanza de una segunda lengua debe:

1.° Ser intuitiva: las palabras deben darse con las cosas.

2.° Ser atractiva: el niño retiene mejor lo que aprende con gusto.

3.° Ser graduada: cada lección debe reposar sobre lo que se ha aprendido y constituir un paso hacia adelante sobre lo que queda por aprender. Con este fin es bueno quizá que el profesor inscriba en un memorándum especial las palabras nuevas que ha enseñado.

Todas las consideraciones que preceden pueden resumirse en el principio fundamental siguiente: «La elocución es el alma de la enseñanza de una lengua.»

El estudio de la representación gráfica de ésta y de sus leyes gramaticales no deben iniciarse sino cuando el vocabulario ha adquirido un desarrollo suficiente, apoyándose sobre el vocabulario. En ningún caso la regla deberá preceder al conocimiento práctico del hecho lingüístico que ella enuncia.

Para pasar de la teoría a la práctica es conveniente repartir de la manera siguiente, entre los tres grados, los diversos elementos del estudio de la segunda lengua:

El primer grado estará exclusivamente consagrado a la elocución oral.

El segundo grado, a la vez que se desarrolla el vocabulario, adquirido según el método llamado de los *círculos concéntricos,* se llega al estudio de la lectura y de la ortografía usual, así como a los primeros ejercicios de redacción escrita.

En el grado siguiente los tres elementos, elocución, redacción, lectura, ortografía, gramática, se combinan de modo que se presten mutuo apoyo. La mayor parte de las lecciones de elocución dan lugar a una redacción escrita; la lectura, que en el grado precedente servía de complemento y de resumen a un ejercicio de elocución, sirve a su vez para el desarrollo del vocabulario, para el conocimiento de las leyes de la construcción literaria, por el estudio de trozos de una forma más alta; la redacción escrita, por último, es, por sí misma, un excelente ejercicio de ortografía.

Estas ideas, que no son mías, pues que yo no hago otra cosa que buscarlas en quienes más saben, han sido aplicadas con éxito en varios libros para niños, en los cuales hay por lo general una serie de imágenes que representan juguetes u objetos que se encuentran en la esfera de observación de los niños, o también escenas infantiles. Merced al empleo de estos libritos y con un poco de cuidado en las lecciones, la unión íntima de la *cosa* y de la *palabra,* que

es el fin que se trata de alcanzar, se realizará aún sin que lo noten los alumnos. Cada vez que éstos recorran uno de los indicados volúmenes, aun cuando sea sólo por matar el tiempo, las palabras tan frecuentemente repetidas en vista de los objetos que representan los grabados, volverán por sí mismas a su espíritu, y así, una de sus más bellas diversiones, la que consiste en mirar estampas, servirá para fortificar el conocimiento de la segunda lengua.

Concluyo aquí estas notas, que tienen, entre otros méritos, el de no ser mías, y digo entre otros, no por falsa modestia, sino porque creo que lo mejor que debemos hacer los mexicanos es lo que decía no ha mucho el ilustre Miguel de Unamuno, en un inolvidable trabajo pedagógico, que deberían hacer los españoles: No procurar muchos pensamientos nuevos (que acaso ni lo serían, porque la Europa culta y Estados Unidos piensan *más pronto* que nosotros, si se me permite la frase), sino adaptar a nuestro país abnegadamente, humildemente, lo que inventan y piensan los demás.

Madrid, Octubre 19 de 1905.

XIV

LA ENSEÑANZA DE LAS LENGUAS MODERNAS EN INGLATERRA

De dos años a esta parte, el método para enseñar las lenguas modernas en Inglaterra ha sufrido notables reformas: se ha reconocido gradualmente que el viejo método de gramática y traducción, muy bien adaptado y adecuado, si se quiere, para el estudio del latín y del griego, que sólo pueden ser leídos y escritos, no es necesariamente el mejor para el francés y el alemán, que requieren indispensablemente la fluidez en la palabra. Ahora se conviene, generalmente, en que el objeto de la enseñanza de una lengua viva no es que los discípulos puedan aprender a traducirla con facilidad al inglés, sino más bien que se aproximen hasta donde es posible al conocimiento *nativo* de dicha lengua.

El informe de la Universidad de Londres, respecto a la enseñanza de las lenguas modernas en las Escuelas Secundarias de la metrópoli británica, escrito por el profesor Rippmann y el doctor Edwards, y publicado por el Consejo del condado de Londres, muestra a las claras que queda todavía mucho por hacer en Inglaterra para llegar a la altura de Francia y de Alemania en la enseñanza de los idiomas. Los dos citados profesores insisten en ese informe en ha-

cer notar que muchos maestros parecen haber descuidado el estudio de los recientes progresos en la teoría y en la práctica del aprendizaje moderno de las lenguas. Lamentan que las más extrañas combinaciones de viejos y mal asimilados métodos modernos, se consideran frecuentemente como procedimientos evolutivos y útiles, en tanto que los verdaderos adelantos pedagógicos son vistos con indiferencia. Por otra parte, el personal que forma el magisterio para esta enseñanza en que venimos ocupándonos, no puede ser más deficiente. Pero los párrafos más interesantes del informe del profesor Rippmann y del doctor Edwards son aquellos en que ambos inspectores describen la pronunciación francesa y alemana en las escuelas que han visitado. Por lo que ve al francés, la pronunciación de los sonidos *pu, peu* y *peur,* rara vez se efectúa con corrección y menos aún se adquiere. No se hace ninguna diferencia entre *vu* y *vous*... y hay que notar que *vu* se pronuncia como *vieu*, es decir, como si en castellano dijésemos *viu*. Las vocales nasales se descuidan mucho; *comme* casi nunca difiere en la pronunciación inglesa de *con*, a menos que no sea para hacerlo rimar con «bun» o para dar (¡peor que peor!) el sonido *ng* a la sílaba *con*. Las consonantes no salen mejor libradas. Nada se hace para obtener la pronunciación correcta de sonidos tan difíciles como la *n mouillée* en *agneau*, por ejemplo, o la *ele* de *lui* (que, entre paréntesis, se pronuncia en Inglaterra como *louis*). Nada hay, por lo demás, en el universo, tan deplorable como un inglés hablando francés.

Cuéntase que en cierta ocasión, a raíz de una gran discusión sofre la fonética del latín, el alto clero francés preguntó a la Sagrada Congregación de Ritos de Roma «cómo debía pronunciarse el latín».

—«De todos modos... menos a la francesa», dicen que respondió el Ilustrísimo Cuerpo.

Pues una respuesta análoga podría darse a los que

preguntan en Londres cómo debe pronunciarse el francés:

—¡De todos modos... menos a la inglesa!

La pronunciación del alemán en Inglaterra no es menos peregrina, a juzgar por lo que dicen los repetidos Rippmann y Edwards en el Informe relacionado, y el doctor L. Savory, quien ha escrito tanto sobre la enseñanza de las lenguas vivas. Rara vez se insiste para que los alumnos «atrapen», perdonando ustedes la palabra en gracia de lo expresiva que es, los sonidos de la índole de *ich* y *ach,* que se pronuncian, merced a una lamentable complacencia, como *isch*, *ik* o *ak.* Las letras *v, w, s* y *z* no se pronuncian sino muy rara vez como *f, v, z* y *ts*, sino como la pronunciación que tiene en inglés. *Von*, por ejemplo, no se pronuncia casi nunca *fon.*

A pesar de estos defectos de método y de pronunciación, los inspectores antedichos reconocen que se ha hecho mucho por la enseñanza de las lenguas vivas en Inglaterra (en comparación con lo que antes se hacía) y que no está lejano el momento «en que el estudio serio de las lenguas modernas obtenga en las aulas inglesas el importante puesto que merece».

En Alemania—dice el profesor Savory—ese «momento» llegó ya hace tiempo, y el contraste entre el estado retrógrado en que se halla la enseñanza de las lenguas vivas en Inglaterra y el adelanto de la misma en las escuelas superiores germanas, no puede menos que humillar *nuestro orgullo nacional* (*our national pride*).

Provisto de un permiso del Ministerio de Instrucción Pública de Alemania, el profesor Savory dedicó algunas semanas a estudiar la enseñanza de las lenguas modernas en los *Gymnasien* y en los *Realschulen*, y he aquí algunas de sus observaciones:

Las escuelas superiores de Prusia pueden dividirse en tres clases:

Primera. El viejo *Gymnasien*, en el cual la ense-

ñanza corresponde más o menos a la enseñanza clásica en las escuelas públicas de Inglaterra, consistiendo en el latín y el griego, el alemán, ciencias y lengua inglesa en las provincias del Norte, y francesa en las provincias del Sur del reino, de acuerdo, como se ve, con la étnica y la geografía de la Europa limítrofe.

Segunda. El *Real gimnasien,* en que queda la enseñanza del latín, pero no la del griego, y en consecuencia se deja más tiempo a las ciencias y a las lenguas modernas.

Tercera. Oberrealschulen, en que están excluídos tanto el latín como el griego y en que los principales puntos de enseñanza son la historia y la literatura alemanas, el francés, el inglés, matemáticas, geografía y ciencias naturales.

El *abiturienten* o examen final de esto que pudiéramos llamar bachillerato, efectuado en las tres escuelas, da derecho a la admisión en las Universidades, aunque los estudiantes de medicina o de leyes están obligados a cursar latín y los candidatos para las sagradas órdenes deben cursar latín y griego antes de entrar al estudio de sus respectivas profesiones. Todas estas escuelas tienen nueve ciclos, que corresponden a un curso de nueve años. Los nombres de las clases, empezando de arriba para abajo, son: *Ober* y *unter-Secunda, Ober* y *unter-Tertia, cuarta, quinta y sexta.*

Los alumnos entran a la edad de nueve años, y si son estudiosos y obtienen regularmente sus promociones al fin de cada año, pueden pasar su *Reife-prufung* o *abiturienten-examen* a la edad de diez y ocho años e ir entonces a la Universidad.

Aquellos que han pasado por los seis ciclos inferiores obtienen el privilegio de servir solamente un año en el ejército en vez de dos en la infantería y tres en la caballería. La mayor parte de los alumnos abandona las aulas cuando ha pasado estos seis cursos, y así se ve que en innumerables villorrios de

Prusia no existen los tres grados superiores. En este caso, las escuelas son llamadas *Progimnasien*, *Realprogymnasien* y *Realschulen*, respectivamente, para distinguirlas de las completas, que se denominan *Gymnasien*, *Realgymnasien* y *Oberrealschulen*. Es, pues, necesario para un muchacho que ha cursado en una de estas escuelas más pequeñas y que desea completar su educación, pasar para los tres últimos años de su carrera a una población que posea una de las instituciones mayores, o sea de nueve años.

De los tres tipos de escuelas, la *Real* y *Oberrealschulen* son acaso las más interesantes en razón de su novedad.

La *Oberrealschulen* en Marburg, en la provincia de Hessen-Nassau, puede tomarse como el establecimiento típico de su clase. Situada en una ciudad de veinte mil habitantes, contiene 450 alumnos, casi todos salidos de la población o de sus alrededores. La pensión anual que la escuela reclama es 130 marcos, o sean 32 dollars 50 y debe ser pagada por todos, aun por los alumnos más pobres; pero si las autoridades están convencidas de que los padres de un muchacho no pueden afrontar los gastos, reducen la suma y aun la perdonan.

Como Marburg posee también un *gymnasium* clásico para hombres y escuela superior para mujeres, no hay lago ninguno en el curso de nueve años y los alumnos pueden, por lo tanto, completar su instrucción preparatoria sin ir a otra parte.

El profesor Savory refiere que obtuvo el permiso necesario para pasar una semana en el *Oberrealschulen* y asistir a todas las clases que le plugo.

Asistió de preferencia a las de francés e inglés en todos los cursos. El francés empieza a aprenderse desde el primer año y durante los cinco primarios años se le consagran seis horas por semana. En *Untersecunda* el número de horas se reduce a cinco, y en los tres cursos finales, a cuatro. Los alumnos

han aprendido, pues, el francés con tres años de anticipación, con respecto al inglés, la otra lengua extranjera que se comienza a aprender en *Untertertia*. En esta clase se le consagran cinco horas y cuatro horas por semana en las subsecuentes. Los nuevos métodos rigen en ambas lenguas, que son, casi exclusivamente, habladas. Los alumnos son cuidadosamente instruídos en la formación orgánica de los nuevos sonidos y aprenden a hablar y leer las lenguas extranjeras de la propia suerte que aprenden a hablar y leer su lengua nativa. Los profesores de francés y de inglés son especialistas avezados, que no sólo pronuncian estas lenguas muy bien, sino que saben la manera de que sus discípulos adquieran esta pronunciación. En inglés los sonidos difíciles, como *th, r* y *u,* han sido aprendidos perfectamente casi por cada discípulo. Yo tuve la fortuna, dice el informante ya citado, a quien he venido glosando, de dar a los alumnos en *Untersecunda* (varían éstos entre la edad de diez y seis y la de veintiún años) una conferencia sobre nuestras escuelas públicas. Los ensayos en inglés que escribieron ellos después prueban que entendieron todo lo que se había dicho. Considerando que en este curso había estudiado el inglés sólo dos años, su adelanto era notable. La lectura de Shakespeare en Obersecunda podría compararse muy favorablemente con la que hace en Inglaterra un muchacho de quinto año. Me invitaron a dar a las dos clases superiores una lectura sobre un asunto financiero, y la discusión en inglés que siguió hubiera ciertamente emulado muchas discusiones técnicas de Oxford o Cambridge.

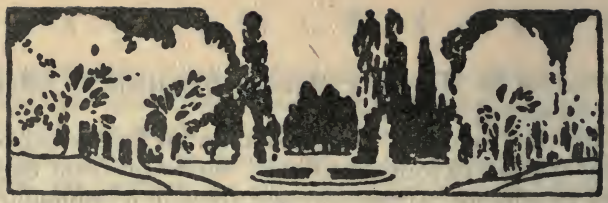
He aquí algunos ensayos en inglés acerca de los siguientes asuntos (entre otros) escritos por los alumnos de los mencionados cursos durante el año pasado: «Historia del drama inglés desde los tiempos de Shakespeare hasta nuestros días.» «Elementos extranjeros en la lengua inglesa.—Macbeth».—«En qué ra-

zones funda Macaulay el deber que tiene el Estado de educar al pueblo.»

Es cosa evidente que estos alumnos han adquirido las lenguas extranjeras de tal suerte que son capaces no sólo de expresarse—escribiendo o hablando—sino también de apreciar de una manera inteligente la vida y la literatura de Francia e Inglaterra y, por lo tanto, de obtener una cultura *humanista* no inferior a la que pueden proporcionar el latín y el griego. Este fin se tiene, por lo demás, siempre a la vista. No se pregona indebidamente la supremacía de lo real a expensas de lo ideal y las lenguas modernas se miran como algo esencial y no como simple adorno o mero procedimiento en la lucha por la vida. Los alumnos reciben una simpática iniciación en lo que constituye los modismos forasteros, así como en las modalidades diversas del pensamiento contemporáneo exteriorizado por el lenguaje, y apreciando asimismo el espíritu y el trabajo de todos los grandes pueblos se unen instintivamente a este espíritu y comulgan con el pensamiento europeo en todo lo que tiene de más comprensivo y excelente en su grande y evolutivo impulso hacia la civilización.

Por lo demás, en Londres, como dice muy bien el señor Savory, en Inglaterra mejor dicho, hay ya muchos hombres eminentes que reforman *de fond en comble* los métodos para la enseñanza de los idiomas. Llámanse estos hombres, para no citar más que los principales, Rippmann y Edwards, en Londres; Breul y von Gleyne, en Cambridge; Berton, en Oxford; Miss Birley, en Winchester, Andrews, en Bolton, y Brigstocke, en Berkhamstea.

Todos estos maestros enseñan que las lenguas modernas son capaces de convertirse en *instrumentos eficientes* de una educación liberal, y el movimiento educativo ha adquirido en este terreno un impulso notable, digno por todos conceptos de estímulo y de aprobación.



XV

CÓMO SE HABLA EL ESPAÑOL EN ESPAÑA

Si por acaso este informe cayese en manos de algún ibero, que no se alarme: no tendré la singular pretensión, no incurriré en la peregrina petulancia de afirmar que en México hablamos mejor el español que en España, el castellano... que en Castilla. Equivaldría quizá para algunos tal afirmación a aquella de ciertos estimables compatriotas míos, quienes (con motivo de algunos conciertos dados por el gran pianista en México) sostenían que Paderewsky no tocaba como se debía el minueto de... Paderewsky. Aunque si bien se mira, no hay paridad con el ejemplo este que cito, pues podría muy bien acontecer que un idioma se desnaturalizase y corrompiese en su país de origen, en tanto que en las colonias permaneciese incontaminado y perfecto.

No es esto empero lo que yo pretendo afirmar: en Castilla, en las Castillas, se habla nuestra lengua mejor que en la América latina, en general, pero no mejor que en Venezuela, Colombia y México. En Galicia el idioma es de un suave y encantador arcaísmo, que recuerda el peculiar carácter de nuestro hablar

campesino; sobre todo en las rancherías y pueblos del interior. Pero por lo que ve a las demás provincias de España, sobre todo tratándose de pronunciación, yo encuentro que andamos mucho mejor por allá.

El español, el castellano especialmente, tiene siempre una crítica, más o menos acerba, para nuestra manera de pronunciar la lengua. Halla insoportable nuestra dicción y suele reirse de ella. Aquí, donde todas las voces son graves, donde la pronunciación de las *jotas* es siempre mojada, donde el acento es regularmente gutural y ronco, nuestro diapasón relativamente agudo, nuestro timbre frecuentemente metálico, la dulzura a veces excesiva de nuestras inflexiones, chocan extraordinariamente. No basta que algunos *adaptables* lleguen hasta pronunciar con corrección la *ce* y la *zeta;* no hallarán gracia en ninguna parte si su voz no es grave y sibilante su dicción.

Algunos españoles, más inflexibles aún, encuentran que nuestra confusión de la *ese* con la *ce* y la *zeta* son absolutamente insoportables. Por lo demás, tanto en lo que ve a la pronunciación como a la expresión de nuestra Lengua, creen algunos de estos estimables abuelos excesivamente rigoristas, que son ellos los únicos que tienen el cetro del bien pensar y del buen decir. No conciben que nosotros podamos hacer evolucionar la lengua, no nos conceden siquiera que pongamos en ella ese ligero e indispensable matiz regionalista, no soportan que usemos tal o cual modesto y discreto modismo especial. El madrileño que dice *azararse* por *azorarse,* a ciencia y conciencia de que habla un caló que no tiene ni siquiera el mérito de la sonoridad, se irrita de veras porque los mexicanos decimos *ahorita,* que, en suma, no es más que un humilde y castizo diminutivo.

Esto del *ahorita,* de tal manera origina burlas, o cuando menos sonrisas piadosas, que hay que poner

todo su afán en reemplazarlo por el *ahora mismo,* si no se quiere ser blanco de grandes desdenes.

El madrileño que os espeta este dichoso adverbio: *entusiásticamente,* a cada instante, se escandalizará sin duda porque vosotros engarzáis en vuestra conversación tres o cuatro *pues*.

Nosotros somos, y esto se lee en todas las miradas de muchos filólogos de España, simples depositarios del idioma. No podemos hacer de él más que el uso *natural* y *moderado* de que los propietarios de viviendas (viviendas que aquí en Madrid se llaman *cuartos,* aunque tengan diez y seis o veinte piezas) hablan en sus contratos de arrendamiento. Nos han entregado ese idioma por inventario (el inventario se halla en el Diccionario de la Academia), y habremos de devolverlo algún día con sus herramientas completas: sus verbos, sus nombres, sus preposiciones. No tenemos derecho a más...

Los doctos saben que Bello y Cuervo han conocido y hecho avanzar más la lengua que muchas generaciones de gramáticos. Saben que a Bello, muy especialmente, se le reconoce el descubrimiento de las leyes de los diptongos; que la metodización y agrupación por familias y caracteres de los verbos irregulares, que la división más perfecta de los tiempos y números, que tantos y tantos progresos de la lengua hoy reconocidos con aplauso por la honorable Academia, a ellos y a otros americanos insignes, entre los cuales está nuestro don Rafael Angel de la Peña, se les deben; pero esto lo saben sólo los doctos, ante cuyos ojos solemos hallar gracia.

Don Ricardo Palma defendió aquí en Madrid, en una inolvidable asamblea, el incontestable derecho que tiene el Perú, o Colombia, o México, o cualquier nación de la América española, a usar sus especiales regionalismos; tanto derecho, cuando menos, como el que tienen y jamás se les ha negado a las provincias españolas para usar los suyos. Pero ni aun por

esas: aquí, donde el Parlamento ha concedido a Cataluña que use el catalán en comunicaciones oficiales, hay gentes cuya intransigencia no concede a ningún americano el uso de una palabra indígena.

Por lo que ve a la pronunciación del castellano, es de notar el colorido que cada uno pone aquí—según su provincia—en lo que habla. No sólo no se encubre la *heterodoxia relativa* (si heterodoxia es) de la pronunciación regional, sino que se ostenta, se subraya. El castellano viejo y el gallego dirán siempre con insistencia, con vigor, delante de vosotros, *Madriz,* por Madrid, y *saluz,* por salud. El andaluz, con no menor énfasis, os dirá *jué,* por juez, y *lojombrej,* en lugar de los hombres. En cambio, púdicamente se cubrirá el rostro y se tapará las orejas la Prosodia, si no pronunciáis, ¡oh americanos!, la *ce* y la *zeta,* o si aspiráis una miaja, casi nada, la *hache.*

Yo encuentro que en México, por lo que ve a la pronunciación, no se nos pueden hacer en puridad más que dos cargos: 1.°, que no pronunciamos como se debe la *ce* y la *zeta;* 2.°, que solemos—nuestros rancheros especialmente—aspirar la *hache.*

Por lo que ve al primer cargo, también puede hacerse a las Provincias Vascongadas, a Cataluña, a buena parte de Andalucía, a las Baleares, a las Canarias y a las Filipinas. No merecemos, pues, ni el escándalo, ni el reproche de los prosodistas.

Por lo que ve a la aspiración de la *hache,* ni hemos llegado nunca, como los andaluces—nuestros abuelos—, a decir *jambre,* por hambre, y *jacer,* por hacer, ni debemos olvidar que en sus orígenes esta letra tuvo una distinta y definida aspiración.

Fuera de esos dos cargos y de usar todo linaje de diminutivos, no merecemos reproches.

Jamás en México hemos dicho *cezoz,* por sesos, como en Granada o Málaga; jamás hemos pronunciado *shinshe,* por chinche, como en Cataluña y en Valencia; jamás de los jamases hemos osado decir *caga,*

por caja, como en Galicia; nunca nos hemos atrevido a decir *e'fueno,* por es bueno, como en Toledo, ni *Madrí,* como en muchos pueblos de Castilla la Nueva. Ni hemos dicho en ningún tiempo *perru* por perro, como en Badajoz, o *monti,* por monte, como en Santander, o *ardit,* por ardid, como en Barcelona, o *Haráh,* por Jerez, como en Sevilla.

Por lo que ve a los barbarismos y galicismos, desapasionadamente pienso que, sin andar nosotros muy bien en México, los españoles andan peor, y ello es natural, por lo que ve a los segundos, si consideramos su aproximación a Francia, aproximación geográfica e intelectual. No criticaré las palabras *saldos, retales, fumista,* etc., que son el pan de cada día, ni los vocablos *pitorreo, coña,* y otros de esa laya que el género chico ha entronizado y entroniza continuamente (aquí como en México); me fijaré sólo en algunas de las más conspicuas locuciones que andan por ahí de boca en boca.

Aquí todo el mundo dice (como en México también, es verdad) *pasar desapercibido*, por pasar inadvertido; *bajo la base,* por sobre la base; *terreno accidentado*, por terreno desigual o quebrado; *presupuestar,* por presuponer, y *transar,* por transigir. Pero, en cambio, yo no he oído en México, como oigo aquí a cada paso: *coloridad, reasumiendo, aprovisionar*, *remarcable* y *afeccionado.*

Creo, pues, y perdóneseme que no razone más esta mi creencia por miedo a la sobrada extensión de mi Informe, que ni merecemos la fama de mal hablar que nos sigue por todas partes a los americanos, ni es justa siempre con nosotros la buena madre Patria, tan hospitalaria y generosa de suyo, negándonos todo derecho en lo que ve al idioma.

La evolución de éste en América — evolución buena o mala, no lo discuto—es un hecho. Nuestra lengua, tan bella, tan expresiva, tan augusta, está amenazada gravemente. El ilustre Cuervo opina que

acabará por diversificarse en varios dialectos. Hay países en América donde la han puesto de tal suerte, a fuerza de desfiguros, que no la conoce nadie y cualquier día va a acontecernos que, al revés de Paganell, hablamos el mexicano, o el *argentino,* o el *chileno,* creyendo hablar el castellano.

¿Cuál es el remedio para tamaño mal? Los hombres ilustrados de España y de América piensan que una más íntima unión mental entre todos los que hablamos el español, un intercambio más nutrido de libros, la edición a precios verdaderamente mínimos de las obras maestras del lenguaje y del estilo, sobre todo de las modernas, pues las clásicas suelen ya ser ilegibles para el pueblo, y sobre todo la instrucción del repórter, que desgraciadamente en América es el que se hace leer del pueblo, sin saber—por su crasa ignorancia—ni en qué idioma escribe, retardaría, si no conjuraría del todo, el peligro. Pero el remedio es tan complicado, que yo no tengo grandes esperanzas de que se aplique a nuestra pobre lengua, herida de muerte, no por los revolucionarios, sino por los ignorantes.

XVI

EL CASTELLANO EN AMÉRICA

Prejuicios e inexactitudes.

El padre don Julio Cejador es un hombre muy docto. Se ha dedicado con especialidad a los estudios lingüísticos.

He notado que estos estudios apasionan a los clérigos, y me lo explico, primero, porque no hay en ellos choques de ideas que alteren o disgusten sus convicciones, y segundo, porque contentan su amor al pasado.

Así, pues, el padre Cejador se consagra amorosamente a estos estudios, y le debemos ya una sustanciosa gramática, un libro vasto y eruditísimo intitulado *La lengua del Quijote* y varios artículos muy doctos sobre asuntos filológicos, sin contar trabajos también muy doctos que tiene en preparación.

Más aún: el padre Cejador ha intentado conocer a los escritores americanos, y yo le debo un artículo, que no he leído porque no recuerdo en qué revista me dijo él que se había publicado hace tiempo.

Entiendo que en ese artículo, o lo que sea, el padre Cejador no me trata muy mal.

Y presumo que tampoco me trata muy bien.

«Cuando lo escribí—me dice—no lo conocía a usted. Ahora advierto en su prosa ciertas tendencias hacia el castellano clásico.»

Como seguramente en mis versos el padre Cejador no advirtió esas tendencias, y además los que deben haber caído en sus manos están muy lejos de la apacible, cristalina e inocente vulgaridad de un Grilo, de un Gabriel y Galán o de un Balart, debo confesar que si me trata mal se lo perdono de antemano y de todo corazón.

Pero no divaguemos.

El padre Cejador, a quien me complazco en llamar amigo (no sé si él experimentará una complacencia análoga por lo que a mí se refiere), dió en cierta ocasión, tropezó, debiéramos mejor decir, porque esta es la palabra, con una carta de un señor chileno.

Los chilenos, tan progresistas, tan soldados, tan marinos, no gustan mucho de cultivar las bellas letras. Son espíritus razonadores y fuertes, y apenas si entre sus poetas nuevos se cuenta uno que vale (a pesar de su apellido), *Dublé* Urrutia, autor del bello libro intitulado *Del mar a la montaña*.

Cierto que fué un notable escritor y erudito chileno el que halló una página original del romancero del Cid; cierto que un hijo del presidente Balmaceda, aunque arrebatado en flor a la vida, dió muestras de exquisito temperamento literario, y mereció que Rubén Darío, su amigo de la adolescencia, le consagrase uno de los primeros libros, *A de Gilbert*; mas no obstante esto, Chile se ha inclinado más hacia las armas que hacia las letras, y si sus tenaces, sus formidables antepasados de bronce inspiraron uno de los poemas épicos españoles de más fuste a don Alfonso de Ercilla, no ha sido costumbre que los escriban ni los abuelos ni los nietos.

Caupolicán habla en octavas reales muy bellas, pero sólo en la *Araucana*.

Dicho lo anterior, no es de extrañar que los chilenos, a quienes por otra parte ha tocado en suerte una abundante y culta imaginación inglesa, no cultiven el castellano como placería al padre Cejador. Se han encontrado con exigencias, con necesidades nuevas, y les han dado su nombre en la lengua que se les proporcionaba; el español en sus vastos litorales y en sus inmensas montañas ha evolucionado qué sé yo cómo. ¡Sábenlo el mar y el viento!

La carta con que tropezó Cejador no era, pues, una carta modelo: estaba muy lejos de parecerse a las que don Luis de Vargas dirigía a su tío a propósito de la viudita de marras. Había en ella barbarismos a granel, sintaxis enrevesada, anglicanismos, galicismos... ¡qué sé yo!

El padre Cejador se dijo: «Para muestra basta un botón», y sin ponerse a pensar que la gente ilustrada de Chile escribe mucho mejor; que Chile, con ser país tan adelantado e importante, no es toda América; que dondequiera cuecen habas y que andan por allí cartas de gente del riñón de Castilla peores que las del chileno, ya que los que hablan y escriben mal lo mismo nacen *aquende* que *allende* el charco (estos *aquende* y *allende* puede ser que le gusten a mi ilustre amigo el padre Cejador), tronó con toda la fuerza de su indignación y de su sabiduría contra el continente entero, lanzando un *delenda América*, en su bello y valioso trabajo sobre el castellano en nuestros países.

—Ciertamente—me dijo el padre Cejador—he extremado la nota: comprendo que, aunque en Chile y la Argentina nuestro idioma anda muy malparado, en México, Perú y Colombia se habla mucho mejor... ¡Pero usted sabe que para que la crítica aproveche tiene que ser así... *durita!*

—Padre—le dije yo—, el castellano se habla bien

y mal en todas partes: entre un argentino *criollista* y un catalán *separatista*, no sabría yo con quién quedarme. Pero, en cambio, dudo que en nuestro idioma se pueda escribir con más elegancia que la de un Rafael Obligado.

Hay en la Argentina un poeta, un muchacho, que levantó bandera de rebelión literaria: Leopoldo Lugones, y cuya osadía sabia y llena de pericia en la métrica nuestra ha sabido sacar un maravilloso partido de la lengua vernácula (este vernácula ya sé que le gusta al padre Cejador, porque la otra noche me lo rió complacido en el Ateneo). Pues bien, Leopoldo Lugones, ultramodernista en sus procedimientos, sabe el castellano, sin embargo, como cualquier académico de la Española, y su admirable libro *El imperio jesuítico*, que nadie ha leído en España, es un primor de buen decir, además de ser un primor de erudición histórica.

A Rubén Darío, que es intelectual argentino, ya que en aquella brillante tierra se formó, hombres de España tan notables como Valle Inclán, Azorín, Luis Bello, lo han calificado el *primer lírico castellano actual*, y el que dude de la estima en que aquí se le tiene que se lo pregunte a doña Emilia Parzo Bazán, a don Marcelino Menéndez y Pelayo y a las cartas americanas de don Juan Valera.

Y cito estos dos casos justamente porque podrían ser los más sospechosos.

En cuanto al vulgo, aseguro que tan mal habla en las Vascongadas o en Andalucía como en la Argentina o Chile.

¿Por qué olvidar, por otra parte, que aquel don Rafael Angel de la Peña, de quien también me ha hablado el padre Cejador, y aquel don Rufino Cuervo, a quien tanto admira, que continúa admirablemente a Bello, y que con su diccionario de Construcción y régimen está levantando uno de los máximos monumentos de la Lengua, nacieron en esta Améri-

ca donde, según el padre Cejador, se habla tan mal el castellano?

Confiéselo el ilustre autor de la *Lengua de Cervantes:* se ha dejado llevar por un prejuicio muy común y muy injusto, ese que nos niega todo a los de allá, para concedérselo todo al terruño, prejuicio tan petulante a las veces (no por cierto en el padre Cejador) que ha hecho decir a un *indiano*, bastante ilustrado por cierto, en varios círculos madrileños, que todo el movimiemto de ideas habido en México en estos últimos años, y en el que se distinguen por diversos conceptos hombres que se han llamado y se llaman don Gabino Barreda, don Justo Sierra, don José Ives Limantour, el doctor Parra, los señores Macedo, etcétera, se lo debe a él!

Afortunadamente la juventud española piensa de otra manera. Preguntadlo al eminentísimo Unamuno, que llama a *nuestra América* la *España grande* y la *tierra de promisión.*

Seamos, pues, justos, mi ilustre amigo.

Se puede saber el castellano y escribir versos que no se parezcan ni a las redondillas de Sinesio ni a los madrigales de Grilo, y no sólo *se puede,* sino que *se debe,* para que la lírica española, en la que supieron injertar savia tan vigorosa y tan ajena a ella los Espinel, los Boscán, los Garcilaso, no se pudra en ese pozo de mediocridad y anodismo en que la dejó al partir el gran poeta Zorrilla.

Para concluir voy a citar algunas líneas de Azorín, en artículo a mí consagrado. Ellas han de ayudarme mucho en esta justísima defensa, ¡oh!, mi ilustre amigo don Julio Cejador, y acaso hagan en usted más mella que las razones que yo esgrimo:

«... y note usted que el más alto poeta que existe hoy en lengua castellana—dice J. Martínez Ruiz—es también venido de América; hablo del queridísimo Rubén Darío.

—Comienza usted a desvariar un poco, mi exce-

lente y joven amigo. Yo le confieso a usted que no veo en estos poetas las grandezas y maravillas que usted advierte; la poesía castellana está en decadencia lamentable desde que Campoamor y Núñez de Arce...

—Perdón, perdón, mi buen señor; ya conozco estos viejos plañidos. Ante todo, estos dos poetas que usted acaba de citar, esperan todavía un entendimiento sereno y penetrante que haga la crítica de sus obras; temo que por lo que toca a Núñez de Arce lo hemos de poner en el mismo casillero modesto en que hemos colocado a don Manuel José Quintana. Y después, en cuanto a la decadencia actual de la poesía, yo le he de decir a usted que no hay tal decadencia, sino que, por el contrario, lo que existe es esplendor, fuerza, apogeo, puesto que nos encontramos en un período de renacimiento poético, como hace siglos no lo ha tenido España.

—Me deja usted un poco estupefacto; yo no sé qué pensar, mi buen amigo, ante sus paradojas.

—Nada hay más cierto, mi excelente señor, que el renacimiento de que hablo a usted. A mi entender Rubén Darío es un lírico de los que continúan la tradición, la línea, la estirpe maravillosa de los Berceo, Juan Ruiz, Garcilaso, Góngora, Espronceda y Bécquer; después de éstos, y por derecho propio, viene el autor de *Prosas profanas*. Y a su alrededor, o circulando en distintas órbitas, tenemos a poetas como Eduardo Marquina, autor de las admirables *Elegías;* a Juan R. Jiménez, el melancólico, a Antonio y Manuel Machado, a Francisco Villaespesa, a Antonio de Zayas, a Pérez de Ayala, el primitivo...

—Basta, basta, joven amigo; está usted haciendo la apología de los modernistas.

—Modernista no significa nada; es un vocablo absurdo; todo escritor, haya vivido en el siglo en que haya vivido, ha sido modernista; un poeta del si-

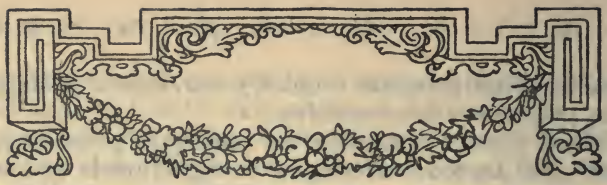
glo XIV era más moderno que otro del siglo XIII; los del siglo XXI serán más modernos que nosotros.

—Sí, sí, pero estos poetas están todos extranjerizados; no tienen fisonomía propia. Y luego, las cosas que hacen con la métrica...

—No hay un error semejante a éste. En cuanto a las innovaciones métricas, si lo innovado es bello, poético, debemos admitirlo desde luego; ¿quién ha trazado de antemano la forma y medida que deben tener los versos? ¿Por qué razón vamos a limitarnos a lo ya hecho y no podremos admitir formas nuevas? Los que crearon las formas viejas ¿no disponían de una libertad al usarlas? ¿Por qué motivos hemos de creer que esta libertad ha caducado y no se nos ha de conceder a nosotros? Vicente Espinel hizo una cosa inaudita, estupenda, terrible, en su tiempo. Inventó una forma poética nueva: la décima; es de creer que los viejos poetas de aquel entonces se escandalizaran, se horrorizaran ante este desenfreno. Y, sin embargo, hoy este desenfreno de Espinel ha llegado a ser una tradición fundamental, esencial en poesía, y por un viceversa curioso, el verdadero desenfrenado y loco sería, para los viejos poetas actuales, el que atentase contra ella... «Y vamos al reproche de extranjerismo: menos fundamento si cabe tiene este anatema que el anterior. Las ideas, como las cosas, no son autóctonas, primeras; todo nace de todo. Suponer que una idea puede ser original sería introducir en el universo una causa primera, algo no creado; es decir, sería romper la ley de causalidad universal, de concatenación fatal, de determinismo. Y claro está que esto es francamente absurdo. Las ideas nacen de las ideas; la lectura de una página interesante nos sugiere asociaciones ideológicas que antes no teníamos; todos los literatos saben que leyendo es precisamente cuando las ideas nuevas acuden a sus cerebros, y de este modo no es extraño que unas literaturas influyan en otras y determinen en tal o

cual nación aletargada estados y movimientos literarios pujantes y desconocidos...»

¿Está usted convencido, mi eminente padre Cejador? ¿No? De todas suertes he de agradecerle que me haya escuchado, pues a usted debo estas páginas que llenan uno de mis deberes periódicos para con la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes de mi país.



XVII

LA ENSEÑANZA DE LAS LENGUAS MODERNAS EN FRANCIA

Debemos consolarnos de encontrar aún en nuestra América tales o cuales dificultades en la práctica de la enseñanza de ciertas materias, si tenemos en cuenta que en Europa misma, y en países tan adelantados como Francia e Inglaterra, la pedagogía no ha acertado aún a resolver muchos de los más ingentes problemas del aprendizaje moderno.

Circunscribiéndome a la enseñanza de las lenguas extranjeras, se recordará que en uno de mis informes anteriores hacía yo notar extensamente las deficiencias de esta enseñanza en Inglaterra, la cual se ponía justamente como ejemplo para estimularse a Francia y Alemania.

Ahora bien, en Francia se está muy lejos de haber alcanzado siquiera una perfección relativa en este ramo; se advierte ahora más que nunca la existencia de enormes defectos en los métodos que se siguen con las lenguas vivas.

Las Universidades, que, como dice un docto profesor, pueden y deben: primero, formar sabios; se-

gundo, preparar el personal de la enseñanza secundaria, no cumplen con la segunda parte de su programa.

«Saber, y saber enseñar, sobre todo cuando se trata de lenguas vivas, dice este profesor, son, en efecto, dos cosas muy diferentes.»

Hay profesor capaz de comentar a fondo una poesía de Goethe y de explicar de un modo conveniente una página de los *Nibelungos* y que, en cambio, no podría sacar de un texto las aplicaciones, ya gramaticales, ya simplemente útiles desde el punto de vista del provecho que los discípulos deben obtener para la adquisisión y el manejo de la lengua.

Y en este terreno parece que no sólo las grandes Facultades de provincia, sino aun la mismísima de París, no han podido organizar hasta hoy la preparación especial de los candidatos para el certificado de aptitud para la enseñanza de las lenguas vivas en los liceos y colegios. Ya en 1893 monsieur Pinloche, presidente del Jurado para el certificado de alemán, señalaba esta lengua y sus consecuencias desagradables en los siguientes términos: «Si se considera que la mayor parte de los candidatos al certificado de aptitud no tienen ni experiencia ni dirección pedagógica, a nadie asombraría que este concurso siga siendo, a pesar de todo, tan débil y dé resultados tan poco apropiados a las exigencias de la enseñanza secundaria.»

Más tarde, él mismo añadía: «La ligera mejora que el Jurado ha tenido el gusto de advertir en el conjunto del concurso de este año, se refiere más bien al conocimiento de las lenguas que a la aptitud para enseñarlas. Deseamos que se facilite más y más a los candidatos el medio de llenar esas lagunas y sobre todo *que el azar tenga una* participación más y más restringida cada día en la preparación pedagógica.»

Mas a lo que parece, a pesar de estas indicaciones

autorizadas, la situación no ha cambiado y la enseñanza de lenguas vivas en Francia sigue siendo muy deficiente.

Se escribe mucho, *se pedagogiza* mucho, si me permiten ustedes la palabra; se discute mucho y con mucha sabiduría; pero los jóvenes de Francia, como los de Inglaterra, salen de las aulas con un alemán o un inglés muy discutible en el magín, y siguen siendo lo que han sido siempre: incapaces de hacerse comprender en otra lengua que en la suya; en tanto que en Alemania, en Italia y en nuestras Américas aumenta muy sensiblemente cada año el número de jóvenes que poseen prácticamente el inglés y el francés, y que se hacen entender perfectamente en todas partes.

¿A qué se debe esto? ¿Será quizás a que el francés como el inglés, tan aptos e inteligentes para otras cosas, no lo son en absoluto para el aprendizaje de las lenguas extranjeras? Líbreme Dios de afirmación tamaña, aunque para mí tengo que hay en el italiano, por ejemplo, y en el hispano-americano, cierta aptitud especial para este aprendizaje.

Sea como fuere, los franceses buscan con toda actividad un remedio a esta situación, y hacen cuanto es posible por mejorar el personal de su profesorado.

Ha habido ya dos Congresos: el de Mons, de 1905, y el de Munich, de 1906 (Congreso de profesores de lenguas vivas), que se han ocupado de este importante problema, formulado por Mr. Pinloche, profesor del Liceo Carlomagno y maestro de conferencias de la Escuela Politécnica, en los siguientes términos: «¿Por qué medios se puede asegurar el mantenimiento sino por el desarrollo de las nociones de lenguas vivas adquiridas en la enseñanza secundaria?»

Mr. Pinloche redactó a este propósito una exposición en la cual abundan los argumentos. He aquí algunos: «No puedo menos de repetir aquí lo que he dicho tantas veces fuera: La conservación, es decir,

la solidez de las nociones adquiridas estará siempre en razón inversa del empirismo con que se hayan adquirido estas nociones. Pero admitamos que la enseñanza secundaria haya resuelto—y está lejos de ello—esta cuestión tan compleja de que hay que eliminar de empirismo y adquirir procedimientos científicos en la pedagogía de las lenguas vivas y que se haya logrado formar, en número suficiente, discípulos verdaderamente capaces de pensar, y, por consiguiente de hablar y escribir convenientemente en una lengua extranjera; admitamos todavía más: que algunos de estos discípulos (naturalmente no han de ser numerosos) hayan tenido la buena fortuna de permanecer en el extranjero bastante tiempo para sacar un partido verdaderamente útil de la lengua correspondiente; queda aún por averiguar dónde y cómo estos mismos individuos, ya en el dintel de las carreras activas, encontrarán, sin expatriarse, los medios de luchar contra la desaparición rápida, casi fatal, de las nociones adquiridas al precio de tantos esfuerzos y sacrificios.

»Yo respondo: es preciso que estos medios los encuentren en las Universidades, y si ahora no los hallan en ellas, es preciso que los hallen mañana.

»Claro que la organización actual de nuestras Universidades no responde en modo alguno a la necesidad que acabo de señalar. Los cursos de lenguas extranjeras en las Facultades tienen el inconveniente de no dirigirse más que a una categoría muy restringida de oyentes, categoría que casi no comprende, cuando menos en Francia, más que a los candidatos a los exámenes establecidos con el fin de reclutar el personal de profesores.

»Pero no se trata solamente de formar licenciados, agregados y doctores: hay otras categorías no menos interesantes de discípulos llamados también a ser útiles al país, y que tienen el derecho de esperar de las Universidades una dirección y un apoyo.

»Una vez reconocido este principio—y me parece difícil que no lo sea—queda por examinar por qué medios podría ponerse en aplicación.

»El mejor parece ser la creación de institutos especiales dependientes de las universidades. Lo mismo que hay ciertas facultades de ciencias, institutos de química, de física, de ciencias naturales, etcétera, abiertos a todos los trabajadores que no persiguen la adquisición de un grado o de un diploma universitario, asimismo debería haber en las facultades de letras verdaderos institutos de lenguas vivas, donde podrían ejercitarse y desarrollarse todos aquellos que tuvieren necesidad de una verdadera enseñanza superior de estas lenguas, de acuerdo con las necesidades más y más complejas de las diversas profesiones.

Seguramente que no sería oportuno tratar aquí en detalle de la organización de tales instituciones, que tendrá forzosamente que variar en los diferentes países y aun en las diferentes regiones, y con las diferentes categorías de oyentes. Pero creo que desde ahora el Congreso puede afirmar estos principios y la necesidad urgente que hay de aplicarlos.»

De seguro que estos institutos especiales, dependientes de las universidades y destinados únicamente a la enseñanza de los idiomas, darían excelentes resultados; pero a condición de que los métodos aplicados en ellos fuesen eficaces, y hasta ahora, hay que confesarlo, no se ha encontrado un método absolutamente eficaz para enseñar las lenguas vivas desde la cátedra de una universidad. De aquí que *extrauniversitariamente*, si se me permite el adverbio, sea cada día mayor el número de institutos que pretenden en Francia enseñar de un modo práctico los idiomas extranjeros, así como el número de métodos que se publican, y diz que por medio de los cuales estos idiomas deben infaliblemente aprenderse.

El sistema que en la diversidad de tanteos de que

hablo ha tenido más fortuna, es el sistema Berlitz, pero esto es acaso asunto de reclamo en buena parte! aun cuando no se deban desconocer del todo algunas de sus ventajas.

En mi concepto el achaque de que adolece en Francia la enseñanza oficial de los idiomas es el exceso de *cientificismo*. Se habla mucho de la historia de una lengua, se analizan sus componentes, se insiste sobre la índole de sus verbos, se clasifica su vocabulario, se enumeran sus grandes producciones clásicas, se ponen en parangón sus giros, sus modismos, con los de la lengua vernácula, y más resultan los cursos superiores conferencias sobre las lenguas extranjeras que verdaderos procedimientos de enseñanza. La filología mata al aprendizaje.

Como, por otra parte, el ciudadano francés, de todos los europeos es quien menos viaja, quien menos se encuentra en contacto forzoso con los idiomas extraños, además de que es raro el país en que por lo difundido de la lengua francesa no se le evita el trabajo de darse a entender, resulta que el aprendizaje queda absolutamente reducido a los límites de los cursos de estudios, primarios o secundarios, que, como digo, están muy lejos de haber encontrado métodos adecuados a las necesidades modernas.

La lengua viva que además de la materna se aprende en los colegios franceses, y que es por lo general el inglés o el alemán, se enmohece frecuentemente por falta de uso. Acaso lo único que se conserva de ella es algo así como la reminiscencia de ciertas frases familiares. Si añadimos a esto el desdén natural que el francés siente por las literaturas extranjeras, encontraremos que nada tiene de raro que la mayoría de los profesionales de la nación ignoren en gran parte la producción enorme de ideas de todos géneros que informan la vida intelectual extranjera y viva de sus ideas propias, poderosas, nutridas y abundantes si se quiere, pero naturalmen-

te deficientes por falta del necesario cambio y del necesario consorcio con las ideas de los demás.

Así lo empiezan a reconocer los educadores franceses, y uno de ellos dice, en reciente trabajo, las siguientes palabras refiriéndose a una categoría especial de profesionales:

«Nuestros médicos, aun los profesores de escuelas de medicina, conocen en su mayor parte muy poco de alemán. Resulta de esto que nos informamos de la producción germánica, que es inmensa y generalmente excelente, con retardos inverosímiles. Tal o cual procedimiento quirúrgico, tal o cual remedio son desconocidos entre nosotros, en tanto que se han difundido ya por el mundo entero hace dos, tres, cuatro años, y algunas veces más.

»En la facultad de letras es imposible emprender una investigación de historia o de filología con los alumnos. No hay uno entre diez capaz de entender un libro escrito en lengua extranjera. Lo propio acontece en la facultad de ciencias y otro tanto en la facultad de derecho con los aspirantes al doctorado.»

Y esta diferencia, según el mismo autor, es sensible, sobre todo, por lo que ve a los estudios económicos, «donde es preciso leer la abundante producción de los alemanes, de los americanos, de los ingleses y de los italianos, que en veinte años a esta parte han trabajado mucho».

«Todo trabajo original, concluye el autor citado, se paraliza entre nosotros, a causa de la ignorancia de nuestros estudiantes. Sería por tanto muy necesario, no solamente que se siguiese cultivando la lengua extranjera aprendida en el colegio, sino que se estudiase después otro dioma. No se trata de aprender a hablarlo, que esto es largo y difícil, sino simplemente de leer un texto fácil que se refiera a cada especialidad, en cuyo caso la adquisición del vocabulario es muy sencilla.»

Hay que esperar que para el Congreso de Lenguas vivas que deberá efectuarse en Hanover en 1908, se habrá encontrado ya en Francia una fórmula pedagógica que concilie y remedie todas estas exigencias que tan sensibles son en la enseñanza de los idiomas modernos. Pero yo creo que hay, fuera de métodos y congresos, de informes y de análisis, un remedio indirecto para las deficiencias que en la enseñanza de que vengo hablando se advierten, y éste consiste en persuadir a los estudiantes franceses de la importancia capital y del valor inmenso que tienen las producciones científicas y literarias alemanas, americanas e inglesas. En efecto, hay además de la imperfección de los métodos que en Francia se emplean para aprender los idiomas y la dificultad natural que tiene el francés para asimilarse las lenguas extranjeras, un hecho que impide adquirir y poseer éstas, y es cierto desdén nacional para la producción ajena.

Creen los franceses, porque así se lo han repetido en todos los tonos, que en lo que ve a literatura y ciencias, fuera de tales o cuales significadas personalidades antiguas o modernas, fuera de tales o cuales obras maestras, todo lo demás se ha inspirado en Francia y de Francia es tributario. Muy pocos son los que se imaginan, por ejemplo, la riqueza inmensa de la literatura alemana actual, casi del todo desconocida de este lado del Rhin, y menos son aún los que comprenden el valor del movimiento científico que se opera en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. Los profesionales en lo general viven de las ideas ambientes; leen los libros de sus colegas, reciben las publicaciones francesas y sólo cuando un descubrimiento nuevo hecho en el extranjero ha traspuesto las lindes de todos los pueblos, lo reciben y lo analizan, no sin cierta prevención y cierta desconfianza. Habría, pues, que empezar por convencer, así al profesor como al alumno en Francia, de que es absolutamente indispensable aprender el alemán

o el inglés a fin de leer la riquísima producción literaria y científica de esos países y completar así el bagaje de conocimientos adquiridos. Habría que convencerles de que ya no se puede, so pena de quedarse muy atrás en el camino, ignorar el movimiento de ideas que existe en los países anglo-sajones, sino que, muy al contrario, es preciso conocerlo ampliamente y estimarlo en todo lo que merece, tanto cuanto se estima en el extranjero el movimiento intelectual de Francia.

Supuesta tal convicción, el estímulo para la enseñanza y el aprendizaje de los idiomas modernos será grande y se traerán métodos prácticos, sistemas racionales y progresos visibles.

XVIII

EL CASTELLANO EN MÉXICO.—FILOLOGIA COMPARATIVA

En uno de los primeros informes que tuve la honra de dirigir a esa superioridad, hacía yo algunas observaciones con respecto a la pureza más o menos discutida del castellano en España, afirmando que, mientras en algunas regiones la mínima influencia extranjera habría permitido que subsistiese una especie de sedimento de la lengua del siglo XVII, llena aún de toda la elegancia, el carácter y el prestigio de la época, en otras el influjo francés era enormemente preponderante, sustituyendo infinidad de giros castizos por galicismos flamantes, a las veces menos expresivos que las construcciones indígenas. Es ésta una verdad de facilísima comprobación, a pesar de lo cual, los filólogos españoles, sean quienes fueren, no habrán de concedernos nunca que nosotros conservamos inmutables numerosas formas de elocución de extraordinaria pureza.

En efecto, yo, después de afanosas comparaciones y de pacientes análisis, me he convencido en absoluto de que si de algo se peca en América, especialmente en México, por lo que se refiere al idioma, es

de arcaísmo. Claro que no me refiero ni a la juventud intelectual ni a la juventud que ejerce en la metrópoli y en algunas ciudades de provincia del Norte, como San Luis y Monterrey, sus actividades en la esfera comercial.

Dos grandes corrientes de extranjerismo tienden en la República a modificar nuestra lengua: la americana y la francesa. La americana afecta especialmente a la gente de negocios y a los industriales, ya introduciendo vocablos, giros, modismos que designan cosas, acciones y operaciones para las cuales no hay palabras en castellano, o ya sustituyendo a las expresiones autónomas otras que no siempre las reemplazan con ventaja.

La corriente francesa influye únicamente en el lenguaje de los intelectuales. Nos llega con los libros de París, exactamente como a los españoles, y con los libros se sigue alimentando. Ha modificado considerablemente el léxico y el estilo de la gente nueva, pero no ha perjudicado más que a los ignorantes, que adoptaban una recién venida palabra francesa sin conocer la equivalente castellana; pues en cuanto a los otros, a los instruídos, les ha aprovechado, dándoles medios de expresión, sólo donde no los había, y volviendo más maleables y ágiles su estilo y su pensamiento.

Pero fuera de estas dos grandes corrientes que a pesar de su fuerza no ejercen presión sino sobre dos reducidas clases sociales, la gran mayoría, la inmensa mayoría de los mexicanos, sigue expresándose en un idioma compuesto de algunas voces derivadas de los idiomas precolombinos y de infinitas voces arcaicas. En cierta ocasión don Benito Pérez Galdós me ponderaba el encanto de ciertas palabras usadas en México, que se remontan directamente a Don Quijote, o que tienen genealogías un poquito más antiguas. Yo le respondí que no se trataba sólo de *ciertas palabras,* sino de innumerables palabras. Mé-

xico fué conquistado justamente cuando comenzaba el apogeo del idioma castellano, cuando éste dejaba su pesada armadura y se volvía elástico, gracioso, cortesano, gallardo. Durante los siglos XVI y XVII todo el mundo escribía con elegancia. No sé qué prestigio había en la morfología de las palabras que no se transformaban sino para engalanarse y embellecerse.

Ese idioma fué el que heredamos de nuestros abuelos, ese idioma el que se quedó en nuestras apacibles regiones, incontaminado como la nieve de las montañas, ese idioma fué el que formó nuestro acervo definitivo y el que constituye aún nuestro elemento por excelencia de expresión.

Los españoles instruídos, cuando lo oyen, sonríen satisfechos y complacidos, embelesándose con los puros e ingenuos arcaísmos que suelen brotar, sobre todo de los labios del pueblo. Los españoles adocenados e ignorantes exclaman: «¡Pero qué mal se habla el castellano en América!»

A estos últimos y a mis compatriotas que sin darse cuenta hablan una lengua arcaica, sufriendo sin protestar los reproches de los *doctos,* va encaminado mi informe de hoy, con la esperanza de que no les falte paciencia para recorrer la larga lista de palabras con que voy a regalarles el oído.

Es común oir en México en las casas de comercio, y ver estampada en los libros de cuentas esta palabra: *acarretos:* «tanto por *acarretos* en el mes».

Un español moderno dirá *acarreos* o quizá *transportes*, pero *acarreto* es absolutamente castizo, con cierto leve dejo arcaico.

Nuestros rancheros dicen *acetar* por aceptar y conjugan *aceto, acetas*, etc.; todo el mundo sabe que *aceto*, *conceto* y otras palabras de esta laya, abundan en los clásicos. Dice nuestro vulgo: No te *achaparres*, se *achaparró,* en vez de decir: *No te agaches, se agachó.* No hay aquí disparate alguno, sino la apli-

cación de un vocablo caído en desuso casi por completo en España.

Nuestra gente de provincia dice: *Estoy achacoso, estoy lleno de achaques*, tomando esta palabra en su recto sentido, es decir, como sinónimo de enfermedad.

Son igualmente arcaísmos muy usados en México (arcaísmos, repito, que no disparates), todos estos que vais a leer:

Adormirse, por dormirse; *adoctrinar*, por doctrinar; *agror,* por agrura (siento un agror muy molesto); *agüelo*, por abuelo (anda a *moler* a su agüelo—absolutamente clásico).

Alivianar, por aliviar («aliviana la recua de ese peso»).

Anciano, por antiguo (esta casa es *muy anciana); aparcero*, por camarada; *aparcera,* por manceba; *aquerenciado,* por enamorado (dicen que me han de quitar—las veredas por donde ando—las veredas quitarán—pero la *querencia* cuándo!... *cantarcillo popular*).

Arrempujar, por empujar (¡No *arrempujes!* oía yo decir en la escuela).

Artimaña, por maña, industria o destreza; *asin y asina*, por así; *baluma*, por balumba. (Está esto muy *balumoso*, dicen en Jalisco).

Benino, por benigno; *colatín,* por volantín (antiguamente *volatín* y *bolantín* eran lo mismo: una especie de cordel que servía para diversos usos; para pescar, por ejemplo). Los indios de México tenían una diversión muy atrevida y especial, a saber: la de girar alrededor de un gran poste, suspendidos de un cordel y vestidos de plumas de pájaros. Los más hábiles en el vértigo del giro, lograban mantener por algunos instantes la horizontal. Era natural que a los *caballitos,* que al principio pendían de cuerdas, se les llamase *bolantines,* como con delicioso arcaísmo se les llama aún en muchas regiones de México, en

tanto que en España se les denomina pintorescamente *tío vivo; bonificar,* por abonar o poner una cantidad en cuenta (se usa aún en el comercio, sobre todo en algunos Estados).

Carnicería.—En cambio en México se usa siempre el moderno *carnicería,* en vez del arcaico *carnecería,* que es tan común en las dos Castillas.

Catear.—Catear una casa. Registrarla, buscar algo en ella: se usa mucho en México.

Clavar-clavarse, por engañarse. *Me clavé!* dícese aún en México, cuando cae uno en una trampa—en un engaño.

Cobertor, en su vieja acepción de colcha, usado en México, en vez de la palabra *manta* que se usa en Castilla.

Contradecidor, por contradictor. Muy usado por las clases bajas; *convenencia,* por conveniencia; *chapado a la antigua,* voz muy castiza, desusada casi por completo en España; *chasquista,* por petardista o estafador.

Desafuciar, por desahuciar (todavía se usa en el interior de México).

Descoger, por escoger (de uso frecuente en las rancherías).

Desconforme, sin conformidad con esta o aquella cosa.

Descorazonar-(se)-desmayar, perder el ánimo (todos lo usamos).

Desfruncir, por desobedecer, desplegar, desarrugar.

Deturpar, por manchar, afear.—Término periodístico por excelencia.

Dotor, por doctor; *efeto,* por efecto; *emprestar,* por prestar-e, prestado, emprestador; *enviejar, enviejarse,* por envejecer; *finchado,* por hinchado (Fulano va por allí, está muy *finchado*).

Jabalín, por jabalí; *mesmo,* por mismo (clásico); *ñublado,* por nublado (usado en la mayor parte de los ranchos y haciendas); *ñudo,* por nudo (ídem); *obse-*

quias, por exequias; *Otubre,* por octubre; participio, por *participación.* Innumerables gentes, aun entre las ilustradas, usan en México este arcaísmo. «Yo no quiero tener (o tomar) *participio* en esto o aquello».

Perfeto, por perfecto (clásico); *poderío,* por fuerza o esfuerzo. («Hice *poderío y medio* por disuadirle», dícese en México; es decir, empleé un grande esfuerzo, hice un grande esfuerzo); *usufruto,* por usufructo; *velador.*—Nadie usa en España este vocablo para designar la *mesa de noche.* En México es muy usual, sobre todo en provincia. *Velador* era, en efecto, antaño, una mesita redonda o cuadrada, que se ponía cerca del lecho. Generalmente tenía un solo pie.

Antes de terminar esta ya larga lista, que no comprende, sin embargo, más que tales o cuales de los innumerables arcaísmos usados en México, especialmente por nuestro pueblo, aprovecharé la oportunidad para advertir a determinados aristarcos que, cuando los *modernistas* usábamos palabras como *aurifebrista* por orífice, *pucela* por doncella, *veneficio* por maleficio, etc., no incurríamos en galicismo alguno, sino que desenterrábamos sencillamente vocablos que habían caído en desuso sin razón, pues, o eran muy bellos, como los dos primeros, o no tenían sustitución exacta, como el último.

Si ha habido quien consulte Diccionarios y procure de más buena fe en América conocer el admirable caudal de nuestra lengua, ha sido, sin duda, ese bicho tan calumniado por los tontos, que se llamó *modernista o decadente.*

... Pero como no es objeto de este informe la defensa de tal o cual escuela literaria, sino la rehabilitación de algunas de nuestras palabras y formas de lenguaje, aquí pongo punto, reiterando a usted, señor ministro, las seguridades de mi más distinguida consideración.

XIX

ATENEO IBEROAMERICANO.—CONFERENCIAS AUTOCRÍTICAS.—LA CRÓNICA GENERAL DE ALFONSO EL SABIO

A la sombra de la Unión Iberoamericana está organizándose un nuevo Ateneo, que, naturalmente, se llamará también el Ateneo Iberoamericano, aunque esto no significa, en modo alguno, dependencia de la Unión.

Se compondrá el Ateneo Iberoamericano de varias secciones, científicas y artísticas, y de una sección literaria. Esta última, que es de la que me corresponde hablar, dada la índole de mis *Informes,* está constituída por el siguiente personal:

Presidente, el que suscribe.

Primer vicepresidente, don Andrés Ovejero, catedrático de la facultad de letras de la Universidad Central.

Segundo vicepresidente, don Felipe Trigo, novelista muy original y muy leído en España.

Primer secretario, don José Pérez Bojart.

Segundo secretario, don Manuel Núñez Arenas.

Primer vocal, don José Rodríguez Villamil.

Segundo vocal, don Leopoldo Alas, hijo del eminente novelista y crítico, muerto.

Todas las secciones y comisiones son autónomas, pudiendo tomar cuantas iniciativas les plazca, y encaminar su esfuerzo por no importa qué rumbo, con tal de que se tienda al mismo fin.

¿Qué fin es éste? Solidarizar más y más cada día a las naciones hispanoamericanas.

La Sección literaria ha creído que el primer trabajo que debe intentar es el de aproximar a los pensadores de España y de América, a los pensadores jóvenes sobre todo, porque éstos tienen ideales más amalgamables, más identificables.

No se dirigirá, por tanto, a los literatos solamente. Se dirigirá a todos los mentales de América.

Cree esta Comisión que no hay forma alguna, que no debe haber, cuando menos en estos tiempos, forma alguna del pensamiento, que no sea literaria. Sería hacer una injuria a la cultura de los jóvenes pensadores de España y América creer que son incapaces de verter sus ideas, filosóficas o artísticas, sus especulaciones científicas, poéticas, en un molde literario, que tenga un estilo, una índole, una fisonomía. Así, pues, cuantos dicen algo a los demás desde cualquier tribuna moderna, sea la de un diario o la de una revista o la de una cátedra, caen bajo la influencia de la literatura en lo que ella tiene de más noble y universal: la personalidad del estilo, la aptitud de la expresión, la inteligibilidad de los giros y de las construcciones.

Y aun cuando así no fuera, aun cuando hubiese, por absurda condescendencia unánime, un estilo antiliterario para escribir de ciencias o de arte, ¿qué intento mejor para solidarizar el pensamiento hispanoamericano que el de enriquecer, el de hermosear el idioma por medio de un activo cambio de libros y el de procurar que cuantos escriban, así en España

como en la vastísima porción del nuevo continente que es latina, escriban bien?

España se regocija de la aparición de no importa qué libro en América, decía el señor Ovejero en sesión pasada, porque todo libro escrito en castellano prolonga la cultura española en el mundo.

La Sección literaria del Ateneo Iberoamericano, por su parte, se regocijará de todo nuevo libro aparecido en España o América, sean cuales fueren sus tendencias, porque es una contribución más a la vida mental de nuestra raza.

Pero hay algo que debemos intentar antes que todo, y es conocernos mutuamente, ya que conocernos es estimarnos.

El escritor americano ha encontrado hasta ahora poca acogida en España; ni se nos conocía ni se nos tenía en cuenta. Por su parte los jóvenes escritores españoles han sido poco leídos del otro lado del mar y han encontrado sólo un mercado bastante raquítico para sus libros.

En América sólo correspondían hasta hace poco con la España literaria los académicos de las diversas emanaciones de la docta Corporación que hay en el Continente; pero tal correspondencia era baldía, porque estos señores, por lo general acostumbrados a vaciar ideas en moldes antiquísimos, siempre los mismos, han acabado por combinar sólo los moldes, los giros, las frases hechas, los modismos seculares, quedándose sin las ideas mismas, dejándolas evaporarse.

Se refiere que a Laplace le dijo Napoleón que por qué en su mecánica celeste no nombraba jamás a Dios.

—Porque no he necesitado de esta hipótesis—respondió el sabio.

Los académicos conservadores, los que han hecho algo sagrado e intangible del idioma, es decir, un idioma muerto, tampoco han necesitado de ideas para

escribir. Como el niño combina cubos de madera con letras o figuras, ellos han combinado clisés, logrando una ortodoxia de sintaxis que constituye sus delicias, que no inquieta ni su estómago ni su sueño, y prescindiendo de la onerosa tarea de pensar lo que no pensaron sus abuelos.

El intercambio de ideas entre la España mental y la América pensadora, ha sido, pues, nulo, hasta hace muy poco tiempo, en que los ojos de algunos poetas y pensadores jóvenes se han vuelto hacia nosotros desde la madre Patria, buscando en las audacias coronadas de éxito de nuestra nueva literatura un estímulo y un apoyo para sus futuras orientaciones. Y así han venido a significar algo en la literatura española novísima un Rubén Darío, un Leopoldo Lugones, un Salvador Díaz Mirón, un Manuel Gutiérrez Nájera, etc., etc.

Pero el comercio mental está muy lejos de ser tan vigoroso y estrecho, tan benéfico y cordial como puede y debe serlo, y a intensificarlo tenderán como primer arbitrio los propósitos del Ateneo Iberoamericano. Para ello van a constituirnos los que forman la Comisión literaria en intermediarios oficiosos entre los de acá y los de allá.

Recibirán cuanto libro se pretenda enviar por su conducto a América, y distribuirán concienzudamente en España cuanto libro de América se les remita.

Más aún: todo libro que se envíe a la Sección, será leído con la detención y el juicio que merezca, y según su importancia, logrará una nota bibliográfica más o menos nutrida y extensa, procurándose que ésta se publique, no sólo en la *Revista de la Unión Iberoamericana,* que ya es de suyo muy leída, sino en diarios de gran circulación de España. El propósito de la Comisión es que tales notas formen a fin de año un volumen en el cual esté reflejado todo el movimiento mental de España y América y que este vo-

lumen se imprima a costa de todos los que a su difusión quieran contribuir, para lo cual bastará que tomen uno o dos ejemplares.

Entiende la Sección literaria que del conocimiento mayor de unos y otros, de los que en España escriben y de los que escriben en América, resultarán además de las ventajas apuntadas, algunas de índole puramente práctica, a saber: la formación de un público cada vez mayor de lectores españoles para los que escriben allá, de lectores americanos para los que escriben acá; la facilidad de encontrar en cada país corresponsales amistosos y seguros que ayuden a la difusión de los libros, sin pasar por las horcas caudinas de cierta laya de libreros.

Estos corresponsales harán irradiar, por decirlo así, las obras que reciban en todas direcciones y lograrán una simpática propaganda de ideas.

He aquí hasta ahora los propósitos de la Sección literaria del Ateneo Iberoamericano, de los cuales he creído conveniente hablar a esa superioridad, porque constituyen una información nueva, de las que entran en el programa que ella ha tenido a bien trazarme. Por lo demás, las ideas que antes que a nadie he expuesto a esa Secretaría, se expresarán, aunque con mucha más brevedad, y sólo en sus grandes lineamientos, en una circular que será profusamente difundida entre todos los hombres de estudio y de pensamiento de América y España.

Paso ahora a ocuparme de otra novedad literaria de estos días.

Doña Emilia Pardo Bazán, elegida el año último presidenta de la Sección literaria del Ateneo de Madrid, como todos sabéis, ha procurado imprimir algún movimiento a esta Sección, y entre las novedades que ha inaugurado, se cuentan las llamadas conferencias autocríticas. En éstas, el autor invitado a hablar refiere su vida literaria, el por qué de sus orientaciones, sus lecturas preferentes, sus fuentes

mejores de inspiración; nos dice cómo escribe, qué medios le son más propicios, qué concepto tiene formado de su propia obra, etc.

Cuando la señora Pardo Bazán pensó en organizar estas conferencias, nos decía frecuentemente en el Ateneo las esperanzas que alimentaba de que fuesen interesantes, curiosas y originales.—«¡Qué mejor que cada uno de nosotros puede decir lo que es, lo que sabe, lo que piensa!»—exclamaba.

—Cierto—respondí yo—; pero todo el interés de una conversación de este género está en que el conversador sea sincero. Si no lo es, se tratará de un discurso más, tan vano como todos los discursos.

La famosa inscripción del templo de Delfos: *Nosce te ipsum*, nos muestra la importancia que se daba desde la antigüedad más remota a la introinspección, y lo esencial que es para todos asomarnos a nuestro propio espíritu antes que juzgar a los demás, pero esta operación refleja de conocernos y examinarnos es muy difícil. No sé qué brumas de misterio y de falacia envuelven a nuestras almas; no sé qué perspectivas engañosas alteran nuestras concepciones personales. El caso es que con sumo trabajo logramos saber lo que somos, y el que acierta a juzgarse sin pasión, obtiene un señaladísimo triunfo sobre sí mismo.

Hay algo, empero, todavía más difícil que el *nosce te ipsum*, y es, supuesto el logro de este precioso conocimiento, la sinceridad para decir a los demás lo que de nosotros pensamos. Todos gustamos de hablar de nuestra propia persona, pero en lo general para exaltarla, con más o menos habilidad, más o menos directa o embozadamente, pero para exaltarla siempre.

Y si esto es en las conversaciones privadas, imaginad lo que será en las conversaciones públicas. Una vez que el hombre, y especialísimamente el literato, se siente escuchado, se ve expuesto a la expec-

tación intelectual de los demás, se acuerda de que la palabra *sirve para disfrazar el pensamiento* y habla ya sólo para la galería, procurando dibujar en la imaginación de ésta una figura artificial, adornada de todas las cualidades por él amadas. Tal labor es, a las veces, hasta inconsciente. Quizá el autor habla con sinceridad. Mas su autorretrato es falso.

Cuatro son hasta ahora los conferencistas que han hablado de sí mismos en el Ateneo: Dicenta, Martínez Sierra, Felipe Trigo y Valle Inclán.

Dicenta, ya lo sabemos todos, tiene ideales revolucionarios, y está lleno, además, de un sentimentalismo social *sui generis*. El cree que un obrero, por ejemplo, y así lo expresa en su drama *Daniel*, es, pongo por caso, infeliz porque el patrón come pavo trufado mientras él come salchicha. Esto es absolutamente cándido. Yo conozco de cerca a los obreros, y podría asegurar al señor Dicenta que si les diésemos *langouste pochée au canapé* y huevos *à la grand duc,* probablemente no les proporcionaríamos placer alguno. Es preferible darles carne con patatas y salchicha: lo que ellos saben gustar. Como conocemos las ideas del señor Dicenta, y como sabemos que con un espíritu de secta no se puede ser sincero ni aun en literatura, no insistiremos sobre su conferencia.

Martínez Sierra es un escritor delicadísimo: en su conferencia nos dijo bellas cosas, divagando alrededor de su personalidad y de sus obras.

Felipe Trigo es sincero, y por tanto, hablando de su persona, cautiva.

—Yo—dice—gusto de lo que escribo, más que de lo que escriben los otros. Todas mis obras me complacen, pero la que a todas prefiero es *Alma en los labios*.

A la bonne heure! Así, sí nos entendemos! Cuando un hombre nos habla con una ingenuidad tal, se nos vuelve un precioso documento humano.

Valle Inclán, el último que ha ocupado la cátedra

del Ateneo para hablarnos de sí mismo, es sin duda uno de los temperamentos más cultos y raros de España. Su conferencia fué una deliciosa ironía. No habló sólo de sí mismo, sino de los demás, y luego, un poco de su vida, harto fantaseada por cierto; de su manera de ver el paisaje, de sus personales procedimientos y, sobre todo, de su sistema para usar el léxico.

Encuentra, por ejemplo, que no deben usarse ciertas palabras de dura o difícil pronunciación, como aquellas que tienen dos consonantes después de una vocal: *objeto*, *septiembre,* etc., porque dice, con una semiburla peregrina, la cantidad de esfuerzo que su pronunciación requiere no se gasta sino a expensas del entusiasmo o de la comprensión del lector. Aun sostiene—si no en su última conferencia, sí en tal o cual conversación amistosa—que determinados vocablos no deben usarse en su significado, sino en otros completamente distintos. Seguramente—digo yo—en aquellos que sugiera su estructura y su sonido... Así se volvería a la onomatopeya... pero en cambio no nos entenderíamos ni para remedio... ¿Es esto un inconveniente? *Chi lo sa!...*

De todas suertes las conferencias autocríticas del Ateneo han sido muy dignas de oirse, y valía la pena de que yo informase de ellas a esa Superioridad.

Para concluir este Informe, hablaré a usted de otro suceso literario: el último de que me ocuparé ahora. La publicación hecha por don Ramón Menéndez Pidal, en la Nueva biblioteca de autores españoles, de la «Primera Crónica general o Estoria de España», que mandó componer don Alfonso el Sabio.

Hasta hoy todas las ediciones hechas de esta obra admirable, la primera verdaderamente literaria de nuestro idioma, adolecían de innumerables defectos, de mutilaciones y obscuridades lamentables.

La publicación actual, hecha con excesivo cuidado y con gran pericia, expurgada y reconstituída, es lo

que debía ser: el monumento valioso de nuestro idioma, en el cual ya la lengua aparece formada, gallarda, noble, expresiva y colorida, el libro sin paralelo en las literaturas europeas, considerado por Dozy, en palabras que cita un académico, «como el creador de la prosa castellana del buen tiempo viejo, que tan fielmente expresa el carácter español; a la vez vigorosa, amplia, rica, grave, noble, sencilla, y todo ello cuando los demás pueblos de Europa, sin exceptuar a Italia, distaban todavía mucho de producir una obra en prosa que fuera recomendable por su estilo».

Como más amplia noticia de esta publicación tan importante, envío a usted el adjunto artículo de Jacinto Octavio Picón, que es el académico a quien me refiero, y que analiza la obra de Pidal con mucho acierto.

Reitero a usted las seguridades de mi más distinguida consideración.

XX

EL TEATRO Y EL IDIOMA EN ESPAÑA Y AMERICA

Se ha llamado al teatro espejo y escuela de las costumbres; yo le llamaría mejor cátedra del idioma. En los países en que el teatro entra en el grupo de diversiones familiares, es indecible lo que los espectáculos influyen en el lenguaje.

Dos operaciones parece realizar el teatro: primero recoge y sorprende la lengua corriente con sus locuciones, con sus giros especiales, con sus modismos, con sus sintaxis; luego la depura y la enriquece, volviéndola así acrecida al común acervo.

Y si no realiza el buen teatro estas dos operaciones, debería realizarlas.

No hay duda de que la pureza, la elegancia, el primor del castellano en el siglo XVII se debió especialísimamente al opulento y admirable teatro español. Los grandes autores, los Lope, los Alarcón, los

Tirso, tomaban del exterior los habituales elementos del idioma, pero volvíanlos a la multitud en extremo enriquecidos, flexibilizados, elegantes, llenos de expresión.

El idioma que se iba formando alrededor de este teatro, que este teatro iba formando, diremos mejor, era acaso un poco solemne, un poco enfático; pero en cambio, ¡cuán expresivo y caudaloso!

Volvamos la vista a Francia y advertiremos la influencia formidable que el teatro ejerce aún en la lengua. Infinidad de giros, ¡qué digo!, hasta de formas especiales de lenguaje, hasta de neologismos, deben su existencia a la comedia francesa y a los teatros de bulevar.

Los libros más leídos influyen menos en el habla común que una simple pieza de teatro. Y es que en el teatro *oímos* las nuevas formas idiomáticas, no las vemos como en la frialdad silenciosa del libro.

Ahora bien, supuestas estas ligeras consideraciones, ¿qué influencia ha ejercido el teatro moderno en el idioma castellano en España?

En general una influencia pésima.

Las piezas de Zorrilla, por ejemplo, conservando *à outrance* el lenguaje caballeresco, manteniendo el énfasis tradicional, reviviendo la pomposa redondez de los períodos heroicos, influyeron siniestramente en ese atolondramiento, en esa confianza ciega en las promesas de la tradición que llevó a España al desastre.

Y cito el nombre de Zorrilla porque es el romántico más grande de España. Otros astros menores, en terreno más estrecho, realizaban también esta obra. Parecía que después de ellos el teatro español debía humanizarse, pero no fué así: Echegaray y Tamayo y Baus, entre otros, se encargaron de mantenerlo dentro de la vieja armadura. Echegaray ha escrito dramas y comedias «actuales» que nada tienen de actualidad. Sus personajes han existido quizá en algu-

na época; pero si bien se les examina, no existen ahora. Dicen cosas solemnes pretendiendo decir cosas sencillas; hablan al parecer en prosa, pero en realidad *continúan* hablando en verso; tienen una prosopopeya y una gravedad tal que aun las frases más sencillas son en sus labios postulados, máximas, apotegmas. Los parlamentos de las piezas de Echegaray se parecen, aunque en ellos alterne el bello sexo, aunque haya mucho movimiento escénico, a una asamblea de magistrados en alguna República antigua, a un consejo de esos que celebraban en los gobiernos patriarcales los ancianos del pueblo. Lo que se dice, siempre pretende imponerse por la substancia, por la doctrina: esa alada gentileza de la lengua que va y viene por la calle, que entra y sale en los corrillos, que dice las cosas de la vida con la simplicidad de la vida misma; que canta y ríe y aun filosofa así, siempre de prisa, siempre de vuelo... Esa alada gentileza de la lengua no la conoce don José, no la han conocido sus contemporáneos. Ha sido preciso que Benavente y los Quintero, inspirándose en el admirable y suelto diálogo francés de Donnay, de Capus, de Lavedan, la insinúen al espectador en medio del apelmazamiento, de la concreción de un castellano cúbico, sin solución de continuidad; de un conglomerado secular en el cual era imposible la incrustación de un arabesco, de un dibujo gracioso, de un rasgo tenue...

Pero, en fin, siquiera estos señores hablaban y hablan aún en castellano y con sus mazacotudas piezas de teatro conservaban las solemnes tradiciones de adusto y enfático buen decir.

¡Quién hubiera pensado que un día habríamos de echarles de menos, que habríamos hasta de desear el nuevo advenimiento de sus rígidas formas elocutivas!

Hará unos quince años, en efecto, quince años apenas, que todos dormíamos tranquilos, sin presen-

tir la plaga mayor que ha podido caer sobre el castellano, sobre el castellano popular sobre todo: *el género chico*.

El género chico contaba para triunfar con algo invencible, inevitable, con algo que siempre acude a la cita: con la imbecilidad humana, y, naturalmente, triunfó.

Empezó por usurpar el lenguaje del pueblo para irlo adulterando después, embajeciéndolo, envileciéndolo hasta el infinito.

Algunos de sus idiotismos tuvieron la triste fortuna de llegar a los salones; pero la mayor parte se fueron quedando en las capas inferiores de la sociedad.

El pueblo de Madrid, el de México y el de Buenos Aires, el de toda nuestra Hispano-América tenían cierta sencilla nobleza de expresión, aun dentro de las incorrecciones naturales de su lenguaje. El género chico se encargó de emborronar, de emporcar esta nobleza. Como sus autores no sabían nada ni habían pensado jamás gran cosa, recurrieron al *quid-pro-quo* pedestre, a la frase canalla, al modismo inepto, al rufianismo irónico.

Por unos cuantos céntimos le daban y siguen dándole al pueblo una cátedra diaria de caló infecto.

Ellos han sido quienes han desfigurado las palabras más bellas de que antes se servían el amor, el coraje o la tristeza del pobre; ellos son quienes han fijado y consagrado en Madrid los disparates callejeros, los barbarismos absurdos, los modismos estúpidos. Incapaces de una frase realmente ingeniosa, han recurrido a toda clase de dislocaciones para producir efectos groseros con sus diálogos.

Cierto, hay excepciones, sobre todo las hubo en los comienzos de esta vil y cenagosa marea de mal gusto. Hubo una *Verbena de la Paloma*, una *Fiesta de San Antón*... ¡pero qué poco relieve tienen estos sanos intentos entre el número de inepcias, entre la prodigalidad de piezas nauseabundas o anodinas!

Y esto pasaba en España: en México pasaba algo peor todavía.

Allá los que se lanzaron a *crear* lo que pomposamente llamaban *teatro nacional*, como si así fuese posible crear algún teatro, como si ellos tuviesen tamaño para crearle estaban en lo general a un nivel mental mucho más bajo que los autores españoles del género chico.

Estos, a pesar de todo, lograban en contadas ocasiones tener ingenio. La musa callejera de España regaba en la escena a las veces sus avalorios y sus lentejuelas, sus canutillos y sus chaquiras. Aquéllos, los de México, no tenían más que la incontinencia del lenguaje como arma de éxito, como *deus ex machina* insustituíble.

No hubo miseria fraseológica, no hubo palabra tabernaria de que no echaran mano. Todos aquellos harapos sucios y malolientes del idioma, que creíamos escondidos allá muy hondo, perdidos allá muy abajo, en las prisiones y en los cuarteles, fueron ascendiendo, ascendiendo hasta la *matinée* dominical, y dichos por actores medianos que pretendían hacer reir, lograron llegar a los oídos de las señoritas, sin que por ello se escandalizaran mucho que digamos los papás.

¡Adónde ir! ¡Casi no teníamos, casi no tenemos otros teatros que los del género chico! En alguna parte se ha de pasar el rato...

Y así la pura linfa de nuestro idioma se ha ido pervirtiendo y cada día, sin pensarlo, sorprendemos en nuestros labios, en los de nuestros amigos, acaso en los de nuestras mujeres o nuestras novias, tales o cuales dicharachos, inocentes si se quiere, dichos con ingenuo espíritu, pero que pervierten muchos de nuestros más bellos vocablos, que defiguran muchos de nuestros más nobles giros.

De ahí han salido tantos epigramas chabacanos que tienen la vida dura, sobre todo entre la gente de

poca imaginación, porque sirven como de ripios obligados a los que no saben discurrir gracejo alguno.

Entre los procedimientos capitales del género chico figura el de desfigurar las palabras a fin de hacerlas cómicas. Hay siempre, o casi siempre, un personaje que pronuncia mal y que pronunciando mal hace reir. Este arbitrio primitivo y tosco es, y ha sido siempre, de seguros resultados. Fijaos en los individuos del pueblo y aun en las familias de la burguesía, cuando son de medianos alcances intelectuales: es para ellos una verdadera fiesta la palabra mal pronunciada. La celebran ruidosamente, la repiten hasta que le exprimen todo el jugo, y después, como a fuerza de repetirla han olvidado la estructura del vocablo correcto, la sustituyen a éste y así va formándose un caló íntimo, familiar, que acaba por ingresar al idioma de todos los días. Y he aquí cómo un inepto autor de género chico tiene más influencia sobre el idioma que todos los buenos escritores que con libros sencillos y adecuados pretenden popularizar el buen decir castellano.

¿Qué remedio tienen estos desmanes?

Yo no veo más que uno directo: la previa censura.

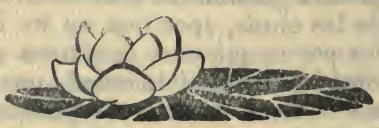
Si se encuentra justificada ésta en lo que ve a la moralidad de las obras, ¿por qué no ha de hallarse justa y lógica por lo que ve a la pureza del idioma?

Es el idioma una común heredad, una común riqueza que nadie tiene derecho de pervertir y alambicar a sabiendas.

¿De qué sirven los nobilísimos, los tan loables esfuerzos de nuestro ministro de Instrucción Pública por desarrollar todo aquello que contribuir pueda a la limpieza, exactitud y elegancia de la expresión; de qué sirven los bellos libros y los bellos himnos premiados en concursos, los suntuosos juegos florales, las ediciones populares, mientras haya tres o cuatro libretistas de zarzuela dispuestos a valerse de la odiosa popularidad del género chico para inundar-

nos de locuciones estúpidas y para mutilar a mansalva las frases más expresivas y más bellas?

Es claro que los concursos iniciados por esa Secretaría a fin de estimular la producción teatral en México habrán de combatir con cierta eficacia el mal de que hablo. Pero si esta eficacia ha de ser mayor; si hemos de ir creando el teatro nacional, no lo que irrisoriamente se ha llamado así, sino el verdadero teatro nacional, fuerza será que una previa censura en la cual figure un literato enérgico y avisado, impida, no sólo todo aquello que ofenda la decencia de las costumbres, sino todo aquello que ofenda la decencia del idioma: que nuestra lengua evolucione gracias a un Rubén Darío, a un Leopoldo Lugones, a un Díaz Mirón, santo y bueno; pero que tres o cuatro autores anodinos de género ínfimo la desfiguren y enturbien, malo, absolutamente malo e intolerable.



XXI

LAS LITERATURAS CLÁSICAS COMO ARBITRIO PARA OBTENER LA ECUANIMIDAD

Por qué deben estudiarse las literaturas clásicas?, se pregunta, en el periódico *Patria,* de la ciudad de Roma, el profesor Neno Simonetti, del Real Liceo di Ipoleto.

Y responde él mismo a su pregunta de esta manera: «Porque poseen una potencialidad eficaz para la inteligencia: educan el sentido del arte y desarrollan la facultad del raciocinio.»

Estas literaturas, aunque muertas, tienen un espíritu inmortal, cuando se sabe encontrar su verdadera esencia—en concepto del mismo Simonetti—, y el pensamiento clásico que entrañan es fuente perenne de cultura.

Todo esto es cierto; pero si a mí me preguntasen por qué deben estudiarse, por qué deben leerse cuando menos los grandes autores clásicos, aun en aquellos países como el nuestro en los cuales se ha suprimido la enseñanza del latín, yo respondería que por una sola y capital razón: porque tranquilizan.

Quizá no haya nada tan pedagógico en estos tiem-

pos, nada tan esencial, como tranquilizar el ánimo de la juventud.

La vida moderna llena de vibraciones y de sorpresas, en la que se suceden descubrimientos, teorías, métodos; en la que todo gira vertiginosamente; en la que nada hay aún que pueda decirse definitivamente conquistado; en la que, por último, las especializaciones y divisiones requeridas para el estudio de las ciencias son cada día más numerosas y fatigantes, la vida moderna, digo, está caracterizada por un mal terrible. Por la inquietud. Nos falta el aplomo necesario y volvemos los ojos a todas partes esperando siempre y temiendo siempre algo nuevo que ha de venir.

Han perdido su consistencia nuestros pensamientos, y no es muy indiscutible, que digamos, la finalidad de nuestros actos.

La ciencia empieza a alumbrarnos, presentimos que un día no lejano su fulgor habrá de ser maravilloso; pero ahora, titubeante, si por una parte nos hace adivinar nuevas rutas, por otra nos deja ver lo espeso y desconcertante de las tinieblas que nos rodean.

Añádese a esto lo despiadado, lo cruento de la lucha por la vida; la actividad excesiva a que estamos condenados, la perenne confabulación de viejos y nuevos deseos, la ambición mantenida en las almas por el espectáculo ostentoso del ajeno bienestar, de la ajena riqueza, y piénsese en la suma de inquietud que todas estas circunstancias deben producir en el espíritu moderno.

Ahora bien, la literatura clásica tiene este privilegio: ¡tranquiliza!

Si a San Agustín le hacían llorar las angustias de Dido, de lo cual se acusa con pena, ya converso y devoto, a nosotros los hombres de esta época, tan lejos en todo y por todo del espíritu antiguo, ya aquellas pasiones, aquellas luchas cantadas por los grandes poetas griegos y latinos, no pueden produ-

cirnos otra sensación que la de una noble y serena melancolía remota, que la de una suave simpatía dentro de una perfecta ecuanimidad.

Las propias angustias de aquellos tiempos, los propios retorcimientos clásicos, no aciertan a inquietarnos, y dentro de un augusto ambiente penetrado de serenidad veremos siempre las torturas de Laoconte y los dolores de Niobe.

Todos los tormentos, por virtud de los siglos, se han lapidizado, se han vuelto ritmo perenne, línea inmutable, actitud estatuaria... Son para nosotros como una perspectiva de arquitecturas perfectas, hechas con el purísimo maridaje del dórico, del jónico y del corintio...

Parécenos al leer esas epopeyas, o esas anacreónticas, o esas odas, o esos madrigales, esas elegías y epigramas, como si pasásemos, en la paz de una tarde de otoño, por una vía bordada de pórticos, bajo la blancura de marmóreos arcos de triunfo, en los cuales están eternizadas las hazañas de los viejos dioses y de los invictos emperadores.

No hay allí un solo detalle capaz de producir el desconcierto, la emoción aquella, la indecisión. Todo es, por el contrario, bello, grave, perfecto, y a veces luminoso y suavemente triste...

¡Y qué bien nos hace entrar en esa Atenas silenciosa o en esa vía Apia, o vía Flaminia, donde ya nada se agita, donde los semidioses y los hombres quedan inmovilizados en el instante preciso en que el ritmo de sus formas, de sus miembros, alcanzaba su máxima hermosura y su máxima majestad!

Yo de mí sé decir, que, cuando después de estos inevitables razonamientos con la vulgaridad necesaria de mi vida y de las vidas de los demás, cuando después de esta perenne lucha cuyo triunfo es inferior al esfuerzo que nos cuesta, me siento desazonado e inquieto, entro con fruición incomparable a estos palacios de mármol, a estas termas apacibles, paso

lentamente bajo de estos arcos triunfales que nos cuentan batallas de hace dos mil años; me paseo entre las columnatas de los vestíbulos; me reposo en las graderías de los templos; apaciento mis miradas en las actitudes eternas de las estatuas; veo con amor los graciosos pliegues de sus túnicas que ni modificará ya el andar ni agitarán los vientos; recorro con los ojos amorosos las espirales en relieve de las columnas conmemorativas; reclino mi brazo en las cornisas de los sepulcros; leo los desiguales epitafios de las losas votivas y subo por fin a las santas colinas para contemplar la mansa agonía del sol, que pone tonos de rosa en todos los bronces y tonos de bronce en todos los mármoles...

Y esto que me acontece con la literatura clásica, esta paz, esta quietud, esta ecuanimidad que merced a ella conquisto, no se desdice ni disminuye con lo que se llamó hace algunos años la poesía parnasiana, esa poesía que se preciaba de ser blanca y simétrica como los pintores griegos, perfecta como las estatuas de Praxiteles, de Fidias y de Cleomeno, sin emoción, cual el alma sonriente y armoniosa de un efebo; esa poesía que, como reza el célebre verso de Baudelaire: *Odiaba el movimiento que desplaza las líneas,* y que pasó por el mundo, lineal, nevada y desdeñosa, mostrando a la multitud atormentada sus magníficas cráteras labradas a cincel y el puro gálibo de sus vasos esbeltos...

Así, pues, dejo a Virgilio, a Horacio y a Homero para leer a Leconte de l'Isle, a Heredia—a estos dos sobre todo—y les debo a tan nobles y blancos maestros tanta serenidad como a los antiguos poetas inmortales.

Fijaría yo, pues, en todo programa de literatura, aun en aquellos que se inspiran en ideas y métodos ultramodernos, la lectura periódica de los griegos y latinos, hecha con amor por hombres de la cultura y del espíritu entusiasta de un Jesús Urueta.

Cuentan que Felipe II solía decir a los harto tímidos familiares o embajadores que se cortaban y temblaban en su presencia:

«¡Sosegáos, sosegáos!»

Esto hay que repetir a la juventud moderna, agitada por todos los vientos, sacudida por todas las vibraciones, desconcertada por incesantes teorías, ensordecida por los mil ecos de la prensa, devorada por tan diversos y punzantes anhelos, y preocupada por la rudeza de los combates que la aguardan:

«¡Sosegáos, sosegáos!»

Y para sosegarse hay dos medios eficaces:

El primero, los juegos atléticos, bien entendidos, sin *records,* sin *matchs,* sin vanidad en fin; y

El segundo, las lecturas clásicas.

Pero fuerza es insistir: las lecturas clásicas hechas por un buen lector, con entusiasmo y con cariño.

Cuando hace dos años se planteó el problema de estas lecturas en la Escuela Nacional Preparatoria, el señor Sierra opinó, con mucho tino, que debían ser completas. Esos trozos tomados de aquí y de ahí, esas mutilaciones, esas expurgaciones hechas sin ton ni son, con estrechez de criterio, no producían en lo más mínimo el efecto de claridad, de apaciguamiento y de luz, que nos causan los grandes autores. ¡Qué sabor podría tomarse a un canto de la Iliada, o a un acto de las tragedias esquilianas, desarticulados de la obra madre!

La única cosecha de tales lecturas era el tedio.

Se necesita la lectura completa. Claro es que se puede expurgarla, que el escrúpulo bien entendido de un profesor se negará a dar al alumno la idea de apasionamientos y desviaciones de la naturaleza que perturbarían la diafanidad de una conciencia o, cuando menos, prepararían la eclosión de una curiosidad malsana; pero aparte de que en las grandes epopeyas, que es a las que muy especialmente me refiero, no hay por lo general escollos de éstos, se

puede, sin alterar la belleza de ciertos pasajes, cuando se tiene un espíritu fino, velar todas estas clásicas miserias! El buen lector, el sugestivo, el amable, el familiar lector, que tiene una voz tibia, pastosa, rica en el registro medio, pródiga en inflexiones: *ecco il problema!* Un lector así no tiene precio. El os hará sentir toda la divinidad que hay en los grandes griegos y latinos.

Buena traducción y buen lector urgen, pues.

Dificilillas son estas dos cosas, lo comprendo; pero hay que procurarlas.

Buena traducción no sentenciosa, no apelmazada, no enfática (sobre todo no enfática) como algunas que yo conozco. Huir en ella de los largos períodos, o usarlos con suma discreción. La prodigalidad en las cláusulas, en los incisos, en los apartes, en los puntos y comas... *voilà l'ennemi!*

Estilo flúido, casi ligero, con ciertas gravedades, cuando las pida la majestad del griego, pero sobre todo sonriente y gracioso. Cabe en la tragedia antigua la sombra de una sonrisa, esa sombra de sonrisa que juega aún en los mármoles más atormentados, porque los griegos no comprendieron los grandes dolores de una gran armonía de líneas. Prometeo es bello en su roca. En el mar que lo rodea sonríe el zafiro del cielo: juega la luz en la rosada desnudez de las oceanidas que lo contemplan... Laoconte muestra en sus movimientos un indecible ritmo que nos cautiva, y hay un incomparable embeleso en la actitud de Niobe desolada. Quizá—no me cansaré de repetirlo—es el lector lo más difícil de hallar.

Yo me lo imagino, en primer lugar, con un espíritu cálido, meridional, y querría que fuese un delicioso conversador. La lectura, casi siempre, debe ser, en mi concepto, una conversación que se tiene con uno o varios silenciosos oyentes. Una conversación en que no hay interlocutores. Debe dársele todo el encanto, toda la naturalidad de lo habitual. Debe

saberse jugar con las pausas, con la deliciosa expectativa de las pausas, cuando se hacen a tiempo, en los pasajes por excelencia, al borde, por decirlo así, de los sucesos capitales, afilando de esta suerte el interés y exaltando la curiosidad del auditorio.

Se requieren, pues, un lector así, una traducción así... Pero cuando ambas cosas se han logrado en un establecimiento de educación, creedlo, no habrá mejor tónico para las almas de los alumnos, no habrá mejor equilibrio para sus facultades. Esas lecturas los penetrarán, los saturarán, los vestirán de sosiego, serán en sus espíritus activos e inquietos, como la suave y augusta quietud de un luminoso crepúsculo de septiembre!

XXII

LA LITERATURA ESPAÑOLA Y LA PORTUGUESA.—EL CONCEPTO FRACÉS DE CADA UNA DE ELLAS

Enrique Gómez Carrillo, respondiendo a una información sobre la literatura española, escribía hace algunos días a Gustave Kahn: «Tengo la convicción melancólica de que no hay en Francia una literatura tan desconocida como la de España, ni un país tan desconocido como España misma. Desde Teófilo Gautier hasta Pierre Louys, y desde Paul de Saint-Víctor hasta Mauricio Barrés, nada parece haber cambiado para aquellos que salen de París rumbo a Madrid. Y esto consiste en que nadie atraviesa la frontera con el alma simple del que busca impresiones personales, sino que todos, por el contrario, llevan ya en la memoria el catálogo de las sensaciones que hay que experimentar, de los paisajes que hay que amar, de los espectáculos que hay que admirar. Y en resumidas cuentas, ¿se viaja por España? ¡No!, más bien se hacen peregrinaciones. Hay una fe sentimental y una doctrina pintoresca, contra las cuales

nadie quiere rebelarse. Y así vemos a un escritor que en otras materias es siempre independiente, Jean Lorrain, buscar en nuestros días, en una ciudad de trabajo y de comercio, de riqueza y de modernismo, en Barcelona, a la andaluza de obscuro seno con que soñó Musset. Pero, ¡qué digo! otro escritor que se envanece de conocer a España como a su propia patria y el español como su lengua materna, ha publicado recientemente una colección de cuentos en los cuales, queriendo encerrar el alma entera del país de Don Quijote, no ha puesto sino jirones incoherentes de un alma fantástica. Me refiero a Jean Richepin y a sus *cuentos españoles*, esos cuentos que los parisienses leen como la cosa más natural del mundo y donde se encuentran, al par que las siniestras caricaturas de Goya, las ingenuidades populacheras de los cromos que decoran las cajas de pasas.»

Las observaciones de Gómez Carrillo son de una desconsoladora exactitud. Los franceses pasan la frontera con el propio espíritu novelero, curioso y falseado por absurdas literaturas, con que las americanistas románticas trasponen aün el Río Bravo del Norte para viajar por Méjico.

¿Qué extraño es, pues, que la literatura española sea tan mal conocida en Francia, si el país mismo sigue viéndose a través de un absurdo velo abigarrado, en que parecen estallar los más vivos colores?

La preocupación es tan honda, tan enraizado está en Francia el viejo prejuicio relativo a España, que está efectuándose aquí un fenómeno curioso. Los escritores españoles, después de protestar en todos los tonos contra la absurda manera de verlos y de juzgarlos que se tiene en Francia, han acabado por resignarse y ya no hacen más que sonreir cuando algún periódico francés o algún libro que *vient de paraitre*, les trae una nueva versión de la eterna novela forjada del otro lado de los Pirineos.

Azorín expresaba el otro día con mucha gracia que

acaso, en suma, un país no era como la realidad lo había hecho, sino como la imaginación de quienes más saben había decidido que fuese.

La Leyenda tiene la vida dura, y así como, según el proverbio árabe, es más fácil arrancar a una leona sus cachorros que a una mujer su ilusión, así es de arduo sustituir una fábula por una realidad.

Y sin embargo, Dios sabe lo que los españoles y aun los hispano-americanos hemos trabajado por mostrar a España tal cual es ante Francia.

Doña Emilia Pardo Bazán ha publicado en francés cuanto dato se le ha pedido sobre el arte y la literatura españoles; Rubén Darío y Gómez Carrillo han hecho otro tanto. *La España Moderna*, del primero, ha sido leída por algunos franceses cultos. A Menéndez Pelayo, a Pérez Galdós y a Pereda se les ha traducido al francés. *Misericordia*, del segundo de los escritores citados, traducida por M. Bixio, ha circulado bastante en París. Blasco Ibáñez, traducido por Herelle, empieza a ser conocido, y Rubén Darío, que de una manera tan comprensiva representa el nuevo movimiento, los nuevos impulsos de la poesía y de la literatura españolas, ha vivido muchos años en París y ha tratado a todas las personalidades de la intelectualidad francesa.

Más todavía: La influencia del espíritu francés, que los franceses gustan extraordinariamente de buscar en los otros pueblos, desentrañándola y definiéndola admirablemente, acaso en ningún país sea tan visible como en España... sin que los franceses se percaten de ello.

Gómez Carrillo, echándoselo en cara, les citaba esta página de Manuel Ugarte, que por no tenerla en su original traduzco del francés:

«El movimiento que tiene por objeto modernizar el castellano, viene de fuente francesa. No todos quieren confesarlo en España, pero esta es la verdad. Abandonando la solemne y vaga verbosidad del an-

tiguo castellano, todos comienzan a ceder a las exigencias de la época, esforzándose en dar un poco más de precisión a sus frases. Los escritores hispanoamericanos, cuya cultura intelectual es exclusivamente francesa, han sido los primeros en emanciparse del purismo y en tomar la iniciativa de la evolución. Algunos han exagerado la tendencia, y llevados de su deseo de innovar, han escrito en un dialecto ridículamente incomprensible. Pero el tiempo, que se encarga de poner todas las cosas en su lugar, ha sabido portar un correctivo a estos ímpetus apasionados, reduciendo la tentativa a sus verdaderas proporciones. No faltan en España, entre los jóvenes, autores concisos y brillantes que se atienen más a la rapidez de la expresión que a las tradiciones de la forma... Tienen la desventaja de no contentar a los hablistas meticulosos que pasan su existencia imitando a los maestros antiguos; pero en cambio tienen la ventaja de ser leídos con interés por el público.»

«Hemos logrado, dice Salvador Rueda, hacer dar al castellano un paso hacia adelante, durante estos últimos quince años, volviéndolo sanguíneo hasta la congestión, pintoresco hasta la fidelidad del retrato, luminoso hasta el deslumbramiento, plástico hasta el relieve, y alado hasta disolver las ideas y darles el acento de la música y de los coros.» Y este es el resultado de la influencia de la literatura francesa en España.

A pesar de lo cual y de ese orgullo que apuntaba arriba, que hace que Francia no se informe de las literaturas extranjeras sino juzgándolas como emanaciones de la literatura propia y complaciéndose así en descubrirlas, la literatura española es casi desconocida en París.

No pasa lo mismo empero, y este es un hecho muy curioso, que quiero anotar en mi informe, no pasa lo mismo con la literatura portuguesa.

¿A qué se debe esta excepción?

¿A la excelencia de esa literatura? No, por cierto, ya que concediéndole y todo bastante mérito y conviniendo en que Portugal es, para usar una frase francesa, *un petit pays à grande litterature,* ésta no puede compararse ni en calidad ni en cantidad con la española.

¿A cierto matiz de exotismo? Claro es que algo incluirá tal matiz, aunque sólo algo. En efecto, Francia, que es el clarín del mundo, que sabe hacer un ruido tan noble alrededor de ciertas obras, de otra suerte condenadas quizás a una relativa ignorancia, busca en las literaturas extranjeras que descubre no sólo la huella de la propia que tanto le agrada encontrar, sino una miaja de exotismo que satisfaga su novelero espíritu latino. Ahora bien, Portugal resulta aún un si es no es más exótico que España para los parisienses.

Hasta hace algunos años, sin embargo, los dos solos nombres ilustres en la intelectualidad lusitana, que sabían deletrear los franceses, eran, el del *gran Camoens y el del alegre Gil Vicente.* Los mejores informados acerca de la moderna literatura portuguesa habían leído impresos los nombres de Joao de Vens y de Almeida Garrett.

Surgió en éstas el simbolismo francés y en Portugal hubo un ingenio suficientemente poderoso para cultivar la nueva simiente poética con el mismo vigor que los Macterlinck o los Moreas. Este hombre fué Eugenio de Castro, a quien sus primeras obras valieron la amistad y el aplauso de todos los pequeños príncipes literarios nacidos a la publicidad en 1884.

Después de Eugenio de Castro se popularizó en Francia Oliveira Soares y los poemas la *Reina de Saba* y los *Palacios Confusos* pasearon en triunfo por todos los cenáculos.

La literatura portuguesa se puso de moda. *Los nuevos* hablaron ampliamente de ella, con especiali-

dad uno, a quien con justicia se ha llamado en Francia el Introductor de las letras lusitanas, Mr. Phileas Lebesgue, quien buenas páginas dedicó a sus colegas de *Tras os montes* en el *Mercurio de Francia.*

Quizá Lebesgue exageró una miaja el valor de sus amigos. «Leyéndole, dice un viejo simbolista, podría uno creer que la literatura portuguesa no cuenta entre sus adeptos más que genios, lo cual es demasiado, porque esto no acontece con ninguna literatura; ¿pero acaso no vale más esto que una reserva llena de acritud y el inútil desdén ante los bellos esfuerzos?»

La reserva llena de acritud y el inútil desdén nos han tocado en suerte a los hispanoamericanos. Lejos de que alguien se tomase el trabajo de estudiar nuestra labor, la magnitud de nuestra labor (ahora apenas iniciada en España), la ignorancia se limitó a declarar *a priori* que todos éramos plagiarios de los franceses y la ironía grosera e inculta nos vació encima todas sus burlas.

Aun hay mucha gente seria que cree que la labor modernista se ha limitado a usar una jerga incomprensible, esmaltada de las palabras *glauco, lilial, policromo, venusino*, etc., y que toda gente sensata debe inspirarse en las redondillas de Sinesio Delgado y en los sonetos de Manuel del Palacio.

Pero volviendo a la literatura portuguesa, diremos que las exageraciones de Phileas Lebesgue fueron en extremo útiles.

Así como el que poco pide nada merece, así el que no grita mucho no es oído, y en París, entre el estruendo de todos los entusiasmos, de todas las iras, de todas las opiniones, hay que gritar mucho.

Eugenio de Castro y Oliveira Soares abrieron, pues, en Francia el camino a los demás, y pásmense ustedes de esta verdad: Francia hizo que los españoles y nosotros los hispanoamericanos conociésemos la literatura portuguesa, como ha hecho que conoz-

camos otras muchas literaturas; y pásmense ustedes todavía más: nosotros conocimos antes a los simbolistas portugueses que a los españoles, que los tenían al lado, y si ahora en España se sabe quiénes son Eugenio de Castro, Guerra Junqueiro, Silvio Rebello, Antonio Patricio; si se conoce a fondo al mismo gran Eça de Queiroz; si hay gentes tan bien informadas de la poesía lusitana como Alfredo Vicenti o Francisco Villaespesa, no sólo se debe ello a Francia, sino un poco a nuestra América, a la Argentina, sobre todo, donde Luis Berisso popularizó la *Belkiss*, y donde Lugones disertó sabiamente sobre los *nuevos* lusitanos.

Hablando del teatro portugués, porque los portugueses tienen un teatro propio, y bastante rico por cierto, Phileas Lebesgue dice que «está dominado por la concepción católica del mundo, inconscientemente tenida como regla exclusiva de las costumbres y del derecho, no sólo por los simples creyentes, sino aun por aquellos cuya alma se rebela y cuyo corazón sangra. Un duelo trágico y permanente pone, de esta suerte, las unas frente a las otras, a las sugestiones de la fe secular y a las inspiraciones lógicas del individuo, de suerte que la energía, desmigajada, se quebranta; la voluntad naufraga en el desaliento y el pesimismo, ante el miraje de la externa resurrección.»

«La más viviente y clara realización que haya sido hecha de este conflicto—sigue diciendo Lebesgue—es el *Fray Luis de Souza,* de Garret, cuando menos desde el punto de vista social, porque, subjetivamente, la obra y la vida entera de Anthers manifiéstan la angustia hasta un supremo grado lírico. Nuestra época, sin embargo, gusta de confrontar los problemas con la actualidad de los hechos y, antes que todo cuidadosa de entrever la solución de esos problemas, ama con predilección los espejos más perfectos. El arte, por lo que él ve, exige cierto aumen-

to en los detalles, gusta de definir tipos; aspira a crear figuras y la imitación exclusiva de los modelos franceses no podrían menos que desnaturalizar estas tendencias.»

Entre los dramaturgos portugueses figura don Julio Dantas, cuyo drama *O que morren d'amor,* es de carácter y tendencia eminentemente nacionales y goza con justicia de cierta celebridad.

Marcelino Mesquita, Joao de Lamare y H. López de Mendoça, han cultivado con mucho acierto, ya la comedia de costumbres, ya el teatro patriótico. La que pudiéramos llamar filosofía literaria, al estilo de Anatole France, está representada por Gómez Leal y Juan Grave, y, por último, la novela cuenta entre sus conspicuos cultivadores, además del ilustre Eça de Queiroz, a Camilo Castello Branco, Fialho d'Almeida y Julio Diniz.

De Eça de Queiroz dice el citado Gustave Kahn, quien nos proporciona datos para estas notas: «*que ha escrito las más elogiosas páginas. No imita quien quiere* —añade—a *Eça de Queiroz, sobre todo porque lo mejor de su secreto parece escapar a la mayor parte de sus herederos directos*». «Me refiero a esa aristocrática ironía tan fina, tan vaporosa, tan portuguesa y tan artística, para decirlo todo, con que supo (casi él solo entre todos los escritores extranjeros o franceses, con excepción quizá de Flaubert, en *Bouvais y Pecuchet,* y a veces de Maupassant) envolver sus creaciones. Ninguno, y Zola menos, supo escoger a un grado igual, para dibujarnos sus personajes, esos rasgos de sátira ligera a la que se mezcla un desdén escéptico, y que traen repentinamente la sonrisa a los labios. Sonrisa un poco piadosa que hace pensar. Pero no es Eça el único en Portugal, al contrario, él representa de manera excelente a este respecto una actitud nativa del temperamento lusitano, que parecen haber heredado asimismo los más meritorios escritores del Brasil, como Machado de Assis, cuyos cuentos, dig-

nos de un Villiers de l'Isle-Adam, se sabría Queiroz de memoria.»

«Eça—continúa diciendo Kahn—fué también un satírico de valor. En cuanto a Fialho d'Almeida, es un *panfletista y conteur,* en quien lo trágico se une a lo cómico, lo melancólico a lo grotesco, lo malicioso a lo macabro... Sus retratos se destacan en plena y cruda luz, fijados de una manera inolvidable, por medio de algunos mordentes rasgos de lápiz. En otros escritores, como Camilo Branco, la verba bufonesca y satírica va unida a cierto sentimentalismo.»

Según el escritor citado; la *saudade* lusitana, «esa melancolía que constituye el extraño encanto de los mejores poetas de Portugal, parece ser más bien de esencia céltica y se superpone al viejo fondo ibérico, exuberante, alegre, sensual, enamorado de las réplicas vivas, de las justas del espíritu y de los contrastes».

Pero estos análisis étnicos nos llevarían muy lejos de nuestro propósito y alargarían desmesuradamente nuestro *informe,* en el que sólo hemos pretendido dar una idea de la literatura portuguesa actual y del lugar que ella y la española ocupan en la estimación de los franceses y de los hispanoamericanos.

XXIII

LA INSTRUCCIÓN PRIMARIA EN ESPAÑA

En 1319, don Enrique II expidió en la ciudad de Toro una pragmática en la cual ordenaba que los maestros no fuesen presos ni molestados por ninguna razón ni causa; que los justicias y escribanos saliesen a recibirlos a las puertas de las audiencias cuando tuviesen algún pleito y que no les hiciesen pagar derechos en causa alguna; que, por último, disfrutasen de cuantas gracias y privilegios gozan los duques, marqueses y condes.

Como se ve, don Enrique: «*Rey de España la muy gruesa, que por fechos de gran nombre conquistó tan rica fuesa*», según rezaba su epitafio, debido, si mal no recuerdo, a Jorge Manrique, sabía muy bien lo que traía entre manos, y merecía por este hecho haber sido en los actuales tiempos soberano del país más culto de la tierra. ¡Quién le hubiera dicho empero al gran bastardo que *cinco siglos* más tarde, es decir, lo suficiente para civilizar cinco mundos, un

sucesor suyo, Fernando VII, cerraría las Universidades, prefiriendo a ellas la apertura de la escuela de tauromaquia de Sevilla!

Así fué, en efecto, y como para preparar el advenimiento de Fernando VII, ya en las postrimerías del siglo XVIII había en España 317.423 niños y 553.579 niñas en edad escolar que no recibían instrucción alguna, sin contar el enorme resto de adultos.

Cierto que un siglo más tarde, en 1897, los 317.423 niños analfabetos se habían reducido a 92.184; pero, en cambio, las 553.579 niñas analfabetas sólo se habían reducido a 419.018. De 1897 a 1906, año de gracia que vamos acabando, de seguro que sería mucho suponer que los niños analfabetos se hubiesen reducido a 80.000 y las niñas a 400.000; pero aun suponiéndolo, tendríamos que hay todavía en la Península cuatrocientas mil niñas y ochenta mil niños que no van a la escuela estando en edad de ir.

Como se ve, la situación, es bastante análoga a la nuestra, empeorada allá por la difícil penetrabilidad mental de la raza indígena; pero la nuestra tiene de bueno que va corrigiéndose a grandes pasos, en tanto que en España se corrige con una extremada lentitud. En efecto, bastaría para darse cuenta de esta lentitud una comparación.

En España hace un siglo las tres quintas partes de los niños llegados a la edad escolar no recibían instrucción alguna, mientras que en la actualidad el número de los mismos que no va a la escuela es sólo una séptima parte, refiriéndonos sólo a los varoncitos, ya que, como hemos dicho, hay cuatrocientas mil niñas en estado y condición de aprender que no aprenden.

En la India hace apenas sesenta años no había más que 150.000 niños que fuesen a las escuelas. En la actualidad, ¿sabéis cuántos van? *Cuatro millones.* Estableced ahora si os place la proporción.

Pero ¿es irremediable esta situación en España? No por cierto: todo el que ausculte con alguna atención este país advertirá que sus palpitaciones se aceleran, que sus energías aumentan. España adelanta, España encuentra de nuevo su camino. Marcha aún con cierta timidez, con cierto recelo; pero marcha, y como ha concluído por conocerse a sí misma, por no forjarse vanas ilusiones, por darse cuenta exacta de sus fuerzas, ya ningún espejismo la detendrá en su ruta.

Es mucha carga para un país tener un gran pasado. Cuesta mucho trabajo caminar hacia el porvenir con una gran historia a cuestas. Frecuentemente hay que volver la vista hacia atrás; y el ejemplo de los abuelos, la influencia de los hechos y de las situaciones análogas a las que se nos siguen presentando suelen destruir las mejores iniciativas y los más firmes propósitos. La tentación de volver la cara hacia atrás es poderosísima... y hay peligro de convertirse en *mujer de Loth,* como en la comedia de Eugenio Sellés.

¿De qué depende la lentitud en el avance de la instrucción primaria en España? Parte de la tenaz intromisión de la Iglesia en la enseñanza; parte de la falta de fe en la escuela; parte de las pésimas condiciones a que se hallan sometidos los maestros.

Don Eduardo Vincenti, en un trabajo premiado en concurso abierto por *El Imparcial,* dice, sintetizando elocuentemente el actual estado de la cultura española:

«Reina una deplorable unanimidad respecto a nuestros organismos de enseñanza, y así es que nadie discute y todos afirman que instruímos poco, que no educamos nada, que el maestro no obtiene fruto alguno de su trabajo, que la decadencia intelectual es un hecho, y que se impone la total reforma de toda educación nacional.

»Todos, ante el fracaso de la familia, de la Igle-

sia, del Municipio y del Estado, y después de proclamar que la enseñanza es una función social, piden que el Estado intervenga siquiera sea por modo transitorio, porque al lado del derecho del padre está el del niño, y unidos a los deberes de la familia los del Estado; porque los seres sociales nacen para vivir en el mundo a la vez que en el seno del hogar, y, por tanto, la humanidad tiene derecho a saber si se le envía un individuo perturbador o un elemento de progreso y de paz.

»No hay más organismo con fuerza y elementos propios para el ejercicio de tan alta función, que el Estado o la Iglesia; así, pues, uno de éstos debe ser el representante de la sociedad y el ejecutor de sus aspiraciones, y descartada la Iglesia por propia declaración, al decir Jesucristo: «Mi reino no es de este mundo» (Ioan XV, 14, 36); y no aviniéndose a su espiritualismo, ni a la rigidez de su conciencia, ni de sus cánones la investigación científica queda sólo al Estado; a esta entidad tenemos, por tanto, que dirigirnos.

»La organización de la enseñanza tiene que partir de arriba, empezar por la cúspide, y por tanto en el Ministerio tiene que iniciarse la reforma; y para esto, deberá encomendarse aquélla a personas de gran autoridad, creando al efecto tres centros directivos, extraños a la política, consagrado cada uno de ellos a distinto grado de la instrucción pública, y con el general objetivo de redactar las bases de la ley que sustituya a la de 1857.

»La red oficial es tupida; tenemos cuanto tienen todos los países civilizados y, sin embargo, no tenemos nada, porque todo muere en la *Gaceta* y nadie se cuida de averiguar si se cumple lo mandado.

»Partiendo, pues, del hecho de que no se puede organizar el Estado sino por medio de la educación, y de que no se puede organizar la educación sino por medio del Estado, entendemos que la nueva or-

ganización de la enseñanza demanda, para poder llevarla a cabo en buenas condiciones, partir de las siguientes premisas:

»Primera. Creación de tres Direcciones técnicas en el Ministerio de Instrucción Pública, o sea: de enseñanza primaria, de enseñanza secundaria y superior, y de Bellas Artes y escuelas especiales, que serán desempeñadas en comisión por personas de relevante mérito y de reconocidas aptitudes pedagógicas.

»Segunda. Presentación a las Cámaras de las bases de una ley de instrucción pública y prohibición absoluta a los ministros de alterar aquéllas por decretos una vez desarrolladas; y

»Tercera. Reorganización del Consejo de Instrucción Pública.»

Respecto de la falta de fe en la escuela que se advierte en España, y de la cual hablábamos al principio, es muy lógica si se atiende al abandono en que la escuela misma se ha dejado. Hay, según el referido señor Vincenti, 18.000 maestros con menos de 1.000 pesetas anuales de sueldo, no obstante el rápido encarecimiento de la vida en España. Estos 18.000 maestros sirven 18.000 escuelas que no cuentan para la compra de material escolar más que con *tres pesetas mensuales;* tocan a cada maestro 84 alumnos, a los cuales tienen que enseñar en ciento cincuenta días de cada año, pues el resto son, por uno o por otro concepto, días festivos o de reposo, y por último, como una masa sombría que obscurece el horizonte de la nación, el 64 por 100 de los españoles no sabe leer, y hay millón y medio de niños que vagan por las calles y los campos. Añádase a esto el pésimo estado de los edificios que sirven para escuelas, su cubicación defectuosa, su falta de aseo, de mobiliario, etc.

Ante tal estado de cosas, hay sin embargo muchos españoles patriotas y cultos que no desmayan y que

piensan continuamente en la difusión nacional y rápida de la instrucción primaria, base de todo edificio de cultura.

Don Eduardo Vincenti propone en su estudio a este respecto, las siguientes reformas:

«Creación anual de 1.000 escuelas según vayan saliendo de las nuevas Normales los futuros maestros, con el fin de que concurran los niños que hoy no pueden asistir a las escuelas por falta de aquéllas, pues sin aumentar antes el número de escuelas, de maestros y de locales, no se puede plantear el precepto de la ley de 1857 sobre la enseñanza obligatoria.

»Crear 5.000 escuelas de un golpe en el presupuesto sin maestros ni locales, es continuar el descrédito de la escuela.

»Cursos temporales para los «actuales» maestros, con el fin de darles una preparación breve e intensiva en algunos meses, especie de instrucciones concretas (como se hizo en Francia en los cursos complementarios del Museo Pedagógico).

»Aumento de los sueldos de los maestros en términos que les permitan dedicarse con más fervor a la enseñanza, partiendo de un mínimum de 750 pesetas para los actuales, y fijando en 1.000 los que disfrutarán los procedentes de las nuevas Normales, con el fin de que sueldos y personal estén a la misma altura.

»Aumentar todos los sueldos de a mil pesetas, atraería las animosidades de los contribuyentes; el aumento debe, pues, venir en las condiciones ya citadas, no por la voluntad de un ministro.

»Creación de las escuelas de «párvulos» según el sistema Froebel, en la capital de cada región; ínterin no pueden establecerse en todas las capitales de provincia. Hoy tenemos una en Madrid como si fuese un objeto de arte, de lujo.

»Organización de las escuelas especiales de «adul-

tos» para concluir rápidamente con los analfabetos, por lo menos en todos los pueblos mayores de diez mil habitantes.»

En efecto, para comprender la inmensa necesidad de estas escuelas de adultos, bien organizadas, hay que advertir que sólo existen 80.000 niños y 400.000 niñas en edad escolar, que no van a la escuela en España; los niños todos no dan sino un 15 por 100 de la cifra de analfabetismo, que es, como decíamos, de 64 por 100; es decir, que el 49 por 100 restante está constituído por analfabetas adultos!

Resulta, pues, que, como en España, y según las frases del autor del estudio a que hemos venido refiriéndonos, «el soldado, el jurado, el elector y el labrador, ejercen sus funciones sin conciencia de lo que hacen, y es, por tanto, la verdadera masa nacional una masa totalmente inadecuada, es menester que entre la escuela primaria para niños de cuatro a doce años, y los centros superiores enclavados en las capitales, se creen escuelas rurales, complementarias de perfeccionamiento, para que el patriotismo, la moral (lecciones hoy de memoria en la escuela), tengan en aquéllas un desarrollo práctico, vivo, que eduque el espíritu, el corazón y la voluntad.

»Estas escuelas, añade, podrían ser de campesinos en el invierno, pues los trabajos del campo lo permiten más fácilmente; la enseñanza, más que por asignaturas, debería ser por conferencias y adecuada a cada localidad.

»Adultos y campesinos no pueden someterse a los cánones fijos, petrificados, uniformes, del programa, de la legislación, del título, etc.

«Respecto al maestro, debe ser el mejor que se encuentre, con o sin título, maestro público o libre, esto poco importa; lo que importa es que no sea la escuela de adultos una institución para aumentar los sueldos de los actuales maestros, que dan o no la en-

señanza, y que si la dan, se limitan a enseñar a leer y escribir como pueden y saben, y muchos (sin título), ni pueden ni saben.»

Con respecto a los libros y programas de estudios, el señor Vincenti dice:

»Urge publicar la ley marcial escolar, dejando sin efecto todas las declaraciones de «libros útiles para la primera enseñanza», hechos por Consejos y ministros. Someter a reglas fijas los que en adelante se utilizasen, para evitar se copien y extracten unos a otros, y para que se enseñe más con ejemplos que con definiciones. Gramática y catecismo (ambos adaptados a la escuela y revisados los últimos por el Consejo) y vocabulario, bastan.

»La educación no está en el libro de texto, ni en el programa; está en el método, en la acción, en la habilidad del profesor, en su poder de crear y dar vida a la personalidad naciente.

»El programa ideal sería una hoja en blanco en que el maestro escribiese los signos de cada alumno.»

La instrucción debe seguir la ley del desenvolvimiento natural del niño, y así el dibujo debe ser estudiado como un verdadero lenguaje, teniendo en él cada niño un medio voluntario de impresión y de expresión.

Antes que las reglas del lenguaje, hay que conocer las palabras; nada de Etica o Derecho en las elementales, y mucho en cambio de Agricultura, dejando aquellas enseñanzas con nociones de Física para las superiores, o sea para niños de diez a catorce años.

«Trabajos manuales, pero sin especializar el aprendizaje, ni darles carácter científico, porque sobran fórmulas, tecnología y clasificaciones; téngase en cuenta que los niños en su mayoría van a vivir en el campo, no en las fábricas, y que esos trabajos degeneran en farsas y ridiculeces cuando no están bien dirigidos, debiendo servir en primer término como

una gimnasia de la mano y representar un homenaje al trabajo.

»Se pide la enseñanza de la agricultura en los cuarteles y escuelas, y sólo aplausos merece esto, pero francamente, disertar ante soldados o niños sin el arado, ni el campo, ni la granja, nos parece dedicarse a inventar la oratoria agrícola.

»El campo escolar debe ser una verdadera escuela práctica de enseñanza agrícola, dando a cada niño una parcela de terreno para que la cultive, abone, siembre, etc., y haciéndole cuidar uno o más árboles; uniendo esto a una exposición teórica, sencilla, bien al practicar un injerto, bien al podar, etc., se conseguirá más que hablando de lo que producen España y otros países por hectárea (los oyentes no saben qué es esto de hectárea).

»La escuela debe incluir en su programa la educación física, representada por los paseos, viajes y colonias escolares, iniciadas en España con carácter más privativo que oficial. Conviene pasear a los niños frente a la realidad, hacérsela observar, y a la vez hacerles disfrutar del aire y de la naturaleza toda.

»Las colonias en verano, el mar o la montaña y los paseos y visitas los jueves y domingos, serán la mejor lección que pueden recibir.

»La educación religiosa debe seguir al cuidado de la Iglesia (Concilio de Trento) dejando a salvo la autoridad del padre y la conciencia del maestro.»

Hasta aquí el señor Vincenti. Nosotros, por nuestra parte, quisiéramos añadir que una de las cosas que más han influído en el atraso de la instrucción pública en España ha sido la inestabilidad de los gobiernos.

Acaba, por ejemplo, de caer el Ministerio López Domínguez, y con él se va el ministro de Instrucción Pública, don Amalio Jimeno, hombre de buena voluntad que había empezado ya a hacer algo en pro de la reorganización de las escuelas de adultos.

¿Seguirá el que venga sus huellas? Es muy difícil, porque cada ministro tiene su programa y el amor propio suficiente para creer que este programa es el mejor.

Para fijarse un programa práctico, para conocer bien el estado mental de un país, para llegar a una legislación efectiva y oportuna, se necesitan un tiempo y una calma que es imposible encontrar en lo furtivo de esos ministerios, cuyos cambios afectan, no sólo a los ministros, sino aun a los subsecretarios y a veces a otros empleados que tienen que retirarse a fin de que el Gobierno que viene después disponga de puestos suficientes para contentar a sus amigos y saldar sus compromisos de partido o simplemente de bandería.

El personal docente, por otra parte, deja mucho que desear. La precaria situación, ya clásica en España, a que se condena todo aquel que ejerce el magisterio, no es precisamente un estímulo ni para reclutar buenos maestros ni para estimularlos ni para moralizarlos. Cada cual tira a salir del paso como puede.

La falta de material escolar retrasa indefinidamente la familiarización del maestro con los nuevos métodos y procedimientos pedagógicos.

No está muy lejos de España Alemania, donde infinidad de jóvenes destinados al profesorado podrían ir a estudiar la pedagogía moderna, especialmente el sistema froebeliano; pero el presupuesto de Instrucción Pública no permite un procedimiento amplio de pensiones para este fin.

Por último, la iniciativa privada, el patriotismo de los ricos, que en otras partes, en los Estados Unidos especialmente, producen tan admirables resultados en lo que ve a la instrucción pública, en España (como en México, *helas!)* se orientan hacia inútiles fines religiosos. Hay aquí muchos ricos, más de los que se cree, pero casi ninguno de ellos sería capaz de

dejar su fortuna para edificios escolares, para bibliotecas, para material de enseñanza, para dar premios o retiros a los maestros de Instrucción Primaria que se distingan, para pensionar profesores y alumnos en el extranjero, para crear museos científicos, para abrir concursos de libros diversos. Aquí como en México, casi todos aquellos que no tienen herederos siguen dejando sus capitales para las llamadas fundaciones piadosas, especialmente para iglesias y conventos, como si no fuera más piadoso civilizar al mundo!

En fin, a pesar de estos obstáculos, con muchos de los cuales hemos tenido también en México que librar descomunales batallas, la España nueva surge lenta pero seguramente al lado de la España vieja. La amputación de las colonias ha podado a la nación, que reconcentra ahora sus energías en el propio solar, y el conocimiento sincero de sus necesidades va haciéndola curarse de males que, en suma, han sido triste patrimonio de todos los pueblos y de los cuales se desembarazará la madre patria con un vigoroso esfuerzo de su aún potente y lozana voluntad.

XXIV

BALANCE LITERARIO DEL AÑO.—LOS JÓVENES ESCRITORES ESPAÑOLES.—ORIENTACIONES DOMINANTES

Hubiera querido que este informe llevase por título: «Los jóvenes maestros de la literatura española.» Aun había estampado ya este título, que me parecía de perlas para mi *compte rendue* de fin de año, en la cual me proponía sintetizar el alcance del esfuerzo y de la producción literarios, durante la temporada que en la Península he permanecido; pero al tender la vista en rededor, no encontré, no digo ya maestros jóvenes: ni jóvenes siquiera, ni casi literatura moderna.

No encontré jóvenes, porque la juventud no está constituída esencialmente por los pocos años, sino por el entusiasmo, por la agilidad, por el florecimiento, y aquí no hay ya entusiasmo ni agilidad; no hay más que escepticismo, displicencia, tristeza en el terreno literario, que es el que toca analizar. Los que ahora escriben, apenas si se reunen en pequeños grupos, en un café. Ahí se habla un poco de toros, un poco de política y otro poco de literatura. Se aguza, con trabajo, con mucho trabajo, con pere-

za, con mucha pereza, un chiste, una frase más o menos ingeniosa, y ya está.

Como la labor literaria sigue siendo muy poco productiva, como la que se exige en los periódicos es de baja calidad, no se lee en los rostros de los que dicen algo al público desde las columnas de un diario la alegría del trabajo. Están tristes todos o fastidiados, por lo que han escrito o por lo que van a escribir, y es tal su falta de entusiasmo que a los más desganados y displicentes americanos, quizá al que esto escribe, por ejemplo, nos encuentran ardorosos, creyentes, entonados.

Nunca había comprendido yo tanto como en España el peso de ese grillete de la labor intelectual diaria, de ese grillete que yo he llevado tantos años, en tan favorables condiciones y sintiéndolo apenas, sin embargo, merced al calor de mi entusiasmo por el trabajo.

El *creare con givia* de D'Annunzio no podría ser comprendido aquí, donde a pesar de las apariencias, del bullicio callejero, el pueblo es triste, quizá más triste que el nuestro, que es uno de los más tristes de la tierra.

Cierto, todo el mundo sale a la calle, pero la mayor parte lo hace porque su tugurio nada tiene de amable, porque ahí se tuesta en verano y se hiela en invierno, porque el ir y venir callejero distrae la cesantía, o las penas del mucho bregar con duras labores y magra pitanza.

Hay músicas en todas las encrucijadas, pero músicas de ciegos, músicas que tocan para implorar la caridad pública, músicas que no pueden ser alegres... que son infinitamente melancólicas.

El literato no tiene, pues, fe en la literatura, y como la obra de arte es sobre todo una obra de fe, cada día es más escasa y menos substanciosa, sobre todo en Castilla.

El ensueño, más o menos turbulento quizá, más o

menos áspero, pero ensueño al fin, generoso y cálido, la pasión por todas las más nobles formas del arte, va a refugiarse a Cataluña, donde hay ideales, donde el influjo del sol provenzal y del viejo y sonoro mar azul, autor de todos los grandes poémas, parecen ejercer vigorosamente.

Y así laboran, allí hombres como Juan Maragall, como Alejandro de Piquer, como Santiago Rusiñol, como Puig y Ferrater, como Alomar, Oliver, Eugenio D'Ors. Y cerca de ellos, en la fructífera y dorada Valencia, ese moro ardiente, vivaz, incorrecto, pero lleno de color, de alegría, de luz, que se llama Blasco Ibáñez. Y así viven en Barcelona periódicos como *Forma,* que honrarían no sólo a España, sino a Alemania misma.

Si la literatura castellana joven está enferma, y no de *modernismo,* que ya se ha visto que éste, desbastado de sus malezas, resulta sano, vigoroso, cristalino, en un Rubén Darío, en un Eduardo Marquina, en un Eugenio de Castro; sino enferma de desilusión, de escepticismo, como cansada, no del esfuerzo propio que acaso no ha intentado o que acaso no ha sido estéril, sino del esfuerzo ajeno, del esfuerzo de las generaciones que preceden a estos muchachos que, por un aparente contrasentido, están ya viejos, que empiezan por no creer en el futuro de su país, que exclaman como Unamuno, el más alto y más hondo de los intelectuales de la España de hoy:

«... Y en tanto, España se despuebla; sus hijos... »corren a América, a la *España grande* y del porve»nir, a la tierra de promisión. ¿Y nuestras ideas? Es»tas no emigran, no pueden emigrar, son fósiles y »las tenemos encastradas en el espíritu. Parecíamos »tener un papel cultural en la América latina, nos»otros, los de España, la primogénita de las nacio»nes de lengua castellana. Hemos vendido la primo»genitura por una olla de garbanzos. Hubo un tiem»po en que Bolívar, el Libertador, el Quijote de

»América, soñó quijotescamente con venir a conquis»tarnos. Acaso sea este nuestro porvenir: que nos »conquiste la América española. ¿Quién sabe si un »día la vieja madre tendrá que vivir de sus hijas »emancipadas?»

¡Ojalá que estas palabras de Unamuno fueran proféticas; ojalá que los hispanoamericanos conquistásemos a la madre bien amada, no por la fuerza de las armas, que esto sería irrisorio y ridículo, sino por la fuerza de nuestro entusiasmo; que la conquistáramos para la alegría, para el júbilo de la vida, para el optimismo!

Es claro que el señor Unamuno cree en su patria, en el porvenir de su patria. Cree tanto como el que esto escribe, que tiene una gran fe en el mañana de España: «La nación—dice—cambia por debajo de su »piel, y los parásitos de ésta no lo observan. Un día »u otro caerá en jirones esa piel vieja, cuando la nue»va esté formada, fresca y tersa, por debajo. Y mu»chos de nuestros prohombres envejecerán en un día »más que han envejecido en veinte años. ¿Será esto »así? ¿No será un sueño de mis esperanzas?—se pre»gunta a renglón seguido el pensador, con cierta in»quietud.»

No, no es un sueño. España avanza; este es un hecho. Basta ver cómo redime sus finanzas, cómo prestigia su moneda, cómo inicia valientemente leyes que, cual la de Asociaciones, habrán de revolucionar noble y útilmente el país. Pero estos progresos, quizá un poco lentos, y la transformación harto pausada que se va efectuando en los medios de vida, no alcanzan a estimular a los intelectuales, no alcanzan a sacudirlos de su indolencia, de su melancolía, de su pesimismo. Algunos de ellos, no pudiendo hacer otra cosa, se lanzan valientemente al trabajo normal, como Martínez Ruiz, como Luis Bello; otros, aún solicitados de vez en cuando por empresas editoriales, prefieren la estrechez diaria, los recursos

aleatorios, la crítica al estado actual de cosas y el *ojalá,* en la humosa mesita del café, adonde no llevan ni siquiera a pacer a la bestia de la intemperancia, porque los españoles, felizmente, no beben como nosotros los americanos.

Quizá de este estado de ánimo, de esta falta de fe en su país, nace la única literatura que parece irse cristalizando ahora: la humorística a la manera inglesa, la que cultiva con tanto acierto, casi diríamos con tanta maestría Pío Baroja, y a la cual se va consagrando también un escritor viejo, después de andanzas muy diversas: Palacio Valdés.

Sí, los jóvenes literatos españoles, expoliados vilmente por los editores, enfrentados con el problema de la vida material todavía a una edad en que generalmente, en los jóvenes países de América (aun en el mismo Méjico, donde la lucha es brava) ya se ha resuelto, ni creen en su *metier*, ni gran cosa que digamos en su arte ni en su medio. Están vencidos de antemano, sobre todo por una razón capital: porque no esperan vencer.

Si yo quisiera citar las palabras amargas, desesperanzadas de muchos escritores que empiezan apenas, que no se han dado, que no han podido darse cuenta todavía de las verdaderas asperezas del camino, llenaría muchas páginas de este informe.

Hay muchos noveles poetas y escritores que ya no creen en nada, ni en sí mismos, y esto, de verdad, no por una *pose* análoga a la que hacía que los poetas románticos de principios y mediados de la última centuria, a los veinte años se creyesen los seres más infortunados de la tierra.

He aquí por qué es tan difícil encontrar a los maestros jóvenes de la literatura española, he aquí por qué nadie es ya capaz de pensar y trabajar con el entusiasmo, con la noble alegría, con el sabroso ingenio de los viejos maestros, de un don Pedro Antonio de Alarcón, de un don Juan Valera, de un Pere-

da, de un Pérez Galdós (para no citar a los clásicos, sobre todo al divino Cervantes, que siendo, como le llamó Benot, *el rigor de las desdichas,* supo saturar su gran libro de tanto optimismo, de tan sana alegría).

Pero que no haya jóvenes maestros no quiere decir que no haya jóvenes que culminarán, a pesar de todo, del pesimismo ambiente, de la venalidad y rutina de los editores... Y éstos se llaman Ramón del Valle Inclán, Azorín, Pío Baroja, Ciges Aparicio, Luis Bello (aunque su labor no se ha condensado en libros), entre los prosistas; Antonio de Zayas, Eduardo Marquina, los Machado, Villaespesa y Díez Canedo, entre los poetas, y en la literatura dramática, claro está: Benavente y los Quintero, los Quintero y Benavente.

Ramón del Valle Inclán es, en mi concepto, el más consciente de los jóvenes escritores de España. El que mejor conoce y cultiva los secretos del estilo, el que mejor sabe lo que se propone y adónde va.

Bastaría para hacer célebre y respetable en un país más lector que nuestros países hispano e hispanoamericanos, a un escritor, una obra tan diáfana, tan llena de pericia, de fuerza, de aspiración justa y noble, como la *Historia Milenaria* de Valle Inclán. Yo no creo que en muchos años se haya escrito en España algo superior a ese pequeño libro admirable, que desdeñando cultivar las viejas, las inexpresivas formas del idioma, que son como bagazos del léxico, posee un lenguaje tan puro y a la vez tan nuevo, tan vigoroso y elegante. Un cuento *malpocado* que el autor sustrajo del libro, redondeándolo y haciendo de él un pequeño todo, bastaría asimismo para crear una reputación y en cuanto a las diversas *Sonatas* y al *Jardín Novelesco,* son de una nitidez y de una música d'annunziana, lograda absolutamente dentro del castellano, pero con un conocimiento difícilmente superable de las excelencias de nuestro idioma.

Para *Azorín* yo no puedo tener más que elogios;

entiendo que dentro de la labor diaria, de esa labor efímera, a la que dan lo mejor de su cerebro hombres tan valiosos como José Nogales, Alfredo Vicenti y Luis Bello, *Azorín* hace verdaderos prodigios. En Francia, sus humorismos admirables, sus crónicas parlamentarias, por ejemplo, serían saboreadas al par de aquellas actualidades de Capús que fueron la delicia de cierto público.

Hay además en *Azorín* una cultura, un fondo, que no encontraríamos sino en poquísimos de los *actualistas* franceses. *Azorín cala mucho,* sin dejar por eso de ser uno de los más ágiles, de los poquísimos ágiles que hay en el periodismo español, generalmente hueco, afectado, doctrinario, sonoro, oratorio, ¡qué sé yo!

Pío Baroja es también de los que se han creado un estilo. Sabe además desmigajar en sus libros cierta filosofía afable y de buen tono. En cuanto a Ciges Aparicio, se asemeja extraordinariamente a esos terribles rusos que han hecho libros como *La Casa de los Muertos.*

Lo que Ciges Aparicio cuenta tiene quizá más verdad, más horrible verdad que lo que nos han contado esos hombres ingenuos y bárbaros del Norte, quienes han tenido la fortuna de que Francia, al traducirlos y popularizarlos, les dé todas las supremas galas de su estilo, las viejas y elegantes gracias de su idioma pulido, aristocrático y perfecto, y también otra fortuna no menos grande: la de que casi nadie, fuera de su tierra, conozca su lengua todavía en formación y de que tenga cierto tinte de exotismo su brusca y desmadejada existencia de tártaros, y sus tendencias de evangelizadores y exégetas enrevesados.

¡Si Ciges Aparicio perfeccionara su estilo!

Felipe Trigo es otro escritor digno de notarse. Es novelista hasta la médula de los huesos; pero le estorba el idioma. Nació para novelar con un instru-

mento más dócil, más moderno, más rápido de vulgarización, de difusión que cualquiera de las lenguas modernas, harto abundosas, nutridas, mazacotudas para la época de fiebre que vivimos.

—Yo quisiera, me decía él la otra noche, escribir con ciertos signos taquigráficos, o más aún, hallar la manera de no escribir, sino de trasmitir a los otros mis novelas sin estos intermedios forzosos y lentos y difusos del lenguaje.

Y tiene muchísima razón Felipe Trigo, porque en suma esto del estilo, esto de la sintaxis, de los refinamientos léxicos, esto de escribir frases lapidarias va a acabar prontísimo, prontísimo va a ser inútil. Ya no hay tiempo de aprender literariamente los idiomas, ni va sirviendo ello de gran cosa. Los idiomas se condensan, se vuelven manejables, breves, concisos, y peor para los que no se vuelvan así. Serán la heredad de quince o veinte académicos apergaminados, que inconscientes de la vertiginosa marcha del mundo, leerán discursos y escribirán libros benditos para un público compuesto de ellos mismos!

El libro se está muriendo. Dentro de cincuenta años no existirá un solo libro fuera de los pergaminos, no sólo porque el papel que se fabrica actualmente, hecho de fibra de madera, se vuelve polvo en seguida, sino porque los cilindros del fonógrafo habrán sustituído a nuestras bibliotecas.

. . . . . .

Pero digamos, antes de concluir este capítulo de los novelistas, que alrededor de las figuras que hemos evocado, gravitan otras, en formación, algunas bastantes apreciables, ésta o aquélla novísimas, las de más allá pasadas de tueste, y que se llaman Miguel A. Ródenas, autor de un libro muy estimable, *Tierras de Paz;* Gutiérrez Gamero, autor de *El Conde Perico;* Suárez de Puga, autor de *Pan de Centeno*, ensayo muy bien logrado; Antonio de Hoyos, joven y aristócrata, autor de *Frivolidad;* López de Haro, que

lo es de *En un lugar de la Mancha;* Martínez Kleiser, de *El Vil Metal;* A. Larrubiera, de *Fuera de combate;* Federico Pita, de *Derrotado,* etc., etc.

Otra de las características de la moderna literatura española, es la de mirar al pasado.

Claro que siempre ha habido en España una decidida tendencia al estudio histórico, al trabajo de erudición, a la labor benedictina; pero este género, que parecía no deber tentar más que a los viejos, tienta asimismo a los jóvenes.

«Los libros de este género, dice el escritor Luis Bello, cuyo nombre he citado ya; los libros de este género: monografías sobre sucesos o escritores antiguos, exhumación de documentos, ediciones de autores olvidados, son más, mucho más que los libros originales. ¿A qué obedecerá el fenómeno? ¿Será que la erudición encuentra más amparo entre los editores o que en España arderá el fuego sagrado de la tradición clásica, y los que cuidan de él, hombres solitarios, tenaces, laboriosos, encuentran en su aislamiento la energía necesaria para imponerse? Acaso ocurra también que aquí no hay una protección oficial efectiva sino para el arte que fué; para la historia, para las viejas letras, y no se ha encontrado todavía la forma de que el Estado coadyuve a un movimiento de la cultura actual.»

«Pero, sigue diciendo, la explicación más lógica está en la impasibilidad inalterable del bibliófilo, del erudito de vocación. En los momentos de crisis más profunda, aunque los espíritus inquietos anden vagando alrededor de todas las tendencias, veréis que él labra día por día su pequeño sillar, y al cabo de un año, de diez, de veinte, aparece con un grueso volumen. España es tierra donde se da muy bien esta clase de hombres enamorados de la historia; unos que empiezan por el amor de su casa, de su villa, de su región o de su raza, otros que se inspiran en el desamor a lo presente. Y cuando los demás

vacilan, callan o se preparan al trabajo, los únicos golpes que se oyen son los de sus batanes.»

Recordará usted que uno de los últimos informes que he tenido la honra de dirigir a esa superioridad, se refería justamente al abundante cultivo de la literatura de erudición histórica en España. En ese informe citaba a usted muchas obras recién aparecidas. Ahora podría aumentar mi lista considerablemente; pero a fin de no extenderme demasiado, sólo citaré los siguientes títulos:

Predicadores de los siglos XVI *y* XVII. Sermones de Cabrera. Teatro de Tirso de Molina. Menéndez Pidal: *Leyendas del último rey godo.*

Eloy Bullón: *Orígenes de la Filosofía moderna: Precursores españoles de Bacon y Descartes.*

Cortés: *Noticias de una corte literaria.* Valladolid.

Isidro Gil Fortuny: *El castillo de Loarre y el alcalde de Segovia.*

Colección de libros y documentos de Núñez Cabeza de Vaca.

Salcedo Ruiz: *Estado social que refleja el Quijote.*

Aicardo. *Palabras y acepciones castellanas omitidas en el Diccionario de la Academia.*

Correas: *Vocabulario de refranes y voces proverbiales.*

Padre Alboraya: *Historia del Monasterio de Yuste.*

Apraiz: *Juicio de La tía fingida.*

Rivadeneyra: *Meditaciones y soliloquios de San Agustín.*

Rodríguez Villa: Correspondencia de la Infanta Isabel Clara Eugenia de Austria con el duque de Lerma.

Palencia: Crónica de Enrique IV.

Actas de las Cortes castellanas de 1609 a 1611.

Horozco: *Relaciones y noticias toledanas del siglo* XVI. Reunidas por el conde de Cedillo.

Edición crítica de fray Luis de Granada, por fray Justo Cuervo.

Edición crítica del *Quijote,* por Cortejón.

Castro Alonso: *La moralidad del Quijote.*

Castillo y Solórzano: *La niña de los embustes. Teresa de Manzanares.* Con epílogo de Cotarelo.

Casanova y Patrón: *Anales gaditanos.*

Omeca y Siles: *Bodas regias y festejos.*

Gracián: *Peregrinación de Anastasio.*

Dávila y Collado: *Estudio de las Cortes y Parlamentos valencianos.*

Y conste que no he enumerado ni la mitad de los libros aparecidos recientemente.

Como se ve, la producción original se ahoga por completo dentro del alud formidable de publicaciones históricas.

¿Es esto un mal?

No lo sería, sino, por el contrario, debería reputarse como una gran muestra de actividad intelectual, si estuviera compensada, como en Alemania, Francia e Inglaterra, por una literatura de orientaciones modernas, de miras novísimas, vigorosa, fresca, lozana; pero acaso esta pertinaz mirada de ayer detiene los ímpetus de una raza y paraliza sus esfuerzos.

Afortunadamente, junto a los escritores contemplativos va surgiendo cada día más nutrido un grupo de hombres de acción.

De ellos hay que esperarlo todo.

Por lo que ve a los poetas, una buena parte, estimulada, debemos confesarlo, por el ejemplo de los hispanoamericanos, sigue orientaciones más modernas.

De ellas hablaría hoy si no alargara así indefinidamente mi informe, por lo que prefiero que sean el asunto de uno de mis próximos trabajos.

XXV

EXTENSION UNIVERSITARIA

De poco tiempo a esta parte se advierte en la prensa española mayor atención para tratar los asuntos escolares y mayor cordura para examinarlos. Se echa de ver que la preocupación capital del país habrá de ser—si no comienza a serlo ya—la de la enseñanza; que la nación no está conforme con que clasificadores de segunda mano, demasiado diligentes en su desdén, la coloquen a la zaga de otras naciones que antaño estaban supeditadas a ella.

De aquí que las pensiones en el extranjero se vean con mejores ojos y que nadie proteste porque se aumentan; de aquí que los créditos concedidos al Ministerio de Instrucción Pública sean cada vez más amplios; de aquí, por último, la indignación con que se ha recibido en una provincia la disminución de sueldos a los maestros de escuela, y el vivo anhelo que se echa de ver de que su situación mejore.

Otro indicio favorable es el aumento de revistas de las llamadas de extensión universitaria, de las cuales conozco algunas bastante importantes.

Estas revistas de extensión universitaria constituyen uno de los elementos más valiosos para el adelanto de la instrucción pública en un país, y yo soñaría para Méjico, en tal sentido, algo muy bello, muy práctico y muy fácil, que nos haría avanzar en breves años al par de las naciones más civilizadas del mundo.

Desearía que cada revista, cada periódico importante de los numerosos que se publican en la República, fuese cual fuese su índole, merced a un poquito de buena voluntad, se convirtiese en periódico de extensión universitaria, o más ampliamente aún, en auxiliar de todo género de instrucción. Bastaría para ello que dedicase una fracción mínima de su texto a asuntos escolares; pero en una forma pedagógica con espíritu metódico, siempre en el mismo sitio y señalada de un modo especial, que aislase tal sección de las otras del periódico.

Imagínense ustedes todo lo que podría contener una sección así hábilmente distribuída. Lecciones de cosas, dibujos, himnos, tratados completos de todos géneros, hábilmente desmigajados.

Así como se pagan redactores políticos o financieros, reporteros sociales, cronistas de teatro, así podría pagarse un redactor escolar, un hombre instruído que aportase sus diarias lecturas bien ordenadas a la niñez y a la juventud de las escuelas, y que consagrase los diversos días de la semana en su sección a diversos ramos de enseñanza, los cuales favoreciesen desde el parvulito de los jardines de niños hasta al alumno de los cursos universitarios superiores.

Ciertamente hay muchas revistas en España y en América que consagran números u hojas especiales a los niños. El *A B C*, de Madrid, por ejemplo, trae semanariamente una hoja suplementaria dedicada a la niñez, con el título de *Gente menuda*. Pero, en lo general, estos suplementos no son pedagógicos. En

ellos se procura simplemente distraer a los niños, no enseñarlos.

A veces las materias están tan mal elegidas que, más que servir, perjudican a los lectorcitos. Se trata simplemente de una literatura humorística, de dudoso gusto y de una gráfica chusca que nada enseña.

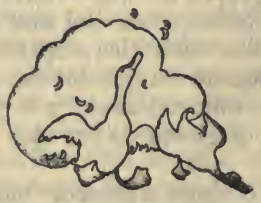
Yo me imagino sin esfuerzo todo lo que una sabia sección para los niños podría contener de enseñanzas y de bellezas. Veamos, por ejemplo; la historia de la Habitación, ilustrada y explicada. En una sola sección, suponiendo que ocupase un octavo de plana, al ancho de dos columnas, dividida por plecas, podrían dibujarse hasta cinco habitaciones, llevando cada una al calce su leyenda. Y así, en dos o tres números, podrían desfilar ante los ojos curiosos y embelesados del niño la caverna ancestral, donde los primeros hombres, en los lentos ocios, intentaban ya grabar sobre los cuernos del ciervo y sobre las piedras pulidas las imágenes fugitivas o estables de la Naturaleza; la choza lacustre, donde las mujeres y los niños, adornados de conchas, esperaban el regreso de la tribu, guerrera o pescadora, y distraían su soledad oyendo los secretos del mar en el nacarado seno de los grandes caracoles encontrados en la playa; el castillo roquero en que los barones de la Edad Media anidaban como milanos, y el palacio del Renacimiento, que es gloria de los ojos y ornato noble de las urbes.

Otros cuatro o cinco números bastarían para un cancionero escolar que se popularizaría por toda la República. En cada sección cabrían perfectamente cuatro melodías con su letra.

Pensad asimismo en la facilidad que habría para reunir, en unas cuantas secciones, la flor de la poesía contemporánea, dando a conocer a la juventud, con atinada elección y breves comentos críticos, mejor y más ampliamente que cualquier crestomatía, la lírica moderna verdaderamente valiosa.

Y no hablo de los diálogos instructivos acerca de diversas materias, de las vulgarizaciones sobre cosmografía, meteorología y la física del globo, de la historia de las exploraciones geográficas, de las representaciones sintéticas de la fauna y la flora de cada continente, de los mejores capítulos de instrucción cívica, etc., etc.

Así, merced a esta sencilla labor de los diarios, se lograrían dos cosas: primero, mayor amenidad para un periódico, que sin duda obtendría hasta el beneficio de un excedente de circulación; segundo, y sobre todo, el nobilísimo ideal de que la Prensa entera de un país colaborase en la santa obra de la educación e instrucción nacionales.



XXVI

DEL GENERO TRAGICO

Debe acentuarse la tendencia trágica en el arte?

A juzgar por los conceptos del nuevo académico de la Lengua don Valentín Gómez, sí.

Protesta este señor contra el desdén que muestra el público hacia la literatura y el arte trágico y hacia el género trágico en general. «Se huye de él en busca de goces que amortigüen las angustias del alma enferma—dice—; pero lo trágico se impone en la vida y se impondrá al fin en el arte como la manifestación más grande, más verdadera y más profunda de nuestra naturaleza decaída y oprimida.»

«Si pudiésemos—añade—penetrar con el entendimiento en el fondo de esta tristeza universal, veríamos seguramente una tragedia espantosa del espíritu humano en las luchas de nuestro tiempo. Se ha vertido la sangre a torrentes para derrumbar el mundo de ayer y reconstruir sobre sus escombros el mundo moderno, y cuando se creía que ya la sociedad nueva se había constituído definitivamente, iluminada por el astro bienhechor de la libertad y regida por el augusto y severo genio de la justicia igual para todos, se alza en explosión formidable el alma irritada de muchedumbres hambrientas, pidiendo a lo me-

nos una parte alícuota del botín conquistado en las batallas de lo nuevo con lo viejo y pidiéndolo a gritos, a puñaladas y a bombas... El terror se apodera de los vencedores de ayer, el desaliento cunde entre los más esperanzados y más enamorados de las grandezas *indudables* de nuestra civilización, y una pregunta brota de todos los labios, estremecidos de angustia: ¿Pero realmente ya no son posibles los paraísos terrenales? No lo son ni lo serán nunca. Somos los hijos del dolor. La comedia del hombre tiene siempre un desenlace trágico. «La historia entera de la humanidad es una gran tragedia».

«En épocas decadentes y corrompidas—continúa el señor Gómez—el arte suele ser un entretenimiento agradable. Toma de la realidad lo risueño, lo accidental, lo cómico, y eludiendo sistemáticamente el desenlace definitivo, nos distrae de la seriedad fundamental de nuestro ser y de nuestro fin, y nos hace soñar durante algunos momentos con una especie de inmortalidad fútil, cuyo objeto se reduce a pasar eternamente el rato. Mas cuando los pueblos conservan su naturaleza viril y llevan animosamente el sello siniestro en los blasones de su raza, no vuelven el rostro al infortunio, sino antes bien se gozan en su contemplación y aplauden y aclaman a los grandes artistas y a los poetas esclarecidos que inmortalizan el dolor en las obras de su genio. He ahí el origen de lo trágico en el arte y particularmente de la tragedia escénica.»

He subrayado en el segundo de los párrafos que copio una palabra: se trata de una simple palabra, la palabra «indudables». Y la he subrayado porque allí se halla la clave de toda la doctrina «trágica» del señor Gómez. Casi afirmaría que este *indudables* no estaba escrito al principio, y que en las pruebas, el flamante académico tuvo buen cuidado de ponerlo. ¿Para qué? Para que no se pensase que él no creía en el progreso moderno.

Claro que esto es una simple suposición mía, pero no sé por qué la hallo más razonable que la generalidad de mis suposiciones. El párrafo en que, según yo, se ha puesto la palabra *indudables,* debió decir en un principio:

«El terror se apodera de los vencedores de ayer; el desaliento cunde entre los más esperanzados y más enamorados de las grandezas de nuestra civilización, etcétera.»

Pero después de escrito esto—sigo figurándomelo—, el ilustre don Valentín Gómez debió pensar: «No parece sino que aquí dudo yo de nuestra civilización (como es la verdad). Pongamos, pues, *indudables* después de grandezas».

Y allí está, como decía yo, la clave de todas las teorías del señor Gómez.

El señor Gómez no cree en la civilización. El señor Gómez piensa, no que la humanidad, procedente de un estado inferior, a través de mil evoluciones, va hacia un estado superior, sino que procedemos de un *estado* de gracia primitivo del cual caímos.

En suma, el señor Gómez, como dijo muy bien Pidal y Mon al darle la bienvenida, es un *tradicionalista a la española, y su clasificación doctrinal obliga a encasillarle en la lista de los escritores históricos que nutrieron sus conceptos con Balmes.*

Felizmente para esta España, que tan noblemente pugna por reconquistar su antiguo puesto intelectual en el mundo, hay muchos maestros jóvenes que creen en la ciencia y en la civilización modernas, que no vuelven jamás los ojos hacia las infantiles y absurdas teorías de nuestro origen edénico; que sí esperan, en nombre de esa ciencia, de esa civilización, en cuyas promesas confían porque las ven realizarse una a una; que sí esperan, digo, en paraísos futuros, no colocados sobre la movilidad de las nubes resplandecientes, no fincados en el cielo, sino en un estado social muy más alto y perfecto que los actuales ensa-

yos en que nos ejercitamos; en un estado tan afinado y purificado por los siglos, que habrá de merecer el nombre de angélico. Y estos hombres, estos jóvenes profesores españoles, sin duda que estarán de acuerdo conmigo en una cosa: en que ya no es lícito predicar el dolor y el retorcimiento perenne como fin educativo, y en que toda la labor de los que forman espíritus debe sintetizarse así: renovar las almas, volviéndolas *serenas*.

La *serenidad*: he aquí la pedagogía de las pedagogías, la ciencia de las ciencias, el arte de las artes, la joya de las joyas.

Es fuerza que nos serenemos. La escuela, desde la más elemental hasta la más alta, debe proclamar a todas horas este ideal de serenidad, debe trabajar por él a todas horas.

El espíritu de la humanidad lleva la huella de un tormento teológico de siglos, y los grandes pedagogos modernos no tienden, en suma, más que a borrar esta huella, diafanizando el alma infantil.

Ved lo que se hace ahora con los párvulos. Los deleitables lugares en que sus almitas crisálidas, surgen al pensamiento, se llaman, bella y exactamente, *jardines*, *jardines de niños*.

En ellos todo está estudiado para no alterar la divina ecuanimidad de las almas vírgenes. Allí se aprende sin esfuerzo, encauzando todas las curiosidades nacientes de las almitas a quienes están dedicados.

Los muros cubiertos de estampas cautivan las puras miradas del pequeñuelo, y deleitando su instinto de observación lo familiarizan con innumerables aspectos de la vida. Hay grandes mesas, y sobre las mesas infinidad de arquitecturas, de juguetes, de utensilios, de objetos que amplían con insinuaciones mudas y apacibles la visión interior y la exterior perspectiva del infante.

Las labores están alternadas con suaves recreos.

La casa llena de sol, con árboles, con flores, pintada de colores claros, infunde una santa alegría.

Y de esos *jardines* arrancan todas las escuelas modernas, en una cristalina escala de ciencia y de amor.

Y a medida que se va estudiando y comprendiendo, el alma se ensancha y se llena de dignidad y de luz.

Sabemos que la humanidad es muy grande, que, como decía Marco Aurelio, cada uno de nosotros lleva dentro un dios escondido. Sabemos que el hombre no cayó jamás, que de la animalidad ha pasado al estado admirable que es hoy su conquista, y presintiendo el alcance de los progresos que vemos florecer por dondequiera, nuestro corazón se hincha de optimismo sano, *glorifica nuestra alma al Señor y nuestro espíritu se llena de gozo* como el de la virgen nazarena.

Esto supuesto, ¿no es verdaderamente lamentable que hombres cultos y que pueden aún ejercer cierta influencia en sus contemporáneos, vengan a resucitarnos rancios ideales de retorcimiento y de amargura?

¿No deberían, por el contrario, contribuir a esa labor, que los maestros modernos españoles, como todos los maestros que se respeten en el mundo, deben proseguir sin descanso: la de destruir en las almas hasta el último resabio enfermizo de las edades bárbaras y volver al ideal griego del *mens sana in corpore sano,* que fué la gloria, la excelencia y la paz de la humanidad en la época más grande por que ha atravesado?

¿Cómo hay bocas capaces de decir: *Estemos tristes. La vida es trágica*; *el arte debe ser trágico*, ahora en que, con sangre y alma, con incontables desvelos, se

va logrando arrebatar el corazón de la niñez a esa absurda garra negra que desde el nacer la oprimía en la sombra?

«Serenémomos.»

He aquí la augusta palabra que debería estar escrita en todas las aulas; que debería radiar en placas de mármol en todas las avenidas de las metrópolis.

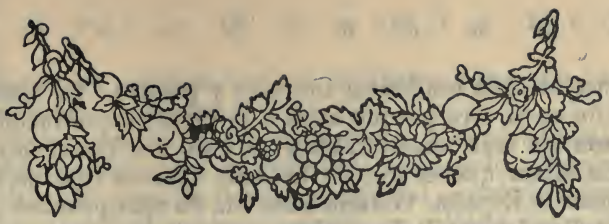
Serenemos la escuela, serenemos el arte, serenemos la ciencia, que nuestra alma se torne clara y alegre. La alegría no es baja ni vil. La alegría es santa.

Estemos serenamente alegres:

Porque vivimos, porque pensamos; porque la humanidad marcha gloriosamente a una gran conquista cercana; porque todo en el universo está henchido de esperanza; porque somos la flor del mundo y es clara y bellamente visible nuestra predestinación, estemos serenamente alegres. Trabajemos con júbilo. Creemos con alegría, siguiendo el consejo del poeta.

¡Crear con alegría! He aquí la finalidad mejor de toda escuela y de toda enseñanza. Quien crea con alegría y paz, grandes cosas, duraderas cosas habrá de crear.

Apoderémonos del alma del niño y enseñémosle que nada es triste; que la humanidad en su camino hacia la verdad y hacia el bien, atraviesa momentáneamente por regiones de sombra; pero que si en esas regiones se tiene cuidado de alzar los ojos, se advierte que hay muchas estrellas.



XXVII

EL ESPIRITU LITERARIO Y POÉTICO EN LOS PAISES VASCONGADOS

Hay un asunto acerca del cual hace tiempo que tengo deseos de informar a esa Secretaría de su muy digno cargo «El espíritu literario de los vascos».

La circunstancia de que año por año las Legaciones, siguiendo a la corte, se trasladen a San Sebastián, me da ocasión de observar a esta raza montañesa, un poco ruda, demasiado simple, muy mucho mística, que vive en las suaves y aterciopeladas laderas guipuzcoanas y alaveses, y en los bellos recodos de la tierra vizcaína, y en la cual se encuentran tipos de cabal hermosura.

Pero confieso que, por más que he intentado encontrar la vena poética, el instinto literario, la blanda inclinación al ensueño que caracteriza a otras regiones de la Península, ello no aparece por ninguna parte en los Pirineos españoles.

Basta recorrer Cataluña, Valencia, Andalucía, Galicia, cualquier rincón de Castilla, para darse cuenta de lo que compone y significa, aun en las vidas más

humildes, la tendencia literaria y poética. De Cataluña nada diré porque salta a la vista su producción cada día más considerable y valiosa. De Valencia todos saben que es uno de los más activos centros de ideas de España. Galicia cada día da más pruebas de vitalidad mental. La vieja tierra gallega, es como su hermana la portuguesa, propicia a todo vuelo lírico, y pone en ello cierta gracia melancólica que place extraordinariamente. Las leyendas, algunas de las cuales tienen prestigio encantador, una adorable suavidad mística, van apaciblemente de siglo en siglo y de boca en boca, por aquellas praderas, bajo aquellas arboledas, enredándose al diáfano diálogo aldeano, que tiene arcaísmos de una elegancia ideal. El cantar, el romance, están vestidos de no sé qué espíritu del Norte, pero con un sello de región siempre definido e intenso.

En Andalucía, la literatura y la poesía son necesidad unánime e intensa.

El pueblo más bajo, más pobre, más abandonado, las necesita como las clases ilustradas y las tiene: las tiene en el cantar y en el cuento, dos géneros que satisfacen plenamente su sed de pensar y de sentir.

El cantar es la vida de Andalucía.

Allí donde no llegan ni el libro ni el periódico, o porque la pobreza es suma o porque la ignorancia es mucha, llega el cantar, llevando su santa limosna de idealismo.

Imaginaos una de esas míseras casitas acurrucadas, casi diríamos escondidas, entre los pardos terrones de la llanura. Un sol ardiente la tuesta. Cuando llueve, el agua la penetra. Los que allí se guarecen: un hombre, una mujer, una niña, ejercen cualesquiera de esos oficios que matan el hambre por temporadas: oficios que, tras de dejar poco, duran una estación.

Allí no se lee. La madre nunca supo leer. El padre, si lo supo, lo ha olvidado. La chica, obligada a

prestar su colaboración en la faena doméstica, no puede ir a la escuela.

Parece que entre aquellas gentes y la civilización debiera haber una muralla infranqueable. Pero no la hay. El avecilla dorada y ágil del cantar la salva. El cantar está constantemente empollándose en la tierra andaluza. El dice, no solamente el mal de amar; no solamente resume las penas, las alegrías, las creencias de aquellas vidas humildes y de las que las precedieron, sino también trae la nota fresca, viva, lozana del suceso diario.

A cada nuevo incidente, a cada nuevo descubrimiento, a cada nuevo conflicto, corresponde un cantar. Cantar a la guerra actual, al automóvil que pasa, al gobierno que cae, al ideal que surge, a la preocupación nacional que asoma.

Cantar a todo, cantar para todo. Y de guitarra en guitarra va saltando la copla como entreenrejado de armonía, y va a llevar hasta la cueva gitana más escondida de la vega su nota vivaz.

Sintetizado ya por el cantar, sabrán la pobre mujer y la chica de nuestro cuento lo que pasa o ha pasado recientemente en el «mundo». Y el cuento picaresco y gracioso, el cuento que va de boca en boca masculina, el género literario *volante,* por decirlo así, que nutrirá a su vez la mentalidad del padre de familia, que no puede o no sabe leer y que sólo en la conversación con los demás desentumece su entendimiento.

Pero en Vasconia qué poco asoma este espíritu poético. Los únicos que lo llevan en trashumante vuelo, son acaso los versolaris o koblakaris, que en los pueblos perdidos en las montañas, en las obscuras tabernas en que fermenta la sidra, dicen sus in-

genuos versos, entregándose a diálogos o réplicas que ponen sonrisas en los labios.

Y sin embargo, qué buena compañía fuera en estos paisajes que tienen una tan persuasiva apacibilidad, la compañía de los poetas. Cuánto mejor en esas abrumadoras, en esas interminables lluvias del invierno que os penetran de humedad y de tristeza, fuera consuelo y distracción un libro de versos, que el *Gerokogero,* ese libro clásico de los vascos, que significa «después de después» y sólo tiene fines ascéticos!

Se me figura que estos espíritus son poco ágiles para amar y concebir ciertas formas ondulantes del arte y de la vida. Espíritus cuadrados, rígidos, que no deben desdeñar la matemática, y que acaso en la Edad Media habrían proporcionado buena contribución a la escolástica. Espíritus, sobre todo, con un sedimento natural del ascetismo, que no bastan a destruir la belleza de estos paisajes y el azul moaré de este mar.

El vasco podría ser soldado (lo ha sido, llegando a la heroicidad): podría ser sabio (y de hecho ha logrado serlo también); pero literato, poeta, sólo por excepción.

La música es, de las artes, la que acaso lo atrae de una manera más efectiva. La banda y el orfeón apasionan al pueblo, que se asemeja en esto a otros pueblos de montaña. Pero aquí, arrollando estos vuelos, impidiéndolos y como trayendo las almas a una noción árida, exacta, precisa, monótona de la vida, está la afición de las aficiones: el ejercicio nacional por excelencia: la pelota, con su perenne ruido seco sobre la piedra...

A Miguel de Unamuno, a ese espíritu peregrino que en sus últimos versos se nos ha revelado de una

manera tan original, en la que hay por cierto mucho de este ascetismo de la montaña vasca, de que hablaba yo hace un instante; a Unamuno, pedíle su opinión sobre el espíritu literario vasco, en días pasados. Y él me respondía:

La producción literaria en vascuence o euskera, es pobre y de muy escaso valor, y más pobre la poesía. La imaginación del vasco ha estado durante siglos dormida. Nuestra vitalidad espiritual se ha desplegado en la acción, y si hemos tenido Aquiles—yo creo que sí—, la falta de Homeros ha hecho que sean poco conocidos. Es difícil encontrar pueblo más pobre en leyendas, cuentos, fantasías, etc.; su espíritu es pregurático. Sólo desde hace poco, y merced a choque más íntimo y fuerte con la cultura, se nos ha despertado la imaginación, y por cierto creo yo que con una frescura y brío notables.

Contribuía a esa poquedad la índole de nuestra vieja lengua, pobre de conceptos transcendentales, embarazosa y de pesado manejo, una lengua inepta para expresar debidamente la complejidad espiritual del alma moderna.

Yo creo, en efecto, que de aquí proviene la sequedad de espíritu de la raza.

Cuando un pueblo no tiene una lengua vasta, rica, eufónica, clara y difundida, debe arrojarla como un harapo inútil y buscar otra en que pueda vaciar su mentalidad.

Si el vaso es pequeño y no se puede ensanchar, es fuerza beber en otro vaso; y aquí el otro vaso es la nobilísima y poderosa lengua castellana. En ella caben ciertamente todas las modalidades del alma euskera, y ella tiene todos los acentos para prestárselos. Pero el vasco pretendió encerrarse en su lengua (que, como dice muy bien Unamuno, ya no es

más que una curiosidad filológica) como en una torre. En ella quiso confinar su vida y su pensamiento, de suerte que los achicó y empequeñeció sin ver que aquellos de sus más grandes hombres, los que habían llegado a imprimir su sello en toda el alma peninsular, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, el Canciller Pero López de Ayala, etcétera, empezaron por vaciar su pensamiento, su espíritu, en el molde castellano, y con guión castellano de caridad, de ciencia o de conquista, impusieron al mundo su obra.

Nada hay más desazonado y nocivo que ese orgullo de una raza que, creyéndose o por su fuerza o por su belleza, o por su inteligencia superior a las que la rodean, levanta entre ellas y su pensamiento un almenaje inexpugnable, y se encierra deliberada y definitivamente en él.

Y no hay almenaje más inexpugnable que el de la firme voluntad de confinarse en la inmovilidad ancestral de un dialecto o idioma imperfecto.

Este confinamiento es fatal para el porvenir. La raza se vuelve semejante a esos gentileshombres de campaña que, pretendiendo no tratar más que a gentes de su devoción, acaban por morir solos después de haberse comido su última col y su última remolacha.

En mi concepto, no hay síntoma peor de la decadencia de un país que el apego orgulloso a su dialecto y el desdén por el idioma dominador.

El afán de valerse exclusivamente de ese dialecto o lengua imperfecta para pensar, mostrando así que no se necesita más amplitud de léxico, acaba por achicar el pensamiento.

Es claro: cuando muchas cosas no pueden decirse en el dialecto que mamamos y nosotros estamos resueltos a no decirlas en otro, acabamos por retirarlas de la circulación. Y así vamos cada vez pensando con menos palabras: es decir, vamos pensando me-

nos. No hacemos a nuestra lengua del tamaño de nuestro espíritu que se ensancha: apretamos nuestro espíritu hasta hacerlo del tamaño de nuestra lengua.

A fin de no hallarnos en conflicto, nos resignamos a expresar sólo lo que nuestros padres expresaron, en la forma en que lo expresaron, y como esas locuciones, a fuerza de usarse, han perdido su virtud, acabamos por matar la expresión de las palabras y su alma misma, múltiple y misteriosa.

Afortunadamente, Vasconia no está en este caso. Vasconia ha salido de sus torres almenadas. La propia belleza de su suelo la salvó atrayéndole ese movimiento incesante de turistas veraniegos, que ayudaron a sacudir su alma bella, grave, huraña y orgullosa.

Además de la vitalidad de que las tres provincias están hace años dando muestras, el suave prestigio del castellano-rey parece excitar a los cerebros a una mayor actividad lírica y a una mayor producción literaria, fuera ya de los grilletes vernáculos.

Es muy poco lo que se conoce, sin embargo, de poesía vascongada, en vascuence, desde D'Echepare acá.

Hay un canto muy renombrado en Vasconia, un canto clásico en la Lengua: el célebre canto de Altabiscar; pero, a lo que parece, es apócrifo y se sabe su historia.

Unamuno opina que en general son mejores los poetas vasco-franceses. ¿Será por la índole de su dialecto? Puede ser, pero acaso ha influído también su menor aislamiento, que permite corrientes más amplias de ideas.

Uno de los más acertados e inspirados poetas vas-

cos—en concepto de Unamuno, el mejor—, J. B. Elizamburu, era vasco-francés y escribía en dialecto laborkano.

Porque el vasco está descompuesto en yo no sé cuántas formas dialectales, no sólo de una frontera a la otra, sino dentro de las fronteras mismas.

Hay vasco-franceses un poquito distantes del Bidasoa, que con dificultad podrían cambiar algunas palabras con un guipuzcoano o un vizcaíno. Y hay asimismo guipuzcoanos que en Alava o en Vizcaya suelen encontrarse con que muchas palabras familiares tienen distinto nombre.

Pero volvamos a nuestros poetas. Hay una colección llamada *El Cancionero Vasco,* de Manterola, en que puede seguirse fácilmente la palpitación de esta lírica, de mucho tiempo a la fecha. Allí está, en vascuence, pero con su traducción, acaso lo mejor de la obra de Elizamburu, en la que se hace muy especialmente notar la poesía *Vere Achea* (mi casa), que es muy bella.

Hay otro poeta, éste guipuzcoano, Izurta, del que se habla muy bien. A lo que parece, sus poesías en el original tienen no sé qué suave encanto, que pierden por completo en la traducción.

Un vizcaíno, Felipe Arrese, escribió una elegía que pronto se hizo célebre en las Provincias: «Ama euskeriari az ken agurrak», que quiere decir «Ultimo adiós a la madre eusquera». Esta elegía se encuentra en el cancionero citado y Unamuno me dice que es en su concepto la poesía vascongada de más brío y más conato, a trechos realmente inspiradísima. El mismo ilustre amigo me recuerda aquel cura vasco-francés de que habla Michel en *Le Pays basque* y que, enfermo de tisis, escribió a su madre una despedida en que expresa, con muy delicado acierto, una honda emoción.

De San Sebastián era el poeta *Bilinch,* llamado Indalecio Bizcarrondo, que escribió algunas cosas deli-

cadas. Su musa, en extremo popular, pecaba por esta circunstancia de poco culta.

Podrían citarse otros nombres como los de Iturriaga, Eusebio María Dolores Azcué, etc., pero ninguno sobresale.

Menéndez y Pelayo—me decía el ilustre Unamuno—llamó a la poesía vascongada en castellano—y no sin cierta insidia—«honrada». Y yo dije en cierta ocasión que me proponía *deshonrarla*. La poesía vascongada es nítida, escogida, demasiado *terre à terre* y con instintos didácticos. La fábula predomina y se busca en ella la moraleja, la intención didáctica. Cae en sermón fácilmente; todo eso del arte por el arte, nos repugna; el esteticismo no entra aquí. Para los grandes raptos líricos nos ahoga un ambiente moral en que se condena todo lo que es demostración de interioridades.

Pregunté al maestro Unamuno si él no había cultivado alguna vez la poesía vascuence, y me respondió:—Hace años ya, siendo mozo, intenté escribir poesías en vascuence y hasta hice alguna—jamás publicada—; pero aparte de que yo pienso en castellano, se me resistía la lengua. O la violentaba, haciendo con ella lo que hacen los vascófilos o entusiastas, o violentaba mi pensamiento. El vascuence no es una lengua de cultura. Usted sabrá que yo he abogado por su desaparición. Conviene que desaparezca para que descubramos los vascos toda la hondura de nuestro espíritu.

En concepto de Unamuno, en Vasconia no puede decirse que haya habido una cultura propia interna. Los grandes hombres surgidos en esta tierra cumplieron su obra al servicio de la Corona de Castilla.

El espejo poético del alma escocesa—sigue diciendo Unamuno al que esto escribe—no es ningún poeta de la vieja lengua céltica que agoniza en los *highland*; es Burns, que cantó en un dialecto escocés de la lengua inglesa, en una manera de pronunciar los

escoceses la lengua de Shakespeare. Y aquí, la más genuina literatura vascongada hay que buscarla en castellano.

En castellano, pues, busco yo esta genuina literatura vascongada, y la encuentro desde luego en un hombre fuerte, quizá el más fuerte, mentalmente, de la España nueva; en un hombre pletórico de ideas. con un poderoso sabor de originalidad, filósofo, sabio, poeta, de una austeridad, de una aspereza de espíritu *ignacianas;* en un hombre severo como el espíritu ascético de estas montañas, abundante en el pensar y vasto en el decir; que gusta mucho de codearse con el alto pensamiento sajón, y que desdeña las sinuosidades, las retóricas y la índole mirona de la literatura francesa. ¡Y este hombre es el mismo Miguel de Unamuno!

El es el hombre representativo en estos momentos de su raza. Su raza lo hizo esquivo, serio, frío, grave y huraño. Su raza le puso en el alma misticismos que él modalizó y personalizó a su antojo. Su raza le hizo desdeñoso de formas y de ondulaciones vanas. Y después, en aquella alma grande entró el vasto espíritu de Castilla, y el alma se dejó poseer, y supo ser luego más hondamente castellana que otras muchas.

Así, pues, quien quiera estudiar el espíritu literario o poético de los vascos, el alma vasca mostrándose a través de ese amplio cristal de nuestro idioma, que lea, no sólo los *Ejercicios* de San Ignacio o las obras del canciller Pero López de Ayala: que lea y medite al hombre extraño y fuerte que se llama Miguel de Unamuno.

XXVIII

EL ESTUDIO DE LA LITERATURA EN EL BACHILLERATO FRANCÉS

El estudio de la literatura en el bachillerato francés, es excesivamente laborioso y amplio, como todos saben. Me fijaré únicamente en uno de los *ciclos,* suponiendo que el candidato escoge el más simpático de todos: «Lotin-Langues.»

Por lo que respecta a los idiomas, nuestro amigo elegirá dos, aparte del materno. De esos dos, deberá hablar uno correctamente, y en cuanto al otro, lo poseerá en grado tal que conozca, siquiera sea sumariamente, su literatura. Esto es por lo menos lo que se exige en la práctica, además del latín.

En cuanto a la lengua materna, al francés, el candidato deberá poseerlo gramatical y literariamente.

Por lo que ve a la literatura misma, el ciclo en cuestión comprende la latina, desde luego, aunque en la forma elemental en que la hemos estudiado nosotros los mexicanos, allá en los tiempos en que figuraba en los programas y en que se estudia aún en los seminarios.

Pero, ¿y la literatura francesa? ¿Bastará una bien ordenada crestomatía, uno de esos *morceaux choisies* que tanto abundan en las librerías parisienses? De ninguna manera. Se exige el conocimiento de *toda* la literatura francesa, desde la *chanson* de Rolando hasta nuestros días, y ese *nuestros días* supone *même* los poetas modernos y los escritores de la última hornada, cuya labor merece considerarse.

Y no se crea que una es la ley escrita y otra la práctica y que se puede salir del paso con estudios someros. Bastaría para convencer a los ilusos recordar lo que a un jovencillo amigo, recientemente, le preguntaron en su examen: desde luego la influencia española e italiana en la literatura francesa del siglo XVII; definición y explicación del *conceptuosismo* español y del *concetismo* italiano, si vale esta palabra. Fuentes españolas, además, de Guillén de Castro en que bebió Corneille sus inspiraciones; sentimientos e ideas que campean en el Cid del mismo; análisis de la obra de Fenelón; tendencias *políticas* que se advierten en el *Telémaco*, relativas a la forma de gobierno y que valieron al *Cisne de Cambrai*, más que el *quietismo*, el confinamiento a su región; prosa del *Telémaco;* cadencias y ritmos especiales que en ella se advierten; Malherbe y su obra, escritores y poetas del siglo XVIII. Pobreza de poetas en este siglo, razones por las que no puede considerarse a Voltaire como poeta; la obra de Andrés Chenier; Chateaubriand y su influencia en la estructura misma de la lengua francesa. Víctor Hugo. Los escritores y poetas *actuales*.

Como se ve, no se trata, pues, de salir del paso. Cuando se ha dicho en los programas relativos que *toda* la literatura francesa, especialmente la del siglo XVII, se ha hablado con sinceridad. El candidato deberá conocer *toda* la literatura francesa.

Claro que hay infinidad de libros que se van modificando conforme a los nuevos planes de estudios,

que se ajustan a ellos y que pretenden servir de guía a discípulos y maestros; pero, claro también que, no estando autorizado ni admitido ninguno, la elección tiene que ser un poquito difícil. Estos libros son, por lo general, de trozos escogidos, aunque algunos pretenden llenar el requisito de amplitud requerida y la necesidad de leer la *obra completa* que pregonan los sistemas modernos, con mil arbitrios. Quién elige varias de las mejores páginas de un autor y en seguida reproduce una de sus obras, por entero, sistema que obliga a tomos voluminosos y a tipos de letra asesinos de la vista. Quién se contenta con un comentario preliminar sobre cada autor y algunos trozos escogidos del mismo; sistema inútil, porque no hay profesor que quiera atenerse a otros comentarios que los propios, así como no hay médico que halle buena la receta del colega; quién, por último, sólo reproduce—eso sí, por entero—la obra maestra o una de las obras maestras de cada autor.

Quizá este procedimiento es el preferible, aunque requiere también libros voluminosos.

De todas suertes, fuera de las leyes o programas oficiales, no se puede decir que exista en Francia un guía fijo para el maestro, ni creo que se haya logrado ese sello de unificación que tanto buscan los modernos en la enseñanza, sobre todo en lo que atañe al juicio que el alumno debe formarse de cada autor. Aquí hay una amplitud enorme, dentro de la que caben así el criterio del abate, preparación de jóvenes ricos, como el profesor radical, de las *extremas izquierdas* escolares.

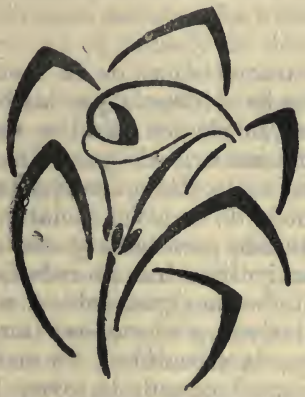
¿Es, por lo demás, criticable la amplitud del programa francés? Yo creo que no. En la práctica se ve que, a pesar de ese enórme recargo de materias de

que adolecen por lo general los programas latinos y de los inconvenientes que tiene para las comprensiones claras, metálicas y las retentivas permanentes, quizá por la belleza misma del campo ese que se espiga, el discípulo espiga con entusiasmo y, en efecto, cuando se gradúa de bachiller *conoce* el tesoro total de la admirable literatura de su patria, así las sorprendentes pinturas humanas de Lafontaine, como las epístolas maestras de madame de Sevigné, espejo de la prosa francesa; así las hondas observaciones sobre los hombres de su tiempo, de la Bruyère, como la filosofía histórica de Montesquieu; así las prosas espléndidas de Voltaire, de Chateaubriand, de Michelet, como la poesía eterna de Vigny, de Hugo, de Musset, de Lamartine y de los grandes modernos.

En la primera enseñanza, los profesores han sido avaros de literatura antigua, y con razón, porque el niño tropieza penosamente con los arcaísmos, con la infinidad de giros que han caído en desuso o que ya no expresan lo que expresaban antaño; mas ahora, que se trata de jóvenes de diez y seis a diez y nueve años, por lo general, los programas de enseñanza abren a estas mentalidades más poderosas ya, más amplias y más lozanas, de par en par las puertas del santuario en que esplenden la poesía y la literatura francesa de otros tiempos.

Y así desfilan, engolosinando los espíritus: las pastorales estancias de un Thibaut de Champagne; los claros e ingenuos relatos del sire de Joinville, en que tan ideal surge la figura de Luis el santo; las crónicas palpitantes de interés de los rondeles elegantes de Charles d'Orleans; las delicadas ironías o suaves sentimentalismos de Villon; y luego toda la opulencia del siglo XVI: Marot, Ronsard, Bellay, Bellear, Montaigne, Malherbe, Racan, para entrar por fin a la maravilla del siglo XVII, rey de la poesía, y del siglo XVIII, rey de la gran prosa de Francia.

Así, pues, el recargo literario del bachillerato francés, pedagógicamente discutible, está de sobra compensado por la magnificencia del caudal mismo de prosa y poesía inapreciables que se le ofrece liberalmente al alumno, y que produce en su alma juvenil y generosa un noble deslumbramiento.



XXIX

LA MUJER Y LA LITERATURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

Una de las características de la mentalidad femenina en España es el desvío por las bellas letras, y con más razón aún por los estudios serios. Reina en este punto el mismo criterio que reinaba en Francia a principios del siglo. La mujer que escribe desciende en cierto modo de su nivel social y se vuelve casi piedra de escándalo para tales y cuales espíritus timoratos. Un articulista francés refería en días pasados las dificultades con que, debido a este criterio, luchó en otro tiempo cierta escritora compatriota suya, célebre en la actualidad. Su madre, una buena burguesa, se asustó cuando la joven le hubo manifestado sus deseos de dedicarse a la carrera de las letras:

—¡Cómo, hija mía!—exclamó la buena señora—. ¡Eso es imposible!

—¿Y por qué?

—Pero... ¿vas acaso a disfrazarte de hombre? ¿Vas a fumar cigarrillos?

En efecto, para las honradas señoras francesas de antaño, una escritora tenía que ser a la fuerza por el estilo de Jorge Sand, según le representaban las

ilustraciones populares. Es decir, con un fez, un pantalón de húsar y una amplia blusa, y fumando cigarrillos.

En España, ninguna señora de la buena sociedad se asustaría por lo de los cigarrillos: todas los fuman. Pero por lo que ve a la literatura, pocas partidarias o ninguna habría de encontrar en la aristocracia.

Hay, sin embargo, una dama española, nacida en las gradas de un trono, que escribe: la Infanta doña Paz, y de la Reina Victoria se afirma también que tiene talentos literarios. Sólo que estos altos ejemplos no cunden por ahora en las clases pudientes. ¿A qué se debe? Yo creo que a la futilidad, a la agitación, al atolondramiento de la vida moderna, en la crema de los círculos sociales. La literatura, que tan de moda estuvo en el reinado de don Alfonso XII, ya no lo está.

Traído por Cánovas a raíz de todas las veleidades revolucionarias y de la República, este Rey quiso ante todo hacerse simpático, dominar la opinión, y uno de sus más felices arbitrios fué mimar a los escritores célebres.

No era raro en aquella sazón que un poeta o un novelista se sentasen a la mesa real y acompañasen al monarca a excursiones de placer.

Naturalmente, la literatura, merced al regio padrino, se coló de nuevo por los salones, y hubo muchas duquesas que escribieron versos.

El espíritu sopla ahora de otro lado; el automóvil hace demasiado ruido para dejar oir el suave rumor de unos versos. Por otra parte, no hay tiempo de leer para esa gente que vive encendida en fiebre de movimiento, divagada y ansiosa, y como no se lee, no se escribe.

Pero, diréis, las mujeres de la clase media sí podrían escribir. ¿Por qué no lo hacen? ¿Por qué no imitan a las francesas?

En efecto, en este punto el contraste entre Fran-

cia y España no puede ser más grande. En Francia, donde según los datos publicados recientemente por una publicación popular, habría hace veinte años mil escritoras, hay en la actualidad nada menos que cinco mil, entre las cuales se cuentan una *Daniel Lesueur,* una Judith Gautier, una madame Delaune Mardrus, una condesa de Noailles, una Gip, una madame Catulle Mendes y una madame Fernand Gregh.

En España, casi tenemos que reducirnos a citar un solo nombre: el nombre estimabilísimo de doña Emilia Pardo Bazán.

Hemos dicho *casi*, porque es claro que citaremos algunos más; pero dejando el primero solo y aparte, a fin de no amenguar los otros con comparaciones.

¿Debe por ventura atribuirse este desvío al fervor religioso? No por cierto; ya que un alto ascetismo no impidió, ni a Santa Teresa de Jesús, ni a la venerable madre María de Jesús de Agreda, escribir cosas tan admirables como las que escribieron.

Y vaya si fué piadosa también doña Concepción Arenal, lo cual no le estorbó tampoco, por cierto, para señalarse tan brillantemente con sus prosas, con sus versos, con la alteza de su estilo y de sus pensamientos.

Piadosa, sí, y no sólo de palabra, sino de acción. No contenta con llevar a cabo innumerables obras de caridad, fundó un periódico, destinado especialmente a facilitar y multiplicar estas obras, y llevada de un espíritu cristiano, tan fervoroso como heroico, llegó hasta a ponerse al frente de las ambulancias del Norte, en la segunda guerra carlista.

Más aún: la obra por excelencia de su pluma es *El visitador del pobre;* es decir, una obra de piedad y de amor.

Quizá hay que asignar dos orígenes a la escasez de labor literaria en las mujeres españolas:

Primero, la oposición sistemática de los hombres.

Segundo, el hecho de que en España, como en

Hispano América, la Literatura no sea todavía un *metier* productivo como lo es en Inglaterra y en Estados Unidos; como empieza a serlo en Francia.

Examinemos cada uno de estos dos capítulos:

Es un hecho, con respecto al primero, que el hombre de nuestra raza no cree, sino a medias, en el talento de la mujer. Sigue considerándola como un ser medularmente inferior, y juzga, por lo tanto, que en este camino de la Literatura ha de ganar poco y ha de perder mucho.

Ni aun los franceses logran desembarazarse del prejuicio de inferioridad intelectual femenina, por lo cual no es raro que espíritus tan amplios y libres como el de Emile Faguet escriban:

«Las inglesas y las americanas han trazado desde hace mucho tiempo el camino a las francesas. La mujer, además, es por excelencia educadora; tiene aptitud para llenar todas las funciones sedentarias, y la ensoñación debe conducirla fatalmente a la Literatura. Añadid a esto que en nuestro tiempo las mujeres han abordado todas las carreras. La de escritor parece fácil; no exige, en apariencia, ni aprendizaje ni gastos. Con algunos centavos de papel, una pluma y tinta, todos pueden esperar la conquista de la fortuna y de la gloria; las mujeres han logrado frecuentemente una y otra, porque *si es raro que tengan ingenio, frecuentemente tienen talento.*»

Como ven ustedes, apunta aquí la más fina ironía del maestro, cuyo desdén protector por las escritoras se acusa demasiado.

El español—como el hispanoamericano—es más rudo y sumario que Faguet para sus juicios, y en vez de revestir su desdén con circunloquios, suele repartirlo con harta franqueza entre las mujeres que escriben.

Bastaría acaso para no multiplicar citas, recordar los ataques de que ha sido objeto doña Emilia Pardo Bazán. Se diría que su talento, completamente mas-

culino, humilla a los hombres, sobre todo a aquellos a quienes, a pesar de su sexo dominador, no les ha sido dada ni la excelencia en el pensar ni la excelencia en la expresión.

No es extraño ni mucho menos que esta mujer, acosada y combatida, en cuyo talento tanto trabajo ha costado creer a los escritores, se haya vuelto hosca y se haya encerrado en su excesivo orgullo como en una fortaleza.

La segunda razón del desvío de la mujer española por la Literatura, decíamos que radicaba en el hecho de que aquí, como en Hispano América, escribir no es aún un *metier* productivo, como lo es en Inglaterra y en Estados Unidos y como empieza a serlo en Francia.

En los dos primeros países citados, el número de escritoras se llama legión. Los hombres, día a día, abandonan a sus colegas con faldas el arte de novelar. Casi todas las obras de imaginación son escritas por mujeres. Los escritores se dedican preferentemente a la Sociología, a la Economía política, al estudio de los grandes problemas modernos.

En cuanto a los productos de esta labor mental, no pueden ser más halagadores para las mujeres. Tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos las novelas femeninas se venden por centenares de miles, y hay innumerables damas que, escribiendo, se ganan decorosamente su vida.

Por lo que respecta a Francia, ya decíamos al principio que, de mil mujeres que escribían hace veinte años, el número de las que escriben asciende en la actualidad a cinco mil.

Hay, sin embargo, pesimistas que juzgan que escribir es mal oficio: Coppée, entre ellos, que, inte-

rrogado acerca de lo que pensaba de sus colegas femeninos, escribió:

«Les ha llegado a ellas también su vez de enfermarse de este mal del siglo: escribir. Yo soy de la Academia desde hace veinte años; el número de libros que se nos envían se ha decuplado. El resultado de esta plétora no se ha hecho, por cierto, esperar. Por un fenómeno que puede parecer peregrino, pero que, sin embargo, era fácil de prever, los lectores han disminuído a medida que los escritores producen más. La Literatura, que en otro tiempo era un arte, se ha vuelto un oficio, *un mal oficio,* y quizá por esta sola razón me admiro de que se dediquen a él las mujeres, que, en general, son más prácticas que los hombres.»

No ha de ser empero un oficio tan malo—digo yo—cuando, lejos de desengañarse y desertar, el número de escritoras aumenta cada día. Por su parte, el articulista que citaba al principio es de mi opinión, pues comentando a Coppée, dice:

«¿Un mal oficio? Eso es discutible. Hay numerosos casos, que por delicadeza no precisamos aquí, en que una mujer abrumada por trágicos reveses de fortuna, ha encontrado en las letras, no sólo un consuelo, sino también una manera de ganar el pan muy honorable.

«Algunas de nuestras novelistas, sobre todo las que escriben novelas de enredo, colocan fácilmente su original para los folletines y ganan hasta ochenta mil francos por año. Otras llegan más modestamente a diez mil francos anuales, lo que constituye, si no la riqueza, cuando menos un modesto pasar. Hay también quienes se quedan en la miseria, frecuentemente por falta de trabajo; algunas veces por falta de talento. La prevención del público contra los libros firmados por nombres femeninos es cada día menor, aunque no ha desaparecido totalmente. Este prejuicio es el que constreñía a Jorge Sand y ha

compelido a Daniel Lesueur a adoptar seudónimos masculinos. Muchos libros dicen todavía, hoy por hoy, que las mujeres, que son las principales, por no decir las únicas lectoras de obras de imaginación, no gustan de las obras firmadas por gentes de su sexo, quizá por un oculto sentimiento de celos; quizá también porque les parece menos interesante conocer el pensamiento de sus congéneres.»

Quedamos, pues, en que en Francia escribir no es mal oficio.

Pero ¿y en España?

Yo recuerdo que en cierta ocasión Rubén Darío, en su nombre y en el mío, escribió a doña Emilia Pardo Bazán, pidiéndole que propusiese nuestra colaboración en un periódico en el que ella escribía.

Doña Emilia respondióle que no valía la pena de intentarse; que «era tan poco lo que a ella le pagaban, que le daba vergüenza confesarlo».

Esto acontecía allá por el año 1901; de entonces acá las circunstancias se han modificado apenas; la colaboración, así sea de maestros, se paga harto mal en España, aunque nunca tan mal como en nuestro Méjico, y la propia doña Emilia, que es una hormiga intelectual, que produce enormemente, no debe por cierto abundosa pitanza a su pluma.

El autor que más gana en España es don Benito Pérez Galdós, y él mismo ha confesado no hace mucho a un joven amigo suyo, que no podía aún soñar en vivir una vida tranquila de los productos de su labor realizada, con ser ésta y todo, tan sustancial y abundosa. Y cuenta que don Benito sabe de números y, como Shakespeare y como Víctor Hugo, administra hábilmente sus libros.

He aquí, pues, explicado, mejor que por otras razones, por estas dos examinadas, el desvío de la mujer

española por la Literatura, que si, además de ser oficio fácil, le fuera productivo, tentaríala sin duda alguna.

En Inglaterra una gran cantidad de mujeres se dedicó a escribir novelas porque vió en ese expediente una manera honrosa de vivir.

«Desde hace tiempo—dice el articulista citado al principio de estas líneas—la situación, en este sentido, es neta y clara para las mujeres inglesas, quienes después de haber escrito en un principio, como está pasando en Francia, obras psicológicas encantadoras, se han deslizado de la novela puramente novelesca hacia las obras de documentación histórica.

«En cuanto a los americanos, quieren que la literatura sea el privilegio de la mujer y que los hombres se reserven el arte militar, las exploraciones, las finanzas, etc. De *cuarenta* volúmenes que aparecen en América, treinta son obras de mujeres. Mark Twain, hablando recientemente de este estado de cosas, afirmaba que un escritor masculino despertaría muy pronto en Estados Unidos el mismo estupor que un caballero que hiciese bordados o tapicería.»

No obstante lo apuntado, podría yo citar algunas damas españolas cuya labor, precisamente por ingrata y mal comprendida, es más meritoria y que honran a su sexo y a su patria.

Mencionaré primero, haciendo abstracción, por harto conocida y citada, de doña Emilia Pardo Bazán, a doña Blanca de los Ríos de Lampérez. Esta señora se ha dedicado con mucho fruto a las investigaciones históricas, que tanto privan en España, y con especialidad ha desenterrado numerosos datos y documentos relativos a la vida y obras del maestro Tirso de Molina, cuya ilustre y simpática figura, gracias a su pluma, ha adquirido un relieve más extraordinario aún.

También a la literatura histórica se ha dedicado doña Magdalena S. Fuentes y acaba justamente de escribir un estudio, si breve, lleno en cambio de erudición y de amenidad, sobre *La Mujer en el Teatro de Rojas* y en el que hay síntesis tan bien logradas como la que contienen estos párrafos:

«Las mujeres de las obras de Rojas son más admirables por la filigrana del cincelado que por la originalidad de los caracteres, más populares por su calor humano que por su arrogante pujanza. Las protagonistas de *Donde hay agravios no hay celos*, de *Don Lucas del Cigarral*, de *Amo y criado,* son figuras repetidas hasta la saciedad en la dramática de entonces; pero que en las comedias del insigne dramático toledano se hallan como depuradas de muchos de los defectos inherentes al tipo, tal vez por una crítica certera realizada sobre las obras de los dramaturgos anteriores, tal vez por la suavidad de modelado y la irradiación de vida que Rojas supo prestar a sus figuras femeniles.»

«Las heroínas de su teatro corresponden a los tipos generales de las comedias de la época; discretas y sagacísimas damas, que, bajo el velo del disimulo, tan favorable a equívocos e intrigas como el clásico manto de las tapadas, insinúan intencionadamente sus deseos; solteronas ridículas, vanas y quisquillosas; criadas traviesas, interesadas y ladinas; labradoras cultas e integérrimas; mujeres, en fin, tales como tenían que producirlas los convencionalismos, el ambiente de hipocresía y los resabios paganoescolásticos de la poesía, de la educación y de la cultura.»

Citaré, después de la señora Fuentes, a la señora Carmen de Burgos Seguí. Esta dama ejerce en sus escritos una especie de apostolado feminista y escribe en los diarios, en el *Heraldo* sobre todo, del cual es corresponsal, actualidades de un estilo fácil y agradable. Ha publicado, además, novelas y cuentos.

Asimismo mencionaré a la señora Pilar Contreras de Rodríguez, quien ha dado a luz en estos días un tomo de versos, intitulado *Entre mis muros*. Tiene esta señora analogía con nuestra poetisa doña Esther Tapia de Castellanos, y suele acertar como ella en la expresión de los afectos y sentimientos de la familia y del hogar.

Sofía Casanova, otra dama española, dedícase a la novela y acaba de publicar asimismo una obrita, *Lo Eterno*, que es muy apreciable como ensayo y que ha merecido a un crítico muy escuchado conceptos como los siguientes:

«Trata *Lo Eterno* un tema bastante repetido en la novela española y extranjera: el amor profano de un clérigo. Es un asunto genuinamente romántico en cuanto dramatiza el amor, dándole el atractivo de lo pecaminoso y convirtiéndole a la par en una fuerza trágica que se erige en destino de una vida. Pero la señora Casanova trata este asunto algo escabroso con todos los miramientos posibles. El eclesiástico de su historia no llega a caer en el pecado material de impureza. Peca con la intención y la fantasía, mas en el terreno de los hechos, su pecado se reduce a estorbar con una perfidia los amores de la mujer que le ha inspirado sentimientos mundanos con otro hombre. En realidad, no se diferencia mucho la sustancia de esta narración de lo que ocurre en las vidas de los santos. Se trata sencillamente de una tentación, como las muchas que refieren los hagiógrafos, y como el eclesiástico de *Lo Eterno* se arrepiente y acaba por ser un misionero ejemplar que da testimonio de la fe, creo yo que con algunos retoques de forma, *Lo Eterno* podría figurar sin inconveniente hasta en un santoral moderno. Acaso porque vivimos en una época de poca fe, ésta se ha vuelto más recelosa y desconfiada y no tolera ya lo que forma uno de los grandes motivos y uno de los más frecuentes temas de la literatura hagiográfica.

Más reparos que desde el punto de vista moral se pueden poner a la novelita de la señora Casanova desde el punto de vista literario, que es un punto de vista profano. Aparte de que estas tragedias íntimas de la tentación han perdido mucha fuerza en el ambiente de moralidad de las sociedades modernas, encuentro que la novela de Sofía Casanova es una novela más pensada que sentida y vista plásticamente. Es una novela sin carne, concebida intelectualmente; escrita en suelto y elegante lenguaje, pero que no nos da una emoción intensa de realidad. Tal vez el asunto contribuye a ello. Acaso es muy difícil para la fantasía moderna trasladarse al estado de alma que supone la tentación y vivirlo con intensidad para reproducirlo en una fábula. El hecho es que entre los escritores que han tratado el mismo asunto que presenta la señora Casanova, son pocos los que han acertado a darle una profunda intensidad de sentimiento humano, como Galdós en *Tormento,* o una elevada idealidad simbólica, como Zola en *La faute de l'abbé Mouret.*»

En Andalucía escribe lindos versos, y recientemente ha salido a luz un tomo de ellos, fresco y oloroso, Pepita Vidal, que singulariza en España el caso tan común en nuestra América española, de muchachas como María Enriqueta, como Dulce María Borrero, como Carlota Wathes, cultivadoras hábiles y graciosas de las nobles letras.

Podría citar aún a María de Atocha Ossorio y Gallardo, a doña Concepción Jimeno de Flaquer, tan conocida entre nosotros, y a algunas más; muy pocas confirman juntamente la regla de este asendereado desvío de la mujer española por la literatura. Pero mi informe va extendiéndose más de la cuenta y *por ahora* pongo punto a mis disquisiciones.

XXX

LOS CLÁSICOS PARA TODOS

La casa editora madrileña de Perlado, Páez y Compañía, acaba de publicar un libro clásico de alto merecimiento, *La Celestina,* Tragicomedia de Calisto y Melibea. Texto de veintiún actos, según la edición de Valencia, 1514, comparado con el primitivo de diez y seis, según las de Burgos, 1499, y Sevilla, 1901. Con un apéndice: *el auto de Traso.*

De seguro nada tiene de particular la reaparición de un libro clásico. Todos los principales se reeditan periódicamente en bibliotecas que siempre obtienen el favor de cierto público. No me referiría, pues, a la *Celestina,* de Fernando de Rojas, si no estableciese un precedente por todos conceptos recomendable: el de que aparezcan en ediciones baratas los textos célebres corregidos con esmero. Este lo está por el catedrático de la Universidad Central don Cayo Ortega Mayor, quien, dice un bibliófilo, además de notar las más notables variantes que se observan en las primeras ediciones de la inmortal tragicomedia, la ha ilustrado con un breve e interesante prólogo, donde se contienen en resumen los principales datos conocidos

acerca del autor de la *Celestina* y de la obra misma, y se discuten con razones muy atinadas los problemas críticos que ha suscitado el famoso libro de Fernando de Rojas.

La casa de Perlado Páez es la editora de la conocidísima y popularísima «Biblioteca Universal», que comenzó con *El romancero del Cid*, del cual se han hecho ya ocho ediciones.

En esa biblioteca, que todos conocemos, figuraba ya por cierto *La Celestina*, a que ahora vengo refiriéndome, y asimismo han sido publicados Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, Cervantes, Tirso de Molina, Calderón de la Barca, Lope de Vega, Santa Teresa, el *Lazarillo de Tormes,* etc., etc.; pero aunque tales tomitos, lejos de ser despreciables, han sido de una gran utilidad para difundir el conocimiento y el amor de las letras clásicas, se trata simplemente de obras fragmentarias, que no se han cotejado con todo el esmero deseable y que no se destinan a una biblioteca seria; mientras que la nueva edición de *La Celestina* sí viene ahora corregida y depurada con escrúpulo de bibliófilo, y si por su precio está al alcance de todas las fortunas, por su valer puede compararse a las grandes ediciones de autores castellanos destinadas a los eruditos.

Ya antes de Perlado Páez y Compañía, un joven literato español había editado un coqueto e interesante facsímil, *La hija de Celestina*, de Salas Barbadillo, y su empeño me pareció a mí digno de todo aplauso. Proponíase dicho escritor que este tomo fuese el primero de una nueva biblioteca clásica, económica, cuidada y correcta; pero no tuvo éxito su intento, o él careció del entusiasmo suficiente para llevar a cabo su obra, y *La hija de Celestina* constituyó el primero y único tomo de la colección,

¿Acontecerá lo mismo con *La Celestina*, de Rojas? ¡Cuánto lo lamentaríamos!

Nosotros encontramos, en efecto, que estas ediciones baratas de los clásicos son eminentemente instructivas.

En los momentos en que cae sobre España y sobre América una verdadera andanada de traducciones francesas, la difusión del poderoso, hondo y sereno espíritu clásico entre las masas sería de una utilidad inmensa.

Y no es que me queje de la difusión de la cultura francesa en España. Dios me libre y guarde de ello. Me quejo del insoportable galimatías de las traducciones actuales.

Empecemos porque se trata de folletines de enredo, generalmente insignificantes, de los cuales se echa mano sin discernimiento, y añadamos que las traducciones no pueden ser peores. Como que el fin que se persigue, sobre todo, es producir novela barata: ¡a treinta céntimos el tomo, con ilustraciones!, claro que no se andan por las ramas los editores en lo de la elección. Hay que advertir, además, que esas publicaciones son semanales y que, por tanto, urgen muchos autores, y no es el caso de seleccionarlos.

Allá van en montón los grandes y los pequeños, los buenos y los malos. Sólo en una cosa se parecen todos: en lo mal traducidos. La pésima traducción identifica a Balzac con Gaboriau. Es preciso, para que tales bibliotecas tengan cuenta, que el original no cueste nada. De aquí que no se eche mano jamás de literatos españoles. Estos, que abundan en calidad y cantidad, podrían escribir novelas agradables, interesantes, sabrosas. No es el ingenio lo que escasea, por cierto, en la coronada villa. Pero por más que la mayor parte de los escritores jóvenes hayan hecho voto de pobreza, es natural que pongan un precio a sus producciones, y este precio, por modesto que sea, parece excesivo a los editores.

Así, pues, salvo una biblioteca, la de *El Cuento*

Semanal, que publica todos los viernes una novela inédita de autor conocido o desconocido, todas las demás echan mano de traductores de ínfima cuantía, a los cuales sólo dos cosas se exige: que vayan aprisa y que cobren poco, a lo que ellos de buen grado se comprometen. Con tales antecedentes ya se comprenderá el aguacero de galiparla que cae sobre la noble lengua castellana.

Mientras que las bibliotecas clásicas van reeditándose con majestuosa lentitud y a precios excesivos; mientras que la producción moderna española se imprime a duras penas y en ediciones reducidas, los folletines franceses, ingleses e italianos aparecen a montanadas por todas partes, mostrando el abigarramiento de sus llamativas carátulas.

¡Cómo no alegrarse, por tanto, de que, de cuando en cuando, una *Celestina,* de Rojas, expurgada y corregida con escrúpulo y amor de bibliófilo, aparezca a precio bajo en el mercado! Y ¡cómo no desear que cunda el ejemplo y que los editores echen mano para sus bibliotecas populares del inagotable tesoro de la Literatura clásica española! Que el público no la saborea, que resulta indigesta, es falso. Basta ver cómo se agotan los pequeños tomos de la «Biblioteca Universal», a que me refería al principio.

Hay, por otra parte, innumerables novelas españolas de una ligereza, de una gracia, de una picardía difícilmente superables por los modernos y que serían aún leídas con deleite, ya que el gran público no las conoce.

Es su precio el que las pone fuera del alcance del pueblo, que sigue siendo castizo por excelencia. Fuerza es, pues, alabar y estimular a quienes, a semejanza de los franceses, de los ingleses y de los ita-

lianos, procuran popularizar a nuestros clásicos, cuya frecuentación haría más por la cultura del pueblo que muchas conferencias y muchas prédicas.

Y quien dice *nuestros clásicos*, puede también decir nuestros grandes autores modernos.

Para estos últimos, la difusión es más homogénea; con el título de *Oro viejo*, por ejemplo, se empezó a imprimir hace poco más de un año una biblioteca, en cada uno de cuyos tomos campea, sobre papel rojo un medallón dorado con el perfil de algún literato célebre. En esa biblioteca, que es económica, pues vale cada tomo una peseta, se ha pasado ya revista a buena variedad de autores, desde don Ramón de la Cruz hasta don Juan Valera, publicándose casi siempre con acierto algunas de las mejores páginas por ellos escritas.

El público, lejos de mostrarse esquivo con los editores, los ha alentado, comprobando lo que antes expresaba yo de su castizo interés por las buenas lecturas.

El teatro, por su parte, contribuye a comprobar mi aserto. No se da el caso de que a la interpretación de una pieza clásica no acuda en masa el público. María Guerrero pudo comprobarlo de sobra. Y no se diga que era la pompa de los trajes y la propiedad de la *mise en scène* lo que atraía espectadores, porque es aún frecuente que en el salón de la Comedia y en el de la Princesa se dediquen algunas veladas por año a las obras del teatro antiguo, entre las cuales figuran mucho en los carteles *El Alcalde de Zalamea*, *Don Gil de las Calzas Verdes* y *La Verdad Sospechosa*, así como algunos arreglos de Shakespeare, entre otros *La fierecilla domada*; y aunque la escena ni los trajes pueden llamarse lujosos, sino más bien modestos, el entusiasmo de los concurrentes no decae un punto.

Debemos, pues, convenir: primero, en que de las grandes creaciones del clasicismo español, teatrales o novelescas, se desprenden todavía un encanto, una gracia, un interés difíciles de sustituir; segundo, en que el ingenio que rezuman las comedias de un Tirso o de un Alarcón, nada ha perdido aún de sus quilates, y tercero, en que, salvo tales o cuales parlamentos y digresiones hijos del espíritu de la época y de fácil supresión o arreglo, lo ágil, lo fino, lo ingrávido del espíritu, del diálogo, del retruécano, de la imagen, que campean en esas piezas, las hacen competir briosa y triunfalmente con innumerables comedias modernas, al grado de que el público actual, un poco escamado del teatro de última hora que le sirven tantos autores zonzos o verdes, estaría dispuesto, como el Aladino de *La Lámpara Maravillosa*, a cambiar lámparas nuevas por lámparas viejas.

XXXI

EL PRESUPUESTO ESPAÑOL DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA.—PENSIONES EN EL EXTRANJERO.—CREACIÓN DE ESCUELAS

El asunto culminante del mes, en materia de Instrucción pública, ha sido la discusión del Presupuesto del ramo, la cual ha dado lugar a numerosos incidentes, tanto en el Congreso como en el Senado, hasta el momento de su aprobación.

Lo reñido de los debates, el calor con que conservadores, liberales y republicanos han razonado y defendido las ampliaciones o reformas que insistentemente sugerían, muestra que España empieza a preocuparse seriamente de este gran problema, el más importante de todos.

Uno de los puntos discutidos ha sido el de las pensiones en el extranjero. En las campañas iniciadas por las minorías acerca del presupuesto, se ha pretendido nada menos que se destine un aumento de cinco millones para toda clase de pensionados en el extranjero y para algunas escuelas.

La moción provino del ilustre diputado don Melquiades Alvarez, catedrático de la Universidad de Oviedo, quien exclamaba:

«Esos cinco millones son necesarios para crear

pensiones en el extranjero y para construir escuelas, creando al efecto juntas de hombres competentes que se encarguen de organizar perfectamente estos servicios y de emplear a conciencia ese dinero.»

La pretensión, empero, no tuvo éxito, acaso porque los prohombres del partido liberal no la apoyaron debidamente. En efecto, el señor Moret manifestó que «aunque el presupuesto no correspondía en su concepto a las necesidades modernas, la modificación no podía pedirse ni en la forma ni en la cantidad que pretendía el diputado republicano».

Otros personajes liberales calificaron la petición de cinco millones de extemporánea, afirmando que no era posible pedir así, de primas a primeras, una cantidad relativamente excesiva, sin haber prefijado su empleo y sin tener formado un plan detallado para saber siquiera en lo que se iba a gastar ese dinero.

El ministro de Instrucción Pública, señor Rodríguez San Pedro, se ha mantenido por su parte inflexible ante las instancias de las oposiciones y en su discurso para contestar a las minorías ha sabido defenderse de los innumerables cargos de éstas.

Dos capítulos figuran sobre todo en el discurso: el de las pensiones y el relativo a la creación de escuelas. De ambos quiero ocuparme brevemente, pues aunque sé que al hacerlo rebajo un poco la zona de mi comisión, que se refiere más bien a la literatura y enseñanza de las lenguas, no creo por otra parte que deba dejarse pasar inadvertida tan interesante controversia.

En realidad no es reo el señor Rodríguez San Pedro, por lo que se refiere a las pensiones, de haberlas mermado durante el tiempo de su gobierno; pues de datos oficiales resulta que en 1902 fueron pensionados cuatro alumnos de las universidades; en 1903, otros cuatro; en 1904, tres, pertenecientes a los Institutos, Escuelas de Comercio y Escuelas Normales;

en 1905, diez y seis profesores y nueve alumnos; en 1906, exactamente el mismo número de unos y otros, y en 1907, quince profesores y nueve alumnos, es decir, sólo un profesor menos que el año anterior.

Las pensiones, como se ve, han ido en notable aumento año por año. Fruto es éste del ejemplo de las naciones más cultas, especialmente de Alemania, Estados Unidos y el Japón. Pero el señor Rodríguez San Pedro no cree que estas pensiones sean eficaces para la mejora de la enseñanza, y se ha negado para lo de adelante a que se envíe al extranjero a todo el que lo solicite, y quiere que para no derrochar el dinero se haga una selección entre los solicitantes, escogiendo a quienes estén en condiciones de utilizar la ayuda del Estado.

¿Quién osaría negar que colocado en este punto de vista tiene muchísima razón el señor ministro de Instrucción Pública?

Pero también la tienen sus opositores colocados en el suyo.

Si las pensiones hasta hoy no han sido provechosas en España, débese quizás a dos causas principalísimas:

Primera: al poco cuidado con que se han distribuído.

Segunda: a la falta de una vigilancia hábil sobre los pensionados.

Ha sido ligereza frecuente (sobre todo en otros tiempos) de tales o cuales ministros de Instrucción Pública, así en España como en nuestra América, el prodigar las pensiones, como dice muy bien el señor Rodríguez San Pedro, a todos los que la solicitaban, no escaseando por cierto los casos en que mensualidades y viáticos sirviesen para un paseo más o menos «instructivo» de jóvenes favorecidos por influencias oficiales.

Así había quienes estudiaban los presupuestos para saber a cuánto ascendía cada año la partida de pen-

siones y que se dedicaban a solicitarlas con tozudo esfuerzo, hasta obtenerlas.

Pero, aun pensionando a gente que lo merecía, resultaba el segundo inconveniente: el de la falta de una vigilancia hábil y también de un programa práctico.

Los pensionados, tanto en España como en Hispano América, han solido partir al extranjero sin tener más que ideas vagas de su misión y de su fin. ¡Qué mucho que volviesen sin haber hecho nada los que partían sin saber lo que iban a hacer!

Todo se reducía, claro, a algún mal informe, a algún mal cuadro o a tal o cual piececilla de música, pasodoble o vals brillante, melosamente dedicado.

En el extranjero no había organizada inspección alguna ni existía un centro especial donde, bajo la afectuosa y solícita vigilancia de hombres de honor, de ciencia y de respeto, se cambiasen ideas, se metodizasen trabajos, se definiesen los medios a propósito para que todas las energías aquellas concurrieran, cada una con sus especiales elementos, a la obtención de los altos fines para los cuales habían sido destinadas.

En estas circunstancias no es difícil prever el desprestigio de la pensión y el desconsuelo de los ministros de buena voluntad.

Pero de allí a concluir que las pensiones deban mermarse o suprimirse, no puede haber un camino lógico y por eso protestan las minorías, aun cuando el acuerdo entre ellas y el Ministerio de Instrucción Pública entiendo que ha de ser fácil en lo porvenir: basta con que se reglamenten estricta y concienzudamente estas pensiones; con que se exijan, como en Méjico, ciertas pruebas que son del todo decisivas y merced a las cuales se acabará por seleccionar el personal de profesores y alumnos que en el extranjero deben trabajar por el adelanto y la grandeza de su patria.

Veamos ahora el segundo importante capítulo de este debate, que a pesar de la aprobación de los presupuestos habrá de seguir preocupando la conciencia nacional, y que resurgirá anualmente, sin duda, en el seno de las Cámaras.

Se trata de la creación de escuelas.

Los liberales quieren muchas escuelas, cuando menos *ochenta mil.* Cada año deben crearse *dos mil quinientas,* hasta que se llegue a aquel crecido número.

Los conservadores objetan que para las ochenta mil escuelas se necesitan cuando menos *ciento sesenta mil maestros,* muy difíciles de hallar en una nación de 18 millones de habitantes.

Un diputado afirmó, por otra parte, en el Congreso que, en suma, en España *había más escuelas que en Inglaterra, más que en Alemania y más que en el Japón,* a lo que replica un escritor especialista que esto es absolutamente inexacto, porque para hacer el cálculo se toma la palabra «escuela» como signo de cantidad, cuando la frase por sí sola nada representa, mucho más si, como ocurre en España, «se halla la escuela absolutamente vacía».

«Valdría lo mismo—añade el cuestionado escritor—sostener que 10 regimientos de los nuestros, de a 800 hombres cada uno, sumaban más soldados que ocho regimientos rusos de a 3.000 plazas.» «Una escuela de Londres o de Berlín o de Tokío, supone, por sí sola, más escuelas que diez juntas de las de Madrid, y lo supone en alumnos, en maestros, en material y en locales.»

«Nosotros—dice aún el escritor citado, que es el señor don Tomás Maestre, ilustre médico-legista—, fuera de contados ensayos, no poseemos aún el régimen moderno de la instrucción elemental, el constituído por la escuela graduada—conozco una admirable en Cartagena, levantada gracias a las loables iniciativas de su altruísta alcalde, don Mariano Sanz,

y a la no desmayada insistencia y voluntad de acero de dos apóstoles de la enseñanza, los señores Martínez Muñoz y Martí Alpera—. El tipo común y corriente de nuestra escuela de niños es todavía el medioeval, el *solitario;* un maestro, una sola clase, entre mazmorra y zahurda, y un hacinamiento informe de criaturas de todas las edades escolares, desde los seis años a los catorce, amarrados al duro potro de la mesa *palotera,* sin aire, sin luz, yertos en el invierno, amodorrados y sudorosos con el calor de Junio, y sintiendo a cada instante sobre las tiernas palmas de sus manos la maldita férula de Orbilio Pupilo.

«Tan desdichado espectáculo hace traer a la memoria la doliente carta que, en el siglo XVI, escribió Rodolfo Agripa a su maestro Juan Wessel: Se me quiere confiar una escuela; mas considero este ensayo difícil y enojoso en extremo. Una escuela se asemeja a la prisión, donde no se oyen más que golpes y llantos sin fin. Si hay algo para mí que lleve un nombre contradictorio, es la escuela. Los griegos la llamaban «schola», recreo, y los latinos «ludus litterarius», juegos literarios; pero no hay nada que diste tanto del recreo y del juego. Aristóteles la denominaba «phrontiserion», lugar del tormento, y éste es el nombre que mejor la conviene.»

Yo hallo la pintura exagerada, como hecha de propósito para mover la opinión hacia este problema tan urgente de resolver en España. Pero de todas suertes, la escuela elemental está aquí muy lejos del ideal moderno.

En Madrid, por ejemplo, no ha sido posible aclimatar aún, que yo sepa, más que *un jardín de niños,* y aun ése dentro de una forma un poquito convencional.

Los admirables métodos suizos y alemanes, que han hecho de la escuela de párvulos un verdadero paraíso, donde las enseñanzas se cuelan al cerebro

con la radiosa facilidad y el encanto de una hebra de sol, de un perfume, de una melodía, no son ni aun sospechados en muchas poblaciones de la Península. En Granada hay un canónigo, el señor Manjón, que *va para santo,* según dice la gente, y que ha presentido o estudiado algo del sistema froebeliano, el cual aplica a los gitanillos del Albaicín y del Sacro Monte. Es cosa conmovedora ver a esos chicuelos, hasta hace poco ineducables e incapaces de domesticarse, salir en bandadas de sus cuevas para ir a la escuela del padre Manjón, que por artes que a la gente sencilla parecen milagrosas, y cuyo secreto en suma no está más que en la dulzura y la paciencia, mezcladas a cierta amenidad en el aprendizaje, ha logrado desasnar a muchos e infundirles estímulos para ellos desconocidos.

La gente de todas categorías ayuda a esta obra con gusto, y hay ya varias escuelas de tal sistema en Andalucía y una en Salamanca; lo que prueba el buen deseo que anima, aun al bajo pueblo español, en este asunto de la instrucción; pero claro que se necesitan iniciativas y esfuerzos más vastos y poderosos.

En la actualidad, el número de escuelas que hay en España asciende a 24.262; pero debe advertirse que desde el año de 1857, famoso en Méjico por la promulgación de la carta fundamental, la ley de Instrucción pública determinaba para la nación un número de 63.247 escuelas elementales.

¿Cómo es que no ha podido crearse ni la mitad? No hay que culpar de esto al país; los partidos, las revoluciones, la anarquía, las guerras, no ayudan a fundar establecimientos de instrucción.

Ahora que la noble tierra española atraviesa por un período de paz y de trabajo; que ha logrado, desde hace algunos años, saldar sus presupuestos con superávits decorosos, es llegado el momento definitivo de pagar esta deuda. Sólo que se requiere crear

escuelas provistas de todos los útiles modernos, con edificios *ad hoc* y profesorado apto. Y es preferible que sean muchas menos las que se establezcan, con tal de que estén mejor dotadas y puedan pagar bien a su personal docente. Así, pues, no debe censurarse la parsimonia del Gobierno, que acaso prefiere hacer pocas cosas con tal de hacerlas bien.

Lo esencial, lo consolador, diremos, es que ya el país entero, como se está viendo, sale de su indiferencia y se muestra resuelto a emprender enérgicamente, por medio de la enseñanza, la reconstrucción nacional.

Si las buenas resoluciones y el entusiasmo persisten, tal vez no esté lejano el día en que se hayan realizado en España todos estos *cuandos* que enumera con amargura de reproche el ya citado señor Maestre, y que concluyen con una interrogación dolorosa y con cargos que no reproduciré por inmerecidos:

«Cuando en los países cultos toda la atención del Estado es poca para cuidar de la escuela y del niño, habiéndose instituído los médicos escolares, los dentistas escolares, los oftalmólogos escolares, llegando Alemania en esta forma de servicios a nombrar, en 1902, un médico alienista para cada distrito, encargado del reconocimiento mental de los maestros, y el Estado de Nueva Jersey instaló un gabinete de desinfección, que esteriliza diariamente con formalina todo el menaje escolar de cada alumno; cuando el ministro de Instrucción de Prusia ordena, en 21 de Diciembre de 1900, que no se encuadernen los libros de las escuelas con alambre, y el Japón crea, en 1899, una sección de Higiene escolar agregada al Ministerio de Enseñanza, y el Mikado promulga una ley prohibiendo el uso del tabaco a los menores de edad, y en Connecticut acuerda el Consejo que las maestras no lleven vestidos de cola, porque pueden infectar la escuela con los gérmenes recogidos en la

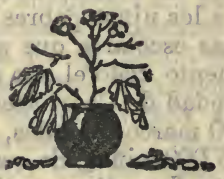
calle; cuando en 1902 gastó Berlín 300.000 marcos sólo en los baños de sus escolares, y en los Estados Unidos de América, el *Bureau of Education* abre un expediente para determinar las condiciones de luz que debe tener una escuela, y Cohn, de Breslau, inventa un procedimiento técnico automático que acusa la iluminación normal de que ha de gozar un centro docente; cuando Engels, después de las experiencias de Lode y de Reichenbach, llega a resolver el problema de que en las escuelas no haya polvo, y Plank escribe su notable libro *Los pies calientes en la escuela*, y Furst edita el suyo, *La limpieza de las clases en la escuela primaria,* y la ciudad de Brooklyn funda una biblioteca para niños en medio de un parque, y la de Hamburgo adquiere 25 hectáreas de bosque, donde juegan los alumnos de sus escuelas elementales; cuando las instituciones instructoras de niños anómalos se multiplican por todas partes, fundándose 57 en Alemania, con 211 clases y 4.467 discípulos; 253 en los Estados Unidos, en las cuales se da enseñanza a 71.600 niños, sosteniendo Londres siete grandes centros para sordo-mudos con 18 sucursales distribuídas por toda la ciudad; cuando el Municipio de Cristianía reparte en solo un invierno un millón de raciones gratis a los niños pobres de sus escuelas, y las cuatro cocinas escolares que sostiene Ginebra proporcionan alimento todo el año a los educandos indigentes, y la ciudad de Charlottenburgo gasta en este servicio 15.000 marcos anuales, y el cantón de Berna mantiene 15.000 niños, de comida y vestidos, y el Ayuntamiento florentino sostiene a 2.500 y hasta en Rusia, los zemstwos, dan abrigos y almuerzo caliente a los alumnos pobres que viven lejos de las escuelas; cuando todo esto ocurre por el mundo, y en New-York, Chicago y Missouri se instituyen Tribunales especiales para la corrección de niños delincuentes, y el Schulturnen recorre con sus contracciones salutíferas desde Nagasaki a Edimburgo, y la

Unión berlinesa de la enseñanza paga, en 1902, 18.000 marcos a las empresas de ferrocarriles por excursiones de sus colonias de escolares, ¿qué han hecho nuestros políticos por la pobre España?»

Los políticos, especialmente los ministros de Instrucción Pública, quizá no han podido hacer gran cosa porque, como me decía el ilustre don José Echegaray, cierta vez en que le visité (preguntándome cuánto duraban los secretarios de Estado en México) aquí *duran tan poco*... que no alcanzan a veces ni a darse cuenta del engranaje de su ramo.

La política, además, suele ser en todas partes función negativa. (Por eso nuestro Presidente prefiere a ella la *mucha administración.)*

Lo bueno es que España quiere ponerse al nivel de los pueblos verdaderamente cultos, y las naciones, más felices que los individuos, *pueden siempre* lo que *quieren* con firmeza y perseverancia.



XXXII

EL SALÓN DE LOS POETAS

Hace algunos meses que viene hablándose con insistencia en París del Salón de los Poetas.

Todo el mundo, como nota un cronista, tiene en París su salón, y así hay el Salón de los «papelistas», el de los «orientalistas», el de las «mujeres pintoras», el de los «pointillistes», el de los «goguinistas», etc., etc.

No podrían, pues, los poetas dejar de tener el suyo y van a inaugurarlo en breve.

El presidente de este salón será Edmundo Haraucourt, y en el Jurado de admisión figurarán, entre otros, Paul Deroulède y Gustavo Kahn: dos temperamentos líricos de lo más antagónico que puede darse, circunstancia que, en suma, es acaso una garantía de acierto.

Pero dirán ustedes: ¿cómo va a ser ese Salón de los Poetas?

Parece, en efecto, un poquillo difícil concebirlo.

¿Es un salón en que se exhiben ediciones de versos de cierto lujo?

Pues entonces más bien resultará aquello una exposición de impresos, de relieve, de estampería...

¿Es un salón donde se puede ir a leer las mejores producciones de los grandes poetas modernos?

Pues resultará entonces un gabinete de lectura.

Los versos no pueden exhibirse como un cuadro, una estatua o un bibelot.

Recuerdo, empero, haber oído que este Salón de los Poetas tendrá un poco de todo lo que he apuntado y algo más que habrá de caracterizarlo.

A saber: tendrá una estantería a la vista, de donde los concurrentes podrán tomar, para leerlos, los tomos de versos de todos los poetas actuales, tomos que, empastados con solidez y elegancia, estarán a la mano del público, si se quiere hasta en diversas secciones.

Estas secciones obedecerán a la clasificación de escuelas, de tendencias, de estilos.

Habrá asimismo una especie de memorándum, impreso o manuscrito, donde podrán buscarse detalles del poeta que se desea leer: datos biográficos, crítica de su obra, etc.

Y por último, habrá algo que sí caracterizará e individualizará el Salón de los Poetas, y es a saber: lecturas y conferencias diarias sobre los poetas cuyos libros se exhiben. Estas lecturas y conferencias podrán alternarse con recitaciones especiales.

Y aun acontecerá que el poeta mismo, sobre el cual versa la conferencia, irá a decir algunos de sus versos.

Debo advertir que el salón será sólo de poetas vivos. Los muertos no caben en él.

¿A qué obedece esto?

En primer lugar, a la índole de todos los salones. Es un salón, una exposición anual, destinada a mostrar los progresos de las artes, y los muertos *¡ya no progresan!*, están definitivamente fijados en una modalidad: la última a que se sujetan...

Por otra parte, en un salón se discute y a los muertos ¡a qué discutirlos!

Añádase que al excluirlos del salón se les da una muestra de cortesía.

Los muertos no pueden defenderse... Así, pues, que no concurran. Que vayan sólo los vivos, los que estén allí apercibidos a cubrir su obra, a ampararla de las críticas y los ataques.

Añadamos todavía una razón. Si se va a admitir a los muertos, harán una sombra terrible a los vivos. Son muchos, son muy grandes. Se llaman Hugo, Musset, Vigny, Lamartine, Baudelaire, Leconte de Lisle, Heredia, Verlaine, Sully Prudhomme, etcétera, etcétera.

Hay que advertir también que los poetas modernos no están muy seguros de su grandeza (modestia que los honra). La prueba es que pusieron el grito en el cielo cuando, conforme a la ley francesa, las poesías de Musset pasaron a ser de propiedad pública.

Juzgaron que en cuanto aconteciera lo mismo con otros grandes poetas del siglo XIX, la competencia iba a ser imposible. El público dejaría lo nuevo por lo viejo, sin duda alguna, tanto más cuanto que las ediciones de los viejos serían muy baratas. Bueno y barato en vez de discutible y caro... La elección no era difícil.

El salón será, pues, todos estas cosas que hemos apuntado y acaso será una más todavía, cuando, en parte, por lo menos, se levante el entredicho a los grandes poetas muertos. Será una exposición retrospectiva del tomo de versos, desde un Joachin du Bellay, por ejemplo, autor de la reforma poética en los comienzos del siglo XVI y creador de sonetos admirables, hasta un Jean Moréas.

Así caracterizado, el Salón de los Poetas acabará por prender en el ánimo público.

Pero de todas suertes lo ilógico de su designación y de su asimilación a los salones de pintura y escultura, subsistirá.

En resumen, vendrá a ser una sala de lectura donde se darán conferencias alternadas con recitaciones.

La única singularidad de la institución consiste en que será periódica, singularidad que es la que le da analogía con los salones de arte.

Yo me digo: ¿por qué no desdeñar tal analogía y crear de una vez un teatro de recitaciones y conferencias poéticas?

En ese teatro se darían diariamente, durante la temporada de otoño, invierno y primavera, conferencias breves sobre los poetas franceses y extranjeros, y un grupo de actores recitaría sus mejores versos, cuando no pudiesen ser los poetas mismos quienes los recitasen.

¿Habría público para un teatro así? En París de seguro que lo habría. De hecho lo hubo siempre en aquellas inolvidables matinés de Sarah Bernhardt, en que se recitaban los mejores versos de los grandes líricos.

Os aseguro que, a pesar de todos los pesares, los poetas conquistan aún público numeroso, y esto no sólo en la capital del mundo. En Madrid he tenido frecuente ocasión de comprobarlo.

A las veladas líricas del Ateneo o de la Unión Ibero Americana acuden innumerables oyentes, mujeres sobre todo, sí, mujeres que con heroísmo edificante soportan los más soporíferos discursos, alentadas por la ilusión de oir al cabo de ellos los versos de algún poeta predilecto. Ni la incomodidad, ni el calor, ni la distancia, las amilanan.

A veces, frecuentemente, tienen que permanecer de pie, porque llegan un poco tarde... Sin embargo, con paciencia indecible permanecen, y no ha basta-

do a alejarlas de estas fiestas líricas ni la pésima organización de los programas de casi todas las solemnidades literarias, que no parece sino que están hechos para inspirar el horror de la poesía...

Un salón permanente de poetas tendría, pues, éxito, no ya sólo en París, sino en Madrid y en nuestro México mismo.

¡Y costaría tan poco organizarlo!

XXXIII

LOS JUEGOS FLORALES EN ESPAÑA

En lo que va del mes de Mayo, seis días apenas, se han celebrado ya en España dos juegos de flores: unos en Barcelona y otros en Sevilla.

En los primeros pronunció un discurso, muy notable por cierto, cuajado de erudición, como todo lo suyo, el muy ilustre don Marcelino Menéndez Pelayo. En los juegos florales de Sevilla, organizados por el Ateneo, el mantenedor fué el conocido poeta académico Cavestany, sevillano por más señas. El poeta premiado con la flor natural fué un Cavestany también, hijo primogénito del primero, y del que, usando un mexicanismo pintoresco, podríamos decir que *tatea con acierto*. No hay casi mes en que no se celebren juegos florales en alguna ciudad de la Península. La bella costumbre, lejos de caer en desuso, cada día se afirma y enraíza más.

Tiene no sólo la ventaja de mantener el señorío de los versos con su influencia amable y civilizadora, sino cierto prestigio feminista que, naturalmente, place sobre manera a las mujeres jóvenes. En países como los nuestros, donde la mujer no está todavía habilitada para ejercer funciones políticas, donde no se le abren las puertas de las academias, donde ni si-

quiera puede andar sola en las calles sin exponerse al alud de madrigales anodinos de la gente caldía, este reinado efímero, pero tan simpático, de los juegos florales, de las cortes de amor, la indemniza de su situación subalterna y disciplinada, aumenta su poder y su influjo sin restarle gracia ni encanto alguno.

El delicado arcaísmo galante, merced al cual le ponemos en las manos el cetro, no altera en nada el ritmo de sus líneas y halaga toda esa innata delicadeza de su alma.

En México, el poco tacto de algunos jurados y la vanidad quebradiza y amarga de algunos poetas han quitado a los juegos florales mucho de su encanto y espontaneidad. De desearse fuera, sin embargo, que volviesen a adquirir el vigor y el prestigio de antaño. Estas fiestas, en medio del trajín de nuestras ciudades, ponen una nota de cultura exquisita, reposan y elevan las almas, las sustraen un poco a todo el mezquino enredo de las diarias pasiones familiares, que endeblecen lo mejor de nosotros, y por último, dignifican a nuestras mujeres, dándoles así el desquite de una vida ingrata, erizada de pequeños deberes y en la cual florecen tan pocas satisfacciones.

XXXIV

EL TEATRO DE ARTE EN MADRID

Una loable tentativa de arte constituye la actualidad literaria en Madrid. Trátase del *Teatro libre*, a semejanza del fundado en París por L. Poe. En Madrid la institución llámase simplemente *teatro de arte* y ha escogido como escenario el de la *Ciudad Lineal*, simpática sala de espectáculos en las afueras de la villa, en un apacible y pintoresco sitio.

El plan de trabajos de los organizadores consiste en dar series de funciones, en que sucesivamente se representen obras maestras del teatro escénico, *de todos los géneros, sin prejuicios de escuela ni de tendencia,* pero elegidas entre las que, por circunstancias especiales de originalidad de orientación, incompatibilidad con el gusto corriente, dificultades escenográficas o de otra índole, no sean representables en los teatros actuales.

Los gastos originados por esas funciones han de satisfacerse por quienes se adhieren a la idea, fijándose de antemano para cada serie la cuota con que cada uno debe contribuir.

La primera de estas series—que ha empezado ya—consta de cuatro funciones, representadas los

días 26 y 30 de Mayo y 10 y 15 de Junio corriente. La función primera se compuso de *Teresa* (pieza en un acto), de Clarín, y *El escultor de su alma,* de Angel Ganivet (tres actos).

La segunda función compúsose de *Sor Filomena,* de los Goncourt (tres actos), y *Peregrino de Amor,* de Brada (un acto).

En la tercera función, que se representará el día 10 de Junio, pondráse en escena *Cuando caen las hojas,* de José Francés (un acto), *Trata de Blancas,* de Bernardo Shaw (cuatro actos). Y por último, la cuarta función se compondrá de *El sueño de un Crepúsculo de Otoño,* de D'Annunzio (un acto) y *La Rousalka,* de Eduardo Schuré (cuatro actos).

Estos programas que he enumerado, dan clara idea de las preferencias del teatro de arte, cuyo espíritu es del todo análogo al teatro de l'Œuvre de París.

He aquí, por lo demás, cómo explican sus propósitos los adheridos hasta hoy, entre los que figuran, por cierto, Benito Pérez Galdós, Jacinto Benavente, Ramón del Valle Inclán y otros nombres tan ilustres como éstos:

«Sinceros amantes del arte escénico, síntesis y compendio de todas las bellas artes; dolidos y apenados del industrialismo que parece ser razón única de su vida, pretendemos crear, no frente al teatro industrial, sino a su lado, y completándole para dar la fórmula del teatro íntegro, un *teatro de arte,* un teatro que pueda ser, según la frase feliz de Lucien Muldfeld, «un laboratorio de ensayos donde libremente sean puestas en práctica nuevas fórmulas de arte».

»Eclécticos, convencidos de que la belleza no es patrimonio de una secta ni de una escuela, pretendemos abrir ese teatro a todas las tendencias, sin pedir a los que las sirven más que sinceridad en su amor a lo bello y a lo verdadero.

»Libres de prejuicios que no sean el culto a la belleza, todas las ideas nos parecen admisibles, a condición sólo de que el arte las decore y muestre; todas las respetaremos, aun no siendo las nuestras, aun oponiéndose rudamente a ellas, con tal de que su escudo sea el anhelo artístico, puro y elevado, incapaz de buscar cereales en campo de laureles.

«Nuestra empresa es noble y laudable, y, para realizarla, llamamos a los hombres de buena voluntad, de espíritu amplio y rectitud de intención suficiente para que nada pueda parecerles pecaminoso y atrevido, mientras no traspase los límites del decoro y de la licencia y lleve como garantía la sanidad del propósito. Llamamos a los hombres de buena voluntad y de cultura de espíritu suficiente para constituir el público de vanguardia que desbroce el camino y abra horizontes nuevos al arte escénico del porvenir.

»Queremos con nosotros a cuantos sientan la necesidad de elevar el nivel intelectual, moral y estético del teatro; a cuantos quieran trabajar en esa elevación que ha de darnos el definitivo derrumbamiento de las fórmulas viejas que oprimen y anquilosan el arte escénico: el arte escénico, que por ser la vida misma en acción, mayor libertad y movimiento necesita.

»Nuestro programa es amplio, porque amplio es el terreno por conquistar, pero su amplitud no nos arredra porque no tenemos por enemigos la impaciencia ni la premura; convencidos y seguros por ello de nuestro triunfo, no nos urge vencer; nuestra labor es obra de precursores y sus efectos no son a fecha fija.

»Si somos pocos, procuremos ser los mejores y practiquemos el apostolado del ejemplo; que cada día tenga su trabajo, y la labor, por ardua que sea, será realizada. Nuestro trabajo de hoy, trabajo de iniciación, aparte se declara; nuestro propósito es lo que importa, y para él pedimos adhesiones y apoyo.

»Démosle los que como nosotros sientan y piensen y el arte escénico será algún día en España algo más que entretenimiento de desocupados y buscavidas de menesterosos.»

Restando de estos párrafos tales o cuales frases hechas y períodos sonoros, ripio indispensable de todo manifiesto, programa o exposición de miras, queda en el fondo la expresión de un propósito moderno, loable por todos conceptos, noble y sereno, para el que deseo la mejor suerte.

No hay que ocultar, empero, que esta empresa del teatro libre, que fracasó en un país como Francia, donde las ideas nuevas se abren paso fácilmente, tiene muchos escollos. Uno de ellos está en la elección de piezas.

Suele suceder, y de hecho ha sucedido en algunos centros extranjeros, que los adheridos o iniciadores llevan fines muy particulares, de un egoísmo disculpable, si se quiere, pero que mina las bases mismas de una institución de este género.

Consisten estos fines en representar las obras propias, aquellos ensayos más o menos audaces o más o menos imperfectos que no merecieron la acogida de otros empresarios, o lo que es peor todavía, piezas sin mérito alguno que desprestigian desde luego la calidad del repertorio.

Los interesados en estas representaciones acaban por formar un cenáculo, y sabemos de sobra que nada como los cenáculos es perjudicial al arte.

Los miembros de este cenáculo tienen cada uno su drama (¡qué menos puede pedirse a autores inéditos!), y como las veladas son reducidas y los dramas de los socios incontables, el teatro libre se reduce a un teatro de familia, en que las obras maestras de los autores nacionales y extranjeros ceden el paso a

los ensayos dramáticos de los socios. Pasa en esto algo análogo a lo que sucede con los editores de libros modernos, cuando son, a la vez que editores, autores. Sus primeros propósitos se refieren a la divulgación de las grandes obras, de aquellas que por sus tendencias avanzadas no han encontrado acogida en las casas editoriales *por mayor*. Pero como el libro inédito del editor hace cosquillas, se empieza por editarlo *mientras* se traduce el otro, y al cabo resulta aquello una sociedad de ediciones de familia también, en que la obra maestra no asoma por ninguna parte.

Si en España se salva este escollo que en otras naciones de Europa no se ha salvado; si los adheridos al *teatro de arte* tienen el suficiente desinterés para ayudar a la representación de las grandes obras dramáticas españolas o extranjeras, sin pensar en las que ellos guardan en el fondo del cajón; si se constituye un tribunal de seriedad y prestigio, que dictamine acerca de las obras que merezcan representarse, el bello intento de crear un teatro libre florecerá vigorosamente, porque aquí abundan aptitudes para la obra escénica, además del tesoro de piezas dramáticas españolas que no han sido suficientemente representadas por lo osado de sus tendencias.

Por lo pronto, casi en su totalidad, es de alabar la lista de las que se han elegido:

La *Teresa,* de Clarín; *El escultor de su alma,* de Ganivet, y la *Rousalka,* de Schuré, son obras capitales, que deben conocerse, y ciertamente que la *Sor Filomena* de los Goncourt y *El Sueño de un Crepúsculo de Otoño,* de D'Annunzio, no necesitan recomendaciones ni elogios.

Esperemos, pues, que la noble idea fructifique y traiga nuevos estímulos y nuevo vigor para la moderna producción dramática en España, tan abundante ya y tan preciosa.

XXXV

EL ARTE LITERARIO Y LAS PREOCUPACIONES MERCANTILES

Monsieur Emile Fabregue ha iniciado en la *Nouvelle Revue* una información sobrado interesante:

«¿Creéis—pregunta—que el arte y la literatura atraviesan en este momento una crisis, en razón del desenfrenado triunfo del dinero? ¿No es cierto que las preocupaciones mercantiles obscurecen y rebajan el ideal de los trabajadores intelectuales?»

Entre las respuestas dadas, es digna de notarse, por lo concisa, clara y ejemplificada, la del popular humorista del *Matin*, H. Harduin:

«Dos poetas muy grandes—dice—han brillado en el siglo XIX: uno de ellos, Víctor Hugo, fué administrador vigilante, cuidadoso, de su patrimonio intelectual, y extrajo de su producción literaria todo lo que ella podía dar.

»El otro, Lamartine, no tuvo preocupación mercantil alguna. Pródigo, sin cuidarse ni mucho ni poco de sus intereses materiales, Lamartine fué también un poeta de genio. De suerte que ni las preocu-

paciones mercantiles, ni la ausencia de ellas, parecen tener una influencia sobre el ideal de los trabajadores intelectuales.

»Remontándonos un poco, encontramos a Beaumarchais, hombre de negocios, sobre todo mañoso y sin escrúpulos. No obstante eso, dejó dos obras maestras. Voltaire estimaba que el dinero era cosa muy necesaria y se ocupó siempre de ganarlo. No por eso dejó de ser Voltaire.

»Si Corneille hubiese tenido los medios modernos de sacar partido comercialmente de sus obras, nada indica que hubiese dejado de componer el *Cid*. ¡En cambio, ya viejo, se hubiera abstenido probablemente de escribir *Pulchérie*, *Surena* y también *Agésilas!*

»Conclusión: Se puede con preocupaciones mercantiles ser un grande hombre. Se puede sin preocupaciones mercantiles ser un imbécil.»

Estas ideas se esfuerzan justamente por romper un clisé absurdo: el de que todo trabajo intelectual debe estar reñido con el negocio; clisé que condena al hombre de genio a la incapacidad de ganar dinero, sin tener en cuenta los nombres que cita Harduin y otros que no cita: el de Shakespeare, por ejemplo.

Las juzgo, pues, muy loables, y de tal manera se parecen a las mías, que encuentro entre mis más recientes notas a propósito de la muerte de un americano poeta y banquero, míster Edmundo Stedmann, presidente del Instituto Nacional de Artes y Letras, los párrafos siguientes, que copio, entre otros, por lo que tienen de oportuno y de actual:

«El poeta, como respondió muy bien uno, español, a cierto infatuado extranjero que se lo preguntaba desdeñosamente, *sirve para hacer todo lo que hacen los que no lo son, y además, versos.*

»Con este criterio, que es el verdadero, ¿por qué

sorprenderse de que Shakespeare haya ganado dinero y de que Víctor Hugo haya muerto rico?

»De Shakespeare se afirma que desde niño comprendió el valor del oro, porque su padre, que fué rico en un principio, se arruinó después. Durante su agitada existencia, que no careció de borrascas, compraba y vendía sucesivamente tierras, valiéndose para ello de las sumas que ganaba con sus producciones. Se calcula que el precio de venta de cada obra suya era de 150 a 275 francos, siendo ciento el de cada una de las obras reformadas que vendía. Se calcula, asimismo, que las 19 comedias y tragedias que escribió desde 1591 a 1599, le produjeron como 500 francos anuales cada una. Como los empresarios se oponían a la impresión de las obras de teatro que habían pagado, por el recelo de los plagios, en una época en que la propiedad literaria no estaba debidamente garantizada, pocas piezas de Shakespeare se imprimieron durante su vida; pero, en cambio, sus derechos de autor—si así podían llamarse entonces—le valieron hasta 5.000 francos al año, en tiempos en que el dinero valía cuatro o cinco veces más que hoy.

»En cuanto a Víctor Hugo, harto reciente es su historia para que digamos cómo labró su riqueza.»

Entendámonos, pues; los poetas, encontrando que el aplauso, el renombre, eran más tentadores que la fortuna, han solido ser negligentes o desdeñosos para el negocio, resolviendo en otra forma el problema de la dicha personal; pero esto, que se debe a deliberada voluntad (no de otra suerte que la elección de la Santa Pobreza hecha por los místicos), nunca significó impotencia, como cree el vulgo, para los números. También los *números* son una harmonía.

¿No se llamaron, por ventura, *números* los versos

antiguos? Así, pues, cuando la felicidad se compraba con un noble gesto, con un harmonioso verso; cuando las mujeres amaban las justas gayas, los floridos torneos, el poeta pagaba con belleza, con ideal, con ensueño.

Hoy que ciertas satisfacciones sólo pueden obtenerse con oro, el poeta baja de su trono de dios indiferente y lo conquista.

Y entiéndase que cuantas veces he dicho *poeta* no he pretendido designar tan sólo al que hace versos, sino a todo aquel que en prosa o en verso ha acertado a expresar el ideal de la raza, la hondura de la emoción ambiente o su propia hondura y su propio ideal.

La incompatibilidad de la matemática con el talento poético y literario, es falsa: la han propalado aquellos enemigos de los poetas a quienes no les fué posible emularlos.

Por tanto, a la pregunta *de si el arte y la literatura atraviesan en este momento una crisis, consecuencia del triunfo desenfrenado del dinero*, hay que contestar tal vez que sí; pero a la pregunta *de si las preocupaciones mercantiles rebajan y obscurecen el ideal de los trabajadores intelectuales,* hay que contestar desde luego que no.

XXXVI

LA REFORMA DE LA ORTOGRAFIA EN FRANCIA

Una comisión especial trabaja actualmente en Francia en la reforma de la ortografía. Propónese, desde luego, a lo que se sabe, reemplazar por simples f, t y r algunas ph, th, rh estorbosas.

Se afirmaba que el ministro de Instrucción Pública trataba de simplificar por medio de un decreto la ortografía francesa; naturalmente, esto no pasa de un reportazgo inconsiderado. Los idiomas no se reforman con decretos. Monsieur Doumergue, interrogado a tal propósito, ha respondido:

«Monsieur Gréard presentó en otro tiempo, con respecto a la ortografía, conclusiones muy moderadas. Después, el Consejo Superior redactó un informe considerable que llegaba a conclusiones osadas. Yo, por mi parte, me inclino a estudiar de nuevo el proyecto de monsieur Gréard. Es una tentativa audaz esa de legislar sobre la Lengua Nacional. El solo papel legítimo de las academias o de las comisiones oficiales consiste en ratificar con prudencia las modificaciones que impone el uso. Y la sanción de estas decisiones se aplica en los exámenes. Cierto es que

las pruebas de ortografía en la enseñanza primaria han sido frecuentemente *chinoiseries*. Se acumulaban dificultades y trampas de las cuales hasta los mismos examinadores hubieran sido incapaces de salir airosos. En muchos puntos cierta tolerancia es razonable. La reforma que tenemos a la vista consistirá, pues, en consagrar primero cierto número de modificaciones generalmente admitidas, y después en volver facultativas otras modificaciones.»

Monsieur Urbain Gohier, cuya competencia en el asunto nadie podrá negar, no es partidario de la reforma:

«Una lengua viva—dice—como cualquier criatura viviente, no admite la lógica absoluta en su constitución. Tan extravagante sería promulgar de golpe una ortografía nueva, como el modelar otra vez las orejas y la nariz de todos los ciudadanos que no tengan estos apéndices conforme a los modelos griegos. Una lengua tiene su fisonomía que hay que respetar.»

«La nuestra—añade—cuenta con sobrados enemigos. Mientras que las grandes naciones extranjeras tratan de reaccionar contra la intrusión de elementos equívocos, nosotros abandonamos la lengua francesa a la invasión de todos los germanismos, hebraísmos, anglicismos, sin contar el *argot* de los sports, el *argot* de los malhechores, el *argot* de la Bolsa y del teatro; sin contar los barbarismos de los periodistas improvisados, de los oradores parlamentarios, de los novelistas iliteratos y de los metecos, aun letrados, que no tienen el instinto del terruño.

»El Consejo de las universidades americanas recientemente inscribía, como libro clásico para el estudio de la lengua alemana, un conjunto de extractos de publicistas contemporáneos. Rehusó hacer otro tanto para el estudio de la lengua francesa, alegando que esta lengua, escrita por nuestros contemporáneos, es una mixtura heteróclita. Tal juicio pa-

rece duro; pero no puede decirse que sea injusto. Nosotros leemos a diario pruebas impresas y vemos que se nos fabrican sin cesar palabras absurdas, no obstante que existe la palabra justa y correcta, y aun suele cambiársenos el género de las palabras usuales. Cuando se haya, pues, cambiado hasta el aspecto de la palabra escrita, ¿qué quedará de ella?

»Pensad en la destrucción de nuestros bosques y de nuestros viejos castillos por las «bandas negras»; en la demolición de las viejas murallas, de los viejos puentes, de las viejas habitaciones en las ciudades; en el asolamiento y devastamiento de los paisajes típicos llevado a cabo por los ingenieros; en el pillaje de nuestros tesoros de arte religioso por los ladrones fantasmas: no parece, pues, sino que se trata de la sistemática devastación de todo lo que fué Francia.

»El elector «avanzado» confunde fácilmente el progreso con el odio al pasado y el aniquilamiento de sus vestigios. Hay que hacerle comprender que debemos cuidar nuestro patrimonio común precisamente porque es de todos.

»Los demagogos han arrojado sobre la ortografía la sospecha de aristocracia. La ortografía es perfectamente democrática. Nunca la sabe uno con más seguridad que a los doce años, en el momento del certificado de estudios, a la salida de la escuela primaria, sin el auxilio del griego ni del latín. Y la escuela primaria está abierta a todos gratuitamente. Y la lectura perpetua, que fortifica la costumbre de la ortografía, está recomendada a todos también.»

Como se ve, el criterio de monsieur Urbain Gohier es reaccionario de un modo manifiesto. El idioma para él es un organismo viviente, a condición de que no se mueva, de que no se adapte, de que no se varíe: es decir, no es un organismo viviente.

Se trata de un patrimonio común, como si dijéramos, del patrimonio de los antecesores. Podemos usufructuarlo, pero no aumentarlo. Es un *nolli me tangere* para nosotros, no obstante que jamás lo fué para los antepasados. ¿Pues qué, el francés de Thibaut de Champagne o de Joinville era igual al de François Villon o al del *Loyal Serviteur?*

¿Pues qué, Margarita de Angulema escribía en francés idéntico al de Racan? ¿Y éste usó por ventura los mismos términos que Voltaire? En todos los tiempos el francés ha evolucionado, admirablemente por cierto; ha impuesto infinidad de palabras a otras lenguas; pero también se ha acaudalado con todos aquellos vocablos que le hacían falta, y si ahora es expresivo, claro, dúctil y rico, débese precisamente a esa *manga ancha* que indigna tanto a monsieur Urbain Gohier.

«Una lengua viviente, como cualquier ser viviente—dice Gohier—, no admite la lógica absoluta en su constitución.»

Claro que no la admite así de golpe y porrazo, pero sí merced a sucesivas reformas. ¿Por qué no hemos de aspirar a la lógica y a la perfección de nuestra lengua? Ni siquiera valen razones de estética, porque no puede ser antiestético un idioma que es *lógico y perfecto*. ¿Es que la ph, la th y la rh son más bellas que las simples p, t, r? ¿El que tengan en su abono un ligero matiz de arcaísmo las hermosea de tal modo que en nombre de la belleza no debemos tocarlas?

Por lo demás, aquí no se trata de un examen de ideas, de una especulación más o menos agradable e instructiva, sino de hechos.

Monsieur Doumergue, a quien citaba yo arriba, ha dicho también con suave ironía:

«La gente no espera nuestros decretos para tomarse con la ortografía todo género de libertades.»

La gente, en efecto, no ha esperado nunca los de-

cretos académicos para hablar y escribir. Con su sentido profundamente práctico, que es el verdadero creador de idiomas, la multitud va suprimiendo en éstos lo innecesario, y acaba por imponer al mundo su modo de expresarse.

Si las corporaciones doctas se muestran, pues, esquivas a estos hechos consumados, hacen muy mal, porque establecen cismas peligrosísimos. Estos cismas acaban por partir un idioma en dos (como pasó con el griego y el latín): el idioma culto y el popular, y monsieur Gohier debe saber de sobra lo que acontece en estos casos: el idioma popular es el que vive. El culto se torna en lengua de eruditos y se muere sin remedio.

¡Cuánto mejor es, por tanto, que el Ministerio de Instrucción Pública tome cartas en el asunto y se modifique *de derecho* lo que *de hecho* está ya modificado!

De hecho, sí, porque la ortografía francesa, como la inglesa y la alemana, se está modificando profundamente, no sólo en las producciones de los literatos... sino hasta en las de los académicos. Monsieur Gohier no ignora quizá que los literatos no son los únicos que cometen faltas de ortografía o que escriben con una ortografía *sui generis*. Hay infinidad de escritores y de sabios que no se ajustan en esto a la ortodoxia académica.

Y no por cierto de los más modernos.

Justamente *Le Matin*, diario en que colabora monsieur Gohier, refería en días pasados la sabrosa anécdota siguiente: M. Gaston Boissier, *secretario perpetuo de la Academia francesa*, que acaba de morir, no vivió siempre en armonía perfecta con la ortografía.

Cierta mañana, Gaston Boissier llegó lleno de júbilo a casa de Renan, su colega en la Academia francesa y en el Colegio de Francia.

—Tengo que anunciaros—dijo el célebre filósofo—una noticia que va a humillaros.

—¿Qué noticia?

—Mis autógrafos se venden más caros que los vuestros.

—No me sorprende—contesta Renan con aspecto malicioso, que decía mucho más que sus palabras—. ¿Pero cómo lo sabéis?

—Ayer, en la sala de ventas de la rue Drouot, se subastaron dos cartas: una vuestra y otra mía. La vuestra fué adjudicada en tres francos y la mía en cinco.

—No me contáis nada nuevo—declaró Renan—: ya estaba yo enterado. Pero no hay por qué enorgullecerse. ¿Sabéis la razón?

—No.

—Es que hay en vuestra carta tres faltas de ortografía. Ahí la tengo sobre mi escritorio. Es uno de mis amigos quien, viendo que se vendía y percibiendo las perlas falsas que ornaban vuestra prosa, pujó para quedarse con la carta, y me la trajo luego diciéndome: «Devolved esta carta al señor Boissier. Si la dejásemos circular en público, con sus ornatos gramaticales, podríamos perjudicar a la Academia francesa.

No era, por lo demás, M. Gaston Boissier el solo académico que anduviese a trompicones con la ortografía.

En 1868, en Compiègne, a ruegos de la Emperatriz Eugenia, los académicos, en gran número, tuvieron a bien someterse a la prueba de un dictado, que se hizo famoso después y que fué arreglado por uno de ellos: Próspero Mérimée (quien imaginó, en realidad, la prueba, fué el ministro de Instrucción pública de entonces, Víctor Duruy), que para mostrar el abuso que se cometía al dictar en los exámenes de profesores trozos difíciles, quería hacer quedar mal la propia ciencia de los académicos.

No hubo *un solo inmortal* que saliese bien de la prueba; ninguno de ellos hubiera podido recibir el título de profesor de Instrucción Primaria... En

cuanto a la Emperatriz, que había declarado no comprender que pudiesen cometerse errores ortográficos y que también había tomado parte en el concurso, su dictado era verdadero estuche, realmente guarnecido. Tenía *noventa* faltas graves o ligeras; *treinta más* que el dictado del Emperador.

Si pues ni los emperadores ni siquiera los académicos de la Lengua escriben con ortografía, ¿cómo pretende el señor Gohier que ésta sea *perfectamente democrática?*

«Nunca sabe uno la ortografía con más seguridad que a los doce años», dice Gohier. Cierto, porque es la única edad en que suele uno medio saberla...

Yo tengo cartas de literatos ilustres, con cada falta de ortografía que tiembla el universo! Y eso que nuestra ortografía española es infinitamente más simple que la francesa. Los que en castellano cometen (o cometemos) faltas no tienen (o no tenemos) disculpa. Pero sin disculpa y todo...

Créalo, pues, el señor Gohier: el Gobierno francés hace perfectamente en modificar la ortografía, volviéndola más sencilla, más racional, más lógica. Lo propio están haciendo otros países y otros gobiernos.

En cuanto a suponer que un idioma puede reformarse así, de golpe, con un decreto, claro que nadie lo supone; se reformará con lentitud, si se tiene cuidado de volver ortográficamente legítimo lo que el uso patrocina ya. Hay, asimismo, otro factor poderoso para conseguirlo, y es el ejemplo de los grandes.

A este respecto, recordaré lo que aconteció en los Estados Unidos no hace aún dos años:

El presidente Roosevelt dió a la imprenta nacional la orden de imprimir en lo futuro, en ortografía reformada, todos los mensajes y todos los documentos que emanasen de la Casa Blanca.

Quiso también que su propia correspondencia fuese igualmente escrita en ortografía reformada.

Se creía—y no se han equivocado quienes pensaban así—que este ejemplo, venido de tan alto, sería seguido probablemente por los Ministerios de Wáshington, y se esperaba que llegase un día en que todos los documentos oficiales fuesen escritos en ortografía reformada, según el método fonético del profesor Brander Mathews, de la Universidad de Columbia, patrocinado por Andrew Carnegie, el archimillonario.

Según este método, desaparecen las letras mudas. Se escribe, por ejemplo: *gazel, sulfur, fantom, catalog,* en vez de *gazell, sulphur, phantom, catalogue.*

Claro que tal reforma se ha ido haciendo gradualmente. Pero míster Roosevelt ha adoptado las listas parciales de palabras reformadas, a medida que se han ido reformando.

La Comisión propuso especialmente, para ciertos participios pasados ingleses, la sustitución de la letra t a la final d. Basábase para esto en autoridades históricas, como Bacon y Shakespeare, en oposición a la ignorancia y la rutina de los escritores y literatos actuales.

Míster Roosevelt ha dicho varias veces que en su concepto este proceder fortificará la ortografía inglesa, volverá la lengua más popular y permitirá a los extranjeros aprenderla más rápidamente.

Espera que así, simplificada, la lengua «triunfará pronto del francés como lengua diplomática».

Admirador entusiasta de la lengua anglo-sajona, así como de las instituciones anglo-sajonas, no ve razón alguna para que el idioma «de la raza dominante» no sea reconocido como idioma dominante.

Los candidatos a los puestos del Gobierno deben saber servirse de la ortografía fonética, y los funcionarios reclaman esta instrucción en las escuelas.

Como consecuencia de la revolución ortográfica,

los norteamericanos esperan que Inglaterra y sus colonias tendrán que elegir entre la adopción del nuevo método o el surgimiento de una *lengua americana*. Ya lo ve, pues, Mr. Urbain Gohier: no conviene retardar con lirismos lo que acaso es capital para el predominio de la admirable lengua francesa: que una hoz hábil siegue todas esas letras inútiles que no tienen más razón de ser que la de una fisonomía etimológica lejana; que el aprendizaje del francés sea más fácil, si es posible, que el inglés. De ahí depende en gran parte la hegemonía del pensamiento latino, tan seriamente amenazada y combatida.

XXXVII

LA LIBERTAD DEL ARTE LITERARIO

Creo haber dicho a usted oportunamente que, bajo los auspicios del conocido senador monsieur Beranger, se celebró en París, en Mayo último, un Congreso internacional contra la pornografía, esa pornografía que invade e infecta sin misericordia la novela contemporánea. En este Congreso, como era de preverse, mucha gente, animada de las mejores intenciones, pero de un celo excesivo, condenó algunas obras que, a pesar de su crudeza, son trabajos de arte, merecedores de toda consideración y respeto. Entonces George Lecomte, presidente de la Sociedad de Hombres de Letras, sin quitar, ni mucho menos, la razón a quienes combatían la publicación de libros obscenos, supo, sin embargo, sostener los derechos de la literatura alta y libre, defendiendo los libros de Zola, atacados por gente ignorante. Han pasado ya más de dos meses de estos interesantes debates, y acaba de fundarse una liga en favor de la libertad del arte literario, «liga de protesta cortés y mesurada contra el celo intempestivo de algunos congresistas extranjeros, llenos sin duda de buenas intenciones, pero excesivamente peligrosos y faltos de tacto».

Esta liga publicó en el *Mercurio de Francia* un manifiesto, señalando ciertas tonterías—no pueden

llamarse de otro modo—de que algunos representantes extranjeros del Congreso se jactaron cándidamente.

Uno de ellos, por ejemplo, se enorgullecía ante sus colegas de haber hecho que se prohibiese la venta de los libros de Zola, de Pierre Louys y de Maupassant. Otro hizo que se suspendiera una pieza de Donnay. Otro aún denunció una novela de René Boylesve...

Como se ve, pues, gentes honorables, hasta inteligentes, son capaces de condenar un libro de Zola o de Maupassant. ¿Debemos lanzarles por eso nuestros anatemas? No del todo, si tenemos en cuenta lo difícil que es decir dónde acaba el arte y dónde comienza la pornografía.

Meditando con mucha lucidez acerca del asunto, el ilustre Paul Margueritte dice, entre otras cosas, lo siguiente, que me apresuro a traducir por lo que ilustra esta interesantísima cuestión:

«Cuando se ha visto ya—dice Margueritte—condenar o perseguir a hombres como Jean Richepin, Paul Adam, Catulle Mendés, Raoul Ponchón, Lucien Descaves, Willette, Forain, Steinlein y Jean Veber, tiene uno el derecho de calificar de retrógrados el gusto y los sentimientos del Congreso contra la pornografía, y es imposible dejar de notar la mala inteligencia latente y acaso franca, que o se ha producido ya o se producirá en fecha próxima entre las declaraciones de los principales congresistas y la del ilustre y animoso presidente de la Sociedad de Hombres de Letras.

»Georges Lecomte—el presidente de la referida Sociedad—no censura, y con razón, más que la pornografía deshonrosa. Letrado, antes que todo, republicano amante del progreso, novelista también, quiere hacer respetar los derechos del escritor sincero. Ahora bien, la mayor parte de los congresistas antipornográficos ignoran esos derechos, los desconocen o los niegan.

«Hay en esto una mala inteligencia que un escritor experto, crítico concienzudo, Georges Fonsegrive, no ha podido menos de reconocer lealmente, en un reciente artículo de *La Revue Hebdomadaire,* artículo que puede dar mucho que pensar y hasta justificar en absoluto la libertad del arte.

»Georges Fonsegrive, católico ilustrado y sin gazmoñería, investiga en ese artículo cuáles son las «fronteras de la pornografía», y como de una parte está el sentido de lo bueno y de lo verdadero en el arte, si de la otra Fonsegrive reprueba, con razón, las manifestaciones groseras y lúbricas, forzoso le es convenir en que estas fronteras son flotantes, limitadas por las costumbres, los hábitos, las conveniencias del tiempo en que vivimos; es decir, que son muy relativas.

»Ciertamente yo me adheriría a las conclusiones de Mr. Fonsegrive, si éste, como moralista cristiano, no juzgase el arte por sus consecuencias sociales, y fundándose, a lo que parece, en que el pueblo no comprende la desnudez de las estatuas griegas, entre otras del discóbolo, no declarase lo siguiente:

»¿Habrá, pues, que perseguir y proscribir el discóbolo? El mismo senador Mr. Beranger se opondría sin duda a esto. Sin embargo, fuerza sería concluir que si la observación demostraba que la inmensa mayoría de los espectadores se impresionaba del mismo modo que los obreros mencionados, *la proscripción del discóbolo se impondría.*

»Este veredicto, suscrito por la concienzuda pluma de Mr. Fonsegrive, trae aparejadas tales consecuencias y reflexiones tales, que en verdad no puede uno menos que participar por el manifiesto de la Liga en favor de la libertad del arte.

»Subordinar la moralidad de una obra de arte o de un libro a la incomprensión obscura de las masas, sería la peor regresión a la barbarie. Y, persuadámonos bien de que, ante este criterio, nada sub-

sistirá dentro de muy poco tiempo; ni un cuadro, ni una estatua, ni un libro, por honrados y humanos que fuesen.

«En efecto, no hay obra que no exalte el sentimiento del amor terrestre o místico, y que, por consecuencia, no pueda atizar en los ignorantes el sentido genésico o las fuerzas romanescas del deseo. Los más bellos y delicados libros serían proscritos como inmorales: *Dominique*, de Fromentin, ¿no produjo, por ventura, millares de víctimas sentimentales?

»¿*Werther,* no desencadenó acaso el gusto mórbido del ensueño y la sed inextinguible del amor en innumerables almas jóvenes?

»Ayer, apenas apareció un libro muy bello de Eduardo Rod, con el cual no estoy de acuerdo en todo, pero cuya franqueza admiro. En esa novela, *Aloyse Valerien,* dos seres son arrastrados hacia el abismo del amor, rompiendo con las leyes y las convenciones mundanas, sin que nada, ni la influencia de los padres amados, ni los ejemplos trágicos de la experiencia, puedan retenerlos. ¿Prohibiríais vosotros ese libro de pasión dolorosa y clarividente, porque no han de faltar amantes que peguen a sus páginas los rostros ardorosos y en ellas hallen un estímulo para ceder a su destino?»

M. Remy de Gourmont, en términos excelentes, trató este asunto en días pasados en el *Mercurio de Francia,* mostrando que lo que se llama pornografía no es en suma otra cosa que la libre expresión del sentimiento sexual.

Este sentimiento, quiérase o no, y aunque se le oculte bajo una capa de hipocresía, está en la base de todo. Agita la adolescencia del hombre y de la mujer, da a su vida consciente toda su intensidad, y

no muere sin causar profundas revoluciones orgánicas. Ligado al cerebro y a todas las fuerzas vivas de nuestros sentimientos y de nuestras ideas, es al mismo tiempo verbo y carne. Sin él no hay pensamiento, ni poesía, ni novela, ni filosofía, ni artes humanas.

El cristianismo ha querido sofocarlo y no lo ha logrado. Felizmente, dice M. Remy de Gourmont, porque suprimirlo sería suprimir la vida.

Como se ve, pues, los señores del Congreso Internacional contra la pornografía se tienen que encontrar hoy, mañana y después, con uno de los más complicados problemas.

¿Cómo marcar las lindes que separan la pornografía del arte? ¿Es posible juzgar con el mismo criterio al autor de *El triunfo de la muerte* y a los que escriben ciertos librillos verdes que andan hipócritamente en el mercado?

¿Y, por otra parte, no es relativa por ventura la inmoralidad de un libro? ¿No depende más que todo de la edad, del carácter, de la imaginación y de la cultura del lector?

¿La Biblia misma, no turbaría profundamente con ciertos relatos el espíritu de un adolescente?

¿No tratan acaso los jesuítas, en la actualidad, de influir en el Papa, a fin de que se prohiba la lectura de los Evangelios, que, según dice, proporcionan apoyo a las teorías protestantes?

El público, y sólo el público, puede, por tanto, ser juez en asunto tan escabroso, y desechar con energía todos aquellos libros que simplemente tiendan a exaltar en nosotros a la bestia; proscribiendo en los casos especiales aquellos que, teniendo una forma artística y todo, sean peligrosos para las almas que empiezan a vivir.

En cuanto al escándalo producido por la obra de arte entre los ignorantes, no es ni puede ser argumento para la proscripción de aquélla. Edúquese

más bien a las masas, a fin de que hallen, como nosotros, casta la desnudez de la estatua.

Hay falsos pudores que conviene suprimir desde la infancia, pensando que el hábito tranquilo de contemplar desnudeces valdrá siempre más que el seudo casto propósito de no mirarlas.

El pudor irrazonado y la malicia son hermanos. Hay muchas cosas que hacen enrojecer a las vírgenes, no porque sean malas en sí mismas, sino porque una convención social las proscribe.

Muchas jóvenes se ruborizan, por ejemplo, de mostrar sus pies desnudos, y sin embargo, ¿hay algo más casto, más bello, más clásicamente noble que los pies desnudos de las vírgenes?

La gazmoñería, la *bigoterie*, ha falseado todos los altos conceptos de la vida.

En realidad, por lo que respecta al papel impreso, no hay libro de arte sincero que no pueda leer una mujer serena y fuerte. Pero justamente la gazmoñería acaba con todas las serenidades y con todas las fortalezas.

Juremos guerra a muerte a la gazmoñería y despreciemos profundamente la ignorancia esclava que no sabe elevarse a la alta y libérrima concepción del arte.

En cuanto al libro que pretende exteriorizar la belleza en un estilo noble, respetémosle.

Hagamos, en cambio, a un lado la obra sin fisonomía y sin individualidad, recordando que hay una clase de libros que siempre son inmorales: los mal escritos.

XXXVIII

COMPOSICIÓN LITERARIA

El desarrollo de un tema literario es considerado hoy en día, por todos los pedagogos, como la prueba esencial de un examen y como el procedimiento mejor para el aprendizaje. No es raro, pues, que la enseñanza literaria conste casi exclusivamente de lectura y de composición; de composición sobre todo consistente en temas determinados, que el alumno borda a su antojo y en los que por lo general apunta temprano el estilo.

Si se tiene cuidado de que estos ejercicios sean frecuentes, uno por semana, o cuando menos dos por mes, se advierte en breve un positivo adelanto en la expresión de la idea. La personalidad de cada alumno se va definiendo de un modo gracioso y pintoresco.

De fijo lo más difícil que hay en achaque de literatura es decir las cosas clara, elegante y simplemente. Todos en los comienzos tendemos a complicarnos, e impulsados por una vanidad infantil, ponemos la tienda entera sobre el mostrador según la expresión de un poeta amigo mío.

No nos contentamos con saber las tres o cuatro misérrimas cosas que hemos podido coger aquí y ahí,

sino que ponemos nuestro empeño en que los demás sepan que las sabemos. No es, pues, raro que en las composiciones de los alumnos haya citas, apuntes filosóficos, neologismos... y hasta construcciones nuevas. Al cabo de medio año todo esto ha desaparecido y el estilo se vuelve sencillo, consistente y bruñido, hasta donde es posible.

Pero hay todavía un inconveniente mayor que el apuntado, y es la sequedad, a saber, el extremo contrario.

De esto adolecen los alumnos por lo general: las alumnas casi nunca.

A cierta edad, la imaginación de la mujer es mucho más fértil que la del hombre. (¿Y después?)

Los alumnos suelen presentar composiciones de una concisión telegráfica. En ocasiones hasta más breves que el tema mismo, enunciado en unas cuantas líneas. Las alumnas, por el contrario, fácilmente novelan, a veces con ingenuidad encantadora.

Un conocido profesor francés, a este propósito refería en días pasados, al resumir sus impresiones de fin del año escolar, una deliciosa anécdota, que no resisto a la tentación de contaros.

Se trata de una de las llamadas «composiciones de estilo» en cierta clase de cierta escuela parisiense.

El tema que debía desarrollarse era éste: «Las alegrías del marino a su vuelta al hogar».

Las alumnas bordaron más o menos ese tema, pero sin gran sinceridad porque muchas de ellas jamás habían visto el mar. Sin embargo, casi todas procuraron pintar, con briznas de recuerdos de sus lecturas, el contraste entre los peligros del viaje y la calma del ansiado puerto. Tal era la idea dominante. Ciertamente el «marino» del tema hubiera estimado modestas las «alegrías» que las alumnas le decretaban según sus gustos personales, y que eran un poco insípidas... Pero hay que convenir en que tampoco se les pedía un cuadro realista.

En muchos de los temas, el marino era un buen hijo que, durante todas las pruebas de la navegación, no había pensado más que en su vieja madre, que lo esperaba ansiosamente. Volvía, en efecto, con economías considerables, y renunciaba en adelante al mar, para consagrarse por entero a la autora de sus días.

Muy prácticas las pequeñas escritoras, no se imaginaban que el mar, con todos sus peligros, pudiese ser una pasión, y llenas de ilusiones transformaban a todo marino después de una larga travesía en Nabab.

Había sin embargo algunas que, mujercitas al fin, hablaban de las satisfacciones íntimas del viajero que volvía a su hogar, y describían los regalos que de lejanas tierras había traído a sus amigas y parientes. ¿No era esto lo principal? ¿Quién pensaba en las fatigas pasadas?

Pero la pequeña Margarita X abarcó más ampliamente el asunto, e imaginó con una encantadora ignorancia de la vida toda una historia complicada. Esta historia es *impagable.*

Margarita tiene buen corazón y no dejó de pensar en el aislamiento de aquellos seres a quienes al embarcarse dejan los marinos, a veces por años enteros. Su narración ponía en escena, del más peregrino modo, al teniente Dorval y a su joven esposa.

¡Oh, con cuánta pena veía la señora Dorval embarcarse a su marido cada vez que éste partía! Iba a acompañarlo hasta el muelle, y largamente, cuando el buque dejaba el puerto, agitaba el pañuelo. Pero cuando el marino no era ya más que un punto en el espacio, sentíase la infeliz muy sola. Si a lo menos tuviese un niño que la consolara y a quien hablar del ausente! Pero no, ni un bebé!

Un día, el señor Dorval tuvo que partir para un

viaje que debía durar *siete años*. Ya imaginaréis si los esposos estaban afligidos, y si de nuevo se lamentaban de la obstinación del Cielo en permanecer sordo a sus deseos.

Pero el señor Dorval era un hombre animoso; se hizo a la mar, y todo aconteció a maravilla para él.

Vino por fin el momento del regreso. Desde el puente de su buque el marino buscaba a su mujercita, a quien felizmente distinguió en el muelle. Pasemos por alto las primeras efusiones y lleguemos al pasaje delicioso por excelencia.

«Ven pronto a casa—dijo la señora Dorval—; tengo una sorpresa para ti.» El, sin adivinar de qué se trataba, siguió a su mujer, que iba tan de prisa como podía. Llegaron a la casa, y allí, en una cuna, su mujer le mostró de pronto lo que siempre había tan vivamente deseado: dos lindas criaturas, la una de un año, la otra de dos, y a cual más rubia, que le sonreían, y le tendían sus bracitos. Al ver esto el señor Dorval creyó volverse loco de gusto. Por fin sus votos estaban colmados.

Cayó de rodillas y dió gracias al Señor por haberle hecho padre, en tanto que lágrimas de alegría inundaban su rostro.

La pequeña Margarita se sentía muy orgullosa de su composición, y no comprendía en absoluto por qué los elogios que le hacían iban mezclados con risas. ¡Oh santa simplicidad y cándida inocencia! Poneos en lugar de los profesores. ¿Qué habríais hecho? ¿No era lo mejor dar resueltamente el primer premio a la niña?

Pues eso se hizo.

Y he aquí—concluye el narrador—algo que honra la moralidad de nuestras escuelas.

XXXIX

LOS ILITERATOS EN EL EJÉRCITO Y EN LA JUVENTUD FRANCESA

En estos momentos agita la opinión francesa un asunto por todo extremo interesante: la disminución del analfabetismo en los conscritos o reclutas que llegan iletrados al regimiento. Hace cuarenta años, un 25 ó 30 por 100 de jóvenes franceses no sabía ni leer ni escribir. Desde que se estableció la República esta proporción se ha reducido de tal suerte que ahora apenas si un 5 ó un 6 por 100 se hallan en ese triste caso.

Pero Francia tiene de vecinas dos naciones que aguijonean saludablemente su amor propio: Alemania y Suiza, y sabe perfectamente, porque consulta sin cesar las estadísticas, que apenas si uno o dos soldados suizos de cada cien son analfabetos; mientras que en el censo militar francés de 1907 había más de once mil jóvenes que no sabían ni leer ni escribir, y cinco mil de los cuales se declaraba «que no se había podido comprobar su instrucción». Así, pues, veinte mil soldados franceses, según la estadística, son incapaces de escribir su nombre, y están privados de los menores rudimentos de instrucción primaria.

Si entre nosotros aconteciese esto, con qué sonrisa

de complacencia lo sabríamos. ¡Imaginad, por un momento, que en México sólo el 5 ó 6 por 100 de los jovencitos mayores de doce años no supiese leer ni escribir! ¿Concebís felicidad más grande? Pero Francia no puede consolarse con esto. Francia quiere que en la enorme masa de su ejército, compuesto de jóvenes que son lo mejor de la nación, no haya uno solo analfabeto. ¿Qué idea de Patria, de deber, de sacrificio, piensan aquí, puede tener un soldado que no sabe ni leer?

Se ha dicho hasta la saciedad que los vencedores de 1870 no fueron Bismarck ni Moltke, sino los maestros de escuela alemanes, y Francia no ha olvidado esto. Así, pues, nada menos que 200 diputados republicanos de todos *los matices* han firmado una proposición de ley, cuyo fin esencial es señalar al país el mal de que vengo hablando.

Uno de estos doscientos firmantes, el diputado por el Sena, Fernando Buisson, razonando la antes dicha proposición de ley, se expresaba de esta suerte:

Sin perjuicio de todas las otras medidas legislativas y administrativas que sean necesarias, queremos que se haga en Francia lo que ha tenido un éxito maravilloso en Suiza, a saber: al día siguiente del voto de la Constitución que colocó el ejército bajo la mano de las autoridades federales, Suiza estableció en 1875 un examen anual de reclutas, desde el punto de vista de la instrucción. Se trataba de una especie de *certificado de estudios,* un poco más completo que el francés, al cual se somete a todos los jóvenes reclutas.

Este certificado de estudios comprende cuatro pruebas: lectura explicada, redacción, cálculo mental y escrito, conocimientos cívicos (historia, geografía, instituciones nacionales).

El resultado se pone de manifiesto año por año merced a estadísticas que son interesantísimas. Se trata de un doble resultado. De una parte, a fuerza

de energía y de perseverancia, se ha extirpado la plaga de los iletrados: en 1906 de 28.000 hombres sólo 17 no sabían leer de corrido. Por otra parte, y éste es el más admirable efecto de la institución, el promedio general se ha elevado de tal suerte que un 39 por 100 del efectivo militar total ha obtenido un conjunto de notas superior a la media, lo que supone una elevación general del nivel de la instrucción popular en la masa de la nación que es por todo extremo apreciable.

¿Cómo ha podido lograrse este milagro en menos de una generación?

Unicamente por la fuerza de la opinión pública despertada, estimulada, aguijoneada por la publicación de los resultados. El amor propio de los individuos y de las familias, el de las poblaciones, el de las autoridades diversas, ha barrido todos los obstáculos.

Sin copiar punto por punto el sistema suizo, dice monsieur Buisson, queremos retener la idea esencial: que haya a la entrada al regimiento un examen individual, serio, obligatorio. No pedimos que reciba el amplio desarrollo que se le da en Suiza. Por restringido que sea, una vez que exista, producirá en la juventud que haya llegado a la edad militar cuando menos tanto efecto como nuestro humilde certificado de estudios en la juventud que ha llegado a la edad escolar.

Y, dirigiéndose a los maestros de escuela, el diputado Buisson les dice calurosamente:—Lo que os pedimos, señores institutores, es que nos ayudéis a esclarecer la opinión pública. Es que aprovechéis el momento de emoción oportuno. La ocasión es propicia para enderezar cierto número de errores, para di-

sipar muchas ilusiones en que se complace nuestra pereza.

El nuevo proyecto de ley, que la Cámara votará sin duda alguna, os pide, señores maestros, que desempeñéis un nuevo papel. El inspector primario será directamente quien, guiándose por el cómputo de faltas señalado por vosotros mismos, hará requerimientos, perseguirá a los faltistas que son verdaderos delincuentes, y pedirá para ellos los rigores de la ley.

Esta misión sin duda vosotros la aceptaréis sin titubear. No temeréis las recriminaciones que podrá valeros. Pero con una condición, y es que, por su parte, la nación haga en vuestras clases lo que hace fuera de ellas: todo lo necesario para justificar los rigores de la ley. A condición también que la caja de escuelas esté lista para ayudar, para levantar a las familias indigentes cuya negligencia tiene por excusa la miseria; a condición, por último, de que los reglamentos escolares se adapten y diversifiquen lo que sea necesario, para hacer a todos más fácil la frecuencia de la clase, según los lugares, las estaciones y las ocupaciones del país.

Y obteniendo esto, diréis aún (y seréis oídos) que Francia es el país que más ha reducido el período escolar y que nuestras leyes necesitan en este punto una corrección inmediata. Todos nuestros vecinos, con excepción de España e Italia, hacen durar la escuela primaria hasta la edad de catorce años cumplidos: todos estiman *que permitir al niño que abandone la escuela, para aprender un oficio, a los once o doce años, es un acto de absoluta imprevisión social y que no aprovecha en realidad ni a las familias ni al trabajo nacional.*

Y diréis aún que, aun cuando la asistencia a la escuela esté asegurada, en Francia, como en todas partes, hay que someterse a la ley de la naturaleza. Un niño que deja todo estudio a los doce años, y que está

sometido sin remisión a la dura ley del trabajo manual no interrumpido, en los campos y en el taller, olvidaría forzosamente lo que mal o bien ha aprendido en su rápido paso por la escuela. El mayor número de iletrados se compone, no de jóvenes que *no* saben leer, porque desde los doce a los veinte años han olvidado lo que aprendieron. En casi todos los países vecinos se han establecido clases complementarias obligatorias de los catorce a los diez y siete o diez y ocho años, a razón de algunas horas por semana, *tomadas de las horas de trabajo*. Casi todas las legislaciones suizas y alemanas contienen este artículo: «Se prohibe dar clases a los jóvenes aprendices u obreros, después de las siete de la tarde.»

Es fuerza que nosotros votemos una ley semejante si queremos alcanzar a los países que nos han ganado terreno.

«Todas estas son verdades nuevas en Francia» —dice Buisson—. ¿Y en México, pregunto yo a mi vez? «Es difícil hacerlas entrar en los espíritus», añade, y habría que decir en la conciencia pública.

Señores maestros—concluye monsieur Buisson—, no vaciléis en defender ante la nación la causa de esos ignorantes, de esos incultos, de esos iletrados de ahora y de mañana, a quienes hay que salvar, que instruir, en interés propio y en bien de la patria.

Pero, digo yo, ¿es que el ideal de una nación tan culta como Francia puede satisfacerse con que los jóvenes del pueblo, destinados todos durante dos años al ejército, sepan leer, escribir y contar?

No, este ideal sería demasiado raquítico, demasiado modesto.

El soldado debe ser, si es posible, un hombre instruído, un poco literato, un poco artista.

¿Habéis leído, cuando la guerra ruso-japonesa, que tantas sorpresas produjo al mundo, cómo empleaban sus ocios los ejércitos del Mikado?

Era, frecuente, en los intervalos de reposo, ver a los simples soldados japoneses ya pintando hermosas acuarelas, estilizadas y finas, ya escribiendo sus impresiones, ya... componiendo versos.

¿Qué raro es que haya vencido un pueblo cuyos simples reclutas poseían una mentalidad tal?

Ciertamente, y a pesar de la opinión apuntada arriba, no es la ignorancia la que impide los heroísmos. Guzmán el Bueno no era un letrado. Juana de Arco no sabía teología ni cánones. ¿Pero no es mejor, por fortuna, en la guerra moderna, no sirve más a la patria el tranquilo y lúcido (lúcido sobre todo) cumplimiento del deber? ¿No influye en gran manera en la victoria la iniciativa personal del soldado, cuando va guiada por una instrucción sólida?

No es el número ni el valor de los soldados lo que triunfa en la guerra moderna: es la calidad de los mismos. La táctica personal colaborando, no mecánica, sino inteligentemente, con la táctica de los estados mayores, y completándola en el detalle.

He aquí cuál debe ser, pues, nuestro sueño, el sueño de todos los países civilizados, mientras subsista la posibilidad absurda y bárbara de la guerra: no sólo que cada soldado sepa leer de corrido y escribir su nombre, sino que sea cada uno de ellos un hombre medianamente instruído.

Para lograrlo, hay que evitar, desde luego, y por cuantos medios estén a nuestro alcance, que los muchachos de las clases humildes entren a los talleres antes de haber completado su instrucción secundaria. La ayuda que sus familias creen obtener de ellos será inmediata, es cierto, interrumpiéndoles su instrucción, pero en cambio engañosa y nula al cabo de poco tiempo. En efecto, el aprendiz de doce años se volverá analfabeto y acabará invariablemente (ace-

chado por las malas compañías y por la taberna) en la cárcel o en el hospital.

Para los aprendices incultos queda el remedio de la escuela de adultos. Pero por ningún concepto, la escuela nocturna. La escuela nocturna es nula en este caso. Viene, después del horrible trabajo del día, a ser una pena más, y todos sabemos que el aprendizaje con pena y esfuerzo excesivos se vuelve nulo también.

Se necesita un gran deseo de instruirse, deseo que es cándido suponer en todos los individuos de nuestro pueblo, para, después de las fatigas del día, emplear fructuosamente las primeras horas de la noche.

La clase para adultos debe llenar una condición esencial: que en ella se sustituya un trabajo a otro, el intelectual al manual; debe darse en horas de faena, exclusivamente. El aprendiz, el obrero, saben así que la hora o las dos horas diarias que gastan en aprender, no son un exceso de tarea, sino una agradable variedad dentro de la tarea; que esas horas, dándoles labores de espíritu, les restan, en cambio, quehaceres materiales. Y así irán al estudio con verdadero amor y deseo.

Cuán sabia es, pues, la legislación suiza que todos debemos implantar en nuestros países y que tan discreta y concisamente resuelve el problema:

«Queda terminantemente prohibido dar clases a los aprendices u obreros jóvenes después de las siete de la noche.»

INDICE

Páginas

LA LENGUA Y LA LITERATURA..... 9

I.—Del florecimiento de la poesía lírica en Italia, Portugal y España..... 11

II.—El catalán y la supremacía del castellano..... 20

III.—De los nuevos metros y las nuevas combinaciones métricas en la literatura moderna..... 29

IV.—La cuestión de la ortografía..... 43

V.—Del estilo exuberante..... 46

VI.—El movimiento intelectual en Madrid... 55

VII.—Bolsas de viaje para los escritores y poetas.—Conveniencia de crearlas en el Ministerio de Instrucción Pública.—Lo que se ha hecho en Francia..... 64

VIII.—Libros de niños.—Libros para niños.—Los niños en la vida y en el arte..... 70

IX.—La Universidad popular de Madrid..... 78

X.—Los estudios histórico-literarios en España.—La poesía.—La novela histórica.—Literatura anecdótica.—Cultivo entusiasta de un noble género..... 85

Páginas.

XI.—Programas, horarios y métodos seguidos en Francia para la enseñanza de la lengua nacional..... 97
XII.—La enseñanza de la lengua y de la literatura en Francia..... 106
XIII.—Observaciones en cuanto a la enseñanza de las lenguas vivas en Europa..... 113
XIV.—La enseñanza de las lenguas modernas en Inglaterra..... 119
XV.—Cómo se habla el español en España.... 126
XVI.—El castellano en América..... 132
XVII.—La enseñanza de las lenguas modernas en Francia..... 140
XVIII.—El castellano en México.—Filología comparativa..... 149
XIX.—Ateneo Iberoamericano.—Conferencias autocríticas.—La Crónica general de Alfonso el Sabio..... 155
XX.—El teatro y el idioma en España y América..... 164
XXI.—Las literaturas clásicas como arbitrio para obtener la ecuanimidad..... 171
XXII.—La literatura española y la portuguesa.—El concepto francés de cada una de ellas..... 178
XXIII.—La instrucción primaria en España..... 187
XXIV.—Balance literario del año.—Los jóvenes escritores españoles.—Orientaciones dominantes..... 198
XXV.—Extensión universitaria..... 209
XXVI.—Del género trágico..... 213
XXVII.—El espíritu literario y poético en los países vascongados..... 219
XXVIII.—El estudio de la literatura en el bachillerato francés..... 229
XXIX.—La mujer y la literatura española contemporánea..... 234

Páginas.

XXX.—Los clásicos para todos..... 245
XXXI.—El presupuesto español de Instrucción Pública.—Pensiones en el extranjero.—Creación de escuelas..... 251
XXXII.—El Salón de los Poetas..... 261
XXXIII.—Los juegos florales en España..... 266
XXXIV.—El teatro de arte en Madrid..... 268
XXXV.—El arte literario y las preocupaciones mercantiles..... 273
XXXVI.—La reforma de la ortografía en Francia.. 277
XXXVII.—La libertad del arte literario..... 286
XXXVIII.—Composición literaria..... 292
XXXIX.—Los iliteratos en el ejército y en la juventud francesa..... 296

BIBLIOTECA NUEVA

LISTA, 66, MADRID

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

OBRAS ESCOGIDAS DE JUAN VALERA

(ILUSTRADAS POR F. MARCO)

NOVELAS	Ptas.
I.—Juanita la Larga . . .	5,00
II.—Doña Luz	5,00
III.—Pepita Jiménez . . .	5,00
IV.—El Comendador Mendoza.	5,00
V.—Pasarse de listo. . .	5,00
VI.—Genio y figura . . .	5,00
VII.—Morsamor	5,00
VIII y IX.—Las ilusiones del Doctor Faustino . .	10,00
X.—Dafnis y Cloe	5,00
OTRAS OBRAS	
XI.—Cuentos escogidos.	5,00
XII.—Poesías escogidas.	5,00
XIII, XIV y XV.—Ensayos escogidos	5,00

OBRAS COMPLETAS DE GABRIEL MIRÓ

	Ptas.		Ptas.
Las cerezas del cementerio (novela)	5,00	El libro de Sigüenza (novela)	5,00
La novela de mi amigo (novela)	5,00	Del vivir (novela). . . .	5,00
El Obispo leproso (novela).	5,00	Figuras de la Pasión del Señor	7,00
		Años y leguas (novela). .	5,00

NOVELAS DE RAFAEL LOPEZ DE HARO

	Ptas.		Ptas.
¿Y después?.	5,00	La Venus miente. . . .	5,00
Ante el Cristo de Limpias	5,00	Las sensaciones de Julia.	5,00
¡Pero el amor se va! . .	5,00	Un hombre solo	5,00
Fuego en las entrañas . .	5,00	Todos los amores	5,00
Entre todas las mujeres.	5,00	Los nietos de los celtas.	5,00
		Ser o no ser (comedias) .	5,00

OBRAS DE RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

	Ptas.		Ptas.
La viuda blanca y negra (novela)	4,00	La Quinta de Palmyra . . (novela)	4,00
El secreto del Acueducto (novela)	4,00	La mujer de ámbar (novela).	4,00

OBRAS DE OSCAR WILDE

	Ptas.
I.—El crimen de lord Arturo Savile (novela) . .	4,00
II.—El retrato de Dorian Gray (novela)	4,00
III.—El ruiseñor y la rosa (novelas).	4,00
IV.—Huerto de granadas (novelas).	4,00
V.—Vera o los nihilistas (teatro).	4,00
VI.—Intenciones (ensayos)	4,00
VII.—La tragedia de mi vida	4,00
VIII.—La duquesa de Padua	4,00
IX.—Pluma, lápiz y veneno	4,00
X.—Una mujer sin importancia	4,00
XI.—Epistolario inédito . .	4,00

OBRAS DE EÇA DE QUEIROZ

	Ptas.
Una campaña alegre . . .	4,00
San Onofre.	4,00
San Cristóbal	4,00
Cartas de Inglaterra . . .	4,00
El misterio de la carretera de Cintra	5,00
Notas contemporáneas. .	5.00
Ecos de París	4,00
Prosas bárbaras	4,00
Cartas familiares y billetes de París	4,00
Cuentos	4,00
Ultimos ensayos	4,00

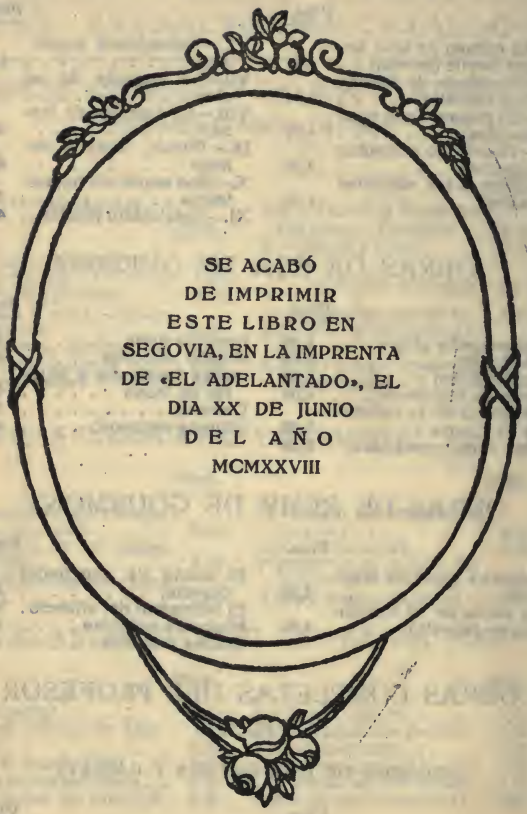
OBRAS DE REMY DE GOURMONT

	Ptas.
Colores (cuentos eróticos.	4,00
Una noche en el Luxemburgo (novela)	4,00
El sueño de una mujer (novela)	4,00
El peregrino del silencio.	4,00
Historias mágicas	4,00
Sixtina (novela)	4,00

OBRAS COMPLETAS DEL PROFESOR S. FREUD

(PRÓLOGO DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET)

	Ptas.
I.—Psicopatología de la vida cotidiana. Errores, equivocaciones, supersticiones, olvidos. .	10,00
II.—Una teoría sexual y otros ensayos	10,00
III.—El chiste y sus relaciones con lo inconsciente	10,00
IV y V.—Psicoanálisis. .	20,00
VI y VII.—Interpretación de los sueños	20,00
VIII.—Totem y Tabú . . .	10,00
IX.—Psicología de las masas	10,00
X.—La histeria.	10,00
XI.—Inhibición, síntoma y angustia	10,00



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
SEGOVIA, EN LA IMPRENTA
DE «EL ADELANTADO», EL
DIA XX DE JUNIO
DEL AÑO
MCMXXVIII

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ 7297 N5A1325 1920 v.22
Nervo, Amado
Obras completas de Amado Nervo

FR